



TRES YA HAN MUERTO

SOY EL NÚMERO CUATRO

PITTACUS LORE



VINIMOS NUEVE A LA TIERRA. Tenemos el mismo aspecto que vosotros. Hablamos igual que vosotros. Vivimos entre vosotros. Pero no somos como vosotros. Podemos hacer cosas que solo podéis imaginar. Tenemos poderes con los que solo podéis soñar. Somos más fuertes y rápidos. Somos los superhéroes a los que admiráis en las películas y los cómics... pero nosotros existimos de verdad. Nuestro plan era crecer y fortalecernos para enfrentarnos unidos a ellos. Pero ellos nos encontraron antes y empezaron a cazarnos. Ahora, todos vivimos huyendo, entre las sombras, en lugares donde nadie nos buscaría, mimetizándonos. Hemos vivido entre vosotros sin que lo supierais.

L≡LIBROS

Pittacus Lore

Soy el número Cuatro
Legados de Lorien - 1

ESTE LIBRO DESCRIBE HECHOS REALES.

**LOS NOMBRES Y LUGARES CITADOS
SE HAN CAMBIADO PARA PROTEGER
A LOS SEIS DE LORIEN,
QUE SIGUEN OCULTOS AL MUNDO.**

ÉSTA ES LA PRIMERA ADVERTENCIA.

EXISTEN OTRAS CIVILIZACIONES.

ALGUNAS DE ELLAS PLANEAN DESTRUIROS.



LA PUERTA EMPIEZA A TEMBLAR. ES MUY endeble, hecha simplemente con tallos de bambú sujetos con cordeles deshilachados. El temblor es leve, y cesa casi al momento. Ambos levantan la cabeza para escuchar: un muchacho de catorce años y un hombre de cincuenta, que todos toman por su padre pero que en realidad nació muy cerca de otra selva, en otro planeta, a cientos de años luz de distancia. Están desnudos de cintura para arriba, tumbados a ambos lados de la choza, con una mosquitera encima de cada catre. Oyen un crujido lejano, como de un animal rompiendo una rama, pero en este caso suena como si se hubiera roto el árbol entero.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el muchacho.

—Chist —responde el hombre.

Oyen el chirriar de los insectos, nada más. El hombre acerca sus piernas al borde del catre cuando el temblor se reanuda. Un temblor más prolongado y firme, y después otro crujido, esta vez más cercano. Poniéndose en pie, el hombre camina despacio hacia la puerta. Silencio. Haciendo una profunda inspiración, acerca cautelosamente la mano al pestillo. El muchacho se incorpora.

—No —susurra el hombre, y en aquel instante el filo de una espada, largo y

reluciente, de un brillante metal blanco que no existe en la Tierra, atraviesa la puerta y se hunde profundamente en el pecho del hombre, asomándose quince centímetros por su espalda para retirarse después con rapidez. El hombre gime. El muchacho emite un grito ahogado. El hombre respira una última vez y pronuncia una sola palabra—: Corre.

Acto seguido, el hombre cae inerte al suelo. El muchacho se aleja de un salto del catre y atraviesa la pared posterior. No se molesta en buscar la puerta o una ventana; se abre paso literalmente a través de la pared, que se rompe como si fuera de papel aunque está hecha de resistente caoba africana. Irrumpe en la noche congoleña, salta sobre los árboles, corre a una velocidad cercana a los cien kilómetros por hora. Su visión y audición son superiores a las humanas. Esquiva árboles, rompe lianas enredadas, salva pequeños arroyos con un simple salto. Unos pasos firmes le siguen de cerca, acortando distancias por segundos. Sus perseguidores también tienen dones. Y llevan algo consigo. Algo de lo que el muchacho solo ha oído rumores, algo que nunca había creído que vería en la Tierra.

Los crujidos se acercan. El muchacho oye un rugido bajo pero intenso. Sabe que lo que le persigue está ganando velocidad. Al frente ve un claro en la vegetación. Cuando llega, se encuentra frente a una enorme quebrada, de cien metros de ancho por cien metros de profundidad, con un río discurriendo al fondo. La orilla del río está cubierta de enormes peñascos. Peñascos que le destrozarían si cayera sobre ellos. Su única salida es atravesar la quebrada. Podrá hacer una corta carrerilla y un solo salto, una sola oportunidad de salvar la vida. Incluso para él, o para cualquiera de los demás que hay como él en la Tierra, es un salto casi imposible. Retroceder, bajar o intentar enfrentarse a ellos implica una muerte segura. No habrá una segunda oportunidad.

Detrás de él surge un rugido ensordecedor. Ellos se encuentran a cinco, diez metros de distancia. El muchacho da cinco pasos atrás, empieza a correr... y, justo antes del borde, se despega del suelo y vuela sobre la quebrada. Pasa tres o cuatro segundos en el aire. Grita, con los brazos extendidos frente a él, esperando la salvación o el fin. Alcanza el otro lado y da tumbos en el suelo hasta detenerse al pie de una secuoya. Sonríe. No puede creerse que lo haya conseguido, que vaya a sobrevivir. Deseando no ser visto, y sabiendo que debe alejarse de ellos, se levanta. Tendrá que seguir corriendo.

El muchacho se da la vuelta hacia la vegetación. Al hacerlo, una enorme mano se enrosca en su garganta y le levanta del suelo. Él forcejea, patalea, intenta soltarse, pero sabe que es inútil, que es el fin. Debería haber supuesto que estarían a ambos lados, que una vez le encontrarán ya no habría escapatoria. El mogadoriano levanta al muchacho para mirarle el pecho, para ver el amuleto que lleva colgado al cuello y que solo él y los de su especie pueden portar. Lo arranca y, tras guardarlo en alguna parte del interior de la larga capa negra que

lleva puesta, su mano reaparece empuñando la reluciente espada de metal blanco. El muchacho mira los profundos, anchos e impasibles ojos negros del mogadoriano y habla.

—Los legados viven. Se encontrarán unos a otros y, cuando estén preparados, os destruirán.

El mogadoriano suelta una carcajada, una risotada desagradable y burlona. Levanta la espada, la única arma del universo capaz de romper el encantamiento que hasta hoy ha protegido al muchacho y que sigue protegiendo a los demás. La hoja se enciende con una llama plateada al apuntar al cielo y parece cobrar vida, como si conociera su cometido y sonriera con una mueca de expectación. Y, mientras la espada cae atravesando la oscuridad de la selva con un arco de luz, el muchacho sigue convencido de que una parte de él sobrevivirá, que una parte de él llegará a casa. Cierra los ojos justo antes de que la espada le golpee. Y entonces llega el fin.

CAPÍTULO UNO



AL PRINCIPIO ÉRAMOS NUEVE. NOS FUIMOS cuando éramos pequeños, casi demasiado pequeños para recordarlo.

Casi.

Me han dicho que el suelo tembló, que los cielos se llenaron de luces y explosiones. Nos encontrábamos en el periodo anual de quince días en el que las dos lunas están suspendidas a ambos lados del horizonte. Era un momento festivo, y al principio las explosiones se confundieron con fuegos artificiales. No lo eran. Hacía calor, y soplabla una suave brisa procedente del mar. El tiempo siempre se menciona: hacía calor, soplabla una suave brisa. Nunca he entendido por qué eso es importante.

Lo que recuerdo más nítidamente es cómo estaba mi abuela aquel día. Se la veía frenética y triste. Tenía lágrimas en los ojos. Detrás de ella estaba mi abuelo, y recuerdo la forma en que sus gafas reflejaban las luces del cielo. Hubo abrazos. Ambos intercambiaron algunas palabras, pero no recuerdo cuáles eran. Nada me atormenta más que eso.

Tardamos un año en llegar. Yo tenía cinco. Debíamos integrarnos en la cultura hasta que Lorien pudiera albergar vida de nuevo y nosotros regresáramos al planeta. Los Nueve teníamos que dispersarnos, ir cada uno por nuestro lado. Nadie sabía por cuánto tiempo. Todavía no lo sabemos. Ninguno de los demás sabe dónde estoy, ni yo sé dónde están ellos, ni qué aspecto tienen ahora. Es así como estamos protegidos, gracias al encantamiento que lanzaron sobre nosotros cuando nos fuimos. Un encantamiento que garantiza que solo se nos pueda matar por orden numérico, uno a uno, siempre y cuando nos mantengamos separados. Si nos reuniéramos, se rompería el encantamiento.

Si encuentran y matan a uno de nosotros, una cicatriz circular aparece en torno al tobillo derecho de los que quedamos vivos. En nuestro tobillo izquierdo, formada cuando se conjuró el hechizo lórico, se encuentra una pequeña cicatriz idéntica al amuleto que portamos cada uno de nosotros. Las cicatrices circulares también forman parte del encantamiento. Es un sistema que nos advierte de cuál es nuestro lugar respecto a los demás, y de cuándo vendrán a cazar al siguiente de la lista.

La primera cicatriz llegó cuando tenía nueve años. Me despertó mientras dormía, al sentirla quemándose en mi carne. Vivíamos en Arizona, en una pequeña localidad fronteriza cerca de México. Me desperté gritando de dolor en mitad de la noche, aterrorizado, mientras la cicatriz se grababa a fuego en mi carne. Era la primera señal de que los mogadorianos habían encontrado finalmente nuestro escondite en la Tierra, y de que estábamos en peligro. Hasta que se presentó la cicatriz, casi había llegado a convencerme de que mis recuerdos eran erróneos, de que lo que me había contado Henri no era cierto. Quería ser un chico normal con una vida igual de normal, pero entonces supe, más allá de cualquier duda o argumentación, que no lo era. Al día siguiente nos trasladamos a Minnesota.

La segunda cicatriz llegó cuando tenía doce años. Estaba en la escuela, en Colorado, participando en una competición de deletreo. En cuanto empezó el dolor, supe lo que estaba ocurriendo, lo que le había sucedido al Número Dos. El dolor era lacerante, aunque más soportable que en la primera ocasión. Podría haber permanecido en el escenario, de no ser porque el calor acabó incendiándome el calcetín. La maestra que estaba dirigiendo la competición me roció con un extintor y me llevó a toda prisa al hospital. El doctor que estaba en la sala de urgencias vio la primera cicatriz y avisó a la policía. Cuando Henri se presentó, amenazaron con detenerle por malos tratos. Sin embargo, como no estaba cerca de mí cuando apareció la segunda cicatriz, tuvieron que dejarle en libertad. Nos subimos al coche y nos fuimos a otra parte, esta vez a Maine. Dejamos atrás todas nuestras pertenencias excepto el cofre lórico que Henri se lleva en cada uno de los traslados, veintiuno en total.

La tercera cicatriz apareció hace una hora. Estaba sentado en un pontón, una embarcación perteneciente a los padres del chico más popular del instituto, que estaba dando una fiesta allí sin que ellos lo supieran. Nunca me habían invitado a una fiesta del instituto. Como era consciente de que podríamos tener que hacer las maletas en cualquier momento, siempre había sido un chico reservado. Pero todo parecía haberse calmado en los dos últimos años. Henri no había visto nada en las noticias que pudiera conducir a los mogadorianos hacia nosotros, o que pudiera alertarlos de nuestra presencia. Fue así como hice un par de amigos. Y uno de ellos me presentó al chico que daba la fiesta. Nos reunimos en un muelle. Había tres neveras, música y chicas a las que había admirado desde lejos pero a

las que nunca había hablado, aunque me habría gustado. El pontón se separó del muelle y se adentró media milla en el golfo de México. Yo estaba sentado en el borde de la embarcación con los pies en el agua, hablando con una chica muy guapa, morena y de ojos azules llamada Tara, cuando noté que iba a llegar otra cicatriz. El agua que estaba en contacto con mi pierna empezó a hervir, y el tobillo brillaba en la parte donde la cicatriz estaba grabándose. El tercero de los símbolos lóricos, la tercera advertencia. Tara se puso a chillar y la gente empezó a apiñarse a mi alrededor. Sabía que no habría forma de explicar aquello. Y que tendríamos que irnos de inmediato.

Ahora, hay mucho más en juego. Han encontrado al Número Tres, estuviera donde estuviera, y ahora estaba muerto o muerta. Intenté calmar a Tara, le di un beso en la mejilla, y le dije que me alegraba de haberla conocido y que esperaba que tuviera una vida larga y maravillosa. Salté al mar desde la borda de la embarcación y empecé a nadar (bajo el agua todo el tiempo, excepto en una ocasión a medio camino para tomar aire) tan rápido como pude hasta alcanzar la orilla. Después, corrí en paralelo a la autopista, justo dentro del linde del bosque, alcanzando velocidades mayores que las de cualquier coche. Cuando llegué a casa, Henri estaba frente a la batería de pantallas y monitores que utilizaba para seguir no solo las noticias de todo el mundo, sino también la actividad policial en nuestra zona. Supo lo que ocurría sin que yo abriera la boca, si bien me remangó el pantalón empapado para ver las cicatrices.



Al principio éramos nueve.

Tres han muerto.

Ahora quedamos seis.

Están persiguiéndonos, y no cesarán hasta que nos hayan matado a todos.

Soy el Número Cuatro.

Sé que soy el siguiente.

CAPÍTULO DOS



ESTOY PLANTADO EN EL CAMINO DE ENTRADA, observando la casa por última vez. Es de color rosa claro, parecido al glaseado de un pastel, con unas columnas de madera que la sostienen tres metros por encima del suelo. Una palmera se balancea en la parte frontal. Detrás de la casa, un muelle se adentra veinte metros en el golfo de México. Si la casa estuviera un kilómetro más al sur, el muelle se encontraría ya en el océano Atlántico.

Henri sale de la casa cargando con la última de las cajas, algunas de las cuales se habían quedado sin abrir después de nuestra última mudanza. Cierra la puerta y cuelga las llaves por la ranura para el correo. Son las dos de la madrugada. Lleva unos pantalones cortos de color caqui y un polo negro. Es de tez muy morena, y su cara sin afeitar le da un aire alicaído. Marcharse también le entristece. Deja caer las últimas cajas en la parte trasera de la camioneta con el resto de nuestras cosas y dice:

—Se acabó.

Yo asiento con la cabeza. De pie, contemplamos la casa y escuchamos el viento que atraviesa las hojas de la palmera. En la mano llevo una bolsa de apios.

—Echaré de menos esta casa —digo—. Más que las demás, incluso.

—Yo también.

—¿Hay que hacer la quema ahora?

—Sí. ¿Quieres hacerla tú, o prefieres que la haga yo?

—Ya la hago yo.

Henri se saca la cartera del bolsillo y la tira al suelo. Yo saco la mía y hago lo mismo. Él se acerca a la camioneta y vuelve con pasaportes, certificados de nacimiento, tarjetas de la seguridad social, talonarios de cheques y tarjetas

bancarias, y lo arroja todo al suelo. Todos los documentos y materiales vinculados con nuestra identidad, todos ellos falsificados, en un solo sitio. Cojo de la camioneta un pequeño bidón de gasolina que guardamos para emergencias y la vierto sobre el montoncito. Mi nombre actual es Daniel Jones. Mi historia es que crecí en California y me mudé aquí debido al trabajo de programador informático de mi padre. Pero Daniel Jones está a punto de desaparecer. Enciendo una cerilla y la dejo caer sobre el montoncito, que prende fuego. Otra de mis vidas, eliminada. Henri y yo observamos el fuego, como hacemos siempre. «Adiós, Daniel —pienso—. Ha sido un placer conocerte». Cuando el fuego se extingue, Henri me mira.

—Tenemos que irnos.

—Lo sé.

—Estas islas no eran un lugar seguro. Es demasiado difícil abandonarlas con rapidez, demasiado difícil escapar de ellas. Ha sido una imprudencia venir aquí.

Asiento otra vez. Tiene razón, lo sé. Pero aun así me cuesta irme. Vinimos por decisión mía: Henri me había dejado elegir nuestro destino por primera vez. Llevábamos aquí nueve meses, el mayor tiempo que habíamos estado en un lugar desde la huida de Lorien. Echaré de menos el sol y el tiempo cálido. Y la salamanquesa que me observaba desde la pared todas las mañanas mientras desayunaba. Aunque hay millones de salamanquesas en el sur de Florida, juraría que esta me seguía al instituto y a todas partes adonde iba. Echaré de menos las tormentas que llegaban sin avisar, y la quietud y el silencio que reinaban a primera hora de la mañana antes de la llegada de las golondrinas de mar. Echaré de menos los delfines que a veces salían a comer cuando se ponía el sol. Y echaré de menos incluso el olor a azufre de las algas que se pudrían en la orilla del mar, y la forma en que llenaba la casa e impregnaba nuestros sueños cuando dormíamos.

—Encárgate de los apios, y yo te esperaré en la camioneta —dice Henri—. Tenemos que irnos ya.

Me adentro en una arboleda que queda a la derecha de la camioneta. Unos ciervos de cola blanca estaban ya esperándome. Dejo la bolsa de apios a sus pies y me agacho para acariciarlos uno por uno. Me dejan tocarlos, pues hace tiempo que no se asustan de mí. Uno de ellos levanta la cabeza hacia mí. Sus ojos oscuros e inexpressivos me devuelven la mirada, y casi parece que esté transmitiéndome algo. Un escalofrío me sube por la columna. Después, baja la cabeza y sigue comiendo.

—Buena suerte, amigos —les digo, y entonces vuelvo a la camioneta y salto al asiento del acompañante.

Vemos empequeñecerse la casa por los retrovisores, hasta que Henri entra en la carretera principal y la casa desaparece. Es sábado. Me pregunto qué estará ocurriendo en la fiesta sin mí. Qué estarán diciendo sobre la forma en que me he

ido y qué dirán el lunes cuando no vaya a clase. Ojalá hubiera podido despedirme. Ya no volveré a ver nunca a las personas que he conocido aquí. Ya no volveré a hablar nunca con ellos. Y ellos nunca sabrán lo que soy ni por qué me he ido. Pasados unos meses, o tal vez unas semanas, seguramente ya nadie volverá a pensar en mí.

Antes de llegar a la autopista, Henri para la camioneta para poner gasolina. Mientras aprieta la pistola del surtidor, decido echar un vistazo a la guía de carreteras que guarda junto al asiento. Tenemos esta guía desde que llegamos a la Tierra. Tiene unas líneas que unen todos los lugares donde hemos vivido. A estas alturas, las líneas se entrecruzan por todo el mapa de los Estados Unidos. Sabemos que deberíamos deshacernos de ella, pero la verdad es que es el único pedazo que tenemos de nuestra vida en común. La gente normal tiene fotos, vídeos y diarios; nosotros tenemos la guía. Cuando la cojo y la miro, me doy cuenta de que Henri ha trazado una nueva línea desde Florida hasta Ohio. Este estado me trae a la mente vacas, maizales y gente amable. Y sé que en las matrículas dice «EL CORAZÓN DE TODO». Lo que significa ese «todo», ya no lo sé, pero supongo que ya lo descubriremos.

Henri vuelve a la camioneta. Ha comprado un par de refrescos y una bolsa de patatas. Arranca el motor y se dirige a la autopista US 1, que nos llevará al norte. Después, recoge la guía.

—¿Tú crees que habrá gente en Ohio? —bromeo.

—Alguien habrá, supongo —ríe él entre dientes—. Y puede que tengamos suerte y haya incluso coches y televisores.

Yo asiento. Quizá no vaya tan mal como esperaba.

—¿Qué te parece el nombre de John Smith? —pregunto.

—¿Te vas a quedar con ese?

—Creo que sí —contesto—. Nunca me he llamado John, ni Smith.

—Más común que ese nombre, no lo vas a encontrar. Debo decir que es un placer conocerle, señor Smith.

—Sí, creo que John Smith me gusta —digo, y sonrío.

—Fabricaré tus documentos cuando paremos.

Un par de kilómetros después, hemos salido de la isla. Estamos cruzando el puente, con las aguas moviéndose bajo nosotros. Están tranquilas, y la luz de la luna centellea sobre las pequeñas olas, creando motas blancas en las crestas. A la derecha queda el Atlántico, y a la izquierda, el golfo; en esencia, se trata del mismo mar, pero con dos nombres distintos. Siento el impulso de llorar, pero no lo hago. No es solo porque esté triste por irme de Florida, sino porque estoy cansado de huir. Cansado de inventarme un nuevo nombre cada seis meses. Cansado de cambiar de casa, de instituto. Me pregunto si alguna vez podremos parar.

CAPÍTULO TRES



CUANDO LLEGA LA HORA DE COMER, PONER gasolina y comprar teléfonos nuevos, nos paramos en un área de servicio para camioneros, donde comemos pastel de carne y macarrones con queso (que es una de las pocas cosas superiores, según Henri, a cualquier cosa que tuviéramos en Lorient). Durante la comida, nos crea documentación nueva con su portátil, utilizando los nombres que hemos elegido. Los imprimirá cuando lleguemos y, para el resto del mundo, seremos quienes digamos que somos.

—¿Seguro que quieres ser John Smith? —me pregunta.

—Sí.

—Naciste en Tuscaloosa, Alabama.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? —digo, riendo.

Él sonríe y me señala a dos mujeres sentadas a unas pocas mesas de distancia. Las dos están buenisimas. Una de ellas lleva una camiseta donde dice: «LAS DE TUSCALOOSA LO HACEMOS MEJOR».

—Y allí es adonde iremos a continuación —dice.

—Aunque suene raro, ojalá nos quedemos mucho tiempo en Ohio.

—No me digas. ¿Te gusta la idea de vivir en Ohio?

—Me gusta la idea de hacer amigos, de no tener que cambiar de instituto durante muchos meses, de tener una vida normal, si puede ser. Es lo que estaba empezando a tener en Florida. Era una vida bastante chula, y por primera vez desde que estamos en la Tierra, me sentía casi normal. Quiero encontrar un sitio en el que quedarme.

Henri se queda pensativo.

—¿Te has mirado hoy las cicatrices?

—No, ¿por qué?

—Porque no es en ti en quien tienes que pensar. Tienes que pensar en la supervivencia de nuestra especie, que fue exterminada casi por completo, y en la forma de mantenerte con vida. Cada vez que muere uno de nosotros... cada vez que muere uno de vosotros, los de la Guardia, nuestras posibilidades disminuyen. Eres el Número Cuatro, el siguiente de la lista. Tienes una raza entera de crueles asesinos persiguiéndote. Nos iremos a la primera señal de peligro, y no pienso debatirlo contigo.

Henri conduce todo el tiempo. Entre los descansos y la creación de los nuevos documentos, tardamos unas treinta horas. Me he pasado casi todo el rato durmiendo o echando partidas de videojuegos. Gracias a mis reflejos, puedo dominar la mayoría de los juegos rápidamente. Lo máximo que he tardado en completar un juego entero es un día. Los que más me gustan son los de naves espaciales y batallas con alienígenas. Me imagino que estoy en Lorien, combatiendo a los mogadorianos, haciéndoles pedazos, reduciéndolos a cenizas. A Henri eso le parece un poco raro, e intenta convencerme de que deje de hacerlo. Dice que tenemos que vivir en el mundo de verdad, donde la guerra y la muerte son reales, no imaginarios. Al terminar una partida más, levanto la vista. Estoy cansado de estar sentado en la camioneta. El reloj del salpicadero señala las 7.58. Bostezo y me froto los ojos.

—¿Cuánto falta?

—Ya casi hemos llegado —contesta Henri.

Fuera está oscuro, pero hay un tenue resplandor al oeste. Vemos granjas con caballos y rebaños, y luego campos yermos, y después seguimos hasta que los árboles ocupan todo el campo visual. Eso es justo lo que Henri quería, un lugar tranquilo en el que pasar desapercibidos. Una vez por semana, se pasa seis, siete, ocho horas seguidas haciendo búsquedas por Internet para poner al día su lista de viviendas alquilables en cualquier parte del país que cumplan sus requisitos: aisladas, rurales, disponibilidad inmediata. Me ha dicho que ha sondeado tres sitios más (una llamada a Dakota del Sur, otra a Nuevo México, otra a Arkansas) antes de encontrar la casa donde viviremos ahora.

Unos pocos minutos más tarde vemos luces diseminadas que anuncian la presencia del pueblo. Pasamos junto a un cartel que dice:

BIENVENIDOS A PARADISE, OHIO
5243 HABITANTES

—¡Menudo paraíso! —digo—. Este sitio es más pequeño todavía que donde estuvimos en Montana.

—¿Para quién dirías que es un paraíso? —dice Henri, sonriendo.

—¿Para las vacas? ¿Los espantapájaros, tal vez?

Dejamos atrás una vieja gasolinera, un lavadero de coches, un cementerio, y poco después empezamos a ver viviendas. Son casas hechas de tablones, con unos diez metros de separación entre sí. La mayoría de ellas tienen adornos de Halloween colgados en las ventanas. Un camino enlosado atraviesa el jardín que separa las casas de la carretera. En el centro del pueblo hay una rotonda, y en mitad de ella se erige la estatua de un hombre a caballo empuñando una espada. Henri se detiene. Los dos miramos el monumento y nos reímos, más que nada porque esperamos que no se presente nadie más con espadas por aquí. Después, tomamos la rotonda y, cuando la hemos rodeado, el aparato GPS nos dice que giremos, y entonces empezamos a alejarnos del pueblo en dirección oeste.

Conducimos seis kilómetros más antes de coger una carretera de gravilla a la izquierda, para pasar luego por campos sin cultivar que deben de estar repletos de maíz en verano, y atravesar después un frondoso bosque a lo largo de cerca de un kilómetro. Y es entonces cuando nos sale al paso, escondido entre la vegetación sin cortar: un oxidado buzón con unas letras negras pintadas a un lado que dicen: « 17 OLD MILL RD ».

—La casa más cercana está a tres kilómetros de distancia —dice Henri, girando el volante. La maleza se abre paso a lo largo del camino de entrada de gravilla, que está lleno de charcos de agua turbia. Finalmente, se detiene y apaga el motor.

—¿De quién es ese coche? —pregunto, señalando el todoterreno negro tras el cual ha aparcado Henri.

—Supongo que será la agente inmobiliaria.

La casa está rodeada por siluetas de árboles. Tiene un aire inquietante en la oscuridad, como si quien viviera aquí antes se hubiese ido asustado, o expulsado, o ahuyentado. Salgo de la camioneta. El motor todavía crepita, y noto el calor que sale de él. Cojo mi mochila de la plataforma de carga de la camioneta y me quedo allí plantado, sin soltarla.

—¿Qué te parece? —pregunta Henri.

La casa tiene una sola planta. Tablones de madera. Gran parte de la pintura blanca se ha desconchado. Una de las ventanas delanteras está rota. Los tablones negros que cubren el tejado parecen combados y frágiles. Tres escalones de madera llevan a un pequeño porche con sillas desvencijadas. El jardín en sí es largo y descuidado. Hace mucho tiempo de la última vez que se cortó el césped.

—Pues sí, es como un paraíso —comento.

Nos acercamos juntos a la casa. En ese momento, una mujer rubia y bien vestida, de la edad de Henri más o menos, sale de la puerta principal. Va con traje de oficina y lleva un sujetapapeles y una carpeta; en la cintura de la falda tiene un BlackBerry enganchado. Nos sonríe.

—¿El señor Smith?

—Sí —dice Henri.

—Soy Annie Hart, la agente de Paradise Realty. Hemos hablado por teléfono. He intentado llamarle hace un rato, pero parecía tener el móvil apagado.

—Sí, lo siento. La batería se ha agotado mientras veníamos.

—Ah, a mí me da mucha rabia cuando me pasa eso —dice ella.

Se acerca a nosotros y le da la mano a Henri. Me pregunta cómo me llamo y se lo digo, aunque por un momento estoy a punto, como me pasa siempre, de decirle «Cuatro». Mientras Henri firma el contrato, ella me pregunta cuántos años tengo y me dice que su hija va al instituto del pueblo y que tiene más o menos mi edad. Es muy simpática y cordial, y se ve que le gusta charlar. Henri le devuelve el contrato y los tres entramos en la casa.

Casi todos los muebles del interior están cubiertos con sábanas blancas. Los que no están tapados, tienen encima una gruesa capa de polvo e insectos muertos. Las mosquiteras de las ventanas parecen que vayan a romperse al tacto, y las paredes están recubiertas de láminas baratas de madera contrachapada. Hay dos dormitorios, una cocina de tamaño modesto con suelo de linóleo verde lima, y un baño. El salón es espacioso y rectangular, y está situado en la parte frontal de la casa. Hay una chimenea en el rincón más alejado. Cruzo el salón y dejo caer mi mochila en la cama de la habitación más pequeña. En ella hay un enorme póster descolorido de un jugador de fútbol americano con un uniforme naranja chillón. Está lanzando un pase, y parece estar a punto de ser aplastado por un jugador enorme con un uniforme de color negro y oro. Al pie dice: «BERNIE KOSAR, QUARTERBACK, CLEVELAND BROWNS».

—¡Ven a despedirte de la señora Hart! —grita Henri desde el salón.

La señora Hart está en la entrada con él. Al despedirse, me dice que busque a su hija en el instituto, que a lo mejor podríamos ser amigos. Le sonrío y le digo que sí, que eso estaría bien. Cuando se va, nos ponemos enseguida a sacar el equipaje de la camioneta. Según lo rápido que nos vayamos de los sitios, viajamos muy ligeros (con la ropa que llevamos puesta, el portátil de Henri y el cofre lórico de talla intrincada que nos acompaña a todas partes) o nos llevamos unas pocas cosas (normalmente, material informático extra de Henri, que utiliza para montar un perímetro de seguridad y buscar en Internet las noticias y los acontecimientos que puedan tener relación con nosotros). Esta vez tenemos el Cofre, dos ordenadores potentes, cuatro monitores y cuatro cámaras. También tenemos algo de ropa, aunque la mayoría de lo que llevábamos en Florida es poco adecuado para la vida en Ohio. Henri guarda el Cofre en su habitación, y llevamos todo el material electrónico al sótano, donde podrá instalarlo de forma que no lo vea ninguna visita. Cuando ya está todo dentro, empieza a situar las cámaras y a encender las pantallas.

—No tendremos Internet hasta mañana por la mañana. Pero si quieres ir a clase, puedo imprimirte la documentación nueva.

—Si me quedo aquí, ¿tendré que ayudarte a limpiar la casa y a terminar de instalarlo todo?

—Sí.

—Iré a clase.

—Entonces, será mejor que te acuestes temprano.

CAPÍTULO CUATRO



OTRO CAMBIO DE IDENTIDAD, OTRO CAMBIO de escuela. Ya he perdido la cuenta de cuántos he hecho durante estos años. ¿Quince? ¿Veinte? Siempre una localidad pequeña, un centro pequeño, siempre el mismo proceso. Los alumnos nuevos atraen la atención. A veces pongo en duda nuestra estrategia de elegir pueblos pequeños porque es muy difícil, casi imposible, pasar desapercibido. Pero también conozco el razonamiento de Henri: para ellos es igual de imposible pasar desapercibidos.

Mi nuevo instituto está a cinco kilómetros de nuestra casa. Henri me lleva allí por la mañana. Es más pequeño que la mayoría de los centros donde he estudiado y no es nada espectacular: una sola planta, largo y aplastado. Un mural de un pirata con un cuchillo entre los dientes cubre la fachada exterior, al lado de la puerta principal.

—¿Así que ahora serás un pirata? —dice Henri a mi lado.

—Eso parece —respondo.

—Recuerda las instrucciones.

—No es mi primera batalla.

—No demuestres tu inteligencia. Provocarías el resentimiento de los demás.

—Ni se me ocurriría.

—No destagues ni atraigas demasiada atención.

—Seré invisible.

—Y no hagas daño a nadie. Tú eres mucho más fuerte que los demás.

—Lo sé.

—Y lo más importante, mantente siempre preparado —me recuerda—. Preparado para irte al primer aviso. ¿Qué llevas en la mochila?

—Frutos secos y fruta deshidratada para cinco días. Calcetines de repuesto y ropa interior térmica. Impermeable. Un GPS de bolsillo. Un cuchillo en forma de bolígrafo.

—Llévalo siempre contigo. —Inspira profundamente y prosigue—: Y mantente alerta a cualquier señal. Tus legados se manifestarán cualquier día de estos. Escóndelos a toda costa y llámame enseguida.

—Ya lo sé, Henri.

—Cualquier día de estos, John —me repite—. Si tus dedos desaparecen, o si empiezas a flotar, o a sacudirte con violencia, si pierdes control muscular u oyes voces aunque no haya nadie hablando, llámame a la primera señal.

—Tengo el teléfono aquí mismo —contesto, dando unas palmaditas a mi mochila.

—Te esperaré aquí después de clase. Que tengas buena suerte hoy, hijo.

Le sonrío. Tiene cincuenta años, lo que significa que tenía cuarenta cuando llegamos. Para él, la transición fue más difícil debido a su edad. Todavía habla con un fuerte acento lórico, que a menudo confunden con el francés. Al principio eso fue una coartada perfecta, y por eso se hizo llamar Henri. Desde entonces se ha quedado con ese nombre, y solo va cambiando de apellido para que coincida siempre con el mío.

—Hala, voy a adueñarme del instituto —digo.

—Pórtate bien.

Camino hacia el edificio. Como ocurre en la mayoría de los institutos, hay una multitud de chicos y chicas charlando en la entrada. Se dividen en los típicos grupillos: los deportistas y las animadoras, los músicos de la banda con sus instrumentos, los empollones con sus gafas, sus libros de texto y sus BlackBerries, y los fumetas en un rincón, ajenos a todo lo demás. Un chico, desgarrado y con gafas de culo de vaso, está solo. Lleva una camiseta negra de la NASA y unos vaqueros, y no debe de pesar más de 45 kilos. Tiene un telescopio portátil y está observando el cielo, en su mayor parte tapado por las nubes. También me fijo en una chica que está tomando fotos y que se mueve con facilidad de un grupo a otro. Es guapísima, con una melena rubia lisa que le llega por debajo de los hombros, piel de marfil, pómulos altos y ojos azul claro. Todos parecen conocerla y saludarla, y a nadie le molesta que le saque fotos.

Ella parece verme, y entonces me sonríe y me saluda agitando la mano. Me pregunto por qué, y me giro para ver si hay alguien detrás de mí. Hay dos estudiantes hablando de los deberes de mates, pero nadie más. Vuelvo la cabeza otra vez hacia la chica, que está caminando hacia mí con una sonrisa en la boca. Nunca he visto a una chica tan atractiva, y mucho menos hablado con una, y lo que nunca habría imaginado es que me saludara y sonriera como si fuéramos amigos. Me pongo nervioso de inmediato, y empiezo a sonrojarme. Pero también desconfío, como me han enseñado. Al acercarse a mí, alza la cámara y

empieza a sacar fotos. Yo levanto las manos para taparme la cara. Ella baja la cámara y sonríe.

—No seas tan tímido.

—No lo soy. Solo intentaba proteger la lente. Con mi cara, podría romperla.

—Estando tan serio, no me extrañaría —dice, riendo—. ¿Y si sonríes?

Esbozo una leve sonrisa. Estoy tan nervioso que tengo miedo de explotar. Me noto el cuello ardiendo, las manos calentándose.

—Y esa no es una sonrisa de verdad —me dice, picándome—. En una sonrisa se ven los dientes.

Esta vez le dirijo una amplia sonrisa y ella me fotografía. Por lo general, no permito que nadie lo haga. Si una foto mía acabara en Internet, o en un periódico, sería mucho más fácil encontrarme. Las dos veces que me sacaron fotos, Henri se puso como una fiera, se hizo con ellas y las destruyó. Si supiera que estoy haciendo esto ahora, me daría una buena reprimenda. Pero no puedo evitarlo, esta chica es demasiado guapa y encantadora. Está haciéndome otra foto cuando se me acerca un perro corriendo. Es un beagle de orejas color canela, patas y pecho blancos, y tronco fino y negro. Se le ve flaco y sucio, como si estuviera viviendo en la calle. Se frota contra mi pierna, gime y trata de llamar mi atención. A la chica le parece muy mono y me pide que me agache para que pueda hacerme una foto con él. En cuanto empieza a disparar la cámara, el animal retrocede. Y cada vez que vuelve a intentarlo, se aleja más. Al final se da por vencida y me saca unas fotos más. El perro se queda sentado a unos diez metros, observándonos.

—¿Conoces a ese perro? —me pregunta.

—Nunca le había visto.

—Pues le has caído bien. Eres John, ¿no? —dice, extendiendo la mano hacia mí.

—Sí. ¿cómo lo sabes?

—Soy Sarah Hart. Mi madre es tu agente inmobiliaria. Me ha dicho que seguramente empezarias hoy las clases, y que te buscara. Y eres el único chico nuevo.

—Sí, he conocido a tu madre —ríe—. Es simpática.

—¿Me vas a dar la mano o no?

Todavía tiene la mano extendida. Sonríe y se la estrecho, y es una de las mejores sensaciones que he tenido nunca. De verdad.

—Hala —exclama.

—¿Qué?

—Tienes la mano caliente. Muy caliente, como si tuvieras fiebre o algo.

—No creo —contesto, y ella me suelta la mano.

—Será que tienes la sangre caliente.

—Sí, será eso.

Se oye el timbre a lo lejos, y Sarah me dice que es el primer aviso. Tenemos cinco minutos para entrar en clase. Nos despedimos y la miro mientras se va. Un instante después, algo me golpea el hombro por detrás. Me doy la vuelta y un grupo de deportistas, todos ellos con chaquetas del equipo de fútbol americano del instituto, pasan a mi lado rozándome. Uno de ellos me clava la mirada, y me doy cuenta de que ha sido él el que me ha golpeado con la mochila al pasar. Dudo que haya sido por accidente, y me voy tras ellos. Sé que no voy a hacer nada, aunque podría si quisiera. No me gustan los matones, la verdad. El chico de la camiseta de la NASA se me acerca para caminar a mi lado.

—Sé que eres nuevo, así que te pondré al día —me dice.

—¿Sobre qué?

—Ese es Mark James. Es un pez gordo en el instituto. Su padre es el sheriff del pueblo, y él es la estrella del equipo de fútbol. Antes salía con Sarah, cuando era animadora, pero ella dejó el equipo de animadoras y cortó con él. Mark no lo ha superado. Yo que tú no me metería.

—Gracias.

El chico se aleja corriendo, y yo me dirijo al despacho del director para matricularme y poder empezar con las clases. Antes, miro atrás para ver si el perro sigue cerca. Allí está, sentado en el mismo sitio, observándome.



El director es un tal señor Harris. Es gordo y más bien calvo, a excepción de algunos pelos largos detrás y a los lados de la cabeza. La barriga le sale por encima del cinturón. Tiene unos ojos pequeños y redondos, demasiado juntos. Me sonrío desde el otro lado de su mesa, y su sonrisa parece tragarse sus ojos.

—Entonces, ¿eres un estudiante de segundo y vienes de Santa Fe? —me pregunta.

Asiento, y digo que sí aunque nunca he estado en Santa Fe, ni en todo el estado de Nuevo México, de hecho. Es una mentira simple que ayuda a impedir que me sigan la pista.

—Eso explica el bronceado. ¿Qué te trae por Ohio?

—El trabajo de mi padre.

Henri no es mi padre, pero siempre digo que lo es para desviar sospechas. En realidad es mi protector, o lo que en la Tierra se entendería como tutor. En Lorien había dos tipos de ciudadanos. Por un lado, los que obtienen legados, o poderes, que pueden ser muy variados: desde la invisibilidad hasta la capacidad para leer mentes, desde el vuelo al control de las fuerzas naturales como el fuego, el viento o el rayo. Los que tienen legados se llaman guardianes, y los que no tienen se

llaman cêpan, o protectores. Yo soy un miembro de la Guardia. Henri es un cêpan. A cada guardián se le asigna un cêpan desde una edad temprana. Los cêpan nos ayudan a entender la historia de nuestro planeta y a desarrollar nuestros poderes. Los cêpan y los guardianes: un grupo para administrar el planeta, y otro grupo para defenderlo.

—¿Y a qué se dedica? —pregunta el señor Harris.

—Es escritor. Quería vivir en un pueblo pequeño y tranquilo para terminar el proyecto en el que está trabajando —digo, repitiendo nuestra tapadera de rigor.

El director asiente y entorna los ojos.

—Pareces un chico fuerte. ¿Has pensado en practicar algún deporte en el instituto?

—Ojalá pudiera, pero tengo asma, señor director —digo. Es mi excusa habitual para evitar cualquier situación que pueda delatar mi fuerza y velocidad.

—Siento oír eso. Siempre estamos abiertos a incorporar buenos deportistas a nuestro equipo de fútbol —dice, posando los ojos en una estantería de la pared, que sostiene un trofeo deportivo con la fecha de la última temporada grabada—. Ganamos la liga de pioneros —añade, sonriendo con orgullo.

Entonces estira el brazo y coge dos hojas de un archivador que hay al lado de su mesa y me las entrega. La primera es mi horario de clases, con algunas horas sin rellenar. La segunda es una lista de asignaturas optativas. Elijo mis clases, relleno los huecos y le devuelvo las hojas. A continuación me da una especie de charla de orientación, hablando durante lo que me parecen horas mientras repasa cada página de la guía del estudiante con una exasperante meticulosidad. Suena un timbre, y luego otro. Cuando termina al fin, me pregunta si tengo dudas. Le contesto que no.

—Estupendo. Queda media hora de la segunda clase, y has elegido astronomía con la señora Burton. Es una magnífica profesora, una de las mejores que tenemos. Ganó un premio estatal, firmado por el gobernador de Ohio en persona.

—Qué bien —digo.

El señor Harris se levanta de la silla con gran esfuerzo, y después salimos de su despacho y caminamos por el pasillo. Sus zapatos taconeán sobre el suelo recién encerado. El aire huele a pintura fresca y detergente. A lo largo de ambas paredes se alinean las taquillas de los alumnos. Muchas de ellas están cubiertas de banderines de apoyo al equipo del instituto. No debe de haber más de veinte aulas en todo el edificio. Las cuento mientras pasamos delante de cada una.

—Ya hemos llegado —dice el señor Harris, y le estrecho la mano que me extiende—. Nos alegra tenerte aquí. Me gusta pensar que somos una familia bien avenida. Me complace acogerte en ella.

—Gracias.

El señor Harris abre la puerta del aula y asoma la cabeza dentro. Solo

entonces me doy cuenta de que estoy un poco nervioso, de que me está invadiendo poco a poco una sensación como de mareo. Me tiembla la pierna derecha; siento un hormigueo en el fondo del estómago. No entiendo por qué. No puede ser la perspectiva de entrar en mi primera clase. Lo he hecho demasiadas veces para seguir sintiendo los efectos de los nervios. Inspiro profundamente e intento librarme de ellos.

—Siento interrumpirle, señora Burton. Ha llegado su nuevo alumno.

—¡Qué bien! Que entre —dice ella con una aguda voz de entusiasmo.

El señor Harris me sujeta la puerta y yo entro en el aula. Tiene una forma totalmente cuadrada, ocupada por veinticinco personas, más o menos, sentadas en pupitres rectangulares del tamaño de mesas de cocina, con tres alumnos en cada uno. Todos los ojos están pendientes de mí. Les devuelvo la mirada antes de girarme hacia la señora Burton. Ronda los sesenta años, y lleva un jersey de lana rosa y unas gafas rojas de pasta sujetas por una cadena que lleva alrededor del cuello. Muestra una amplia sonrisa, y su pelo es grisáceo y rizado. Me sudan las palmas de las manos y me arde la cara. Espero que no esté roja. El señor Harris cierra la puerta.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —me pregunta la profesora.

En mi estado agitado estoy a punto de decir «Daniel Jones», pero me contengo a tiempo. Inspiro profundamente y respondo:

—John Smith.

—¡Qué bien! ¿Y de dónde eres?

—De Flo... —empiezo a decir, pero entonces me contengo otra vez antes de dar la respuesta correcta—. Santa Fe.

—Chicos, démosle una cálida bienvenida.

Todos aplauden. La señora Burton me indica con una seña que me siente en la silla vacía que hay en mitad del aula, entre otros dos estudiantes. Me alivia que no me haga más preguntas. Entonces se da la vuelta para regresar a su mesa y yo me pongo a andar por el pasillo central, directo hacia Mark James, que está sentado en el mismo pupitre que Sarah Hart. Al pasar por su lado, saca el pie y me hace la zancadilla. Aunque pierdo el equilibrio, me mantengo de pie. Una oleada de risitas se filtra por la clase. La señora Burton se gira de golpe.

—¿Qué ha pasado?

En lugar de contestarle, miro fijamente a Mark. Todas las escuelas tienen uno, un chico duro, un matón, como quieras llamarle, pero nunca había tardado tan poco en materializarse como esta vez. Tiene el pelo moreno, lleno de gel fijador, peinado a propósito para que vaya en todas direcciones. Lleva las patillas meticulosamente recortadas a un par de milímetros de la cara. Unas cejas pobladas flotan sobre sus ojos oscuros. Veo que es un estudiante de último curso por su chaqueta del equipo de fútbol americano, que lleva su nombre bordado con letras doradas encima del año. Nuestras miradas no se separan, y la clase

emite un gemido burlón.

Dirijo la vista hacia mi asiento, tres pupitres más allá, y luego miro otra vez a Mark. Si yo quisiera, podría partírlle literalmente por la mitad, o lanzarle al condado vecino. Si él intentara huir en coche, yo alcanzaría su vehículo de todos modos y lo lanzaría a la copa de un árbol. Sería una reacción muy excesiva, desde luego, y las palabras de Henri resuenan en mi mente: «No destaques ni atraigas demasiada atención». Sé que debería seguir su consejo y pasar por alto lo que acaba de ocurrir, como he hecho siempre hasta ahora. Esa es nuestra especialidad, integrarnos con el entorno y vivir entre sus sombras. Pero me siento algo descolocado, intranquilo, y antes de poder pensármelo dos veces, ya he formulado la pregunta.

—¿Querías algo?

Mark aparta la mirada y barre con ella el resto del aula. Luego se incorpora en el asiento y me mira otra vez.

—¿A qué viene eso? —me pregunta.

—Has sacado el pie cuando pasaba. Y has chocado conmigo fuera. He pensado que a lo mejor querías algo de mí.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta la señora Burton detrás de mí. Vuelvo la cabeza para mirarla.

—Nada —contesto, y miro otra vez hacia Mark—. ¿Y bien?

Sus manos aprietan el borde del pupitre, pero no dice nada. Nuestras miradas siguen sin separarse hasta que él suspira y la desvía.

—Ya decía yo —le digo, y sigo caminando.

Los demás alumnos no saben cómo reaccionar, y la mayoría todavía me está mirando cuando ocupo mi sitio entre una chica pelirroja y pecosa, y un chico con sobrepeso que me mira con la boca abierta de par en par.

La señora Burton se queda de pie al frente de la clase. Parece un poco sofocada, pero entonces se encoge de hombros y empieza a explicar a qué se debe que haya anillos alrededor de Saturno, y que están compuestos mayormente de partículas de hielo y polvo. Al cabo de un rato dejo de escucharla y miro a los demás alumnos. Todo un nuevo grupo de gente con el que, una vez más, intentaré mantener las distancias. Siempre ha sido una medida muy delicada, tener la interacción justa con ellos para mantener cierto misterio pero sin convertirme en un bicho raro que destaque entre los demás. Hoy lo he hecho fatal.

Tomo una profunda bocanada de aire y lo suelto lentamente. Sigo teniendo un hormigueo en el estómago, un temblor persistente en la pierna, un calor en las manos cada vez mayor. Mark James, que está sentado tres mesas por delante de mí, se gira una vez y me mira, y después susurra algo al oído de Sarah. Ella se da la vuelta. Parece buena gente, pero el hecho de que haya salido con él y que ahora se siente a su lado me hace dudar. Me dirige una cálida sonrisa. Intento

devolverle la sonrisa, pero estoy como petrificado. Mark hace ademán otra vez de susurrarle al oído, pero ella niega con la cabeza y le aparta de sí. Mi audición es muy superior a la humana si me concentro, pero su sonrisa me ha alterado tanto que no puedo hacerlo. Me gustaría haber oído lo que se han dicho.

Abro y cierro las manos. Tengo las palmas sudadas, y están empezando a quemarme. Otra bocanada de aire. Mi visión se emborrona. Pasan cinco minutos, luego diez. La señora Burton todavía está hablando, pero no oigo lo que dice. Cierro los puños con fuerza y vuelvo a abrirlos. Al hacerlo, se me corta la respiración en la garganta. Un leve fulgor surge de mi palma derecha. La miro extrañado, atónito. Al cabo de unos segundos más, el fulgor empieza a intensificarse.

Cierro los puños. Mi primer temor es que algo le haya sucedido a uno de los demás. Pero ¿qué puede haberles ocurrido? Solo nos pueden matar por orden. Es así como funciona el encantamiento. Pero ¿eso impide también que les sobrevenga cualquier otro mal? ¿Y si alguien ha perdido la mano derecha? No tengo ninguna forma de averiguarlo. Pero si hubiera sucedido algo, lo habría notado en las cicatrices de los tobillos. Y solo entonces caigo en la cuenta. Mi primer legado debe de estar manifestándose.

Saco mi teléfono de la mochila y envío a Henri un mensaje de texto que dice «VNE», aunque quería escribir «VEN». Me siento demasiado mareado para enviar nada más. Cierro los puños y los apoyo en mi regazo. Están ardiendo y temblando. Abro las manos. La palma izquierda está muy roja, y la izquierda sigue refulgiendo. Echo una mirada al reloj de la pared y veo que la clase casi ha terminado. Cuando salga de aquí, buscaré una habitación vacía para llamar a Henri y preguntarle qué está pasando. Empiezo a contar los segundos: sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho. Tengo la sensación de que algo me va a explotar en las manos. Me concentro en seguir contando. Cuarenta, treinta y nueve. Ahora siento un cosquilleo en las palmas, como si me estuvieran pinchando con agujas. Veintiocho, veintisiete. Abro los ojos y miro fijamente a lo lejos, centrando la mirada en Sarah con la esperanza de que eso me distraiga. Quince, catorce. Verla solo empeora las cosas. Las agujas parecen clavos ahora. Clavos que han estado calentándose en un horno hasta ponerse al rojo vivo. Ocho, siete.

Suena el timbre y, en un abrir y cerrar de ojos, me levanto y salgo del aula, pasando a toda prisa por delante de los demás alumnos. Me siento mareado, como si a mis pies les costara sostenerme. Sigo por el pasillo sin saber adónde ir. Me doy cuenta de que alguien me sigue. Saco el horario del bolsillo trasero y miro el número de mi taquilla. La suerte ha querido que sea la que está justo a mi derecha. Me paro delante y apoyo la cabeza en la puerta metálica. Entonces meneo la cabeza contrariado, al darme cuenta de que con las prisas por salir del aula me he dejado la mochila allí, con el teléfono dentro. Y entonces alguien me

empuja.

—¿Qué pasa, chico duro?

Doy unos pasos vacilantes hacia atrás y me doy la vuelta. Mark está allí, sonriéndome.

—¿Algo va mal? —pregunta.

—No.

La cabeza me da vueltas. Tengo la sensación de estar a punto de desmayarme. Y me queman las manos. Lo que sea que está sucediendo, no podía haber sido en un momento peor. Mark me empuja otra vez.

—No eres tan duro cuando no hay profes delante, ¿eh?

Incapaz de tenerme en pie del mareo, tropiezo conmigo mismo y caigo al suelo. Sarah se planta delante de Mark.

—Déjale en paz.

—Esto no tiene nada que ver contigo —dice él.

—Ya. Ves a un chico nuevo hablando conmigo y lo primero que haces es buscar pelea con él. ¿Lo ves? Esto es solo un ejemplo más de por qué ya no estamos juntos.

Empiezo a ponerme de pie. Sarah estira el brazo para ayudarme y, en cuanto me toca, el dolor de mi mano me sube a la cabeza como si un rayo la hubiera alcanzado. Me doy la vuelta y echo a correr en dirección opuesta al aula de astronomía. Sé que todos pensarán que soy un cobarde por irme corriendo, pero temo desmayarme en cualquier momento. Ya daré las gracias a Sarah y me ocuparé de Mark más tarde. Ahora mismo solo necesito encontrar una habitación que se pueda cerrar desde dentro.

Llego al final del pasillo, que se comunica con la entrada principal del edificio. Intento recordar la charla orientativa del señor Harris, que incluía el lugar donde estaba cada aula del instituto. Si no recuerdo mal, el salón de actos, las salas de música y las salas de arte están al final de este pasillo. Corro hacia allí lo más rápido que puedo teniendo en cuenta mi estado actual. Detrás oigo a Mark gritándome, y a Sarah gritándole a él. Abro la primera puerta que encuentro y la cierro después de entrar. Por suerte tiene pestillo, y lo echo enseguida.

Estoy en una sala oscura. Hay unas cuerdas de secado de las que cuelgan ristas de negativos. Me desplomo sobre el suelo. La cabeza me da vueltas y las manos me arden. Desde el momento en que he visto la luz de mis manos, he mantenido los puños muy apretados. Bajo la vista para mirármelas y veo que la derecha todavía refulge, de forma intermitente. Empiezo a sentir pánico.

Me siento en el suelo. Los ojos me pican por el sudor, y las dos manos me duelen muchísimo. Sabía que un día obtendría mis legados, pero no tenía ni idea de que el proceso sería así. Abro las manos. La derecha emite un intenso brillo, a medida que la luz empieza a concentrarse. La izquierda parpadea de forma

tenue, pero la quemazón es casi insoportable. Ojalá Henri estuviera aquí. Espero que esté en camino.

Cierro los ojos y me rodeo el cuerpo con los brazos. Me balanceo adelante y atrás en el suelo, paralizado por el dolor. No sé cuánto tiempo pasa. ¿Un minuto? ¿Diez? Suenan los timbres que señalan el comienzo de otra clase. Oigo a gente hablando al otro lado de la puerta. Esta se sacude un par de veces, pero está cerrada con pestillo y nadie puede entrar. Sigo balanceándome, con los ojos cerrados con fuerza. Empiezan a oírse más golpes en la puerta. Y unas voces amortiguadas que no llego a entender. Abro los ojos y veo que el fulgor de mis manos ha iluminado el cuarto entero. Aprieto los puños para que la luz cese, pero se filtra entre mis dedos. Entonces, la puerta empieza a sacudirse con más fuerza. ¿Qué pensarán de la luz de mis manos? No hay forma de disimularlo. ¿Cómo voy a explicarlo?

—John, abre la puerta. Soy yo —dice una voz.

Me invade una oleada de alivio. Es la voz de Henri, la única del mundo que quiero oír.

CAPÍTULO CINCO



ME ARRASTRO HASTA LA PUERTA Y QUITO el pestillo. La puerta se abre, y veo a Henri cubierto de tierra y con ropa de jardinería, como si hubiese estado trabajando en el exterior de la casa. Estoy tan contento de verle que siento el impulso de levantarme de un salto y estrecharle entre mis brazos. Lo intento, pero estoy demasiado mareado y vuelvo a caerme al suelo.

—¿Va todo bien ahí? —pregunta el señor Harris, que está detrás de Henri.

—Sí, todo va bien. Déjenos un momento solos, por favor —responde él.

—¿Quiere que llame a una ambulancia?

—¡No!

La puerta se cierra. Henri me mira las manos. La luz de la derecha es muy intensa, pero la de la izquierda parpadea levemente, como si intentara ganar confianza en sí misma. Henri tiene una amplia sonrisa en la boca, y su cara brilla como un faro.

—Ahh, gracias a Lorien —suspira, y luego se saca del bolsillo trasero un par de guantes de jardinería de cuero—. Qué suerte hemos tenido de que estuviera trabajando en el jardín. Póntelos.

Hago lo que me dice, y veo que los guantes tapan completamente la luz. El señor Harris abre la puerta y asoma la cabeza dentro.

—¿Señor Smith? ¿Va todo bien?

—Sí, no se preocupe. Denos solo treinta segundos —dice Henri, y después se dirige de nuevo hacia mí—. Un poco entrometido, tu director.

Tomo una profunda bocanada de aire y lo exhalo.

—Comprendo lo que está ocurriendo, pero ¿por qué esto?

—Es tu primer legado.

—Ya, pero ¿a qué vienen las luces?

—Ya lo hablaremos en la camioneta. ¿Puedes andar?

—Creo que sí.

Me ayuda a levantarme. Sigo temblando, y no mantengo el equilibrio. Me apoyo en su antebrazo para no caer.

—Tengo que recuperar mi mochila antes de irme —digo.

—¿Dónde está?

—La he dejado en el aula.

—¿Qué número?

—Diecisiete.

—Te llevaré primero a la camioneta y luego iré por la mochila.

Paso el brazo derecho por encima de sus hombros, y él soporta mi peso rodeándome la cintura con su brazo izquierdo. Aunque ya ha sonado el segundo aviso, todavía oigo gente en el pasillo.

—Tienes que caminar lo más derecho y normal que puedas.

Inspiro profundamente. Intento reunir todas las reservas de fuerza que me quedan para acometer el largo camino que queda hasta salir del edificio.

—Vámonos —decido.

Me seco el sudor de la frente y salgo del cuarto oscuro con Henri. El señor Harris todavía está al otro lado de la puerta.

—Es solo un ataque fuerte de asma —le dice Henri mientras pasa por su lado.

En el pasillo sigue habiendo un grupo de veinte personas o así, y la mayoría llevan cámaras colgadas del cuello, esperando poder entrar en el cuarto oscuro para la clase de fotografía. Menos mal que Sarah no está en el grupo. Camino tan derecho como puedo, poniendo un pie delante del otro. La salida del instituto está a treinta metros de distancia. Eso son muchos pasos. La gente cuchichea.

—Menudo colgado.

—¿Va a venir a este instituto o qué?

—Espero que sí, es guapo.

—¿Qué estaría haciendo en el cuarto oscuro para que se le haya puesto la cara tan roja? —Oigo, y todos se ríen.

Del mismo modo que nosotros podemos concentrar nuestra capacidad de audición, podemos desconectarla, cosa que ayuda cuando estás intentando orientarte entre el ruido y la confusión. Así pues, apago el ruido y sigo andando pegado a Henri. Cada paso me parecen diez, pero al final llegamos hasta la puerta. Henri la sostiene para mí y yo intento andar solo hasta la camioneta, que está aparcada enfrente. Para dar los últimos veinte pasos apoyo otra vez el brazo en sus hombros. Abre la puerta de la camioneta y yo me meto dentro.

—¿Diecisiete, has dicho?

—Sí.

—Deberías habértela llevado. Los pequeños errores provocan grandes

errores. No podemos permitirnos ninguno.

—Lo sé. Lo siento.

Henri cierra la puerta y vuelve a entrar en el edificio, mientras yo me refugio en la camioneta e intento calmar la respiración. Todavía noto el sudor en la frente. Me incorporo en el asiento y bajo el parasol para poder mirarme al espejo. Tengo la cara más roja de lo que creía, y los ojos un poco húmedos. Pero a pesar del dolor y el agotamiento, sonrío. «Por fin», pienso. Tras años de espera, tras años de tener el intelecto y el sigilo como única defensa contra los mogadorianos, mi primer legado se ha manifestado. Henri sale del instituto con mi mochila. Da la vuelta alrededor de la camioneta, abre la puerta y deja la mochila sobre el asiento.

—Gracias —le digo.

—No hay de qué.

Cuando salimos del aparcamiento, me quito los guantes y me examino las manos con más calma. La luz de la derecha está empezando a concentrarse en un haz, como una linterna pero más brillante. La quemazón está empezando a mitigarse. La mano izquierda sigue parpadeando levemente.

—Deberías dejártelos puestos hasta que lleguemos a casa —dice Henri.

Vuelvo a ponerme los guantes y le miro con atención. Luce una gran sonrisa de orgullo.

—Ha sido una espera larga de la mierda —dice.

—¿Qué? —pregunto.

Él me mira y vuelve a decir:

—Una espera larga de la mierda. Para que aparecieran tus legados.

Me echo a reír. Apesar de que Henri ha aprendido a la perfección un montón de cosas desde que está en la Tierra, decir palabrotas no es una de ellas.

—Una espera larga de la hostia —le corrijo.

—Sí, eso es lo que he dicho.

Henri entra en la carretera que conduce a nuestra nueva casa.

—Bueno, y ahora, ¿qué? ¿Significa eso que podré disparar rayos láser por las manos, o qué?

—No estaría mal, pero no —contesta él con una gran sonrisa.

—Entonces, ¿qué voy a hacer con las luces? ¿Cuando me persigan me daré la vuelta y los deslumbraré con ellas? Como si eso fuera a amedrentarlos o algo.

—Paciencia —me dice—. No tienes por qué comprenderlo todavía. Espera a que lleguemos a casa.

Y entonces recuerdo algo que casi me hace dar un bote en el mismo asiento.

—¿Significa esto que por fin abriremos el Cofre?

Él asiente y sonríe.

—Muy pronto.

—¡Ya era hora! —digo.

El cofre lórico con su intrincado dibujo me ha obsesionado toda la vida. Es una caja de madera de aspecto frágil, con el símbolo lórico tallado en un lado, que Henri ha mantenido en el más absoluto misterio. Nunca me ha dicho qué hay dentro, y es imposible de abrir. Lo sé porque lo he intentado más veces de las que puedo contar, y siempre sin éxito. Está cerrado con un candado que no tiene ranura visible para la llave.

Cuando llegamos a casa, me doy cuenta de que Henri ha estado trabajando en ella. Las tres sillas del porche de la entrada han sido retiradas, y todas las ventanas están abiertas. Dentro, las sábanas que cubrían los muebles ya no están, y algunas de las superficies están limpias. Dejo mi mochila encima de la mesa del salón y la abro. Siento una oleada de indignación.

—La madre que lo... —digo.

—¿Qué?

—Falta mi móvil.

—¿Dónde está?

—He tenido una pequeña riña esta mañana con un chico llamado Mark James. Seguro que lo ha cogido él.

—John, has pasado una hora y media allí. ¿Cómo has podido tener ya una riña? Te creía más sensato.

—Es un instituto. Soy el nuevo. Es fácil.

Henri saca su teléfono del bolsillo y marca mi número. Acto seguido, lo cierra.

—Está apagado —dice.

—Claro que está apagado.

Henri me mira fijamente.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta en un tono de voz que reconozco. Es el que usa cuando está pensando en otro traslado.

—Nada. Solo una discusión de nada. Seguro que se me ha caído al suelo cuando lo metía en la mochila —digo, aunque sé que no ha sido así—. No estaba muy fino en ese momento. Lo más seguro es que esté esperándome en objetos perdidos.

Él escudriña la casa con la mirada y deja escapar un suspiro.

—¿Te ha visto alguien las manos?

Le miro a los ojos. Los tiene inyectados en sangre, más rojos que cuando me llevó al instituto. Su pelo está revuelto, y tiene un aire abatido que da la impresión de que vaya a desplomarse de cansancio en cualquier momento. La última vez que dormí fue en Florida, hace dos días. No sé ni cómo se mantiene en pie todavía.

—Nadie.

—Has estado en el instituto una hora y media. Se ha manifestado tu primer legado, casi te has metido en una pelea y te has dejado la mochila en clase. Eso

no es lo que yo llamo integrarse en el entorno.

—No ha sido nada. Desde luego, nada que merezca mudarnos a Idaho, o a Kansas, o a donde sea que esté nuestro siguiente hogar.

Henri entorna los ojos, reflexionando sobre todo lo que ha visto y oído para decidir si eso basta para justificar una nueva huida.

—Ahora es el peor momento para ser descuidado —dice.

—Hay discusiones en todos los institutos todos los días de la semana. Te aseguro que no van a encontrar nuestra pista solo porque un matón se haya metido con el chico nuevo.

—No se encienden las manos del chico nuevo en todos los institutos.

Dejo escapar un suspiro.

—Henri, pareces al borde de la muerte. Échate una siesta. Cuando hayas dormido un poco podremos decidirlo.

—Tenemos mucho de que hablar.

—Nunca te he visto tan cansado. Duerme unas horillas y luego hablamos.

Él asiente al fin.

—Sí, seguramente una siesta me sentará bien.



Después de que Henri se vaya a su habitación y cierre la puerta, yo salgo afuera y paseo un rato por el jardín. El sol está detrás de los árboles y sopla un viento fresco. Todavía llevo los guantes en las manos. Me los quito y los guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Mis manos están igual que antes. En honor a la verdad, solo una parte de mí se siente ilusionada de que haya aparecido mi primer legado después de tantos años de impaciente espera. La otra parte se siente derrotada. Nuestros constantes traslados me tienen agotado, y a partir de ahora me será imposible integrarme o quedarme en un solo sitio durante un periodo prolongado. No podré hacer amigos ni sentirme uno más. Estoy cansado de los nombres falsos y las mentiras, harto de tener que vigilar mis espaldas para ver si me siguen.

Bajo el brazo y me toco las tres cicatrices del tobillo derecho. Tres círculos que representan a los tres muertos. Estamos unidos los unos a los otros por algo más que nuestra raza. Mientras me toco las cicatrices, intento imaginarme quiénes eran, si eran chicos o chicas, dónde vivían, o qué edad tenían cuando murieron. Intento recordar a los demás niños que estaban conmigo en la nave y asignarles un número a cada uno. Pienso en cómo sería conocerlos, charlar con ellos. En cómo serían las cosas si todavía estuviéramos en Lorient. En cómo serían las cosas si el destino de toda nuestra raza no dependiera de la

supervivencia de un escaso puñado de nosotros. En cómo serían las cosas si no estuviéramos todos en peligro de morir a manos de nuestros enemigos.

Saber que soy el siguiente es un pensamiento aterrador. Pero hemos mantenido nuestra ventaja sobre ellos moviéndonos, huyendo sin parar. Aunque estoy harto de tanta huida, sé que es el único motivo de que sigamos vivos. Si paramos, nos encontrarán. Y ahora que soy el siguiente de la lista, sin duda han acelerado la búsqueda. Por fuerza tienen que saber que estamos haciéndonos más fuertes, obteniendo nuestros legados.

Y además está el otro tobillo y la cicatriz que hay en él, formada cuando se realizó el encantamiento en aquellos preciosos instantes antes de abandonar Lorien. Es la marca que nos une a todos.

CAPÍTULO SEIS



ENTRO EN LA CASA Y ME TUMBO EN EL colchón desnudo de mi cuarto. La mañana me ha agotado y dejo que se me cierren los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, el sol se ha elevado por encima de las copas de los árboles. Salgo de la habitación. Henri está en la mesa de la cocina, con el portátil abierto, y sé que ha estado navegando por Internet, como hace siempre, en busca de información o de noticias que puedan indicarnos dónde están los demás.

—¿Has dormido? —le pregunto.

—No mucho. Ahora tenemos conexión, y no he mirado las noticias desde Florida. Ya no aguantaba más.

—¿Algo que valga la pena?

Él se encoge de hombros y contesta:

—Un joven de catorce años se ha caído de un cuarto piso en África y se ha levantado sin un rasguño. Y otro de quince años de Bangladesh afirma ser el Mesías.

—Está claro que el de quince años no es uno de nosotros —digo, riendo—. ¿Qué opinas del otro?

—Tampoco. Sobrevivir a una caída de cuatro plantas no es una proeza tan grande. Además, si fuese uno de nosotros, no habría sido tan descuidado, ¿verdad? —dice él, guiñándome un ojo.

Sonríó y me siento enfrente de Henri. Él cierra el ordenador y apoya las manos sobre la mesa. Su reloj marca las 11.36. Llevamos en Ohio poco más de medio día y ya han sucedido muchas cosas. Me miro las palmas. Su fulgor se ha atenuado desde la última vez.

—¿Sabes qué es lo que tienes? —pregunta.

—Luces en las manos.

—Se llama lumen —dice, riendo entre dientes—. Con el tiempo podrás controlar la luz.

—Eso espero, porque, si no se apagan pronto, nuestra nueva identidad se habrá ido a la porra. De todos modos, todavía no les veo la gracia.

—El lumen no consiste solo en las luces. Te lo aseguro.

—¿Y en qué más consiste?

Henri entra en su habitación y vuelve con un encendedor en la mano.

—¿Recuerdas algo de tus abuelos? —pregunta.

En Lorien nos crían los abuelos. No vemos mucho a nuestros padres hasta que alcanzamos la edad de veinticinco años, cuando tenemos nuestros propios hijos. La esperanza de vida de los lóricos es de unos doscientos años, mucho más que la de los seres humanos, y cuando tienen hijos, a una edad comprendida entre los veinticinco y los treinta y cinco años, los mayores son los que los crían mientras los padres siguen afinando sus legados.

—Poca cosa —respondo—. ¿Por qué?

—Porque tu abuelo tenía el mismo don.

—No recuerdo que le brillaran nunca las manos.

—Igual nunca tuvo motivos para usarlo —dice él, encogiéndose de hombros.

—Fantástico, un don que nunca voy a usar. Suena genial.

Él meneaba la cabeza de lado a lado y me dice:

—Dame la mano.

Le doy la derecha. Él enciende el mechero y lo acerca hasta tocar la punta de un dedo con la llama.

—¿Qué estás haciendo? —le digo, apartando la mano.

—Confía en mí.

Le doy la mano otra vez. Él la coge y vuelve a encender el mechero. Me mira a los ojos y sonríe. Bajo la vista y veo que mantiene la llama tocando la punta de mi dedo corazón. No siento nada, pero el instinto me obliga a apartar la mano de todos modos. Me froto el dedo. No me lo noto distinto de antes.

—¿Te ha dolido? —me pregunta.

—No.

—Dámela otra vez, y avísame cuando notes algo.

Henri vuelve a tocarme la punta del dedo con la llama, y luego empieza a subirla muy despacio por el dorso de la mano. Noto un ligero cosquilleo en el punto donde la llama toca la piel, pero nada más. Solo cuando el fuego llega a la muñeca empiezo a notar que quema. Retiro el brazo.

—Au.

—Lumen —confirma—. Serás inmune al fuego y al calor. Tus manos aprenden de forma natural, pero tendrás que entrenar el resto del cuerpo.

Una gran sonrisa me recorre la cara.

—Inmune al fuego y al calor —repito—. O sea, ¿que nunca más me voy a quemar?

—Con el tiempo, no.

—¡Es alucinante!

—Al final no va a ser un legado tan malo, ¿eh?

—Nada malo —asiento—. Bueno, ¿y qué pasa con las luces? ¿Acabarán apagándose?

—Sí, seguramente después de un sueño reparador, cuando tu mente se olvide de que están encendidas —responde—. Pero durante un tiempo tendrás que tener cuidado de no alterarte. Un desequilibrio emocional puede hacer que se te enciendan otra vez, si estás demasiado nervioso, o enfadado, o triste.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que aprendas a controlarlas. —Henri cierra los ojos y se frota la cara con las manos—. En fin, yo voy a intentar dormir otra vez. Hablaremos de tu entrenamiento dentro de unas horas.

Me quedo en la mesa de la cocina después de que se haya ido. Abro y cierro las manos, hago profundas respiraciones e intento calmarme completamente por dentro para que las luces se apaguen.

Por supuesto, no tengo éxito.

Toda la casa sigue patas arriba, a excepción de las cuatro cosas que ha hecho Henri mientras yo estaba fuera. Sé que preferiría que nos marcháramos otra vez, pero no hasta el punto de que no pueda convencerle de que nos quedemos. A lo mejor, si se despierta y se encuentra con la casa limpia y ordenada, eso acabará de inclinar la balanza a mi favor.

Empiezo por mi habitación. Quito el polvo, limpio las ventanas, barro el suelo. Cuando ya está todo limpio, echo las sábanas, las almohadas y las mantas sobre la cama, y después cuelgo y doblo toda mi ropa. La cómoda está vieja y desvencijada, pero la lleno y coloco encima los pocos libros que tengo. Así de fácil: una habitación limpia, con todas mis pertenencias bien ordenadas.

Sigo con la cocina, apartando los platos y limpiando las encimeras. Eso me da algo que hacer y me ayuda a olvidarme de lo de las manos, aunque sigo pensando en Mark James mientras limpio. Es la primera vez en mi vida que le planto cara a alguien. Es algo que muchas veces he querido hacer pero nunca he hecho porque quería pasar desapercibido, siguiendo el consejo de Henri. Siempre he intentado retrasar cada traslado todo lo que he podido, pero lo de hoy ha sido diferente. Cuando alguien te avasalla y tú le plantas cara, sientes una especie de satisfacción. Y luego está el tema del robo del móvil. Podremos conseguir otro fácilmente, claro, pero ¿qué clase de justicia sería esa?

CAPÍTULO SIETE



ME DESPIERTO ANTES DE QUE SUENE EL despertador. La casa está fría y en silencio. Saco las manos de debajo de las sábanas y las levanto. Son normales: sin luces, sin fulgor. Sintiéndome el cuerpo pesado, me levanto de la cama y entro en el salón. Henri está en la mesa de la cocina, leyendo el periódico local y tomando café.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que nunca —le contesto. Me sirvo un bol de cereales y me siento delante de él—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Varios recados. Nos estamos quedando sin dinero. Estoy pensando en hacernos una transferencia.

Lorien es (o era, según cómo se mire) un planeta rico en recursos naturales, como piedras preciosas y metales. Cuando nos fuimos, se entregó a cada cêpan un saco lleno de diamantes, esmeraldas y rubíes para vender cuando llegáramos a la Tierra. Eso es lo que hizo Henri, y entonces ingresó el dinero en una cuenta bancaria extranjera. No sé cuánto hay allí, y tampoco lo pregunto, pero estoy seguro de que hay suficiente para diez vidas, si no más. Henri saca dinero de la cuenta una vez al año, más o menos.

—Pero no sé si hacerlo —sigue diciendo—. No quiero alejarme demasiado, por si acaso ocurre algo más hoy.

Intento quitar importancia a lo sucedido ayer con un gesto de la mano.

—No te preocupes por mí. Ve por la paga.

Miro por la ventana. Está amaneciendo, y una luz pálida se proyecta sobre todo el paisaje. La camioneta está cubierta de rocío. Hace bastante tiempo que no hemos vivido un invierno. No tengo ni una chaqueta, y casi todos mis jerséis

se me han quedado pequeños.

—Parece que hace frío fuera —comento—. Podríamos ir a comprar ropa un día de estos.

Él asiente y contesta:

—Estuve pensándolo anoche, y por eso debería ir al banco.

—Entonces, ve. Hoy no va a pasar nada.

Me termino los cereales, dejo el bol sucio en el fregadero y me meto en la ducha. Diez minutos después, me he vestido con unos vaqueros y una camiseta térmica negra, con las mangas subidas hasta los codos. Me miro al espejo, y luego me observo las manos. Me siento sereno. Así es como tengo que seguir.

Mientras me lleva al instituto, Henri me da un par de guantes.

—Llévalos encima en todo momento. Nunca se sabe.

Me los meto en el bolsillo trasero y le contesto:

—No creo que me vayan a hacer falta. Me encuentro muy bien.

Delante del instituto, el aparcamiento está lleno de autobuses. Henri se para en uno de los lados del edificio.

—No me gusta que no tengas móvil —me dice—. Podrían ir mal muchas cosas.

—No te preocupes. Lo recuperaré pronto.

Él suspira y menea la cabeza.

—No hagas ninguna estupidez. Estaré aquí mismo cuando terminen las clases.

—Descuida —respondo. Salgo de la camioneta y Henri se va.

Dentro, los pasillos son un hervidero de actividad. Los estudiantes se agolpan frente a las taquillas, charlando y riendo. Algunos me miran y susurran. No sé si es por lo del enfrentamiento o por lo del cuarto oscuro. Lo más probable es que estén cuchicheando sobre las dos cosas. Es un instituto pequeño, y en los sitios pequeños hay pocas cosas que no se sepan al instante.

Cuando llego a la entrada principal, giro a la derecha y me voy hacia mi taquilla. Está vacía. Tengo quince minutos antes de que empiece la clase de redacción de segundo. Paso al lado del aula para asegurarme de que sé dónde está y luego me dirijo hacia secretaria. Cuando entro, la secretaria me sonríe.

—Hola —digo—. Ayer perdí mi móvil, y me preguntaba si alguien lo habría dejado en objetos perdidos...

—No, lo siento, pero no han dejado ningún teléfono —contesta ella, negando con la cabeza.

—Gracias.

Vuelvo al pasillo, pero no veo a Mark por ningún lado. Elijo una dirección cualquiera y me pongo a caminar. La gente todavía cuchichea y se me queda mirando, pero me da igual. Al final le veo, quince metros más adelante. De repente, noto un subidón de adrenalina. Me miro las manos. No hay cambios. Me preocupa que se enciendan, pero esa misma preocupación puede desencadenar

el efecto.

Mark está apoyado en una de las taquillas cruzado de brazos, en medio de un grupo de cinco chicos y dos chicas, todos ellos charlando y riendo. Sarah está sentada en el alféizar de una ventana, a unos cinco metros de distancia. Hoy está radiante, con una falda y un jersey gris, y el pelo rubio atado en una coleta. Está leyendo un libro, pero levanta la vista cuando me acerco hacia ellos.

Me paro justo enfrente del grupo, miro a Mark y espero. Él se fija en mí unos cinco segundos más tarde.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

—Ya sabes lo que quiero.

Nuestras miradas no se separan. El grupo que nos rodea aumenta a diez personas, y luego a veinte. Sarah se pone de pie y se acerca al grupo. Mark lleva su chaqueta del equipo, y se ha peinado el pelo procurando que parezca que acaba de salir de la cama.

Se despegas de la taquilla y camina en mi dirección. Cuando queda a unos centímetros de mí, se detiene. Su pecho está casi tocando el mío, y el aroma penetrante de su colonia me llena la nariz. Debe de medir un metro ochenta y cinco, unos cinco centímetros menos que yo. Tenemos una constitución parecida. Lo que no sospecha es que estoy hecho de una cosa distinta que él. Soy más rápido que él, y mucho más fuerte. Esa idea me trae una sonrisa de confianza a la cara.

—¿Crees que podrás quedarte un ratito más hoy? —me dice—. ¿O vas a salir corriendo otra vez como una nenaza?

Una oleada de risillas recorre el grupo.

—Eso está por ver, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí —dice, y se acerca aún más.

—Devuélveme mi móvil.

—Yo no tengo tu móvil.

Meneo la cabeza, retándole.

—Hay dos personas que te han visto cogiéndolo —miento.

Por la forma en que se le arruga el entrecejo veo que he acertado.

—Bueno, ¿y qué pasa si he sido yo? ¿Qué vas a hacer?

Ahora debe de haber como treinta personas a nuestro alrededor. No tengo ninguna duda de que, antes de que hayan pasado diez minutos desde el comienzo de la primera clase, todo el instituto sabrá lo que ha ocurrido.

—Date por avisado. Tienes de tiempo hasta el final de las clases —le digo, y entonces me doy la vuelta y me alejo.

—Y si no, ¿qué? —grita detrás de mí, pero hago como que no le he oído. Que él mismo se conteste.

Tengo los puños apretados, y comprendo que he confundido los nervios con la adrenalina. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿La incertidumbre? ¿El hecho de que

sea la primera vez que le planto cara a alguien? ¿La posibilidad de que mis manos empiecen a brillar? Seguramente, las tres cosas a la vez.

Voy al servicio, me meto en un compartimento vacío y paso el pestillo de la puerta. Abro las manos. Un ligero fulgor en la derecha. Cierro los ojos, suspiro e intento respirar despacio. Un minuto después, el fulgor sigue allí. Meneo la cabeza, contrariado. No imaginaba que el legado sería tan sensible. Me quedo en el compartimento. Una fina capa de sudor me cubre la frente; tengo las dos manos calientes, pero al menos la izquierda sigue estando normal. Hay un goteo de gente que entra y sale del baño, pero yo me quedo en el compartimento, esperando. La luz no se va. Finalmente, suena el timbre de la primera clase y el servicio se queda vacío.

Meneo la cabeza una vez más, aceptando lo inevitable. No he recuperado el teléfono y Henri está de camino al banco. Me he quedado solo con mi propia estupidez y no tengo a nadie a quien culpar excepto a mí mismo. Saco los guantes del bolsillo trasero y me los pongo. Son guantes de jardinería de cuero. Ni poniéndome unos zapatos de payaso y unos pantalones amarillos tendría un aspecto más ridículo. Así no hay quien se integre. Comprendo que tengo que dejar en paz a Mark. Él gana. Que se quede con mi móvil; Henri y yo compraremos otro por la tarde.

Salgo del servicio y camino por el pasillo vacío en dirección a la clase. Cuando entro, todos dirigen la mirada hacia mí, y luego hacia los guantes. No serviría de nada intentar ocultarlos. Parezco un payaso. Soy un alienígena, tengo poderes extraordinarios y tendré más, y puedo hacer cosas con las que ningún ser humano soñaría, pero parezco un payaso de todos modos.



Me siento en el centro del aula. Nadie me dice nada, y yo estoy demasiado aturullado para oír lo que dice la profesora. Cuando suena el timbre, recojo mis cosas, las meto en la mochila y me paso las correas sobre el hombro. Todavía llevo los guantes puestos. Cuando salgo del aula, levanto la muñeca del guante derecho para mirarme la palma. Todavía resplandece.

Camino por el pasillo con paso firme y respiración lenta. Intento despejarme la mente, pero no lo consigo. Cuando entro en la clase de astronomía, Mark está sentado en el mismo sitio de ayer, con Sarah a su lado. Él me dirige una sonrisa burlona. Al hacerse el duro, no se ha fijado en los guantes.

—¿Qué te cuentas, corredor? He oído que el equipo de cross está buscando nuevos miembros.

—No seas tan capullo —le dice Sarah. Al pasar por su lado la miro a sus ojos

azules que me intimidan e incomodan, que me encienden las mejillas.

El sitio donde estuve ayer está ocupado, así que me siento en la última fila. La clase se va llenando y el chico de las gafas, el que me avisó ayer sobre Mark, se sienta a mi lado. Lleva otra camiseta negra con el logo de la NASA en el centro, pantalones militares y unas deportivas Nike. Tiene el pelo rubio cobrizo bastante alborotado, y los ojos, de color miel, se ven aumentados por las gafas. Saca una libreta llena de diagramas de constelaciones y planetas y la deja en la mesa. Dirige la vista hacia mí y me mira fijamente sin disimulo.

—¿Qué tal te va? —le saludo.

Él se encoge de hombros y me pregunta:

—¿Por qué llevas guantes?

Abro la boca para contestar, pero la señora Burton empieza a dar la clase en ese momento. Durante toda la hora, mi compañero de pupitre hace dibujos de lo que parece ser su visión de cómo son los marcianos. Cuerpos pequeños; cabezas, manos y ojos grandes. Las mismas representaciones estereotípicas que suelen verse en las películas. Al pie de cada dibujo escribe su nombre con letras pequeñas: «SAM GOODE». Se da cuenta de que estoy mirando, y aparto la vista.

Mientras la señora Burton prosigue su lección sobre las sesenta y una lunas de Saturno, miro la parte de atrás de la cabeza de Mark. Está encorvado sobre su pupitre, escribiendo. Entonces se incorpora y pasa una nota a Sarah, que se la devuelve con malas maneras y sin leerla. Eso me hace sonreír. La señora Burton apaga las luces y pone en marcha un vídeo. Los planetas que rotan en la imagen proyectada a la pantalla que hay frente a la clase me hacen pensar en Lorien, uno de los dieciocho planetas con vida que hay en el universo. La Tierra es otro. Mogador, por desgracia, es otro.

Lorien. Cierro los ojos y me zambullo en mi memoria. Un planeta viejo, cien veces más que la Tierra. Ha pasado ya por todos los problemas que tiene la Tierra: contaminación, superpoblación, calentamiento global, escasez de alimentos... Llegó un momento, hace veinticinco mil años, en que el planeta empezó a morir. Eso ocurrió mucho antes de la posibilidad de viajar por el universo, y las gentes de Lorien tuvieron que hacer algo para asegurar su supervivencia. De forma lenta pero firme, se comprometieron a favorecer la regeneración duradera del planeta cambiando su estilo de vida, eliminando todo lo que era dañino (armas, bombas, productos químicos tóxicos, contaminantes, etc.), y, con el paso del tiempo, el daño empezó a revertir. Gracias a miles de años de evolución, algunos de sus habitantes (la Guardia) desarrolló nuevos poderes para proteger y cuidar el planeta. Era como si Lorien hubiese recompensado a mis ancestros por su capacidad de previsión, por su respeto.

La señora Burton enciende las luces. Abro los ojos y miro el reloj. La clase ya casi ha terminado. Me siento otra vez en calma: me había olvidado por

completo de mis manos. Inspiro profundamente y abro la muñeca del guante derecho. ¡La luz se ha apagado! Sonríe y me quito los dos guantes. Todo vuelve a ser normal. Me quedan seis clases más. Tengo que permanecer sereno hasta que terminen todas.



La primera mitad del día transcurre sin incidentes. Sigo en calma, y además no tengo más encuentros con Mark. A la hora del almuerzo, me lleno la bandeja con lo mínimo y busco una mesa vacía al fondo del comedor. Estoy comiéndome una cuña de pizza cuando Sam Goode, el chico de la clase de astronomía, se sienta delante de mí.

—¿Te vas a pelear con Mark cuando terminen las clases? —me pregunta.

—No —contesto, meneando la cabeza.

—La gente dice que sí.

—Pues se equivocan.

Sam se encoge de hombros y sigue comiendo. Un minuto después, pregunta:

—¿Qué has hecho con los guantes?

—Me los he quitado. Ya no tengo frío en las manos.

Abre la boca para responder, pero una albóndiga gigante que seguro que iba dirigida a mí sale de no se sabe dónde y le alcanza en la parte de atrás de la cabeza. El proyectil le ha llenado el pelo y los hombros de trozos de carne y de salsa de espagueti, y una parte me ha salpicado a mí. Cuando empiezo a limpiarme, otra albóndiga vuela por los aires y me da en toda la mejilla. Se oyen exclamaciones en el comedor.

Me pongo de pie y me limpio la cara con una servilleta, mientras la ira empieza a adueñarse de mí. En este momento dejo de preocuparme por mis manos. Por mí, como si brillan más fuerte que el sol, aunque Henri y yo tengamos que irnos esta misma tarde si hace falta. Pero ni de coña voy a dejar pasar esto. Por la mañana había decidido olvidarme del asunto... pero ya no.

—No vayas —dice Sam—. Si empiezas una pelea, nunca más te dejarán en paz.

Me pongo a caminar. El silencio se apodera del comedor. Cien pares de ojos están pendientes de mí. Mi cara se contrae por el enfado. En la mesa de Mark James hay siete personas sentadas, todos tíos. Los siete se levantan cuando me acerco.

—¿Tienes algún problema con nosotros? —me pregunta uno de ellos. Es muy corpulento, con la constitución de un futbolista de línea ofensiva. Algunos pelillos rojizos le salen de las mejillas y la barbilla, como si intentara dejarse barba. Le

dan un aspecto sucio a su cara. Como el resto del grupo, lleva la chaqueta del equipo. Se cruza de brazos y se planta delante de mí.

—Esto no tiene nada que ver contigo —le digo.

—Tendrás que pasar por encima de mí para llegar hasta él.

—Lo haré si no te apartas de mi camino.

—No creo que puedas —me contesta.

Levanto la rodilla y le golpeo en la entrepierna. Se le corta la respiración y se le dobla el cuerpo. Todos los que están en el comedor se quedan boquiabiertos.

—Te he avisado —le digo.

Paso sobre él y me voy directamente hacia Mark. Justo cuando le agarro, alguien me sujeta por detrás. Me doy la vuelta con los puños apretados, listo para golpearle, pero en el último segundo me doy cuenta de que es el vigilante del comedor.

—Ya basta, chicos.

—Mire lo que le ha hecho a Kevin, señor Johnson —le dice Mark. Su compañero todavía está en el suelo, sujetándose las partes. Tiene la cabeza roja como un pimiento—. ¡Llévele al director!

—Cállate, James. Vais a ir los cuatro. No os creáis que no os he visto lanzando las albóndigas —dice el vigilante, y mirando a Kevin, que sigue en el suelo, le dice—: Levántate.

Sam aparece de pronto. Ha intentado limpiarse el pelo y los hombros, y aunque se ha quitado la parte sólida, las manchas de salsa se le han extendido. No entiendo qué hace aquí. Me miro las manos, preparándome para salir corriendo a la menor traza de luz pero, para mi sorpresa, se han apagado. ¿Ha sido por la urgencia de la situación, para permitirme que me acercara sin que los nervios se interpusieran? No lo sé.

Kevin se pone de pie y me mira. Está temblando, y todavía le cuesta trabajo respirar. Se sujeta al hombro del que tiene al lado para sostenerse.

—Ya te daré lo tuyo —me dice.

—Lo dudo.

Todavía tengo el gesto contraído, y sigo cubierto de comida. Ya me la limpiaré cuando sea.

Nos vamos los cuatro al despacho del director. El señor Harris está sentado detrás de su mesa, comiendo un almuerzo calentado en el microondas, con una servilleta metida en el cuello de la camisa.

—Disculpe la interrupción. Hemos tenido un pequeño altercado en el comedor. Estos muchachos estarán encantados de explicarse —dice el vigilante.

El señor Harris suspira, se quita la servilleta de la camisa y la tira a la basura. Aparta el almuerzo a un lado de la mesa con el dorso de la mano y dice:

—Gracias, señor Johnson.

El vigilante se va del despacho antes de cerrar la puerta tras él, y los cuatro

nos sentamos.

—¿Quién quiere empezar? —pregunta el director en tono molesto.

Me quedo callado. Los músculos de la mandíbula del señor Harris están apretados. Me miro las manos: todavía apagadas. Apoyo las palmas en los vaqueros por si acaso. Después de diez segundos de silencio, Mark empieza a hablar.

—Alguien le ha tirado una albóndiga. Se ha creído que era yo, y le ha dado un rodillazo a Kevin en los huevos.

—Esa lengua —le riñe el señor Harris, y entonces se dirige a Kevin—. ¿Te encuentras bien?

Kevin, que todavía tiene la cara roja, asiente.

—Así pues, ¿quién ha tirado esa albóndiga? —me pregunta el señor Harris.

No digo nada, todavía enfurecido por esta situación tan irritante. Tomo una profunda bocanada de aire para intentar calmarme.

—No lo sé —respondo.

Mi ira ha alcanzado nuevos niveles. No quiero tener que tratar con Mark a través del señor Harris, y preferiría ocuparme del problema por mi cuenta, lejos del despacho del director. Sam me mira, sorprendido. El señor Harris levanta las manos al cielo, exasperado.

—Bueno, y entonces ¿se puede saber qué hacéis aquí?

—Buena pregunta —contesta Mark—. Nosotros solo estábamos comiendo tranquilamente.

Sam toma entonces la palabra.

—La ha tirado Mark. Yo le he visto, y el señor Johnson también.

Miro a Sam. Sé que no lo ha visto porque la primera vez estaba de espaldas, y la segunda vez estaba distraído limpiándose. Pero me impresiona que lo haya dicho, que se ponga de mi parte a sabiendas de que eso le pone en el punto de mira del grupo de matones. Mark le mira desafiante.

—Escuche, señor Harris —insiste Mark—. Mañana tengo la entrevista con la *Gazette*, y el jueves, el partido. No tengo tiempo para estas chorradas. Me están acusando de una cosa que no he hecho. No puedo concentrarme en lo mío con toda esta mierda.

—¡Esa lengua! —grita el señor Harris.

—Pero es verdad.

—Te creo —dice el director, y deja escapar un profundo suspiro. Entonces mira a Kevin, que todavía tiene problemas para recuperar el aliento—. ¿Quieres ir a la enfermería?

—Me pondré bien —dice Kevin.

El señor Harris asiente con la cabeza.

—Vosotros dos, olvidaos de este incidente, y tú, Mark, vete preparando. Llevamos tiempo intentando que nos concedan esa entrevista. Hasta podríamos

salir en la portada. Imaginaos, la portada de la *Gazette* —añade, sonriendo.

—Gracias —dice Mark—. Me hace mucha ilusión.

—Muy bien. Vosotros dos podéis iros.

Cuando ya se han ido, el señor Harris mira con dureza a Sam, que le mantiene la mirada.

—Dime, Sam, y quiero que me digas la verdad: ¿has visto a Mark tirar la albóndiga?

Sam entorna los ojos. No desvía la mirada.

—Sí.

—No te creo, Sam —afirma el director, meneando la cabeza de lado a lado—. Y, por eso, te diré lo que vamos a hacer. —Me mira y empieza a decirme—: Aunque alguien haya lanzado una albóndiga...

—Dos —le interrumpe Sam.

—¿Qué? —pregunta el señor Harris—, clavando la mirada en Sam de nuevo.

—Han lanzado dos albóndigas, no una.

El señor Harris da un puñetazo a la mesa.

—¡Y qué más da cuántas eran! John, has agredido a Kevin. Ojo por ojo. Lo dejaremos así. ¿Me has entendido? —Tiene la cara roja, y sé que discutir no me servirá de nada.

—Sí —contesto.

—No quiero volver a veros por aquí. Podéis iros —dice, y Sam y yo salimos del despacho.

—¿Por qué no le has dicho lo del móvil? —me pregunta él.

—Porque eso a él le da igual. Solo quería seguir comiendo. Y ten cuidado —le advierto—. Ahora estarás en el punto de mira de Mark.



Después del almuerzo tengo clase de economía doméstica, no porque me interese especialmente la cocina, sino porque era eso o bien canto coral. Y aunque tengo muchos dones y poderes que se considerarían excepcionales en la Tierra, cantar no es uno de ellos. Así pues, entro en el aula y tomo asiento. Es una sala pequeña, y justo antes de que suene el timbre, Sarah entra y se sienta a mi lado.

—Hola —me saluda.

—Hola.

La sangre se agolpa en mi cabeza, y se me ponen rígidos los hombros. Cojo un lápiz y me pongo a darle vueltas en la mano derecha mientras la izquierda empieza a doblar las esquinas de mi libreta. Tengo el corazón desbocado. Por

favor, que no me brillen las manos. Me miro de reojo la palma y suelto un suspiro de alivio al ver que sigue normal. «Mantén la calma —pienso—. No es más que una chica».

Sarah me está mirando. Tengo la sensación de estar derritiéndome por dentro. Puede que sea la chica más guapa que haya visto jamás.

—Siento que Mark se esté comportando como un idiota contigo —me dice.

—No es culpa tuya —contesto, encogiéndome de hombros.

—No vais a pelearos, ¿verdad?

—Yo preferiría que no.

Ella asiente con la cabeza y me dice:

—A veces puede llegar a ser un capullo integral. Siempre quiere demostrar que es él quien manda.

—Eso es señal de inseguridad.

—No es inseguro. Solo es un capullo.

Sí que lo es. Pero no quiero discutir con ella. Además, lo dice con tanta seguridad que casi dudo de mí mismo.

Sarah mira las manchas de salsa de espagueti que se han secado en mi camiseta, y entonces acerca el brazo y me quita un trozo seco del pelo.

—Gracias.

Ella deja escapar un suspiro.

—Siento que haya pasado esto —dice, y mirándome a los ojos, añade—: No estamos juntos, ¿sabes?

—¿No?

Ella niega con la cabeza. Me intriga el hecho de que haya sentido la necesidad de aclarármelo. Al cabo de diez minutos de instrucciones sobre cómo hacer tortitas (a las que no he prestado atención), la profesora, la señora Benshoff, nos pone a Sarah y a mí juntos. Pasando por una puerta que hay en el fondo del aula, entramos en la cocina. Es como tres veces más grande que el aula en sí, y contiene unas diez unidades de cocina, además de diversos armarios, fregaderos, hornos y neveras. Sarah elige una unidad, coge un delantal de un cajón y se lo pone.

—¿Me atas esto? —me pregunta.

Tiro demasiado del lazo y tengo que volver a hacerlo. Noto el contorno de su cintura debajo de mis dedos. Cuando acabo, me pongo mi delantal y empiezo a atármelo.

—Ven, tonto —dice, y entonces coge las tiras y me las ata.

—Gracias.

Intento romper el primer huevo pero lo hago con demasiada fuerza, y todo el contenido cae fuera del bol. Sarah se ríe. Coloca otro huevo en mi mano y, cogiéndola dentro de la suya, me enseña a romperlo en el borde del bol. Al terminar, deja su mano sobre la mía un segundo más de lo necesario. Me mira y

sonríe.

—Se hace así.

Después, mezcla la harina, y unos mechones de pelo le caen sobre la cara mientras trabaja. Tengo unas ganas locas de estirar la mano y recogerle los mechones sueltos detrás de la oreja, pero no lo hago. La señora Benshoff se acerca a nuestra unidad para ver cómo lo llevamos. Por ahora, todo bien, pero solo gracias a Sarah, porque yo no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—¿Qué te parece Ohio hasta ahora? —me pregunta Sarah.

—No está mal. Aunque habría preferido tener un primer día de clase mejor —digo, y ella sonríe.

—¿Qué te pasó, por cierto? Me tenías preocupada.

—¿Te lo creerías si te dijera que soy un extraterrestre?

—Anda ya —dice en tono juguetón—. ¿Qué pasó de verdad?

Yo me río, y le contesto:

—Sufro de asma. Por algún motivo, ayer tuve un ataque.

Me incomoda tener que mentirle. No quiero que vea debilidades en mí, y menos si son falsas.

—Bueno, pues me alegro de que estés mejor.

Hacemos cuatro tortitas en total. Sarah las apila en un plato, vierte una cantidad exagerada de jarabe de arce encima y me pasa un tenedor. Miro a los demás alumnos. La mayoría están comiendo cada uno en su plato. Acercó el tenedor y corto una porción.

—No está mal —digo mientras mastico.

No tengo nada de hambre, pero le ayudo a comerlas todas. Damos bocados por turnos hasta que vaciamos el plato. Al terminar, tengo dolor de barriga. Después, ella friega los platos y yo los seco. Cuando suena el timbre, salimos juntos de la cocina.

—¿Sabes? No estás mal para ser de segundo —dice, dándome un suave codazo—. Me da igual lo que digan los demás.

—Gracias, y tú tampoco estás mal para ser de... del curso que seas.

—De primero.

Caminamos en silencio algunos pasos.

—Al final no vas a pelearte con Mark cuando terminen las clases, ¿no?

—Tengo que recuperar mi móvil. Además, mira cómo me ha dejado —le digo, señalándome la camiseta.

Sarah se encoge de hombros. Me paro delante de mi taquilla, y ella se fija en el número.

—No deberías hacerlo, la verdad —insiste.

—Preferiría no hacerlo.

—Los chicos y sus peleas —dice ella, haciendo una mueca—. Bueno, nos vemos mañana.

—Que lo pases bien lo que queda del día —me despido.



Después de la novena y última clase, historia de los Estados Unidos, me acerco a mi taquilla dando pasos lentos. Me planteo irme del instituto tranquilamente, sin buscar a Mark Pero me doy cuenta de que quedaría para siempre como un cobarde.

Abro la taquilla y saco de mi mochila los libros que no voy a necesitar. Después, me quedo allí plantado y siento que el nerviosismo empieza a recorrerme el cuerpo. Mis manos siguen estando normales. Se me ocurre ponerme los guantes como medida de precaución, pero no lo hago. Tomo una profunda bocanada de aire y cierro la puerta de la taquilla.

—Hola —dice una voz que me sobresalta. Es Sarah. Después de echar una ojeada tras ella, se vuelve de nuevo hacia mí—. Tengo algo para ti.

—No serán más tortitas, ¿verdad? Todavía estoy a punto de reventar.

Ella suelta una risita nerviosa.

—No son tortitas. Pero, si te lo doy, tienes que prometerme que no te pelearás.

—Vale —le digo.

Mira otra vez detrás de ella y mete la mano rápidamente en el bolsillo delantero de su mochila. Saca mi teléfono y me lo da.

—¿De dónde lo has sacado?

Ella se encoge de hombros.

—¿Lo sabe Mark?

—No —contesta—. Así pues, ¿qué? ¿Todavía quieres ir a hacerte el duro?

—Supongo que no.

—Mejor.

—Gracias —le digo. No me puedo creer que se haya arriesgado tanto para ayudarme: apenas me conoce. Pero tampoco me quejo.

—De nada —me contesta, y entonces se da la vuelta y echa a correr por el pasillo. La observo hasta que desaparece, sin poder dejar de sonreír.

Cuando me dirijo hacia la salida, Mark James y ocho de sus amigos se interponen en el vestíbulo.

—Vaya, vaya, vaya —dice Mark—. Conque has resistido un día entero, ¿eh?

—Pues claro. Y mira qué he encontrado —le digo, levantando el móvil para que lo vea.

Dejándole boquiabierto, paso por su lado, atravieso el vestíbulo y salgo del edificio.

CAPÍTULO OCHO



ENCUENTRO A HENRI APARCADO JUSTO donde ha dicho que estaría. Me meto en la camioneta de un salto, sonriendo aún.

—¿Has tenido un buen día? —me pregunta.

—No ha estado mal. He recuperado el móvil.

—¿Sin meterte en peleas?

—Ninguna que sea grave.

Henri me mira con suspicacia.

—¿Me conviene saber lo que significa eso?

—Casi que no.

—¿Se te han encendido las manos?

—No —miento—. ¿Qué tal te ha ido a ti el día?

—No ha ido mal —contesta mientras sigue el camino que da la vuelta al edificio para incorporarse a la carretera—. He tenido que conducir una hora y media hasta Columbus después de dejarte aquí.

—¿Por qué hasta Columbus?

—Allí hay bancos importantes. No quería atraer sospechas solicitando aquí una transferencia de un importe mayor del que posee el pueblo en su totalidad.

—Bien pensado —asiento.

Henri se incorpora a la carretera y me pregunta:

—¿No me vas a decir cómo se llama la chica?

—¿Qué?

—Tiene que haber una explicación a esa sonrisa ridícula tuya. La más evidente sería una chica.

—¿Cómo lo sabes?

—John, amigo mío, este viejo cépan era todo un donjuán en Lorien.

—Venga ya —le digo—. En Lorien no hay donjuanes.

Él asiente, satisfecho.

—Veo que haces los deberes.

Los habitantes de Lorien somos monógamos. Cuando nos enamoramos, es para toda la vida. El matrimonio llega a la edad de veinticinco años, más o menos, y no tiene nada que ver con papeles. Se basa más en el juramento y el compromiso que en cualquier otra cosa. Henri estuvo casado veinte años antes de escapar a la Tierra conmigo. Han pasado diez años desde entonces, pero sé que sigue añorando a su esposa todos los días de su vida.

—Bueno, ¿quién es ella? —me pregunta.

—Se llama Sarah Hart. Es la hija de la agente inmobiliaria que nos encontró la casa. Está en dos de mis clases. Va a primero.

Él asiente y me pregunta:

—¿Es guapa?

—Mucho. Y lista.

—Ya —dice lentamente—. Llevo un tiempo esperando algo así. No olvides que puede ser que tengamos que irnos en cualquier momento.

—No lo olvido —contesto, y guardamos silencio el resto del viaje.



Cuando llego a casa, el cofre lórico está encima de la mesa de la cocina. Tiene el tamaño de un horno microondas, casi completamente cúbico, de cincuenta por cincuenta centímetros más o menos. La emoción se apodera de mí. Me acerco al Cofre y toco el candado.

—Creo que estoy más impaciente por ver cómo se abre que por saber lo que hay dentro —comento.

—¿De verdad? Bueno, también puedo enseñarte cómo se abre y entonces podemos volver a cerrarlo y olvidarnos de lo que hay dentro.

—Venga, tampoco nos precipitemos —le digo con una sonrisa—. ¿Qué hay dentro?

—Es tu herencia.

—¿Qué es eso de la herencia?

—Es lo que recibe cada guardián al nacer para que lo use su protector cuando empieza a obtener su legado.

Asiento, lleno de euforia.

—¿Y qué hay dentro?

—Tu herencia.

Su evasiva me decepciona. Agarro el candado e intento abrirlo a la fuerza, del mismo modo que lo he intentado siempre. Por supuesto, no se mueve.

—No puedes abrirlo sin mí, y yo no puedo abrirlo sin ti —me explica Henri.

—¿Y cómo lo abrimos? No hay cerradura.

—Con la voluntad.

—Venga ya, Henri. Déjate de secretos.

Él coge el Cofre de mis manos.

—El candado solo se abre si estamos juntos, y solo después de que aparezca tu primer legado.

Dicho esto, Henri se acerca a la puerta principal y asoma la cabeza fuera. Después, la cierra, echa la llave y se vuelve hacia mí.

—Apoya la mano en un lado del candado —me dice, y eso es lo que hago.

—Está caliente.

—Buena señal. Eso es que ya estás preparado.

—Y ahora, ¿qué?

Henri apoya la mano en el otro lado del candado y entrelaza sus dedos con los míos. Transcurre un segundo. El candado se abre con un clic.

—¡Qué pasada! —exclamo.

—Está protegido por un hechizo lórico, igual que tú. No puede romperse. Podrías pasarle una apisonadora por encima y ni siquiera lo arañarías. Solo podemos abrirlo los dos juntos. A menos que muera yo; en ese caso, podrías abrirlo tú solo.

—Vaya —digo—. Espero que eso no ocurra.

Intento levantar la tapa del Cofre, pero Henri me lo impide sujetándome la mano.

—Todavía no. Dentro hay cosas que aún no estás preparado para ver. Ve a sentarte en el sofá.

—Venga, Henri.

—Confía en mí —me dice.

Meneo la cabeza, decepcionado, y me siento. Henri abre el Cofre y saca de él una piedra que debe de medir quince centímetros de largo por dos de grueso. Cierra de nuevo la caja y me trae la piedra. Tiene una forma oval y perfectamente lisa, clara en la parte exterior y más opaca en el centro.

—¿Qué es? —pregunto.

—Un cristal lórico.

—¿Para qué es?

—Cógelo —dice él, y me lo da.

En el mismo instante en que entro en contacto con el cristal, las luces se me encienden en ambas palmas. Son más intensas que ayer. La piedra empieza a calentarse. La sujeto en alto para mirarla con detenimiento. La masa turbia del centro se arremolina, girando sobre sí misma como una ola. También noto que se

calienta el colgante que llevo en el cuello. Todas estas novedades me llenan de entusiasmo. He pasado toda mi vida esperando con impaciencia que se manifestaran mis poderes. Es cierto que algunas veces deseaba que no lo hicieran, sobre todo para que pudiéramos asentarnos en algún sitio y llevar una vida normal; pero ahora mismo, al sujetar un cristal que contiene lo que parece ser una bola de humo en el centro, y al saber que mis manos son inmunes al fuego y al calor, y que aparecerán más legados que precederán lo que será mi poder principal (el poder que me permitirá combatir), todo me parece mucho más atractivo y emocionante. No consigo borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Qué le pasa al cristal?

—Está vinculado a tu legado. Tu contacto lo activa. Si no estuvieras desarrollando el poder del lumen, sería el cristal el que se iluminaría. Pero en este caso, son tus manos las que lo hacen.

Observo el cristal, mientras el humo del interior gira y refulge.

—¿Empezamos ya? —pregunta Henri.

Asiento rápidamente con la cabeza.

—¡Claro que sí!



El día ha refrescado. La casa está en silencio, a excepción de alguna que otra corriente de aire que sacude las ventanas. Estoy tumbado de espaldas sobre la mesa de centro de madera. Las manos me cuelgan por los lados. En un momento dado, Henri encenderá un fuego debajo de las dos. Mantengo una respiración lenta y constante, como él me ha indicado.

—Tienes que estar con los ojos cerrados —me dice—. Tú escucha el viento, y nada más. Puede que sientas un poco de quemazón en los brazos cuando pase el cristal por ellos. Procura no hacer caso de eso.

Escucho el viento, que sopla a través de los árboles de fuera. Es como si los sintiera doblarse y balancearse.

Henri empieza por mi mano derecha. Presiona el cristal contra el dorso, y después la sube por la muñeca y por el antebrazo. Siento una quemazón, como él ha predicho, pero no tan fuerte como para obligarme a retirar el brazo.

—Deja flotar tu mente, John. Ve a donde tengas que ir.

No sé de qué me está hablando, pero intento despejar la mente y respirar lentamente. De repente, me parece estar flotando. Siento el calor del sol sobre la cara, llegado de no se sabe dónde, y un viento mucho más cálido que el que sopla fuera de las paredes de la casa. Cuando abro los ojos, ya no estoy en Ohio.

Estoy encima de una gran extensión de árboles, una jungla espesa hasta

donde abarca la vista. Un cielo azul, un sol que lo abarca todo, siendo casi el doble de grande que el de la Tierra. Una brisa cálida y suave me acaricia el pelo. Más abajo, las corrientes de agua forman unas profundas simas que atraviesan la masa forestal. Floto sobre una de ellas. Animales de todos los tamaños y formas (algunos alargados y esbeltos, otros con patas cortas y cuerpos recios, algunos con pelo y otros con una piel oscura que parece rugosa al tacto) beben de las frescas aguas, a la orilla del río. Muy a lo lejos, se ve la curvada línea del horizonte, y me doy cuenta de que estoy en Lorien. Es un planeta diez veces más pequeño que la Tierra, y es posible ver la curva de su superficie al mirar desde grandes distancias.

De algún modo, soy capaz de volar. Subo disparado hacia arriba y giro en el aire, y luego descendo en picado y recorro a toda velocidad la superficie del río. Los animales levantan la cabeza y me observan con curiosidad, pero no con temor. Es Lorien en su momento de mayor esplendor, cubierto de vegetación, habitado por animales. En cierta forma, recuerda a lo que imagino que sería la Tierra hace millones de años, cuando los elementos dominaban las vidas de sus habitantes, antes de que los seres humanos llegaran y empezaran a dominar los elementos. Lorien en su mejor momento; sé que hoy ya no es ese su aspecto. Debo de estar viviendo un recuerdo. ¿Será el mío?

Entonces, el día salta directamente a la noche. A lo lejos, empieza una gran exhibición de fuegos artificiales, que se alzan muy alto en el cielo y explotan formando figuras de animales y árboles, con el cielo oscuro, las lunas y un millón de estrellas como espléndido telón de fondo.

—Puedo sentir lo desesperados que están —oigo una voz procedente de algún lado. Me doy la vuelta y miro a mi alrededor. No hay nadie—. Saben dónde está una de los demás, pero el encantamiento se mantiene. No pueden tocarla hasta que te hayan matado antes a ti. Pero siguen persiguiéndola.

Asciendo más alto y después bajo de nuevo, buscando el origen de la voz. ¿De dónde viene?

—Es ahora cuando tenemos que ser más prudentes. Es ahora cuando debemos anticiparnos a ellos.

Esta vez me dirijo hacia los fuegos artificiales. La voz me irrita. Tal vez las fuertes explosiones la tapen.

—Contaban con matarnos mucho antes de que se manifestaran vuestros legados. Pero nos hemos mantenido ocultos. Tenemos que mantener la calma. Los tres primeros se dejaron llevar por el pánico. Los tres primeros están muertos. Tenemos que ser sagaces y precavidos. El pánico nos haría cometer errores. Saben que, cuanto más desarrollados estéis los que quedáis, más difícil será para ellos, y que, cuando estéis formados del todo, estallará la guerra. Devolveremos el golpe y nos vengaremos, y ellos lo saben.

Veo caer las bombas desde kilómetros de altura sobre la superficie de Lorien.

Las explosiones sacuden el suelo y el aire, el viento transporta los gritos, las ráfagas de fuego barren los campos y los árboles. Los bosques arden. Debe de haber un millar de aeronaves diferentes, todas ellas soltando su carga desde las alturas del cielo hasta el suelo de Lorien. Los soldados mogadorianos acuden en tropel, provistos de armas de fuego y granadas con una potencia destructiva mucho mayor que las que se usan en las guerras de aquí. Aunque los atacantes son más altos que nosotros, tienen un aspecto parecido al nuestro a excepción de la cara. Carecen de pupilas, y sus iris son de un color magenta oscuro, en algunos casos negros. Tienen los ojos enmarcados por unos círculos oscuros y pesados, y su piel tiene una palidez que les da un tono descolorido, casi como desgastado. Entre unos labios que parecen no estar nunca cerrados destellan sus dientes, unos dientes que terminan en una punta antinatural, como si estuvieran limados.

Tras ellos salen de las naves las bestias de Mogador, mostrando unos dientes afilados como navajas, rugiendo tan fuerte que me duelen los oídos. Algunas de ellas son grandes como casas, y tienen la misma mirada fría en los ojos.

—Nos confiamos, John. Por eso nos derrotaron con tanta facilidad —prosigue la voz. Ahora sé que es la de Henri, pero no le veo por ningún lado y, siendo incapaz de apartar la mirada de la matanza y la destrucción que se desencadena debajo de mí, no puedo ubicarle.

Por todos lados hay gente corriendo, defendiéndose. Mueren tantos mogadorianos como lóricos. Pero estos últimos están perdiendo la batalla contra las bestias, que matan a los nuestros de diez en diez: escupiendo fuego, dando dentelladas, agitando con furia patas y colas. El tiempo parece acelerarse, y transcurre más deprisa de lo normal. ¿Cuánto ha pasado? ¿Una hora? ¿Dos?

Los guardianes encabezan el combate, haciendo plena ostentación de sus legados. Algunos vuelan, otros corren tan rápido que se convierten en un borrón, y otros desaparecen por completo. Lanzan rayos por las manos, envuelven sus cuerpos en llamas, y los que pueden controlar los elementos desatan tormentas y fuertes ráfagas de viento sobre ellos. Pero aun así, van perdiendo. Son inferiores en número, en una proporción de uno a quinientos. Sus poderes no bastan.

—Nuestra Guardia cayó. Los mogadorianos habían planeado bien el golpe, eligiendo el momento preciso en que sabían que seríamos más vulnerables, cuando los Ancianos se habían marchado del planeta. Pittacus Lore, el más grande de todos ellos, su líder, los había reunido a todos antes del ataque. Nadie sabe qué les ocurrió, ni adónde fueron, ni si siguen con vida. Es posible que los mogadorianos los eliminaran antes y que decidieran lanzar su ataque una vez estuvieron fuera de combate. Lo que sí sabemos es que, el día que se reunieron los Ancianos, una columna de resplandeciente luz blanca se proyectó hacia el cielo, más alto de lo que alcanzaba la vista. Duró un día entero, y después se desvaneció. Nosotros, como pueblo, deberíamos haberlo interpretado como señal de que algo andaba mal, pero no lo hicimos. No podemos culpar de lo ocurrido a

nadie más que a nosotros. Tuvimos suerte de poder evacuar a alguien del planeta, especialmente tratándose de nueve jóvenes guardianes que un día podrían proseguir la lucha y mantener viva nuestra especie.

A lo lejos, una nave despega velozmente hacia las alturas, seguida por una estela azul. La observo desde mi posición elevada hasta que desaparece. Tiene algo que me resulta conocido. Y entonces caigo en la cuenta: yo estoy en esa nave, y Henri también. Es el vehículo que nos llevó a la Tierra. Los lóricos debieron de comprender que la batalla estaba perdida. ¿Por qué si no nos evacuarían?

Una matanza sin sentido. Así veo lo que me rodea. Me poso en el suelo y camino a través de una bola de fuego. Una oleada de furia recorre mi cuerpo. Mueren hombres y mujeres, guardianes y protectores, junto con niños indefensos. ¿Cómo puede tolerarse algo así? ¿Cómo pueden los corazones de los mogadorianos estar tan endurecidos para hacer todo esto? ¿Y por qué yo me salvé?

Me abalanzo sobre un soldado cercano, pero paso a través de él y caigo al suelo. Todo lo que estoy presenciando ha sucedido ya. Soy un espectador de nuestra propia caída, y ya no hay nada que pueda hacer.

Me doy la vuelta y me encuentro con una bestia que debe de medir doce metros, de hombros anchos y ojos rojos, y con unos cuernos de cinco metros. Un hilo de baba le cae de sus dientes largos y afilados. Suelta un rugido y da un gran salto.

Pasa a través de mí, pero se lleva por delante a decenas de lóricos que están a mi alrededor. En cuestión de un instante, todos han muerto. Y la bestia prosigue su ataque, eliminando a más lóricos.

Más allá de la escena de destrucción oigo unos arañazos que no forman parte de la masacre de Lorien. Estoy alejándome, o mejor dicho volviendo. Dos manos me presionan los hombros. Los ojos se me abren de golpe, y estoy de vuelta en nuestra casa de Ohio. Tengo los brazos colgando por los lados de la mesa de centro. Bajo ellos, a pocos centímetros, hay dos calderos de fuego, y tengo las manos y las muñecas sumergidas en las llamas. No siento los efectos en absoluto. Veo a Henri de pie junto a mí. Los arañazos que he oído hace un momento provienen del porche de la entrada.

—¿Qué es eso? —susurro mientras me incorporo.

—No lo sé.

Los dos nos quedamos en silencio, tratando de escuchar. Se oyen tres arañazos más en la puerta. Henri baja la vista hacia mí.

—Hay alguien ahí fuera —dice.

Miro el reloj de la pared. Ha transcurrido casi una hora. Estoy sudoroso, sin aliento, alterado por las escenas de matanza que acabo de presenciar. Por primera vez en mi vida, comprendo verdaderamente lo que sucedió en Lorien.

Hasta ahora, aquellos hechos eran solo parte de otra historia, nada distinta a otras muchas que he leído en los libros. Pero ahora he visto la sangre, las lágrimas, los muertos. He visto la destrucción. Forma parte de lo que soy.

Fuera, ha caído la noche. Tres arañazos más en la puerta, un hondo gemido. Los dos nos sobresaltamos. Inmediatamente me vienen a la cabeza los rugidos que he oído emitir a las bestias.

Henri corre a la cocina y coge un cuchillo del cajón que hay junto al fregadero.

—Escóndete detrás del sofá.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—¿Crees que un cuchillito de nada va a poder con un mogadoriano?

—Si se lo clavo justo en el corazón, sí. Ahora, escóndete.

Me bajo a toda prisa de la mesa de centro y me agacho detrás del sofá. Los dos calderos de fuego siguen encendidos, y visiones difusas de Lorien siguen pasando por mi mente. Se oye un gruñido impaciente al otro lado de la puerta principal. No hay duda de que allí fuera hay alguien, o algo. El corazón se me acelera.

—No te levantes —me ordena Henri.

Sin embargo, levanto la cabeza para mirar por encima del respaldo del sofá. Cuánta sangre, pienso aún. Seguro que sabían que no tenían ninguna posibilidad. Y aun así lucharon hasta el final, murieron para salvarse unos a otros, para salvar a Lorien. Sujetando el cuchillo con fuerza, Henri se acerca lentamente al pomo de metal. Siento la ira recorriendo mi cuerpo. Ojalá sea uno de ellos. Si entra un mogadoriano por esa puerta, encontrará la horma de su zapato.

No pienso quedarme detrás de este sofá. Estiro el brazo y alcanzo uno de los calderos, meto la mano y saco de dentro un leño ardiente terminado en punta. Siento frío su contacto, pero el fuego sigue vivo, envolviéndome la mano. Sujeto la madera a modo de puñal. «Que vengan —pienso—. Así se acabarán las huidas». Henri me mira un instante, hace una profunda inspiración y abre de golpe la puerta principal.

CAPÍTULO NUEVE



TENGO TODO EL CUERPO EN TENSIÓN, con cada uno de mis músculos flexionados. Henri atraviesa el umbral de un salto y yo me preparo para seguirle. Siento el bum-bum-bum de mi corazón en el pecho. Mis dedos aprietan con fuerza el trozo de madera aún ardiendo. Una ráfaga de aire irrumpe por la puerta, y el fuego baila alrededor de mi mano y me trepa por la muñeca. No hay nadie fuera. De repente, Henri relaja el cuerpo y ríe entre dientes, bajando la vista a sus pies. Allí, mirándole desde el suelo, está el mismo beagle que vi ayer en el instituto. El perro empieza a menear la cola y rascar el suelo con las patas delanteras. Henri se agacha y le acaricia, pero entonces el perro le deja atrás y trota hacia la casa con la lengua colgando.

—¿Qué hace aquí este perro? —pregunto.

—¿Lo conoces?

—Lo vi en el instituto. Ayer me estuvo siguiendo después de que me dejaras allí.

Dejo el trozo de madera y me froto la mano en los pantalones, donde dejo un rastro de cenizas negras. El perro se sienta a mis pies y me mira con expectación, batiendo el suelo de madera dura con el rabo. Me siento en el sofá y observo los dos fuegos, que siguen ardiendo. Ahora que ha pasado la emoción del momento, mis pensamientos regresan a la visión que he tenido. Todavía oigo los gritos, aún veo la sangre resplandeciendo sobre la hierba a la luz de la luna, los cadáveres y los árboles caídos, el brillo rojo en los ojos de las bestias de Mogador y el terror en los ojos de las gentes de Lorient. Miro a Henri y le digo:

—He visto lo que sucedió. O, al menos, cómo empezó todo.

—Me lo imaginaba —responde, asintiendo.

—Oía tu voz. ¿Estabas hablándome?

—Sí.

—No puedo comprenderlo —le digo—. Fue una masacre. Había demasiado odio en ellos para que solo estuvieran interesados en nuestros recursos. Tenía que haber algo más.

Henri suspira y se sienta en la mesa de centro, enfrente de mí. El beagle se sienta en mi regazo y le acaricio. Está muy sucio, y su pelaje está tieso y aceitoso al contacto. En la parte delantera del collar tiene una chapa en forma de balón. Se ve vieja, y se ha despegado la mayor parte de la pintura marrón que la cubría. La sujeto en mi mano, y veo que lleva el número 19 en una cara y el nombre BERNIE KOSAR en la otra.

—*Bernie Kosar* —leo, y el perro meneas el rabo—. Parece que se llama así, igual que el tío del póster que hay colgado en mi habitación. Por lo visto, es bastante popular por aquí. —Paso la mano por su lomo—. No creo que tenga un hogar. Y está famélico —añado. Casi puedo percibir su hambre.

Henri asiente, y mira a *Bernie Kosar*. El beagle se estira, apoya la barbilla en las patas delanteras y cierra los ojos. Enciendo el mechero y me paso la llama sobre los dedos, la palma, y después por la parte interior del brazo. No siento que me quema hasta que la llama está a cuatro o cinco centímetros del codo. Lo que me ha hecho Henri, sea lo que sea, está dando resultado, y mi resistencia al fuego se está expandiendo. Me pregunto cuánto faltará para que todo mi cuerpo sea inmune.

—Entonces, ¿qué es lo que pasó? —pregunto.

Henri hace una profunda inspiración.

—Yo también he tenido esas visiones. Son tan reales que es como si estuvieras allí.

—No me daba cuenta de lo horrible que fue. O sea, recordaba lo que me contaste, pero no he comprendido lo que significaba hasta que lo he visto con mis propios ojos.

—Los mogadorianos son distintos de nosotros: son falsos y manipuladores, y desconfían de casi todo. Tienen ciertos poderes, pero no son como los nuestros. Son gregarios y les gustan las ciudades grandes. Cuanto más densidad de población, mejor. Por eso tú y yo nos mantenemos alejados de las ciudades, aunque pasaríamos más desapercibidos viviendo en ellas. A ellos también les resulta muchísimo más fácil no llamar la atención así.

» Hace un centenar de años, Mogador empezó a marchitarse, de forma muy parecida a lo que ocurrió en Lorien veinticinco mil años antes. Sin embargo, ellos no reaccionaron del mismo modo que nosotros, no tenían la conciencia que la población humana está empezando a desarrollar ahora. Preferían no pensar en lo que estaban haciendo. Mataron sus mares y llenaron sus ríos y lagos con residuos para que sus ciudades siguieran creciendo. La vegetación empezó a morir, y tras

ella los herbívoros, de tal modo que los carnívoros no tardarían en seguir su suerte. Sabían que tenían que emprender acciones drásticas.

Henri cierra los ojos y se queda callado durante un minuto entero.

—¿Sabes cuál es el planeta habitado más cercano a Mogador? —me pregunta al fin.

—Sí, es Lorien. O lo era, mejor dicho.

—Así es —asiente Henri—. Y seguro que recuerdas cuáles eran los recursos de nuestro planeta que ansiaban.

Asiento, reflexivo. *Bernie Kosar* levanta la cabeza y suelta un largo bostezo. Henri calienta una pechuga de pollo sobrante en el microondas, la corta a tiras y luego trae de vuelta el plato hacia el sofá para colocarlo delante del perro, que lo devora con ansia, como si llevara días sin comer.

—Hay un numeroso contingente de mogadorianos en la Tierra —sigue diciendo Henri—. No sé cuántos son, pero siento su presencia cuando duermo. A veces los veo en sueños. Nunca sé dónde están, ni qué están diciendo, pero los veo. Y no creo que vosotros seis seáis el único motivo por el que han venido tantos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué habrían venido si no?

Henri me mira directamente a los ojos.

—¿Sabes cuál es el segundo planeta habitado más cercano a Mogador?

Asiento y respondo:

—La Tierra, ¿verdad?

—Mogador es el doble de grande que Lorien, pero la Tierra tiene un tamaño cinco veces mayor que Mogador. En términos de capacidad defensiva, este planeta está mejor preparado para un ataque debido a su tamaño. Los mogadorianos deberán conocerlo a fondo antes de iniciar una ofensiva. No puedo decirte con seguridad cómo fuimos vencidos con tanta facilidad, puesto que sigo sin comprender gran parte de lo que ocurrió. De lo que sí estoy seguro es de que fue en parte por sus conocimientos sobre nuestro planeta y nuestro pueblo, y en parte por el hecho de que no tuviéramos más defensa que nuestra inteligencia y los legados de la Guardia. Puedes decir lo que quieras sobre los mogadorianos, pero hay que reconocer que son unos grandes estrategas a la hora de hacer la guerra.

Transcurre otro momento en silencio, mientras el viento sigue rugiendo fuera.

—Pero no creo que estén interesados en llevarse los recursos de la Tierra —dice Henri.

Dejo escapar un suspiro al oírlo.

—¿Por qué no? —digo, alzando la vista hacia él.

—Mogador todavía está muriéndose. Aunque hayan arreglado los asuntos más apremiantes, la muerte del planeta es inevitable, y ellos lo saben. Creo que lo que planean es matar a los seres humanos. Creo que quieren hacer de la Tierra

su hogar permanente.



Después de cenar, doy un baño a *Bernie Kosar* con champú y suavizante, y después le paso por el pelo un cepillo viejo que se han dejado los últimos inquilinos en uno de los cajones. Su aspecto y su olor han mejorado mucho, pero su collar todavía huele mal y lo tiro. Antes de irme a dormir, le abro la puerta principal, pero no le interesa volver a la calle. Más bien prefiere tumbarse en el suelo, con la barbilla apoyada en las patas delanteras. Percibo su deseo de quedarse en la casa con nosotros. Me pregunto si él también percibirá mi idéntico deseo.

—Diría que tenemos una nueva mascota —dice Henri.

Sonríó al oírle. He tenido la esperanza de que me dejará quedarme con el perro desde el momento que le vi en nuestra puerta.

—Eso parece —contesto.

Media hora después, me arrastro hasta la cama, y *Bernie Kosar* salta a ella conmigo y se hace un ovillo a mis pies. Pocos minutos después, ya está roncando. Me quedo tumbado de espaldas un rato, mirando la oscuridad, con un millón de pensamientos diferentes flotando en mi cabeza. Por ella pasan imágenes de la guerra: la mirada llena de codicia y ansia de los mogadorianos; la mirada dura y feroz de las bestias; la muerte y la sangre. Pienso en la belleza de Lorien. ¿Volverá a alojar vida algún día, o tendremos que quedarnos Henri y yo en la Tierra para siempre?

Intento apartar todos esos pensamientos e imágenes de mi mente, pero enseguida vuelven otra vez. Me levanto y me paseo un rato por la habitación. *Bernie Kosar* levanta la cabeza y me observa, pero entonces la deja caer otra vez y vuelve a dormirse. Suspiro, cojo el teléfono de la mesita de noche y lo examino para asegurarme de que Mark James no lo ha trasteado. El número de Henri sigue guardado, pero ya no es el único de la agenda. Hay un número más, vinculado al nombre de Sarah Hart. Después de que sonara el último timbre, y antes de venir a mi taquilla, Sarah ha añadido su número al móvil.

Cierro el teléfono, lo dejo sobre la mesita y sonrío. Al cabo de dos minutos, vuelvo a mirarlo para asegurarme de que no han sido imaginaciones mías. No lo son. Lo cierro otra vez y vuelvo a dejarlo, solo para cogerlo cinco minutos después para mirar el número de nuevo. No sé cuánto tiempo tardo, pero al final me quedo dormido. Cuando me despierto por la mañana, todavía tengo el teléfono en la mano, apoyado contra el pecho.

CAPÍTULO DIEZ



CUANDO ME DESPIERTO, BERNIE KOSAR está rascando la puerta de mi habitación. Le dejo salir y empieza a patrullar por el jardín, corriendo de un lado para otro con el hocico pegado al suelo. Una vez ha cubierto las cuatro esquinas, atraviesa el jardín como una bala y desaparece en el bosque. Cierro la puerta y me meto en la ducha. Cuando salgo diez minutos después, él ya vuelve a estar dentro, sentado en el sofá. Al verme, menea el rabo.

—¿Le has dejado entrar? —pregunto a Henri, que está en la mesa de la cocina, con el portátil abierto y cuatro periódicos apilados frente a él.

—Sí.

Después de un desayuno rápido, nos ponemos en marcha. *Bernie Kosar* corre para adelantarse a nosotros, y entonces se para y se sienta mirando la puerta del acompañante de la camioneta.

—Esto es un poco raro, ¿no te parece? —comento.

—Será que está acostumbrado a viajar en coche —contesta Henri, encogiéndose de hombros—. Déjale entrar.

Abro la puerta, y el perro, entrando de un salto, se sienta en el asiento del medio con la lengua colgando. Cuando salimos del camino de entrada, se sube a mi regazo y empieza a arañar la ventanilla. La bajo y él asoma la mitad del cuerpo fuera, con la boca todavía abierta y las orejas ondeando al viento. Cinco kilómetros después, Henri se para en el instituto. *Bernie Kosar* sale delante de mí cuando abro la puerta. Le meto en la camioneta pero él salta afuera otra vez. Vuelvo a cogerlo y a meterlo dentro, y tengo que cortarle el paso mientras cierro la puerta para que no salga más. Se queda ahí dentro, levantándose sobre las patas traseras y apoyándose en el borde de la puerta, que todavía tiene la

ventanilla bajada. Le doy unas palmaditas en la cabeza.

—¿Llevas los guantes? —me pregunta Henri.

—Sí.

—¿Móvil?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —le digo.

—Vale. Llámame si surge cualquier problema.

Henri arranca la camioneta y *Bernie Kosar* me observa desde la ventanilla trasera hasta que desaparecen en la primera curva.

Siento un nerviosismo similar al que tenía ayer, pero por motivos distintos. Una parte de mí quiere ver a Sarah cuanto antes, y otra parte desea no verla siquiera. No sé ni qué voy a decirle. ¿Y si no se me ocurre nada y me quedo ahí parado con cara de idiota? ¿Y si está con Mark cuando la vea? ¿Debería saludarla y arriesgarme a otro enfrentamiento, o pasar por delante y fingir que no veo a ninguno de los dos? Lo que está claro es que los veré en la segunda hora. De eso sí que no me escapo.

Me voy hacia mi taquilla. Tengo la bolsa llena de libros que me dieron a leer ayer pero que no llegué ni a abrir. Demasiados pensamientos e imágenes llenándome la cabeza. Todavía no me he librado de ellos, y no es de esperar que consiga hacerlo. Todo había sido muy distinto a como me lo imaginaba. La muerte no es como lo que te enseñan en las pelis. Los sonidos, las miradas, los olores. Todo es diferente.

Cuando llego a la taquilla, veo enseguida que algo va mal. El pomo de metal está cubierto de tierra, o de algo que se le parece. Dudo entre abrirlo o no, pero entonces hago una profunda inspiración y tiro del pomo hacia arriba.

La taquilla está medio llena de estiércol y, al abrir la puerta, gran parte se derrama al suelo, encima de mis pies. El olor es nauseabundo. Cierro la puerta de golpe. Sam Goode estaba de pie detrás de ella, y su aparición repentina me sobresalta. Se le ve algo triste. Lleva una camiseta blanca de la NASA, apenas diferente de la que llevaba ayer.

—Hola, Sam —le saludo.

Él mira la montaña de estiércol del suelo, y luego levanta la vista otra vez hacia mí.

—¿Tú también? —pregunto, y él asiente—. Me voy al despacho del director. ¿Quieres acompañarme?

Sam niega con la cabeza, y entonces se da la vuelta y se aleja sin decir palabra. Me voy hasta el despacho del señor Harris, llamo a la puerta y entro sin esperar su respuesta. Está sentado detrás de la mesa, y lleva puesta una corbata estampada con el emblema escolar: nada menos que veinte pequeñas calaveras de pirata esparcidas por su superficie. Cuando me ve, sonríe con orgullo.

—Hoy es un gran día, John —me dice. No sé de qué está hablando—. Los reporteros de la *Gazette* estarán aquí en menos de una hora. ¡Saldremos en portada!

Es entonces cuando me acuerdo. La gran entrevista de Mark James con el periódico local.

—Debe de estar muy orgulloso —comento.

—Estoy orgulloso de todos y cada uno de los estudiantes de Paradise. —La sonrisa no se le borra de la cara. Se reclina en la silla, entrelaza los dedos y apoya las manos en la barriga—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Solo quería comunicarle que esta mañana me han llenado la taquilla de estiércol.

—¿Llenado? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que la taquilla entera estaba llena de estiércol.

—¿De estiércol? —pregunta con aire confuso.

—Sí.

El señor Harris se echa a reír. Su absoluta falta de preocupación me coge por sorpresa, y una oleada de ira me recorre el cuerpo. Tengo la cara caliente.

—Quería comunicárselo para que limpiaran la taquilla. La de Sam Goode también la han llenado de estiércol.

Él suspira y meneas la cabeza, diciendo:

—Avisaré al señor Hobbs, el conserje, para que vaya inmediatamente, y haremos una investigación a fondo del asunto.

—Los dos sabemos quién ha sido, señor Harris.

Él me lanza una sonrisa condescendiente.

—Ya me encargo yo de la investigación, señor Smith.

No tiene mucho sentido decir nada más, así que salgo del despacho y me dirijo al servicio para pasarme agua fresca por las manos y la cara. Tengo que calmarme. No quiero tener que ponerme los guantes también hoy. Tal vez no debería hacer nada al respecto, dejarlo correr y ya está. ¿Se acabaría así? Además, ¿acaso tengo otra opción? Estoy en minoría, y mi único aliado es un estudiante de segundo que pesa 45 kilos y tiene una fijación con los extraterrestres. Aunque puede que me esté quedando corto: a lo mejor Sarah Hart también es mi aliada.

Me miro las manos. Están bien, y no hay ningún fulgor. Salgo del servicio. El conserje ya está barriendo el estiércol de mi taquilla, levantando libros y metiéndolos en la basura. Paso junto a él de camino hacia el aula y me siento a esperar la clase. Hoy toca hablar de reglas gramaticales, siendo el punto principal la formación del gerundio, y cuándo el gerundio actúa como adverbio. Presto más atención que ayer, pero a medida que se acerca el final de la clase, empiezo a preocuparme por la siguiente hora. Pero no por tener que ver a Mark... sino por tener que ver a Sarah. ¿Me sonreirá hoy también? Creo que será

mejor que llegue antes que ella, y así podré sentarme en mi sitio y verla entrar. De esta forma, podré ver si me saluda antes.

Cuando suena el timbre, salgo pitando del aula y atravieso corriendo el pasillo. Soy el primero en llegar a la clase de astronomía. El aula se va llenando y Sam se sienta otra vez a mi lado. Justo antes de que suene el timbre, entran Sarah y Mark juntos. Ella lleva una camisa blanca de botones y unos pantalones negros. Me sonrío antes de sentarse, y yo le devuelvo la sonrisa. Mark no mira hacia mí en ningún momento. Todavía me llega el olor a estiércol de los zapatos, o a lo mejor viene de los de Sam.

Mi compañero se saca de la mochila un folleto con el título *Están entre nosotros* en la cubierta. Da la impresión de que lo hayan impreso en cualquier sótano. Sam lo abre por un artículo del centro y empieza a leer con atención.

Miro a Sarah, que está cuatro pupitres delante de mí. Desde mi sitio veo su pelo recogido en una coleta y la parte de atrás de su esbelto cuello. Ella cruza las piernas y se endereza en su asiento. Me gustaría estar sentado a su lado, poder estrechar su mano con solo estirar el brazo. Ojalá estuviéramos ya en la octava hora. Me pregunto si querrá volver a ser mi pareja en la clase de economía doméstica.

La señora Burton empieza la clase. Todavía está dando el tema de Saturno. Sam saca un folio y empieza a tomar notas frenéticamente, parándose de vez en cuando para consultar un artículo de la revista que se ha puesto delante. Miro de reojo y veo el título: «La población entera de una localidad de Montana, abducida por alienígenas».

Antes de ayer por la noche, nunca habría prestado atención a teorías de este tipo. Pero Henri cree que los mogadorianos están planeando invadir la Tierra, y tengo que reconocer que, aunque la teoría de la revista de Sam es ridícula, en un nivel más profundo puede tener cierta base. Me consta que los lóricos han visitado la Tierra en numerosas ocasiones a lo largo de la vida de este planeta. Vimos la Tierra desarrollarse, la observamos en los momentos de crecimiento y abundancia, cuando todo se movía, y en los momentos de hielo y nieve, cuando nada lo hacía. Ayudamos a los seres humanos, les enseñamos a encender el fuego y les dimos los medios para que desarrollaran el habla y el lenguaje, motivo por el que nuestra lengua es tan similar a los de la Tierra. Y el hecho de que nosotros nunca hayamos abducido a seres humanos no significa que eso no se haya hecho jamás. Miro a Sam. Nunca había conocido a nadie cuya fascinación por los alienígenas llegara hasta el punto de tomar notas sobre teorías conspiratorias.

Justo entonces, la puerta se abre, y el señor Harris asoma dentro su sonriente cara.

—Disculpe la interrupción, señora Burton, pero voy a tener que robarle a Mark. Los reporteros de la *Gazette* han venido a entrevistarle —dice en voz alta

para que le oigan todos los de la clase.

Mark se pone de pie, coge su mochila y sale del aula con andares confiados. Cuando sale, veo al señor Harris dándole unas palmaditas en la espalda. Entonces miro otra vez a Sarah, deseando sentarme en el sitio que ha quedado vacío a su lado.



En la cuarta hora toca educación física. Sam está en mi clase. Después de cambiarnos, nos sentamos uno al lado del otro en el suelo del gimnasio. Él lleva unas zapatillas de deporte, unos pantalones cortos y una camiseta que le queda dos o tres tallas grande. Parece una cigüeña, todo rodillas y codos, con aspecto larguirucho a pesar de ser bajito.

El profesor de educación física, el señor Wallace, se planta firmemente delante de nosotros, con los pies separados a la anchura de los hombros, y los puños en jarras.

—Muy bien, chicos, escuchadme bien. Esta será seguramente la última vez que salgamos al aire libre este año, de modo que será mejor que la aprovechéis. Un circuito de un kilómetro y medio, a toda potencia. Anotaremos y guardaremos vuestros tiempos para cuando repitamos el circuito en primavera. ¡Corred todo lo que podáis!

La pista al aire libre tiene el suelo de goma sintética. Rodea el campo de fútbol americano, y más allá se ve un bosque que debe de ser el que queda entre el instituto y nuestra casa, pero no estoy muy seguro. El viento es fresco. A Sam se le pone la piel de los brazos de gallina, y se los frota para quitarse la sensación.

—¿Has hecho antes este circuito? —le pregunto.

Sam asiente, diciendo:

—Lo hicimos la segunda semana de clases.

—¿Qué tiempo hiciste?

—Nueve minutos y cincuenta y cuatro segundos.

—Yo pensaba que la gente delgada corría rápido.

—Cállate —me dice.

Corro al lado de Sam, a la cola del grupo. Cuatro vueltas. Son las que tengo que dar por la pista para haber corrido un kilómetro y medio. A medio recorrido, empiezo a separarme de Sam. Me pregunto en cuánto tiempo podría recorrer ese espacio si me esforzara. ¿Dos minutos, tal vez uno, o puede que menos?

El ejercicio me sienta bien y, sin demasiado esfuerzo, adelanto al que va en cabeza. Entonces, reduzco el ritmo y finjo estar agotado. Al hacerlo, veo una mancha marrón y blanca saliendo disparada de entre los arbustos que hay al lado

de la tribuna para correr directamente en mi dirección. «Deben de ser imaginaciones mías», pienso. Aparto la vista y sigo corriendo. Paso por delante del profesor, que lleva un cronómetro en las manos. Grita palabras de ánimo, pero está mirando detrás de mí, fuera de la pista. Sigo su mirada, que se ha quedado fija en la mancha marrón y blanca. Todavía viene derecha hacia mí, y de pronto vuelven a borbotes las imágenes que vi ayer. Las bestias mogadorianas. También las había de pequeño tamaño, con dientes que resplandecían a la luz como cuchillas, criaturas veloces preparadas para matar. Empiezo a acelerar.

Recorro media pista a toda velocidad antes de volver la vista. No hay nada detrás de mí. Me he desembarazado de la bestia. Han transcurrido veinte segundos. Entonces, vuelvo a girar la cabeza y me encuentro con ella justo delante. Debe de haber atravesado el campo por el medio. Freno en seco, y mi perspectiva se corrige. ¡Es *Bernie Kosar*! Está sentado en medio de la pista, agitando el rabo y con la lengua fuera.

—¡*Bernie Kosar*! —grito—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Reanudo el recorrido a ritmo lento, con *Bernie Kosar* corriendo a mi lado. Espero que nadie se haya dado cuenta de lo rápido que he corrido. Me paro y me doblo hacia delante, como si tuviera flato o me hubiera quedado sin aliento. Camino un tramo y después corro un poco más. Antes de haber terminado la segunda vuelta, me han adelantado dos personas.

—¡Smith! ¿Qué ha pasado? ¡Menuda paliza estabas dándoles a los demás! —exclama el señor Wallace cuando paso corriendo a su lado.

Respiro con dificultad, procurando que se note.

—Te... tengo... asma —le contesto.

El profesor menea la cabeza, contrariado.

—Y yo que pensaba que tenía en mi clase al próximo campeón de atletismo del estado de Ohio...

Me encojo de hombros y sigo adelante, parándome de vez en cuando para caminar. *Bernie Kosar* se queda a mi lado, a veces andando, a veces trotando. Cuando empiezo la última vuelta, Sam me alcanza y corremos juntos. Tiene la cara muy roja.

—¿Qué estabas leyendo hoy en astronomía? —le pregunto—. ¿Todos los habitantes de una localidad de Montana han sido abducidos por alienígenas?

Él me dirige una gran sonrisa.

—Sí, o al menos eso parece —contesta con aire tímido, como si se sintiera incómodo.

—¿Y por qué abducirían a una población entera?

Sam se encoge de hombros, sin contestar.

—No, en serio —insisto.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Bueno, la teoría es que el gobierno lleva un tiempo permitiendo las abducciones alienígenas a cambio de tecnología.

—¡No me digas! ¿Y qué clase de tecnología? —le pregunto.

—Pues circuitos de superordenadores, fórmulas para crear más bombas y tecnología ecológica. Cosas así.

—¿Tecnología ecológica a cambio de ejemplares humanos? Qué fuerte. ¿Y para qué necesitarían seres humanos los alienígenas?

—Para poder estudiarnos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué motivos podrían tener?

—Para que, cuando llegue el Armagedón, conozcan nuestras debilidades y puedan derrotarnos fácilmente.

Su respuesta me deja bastante desconcertado, pero solo por las escenas que siguen asaltándome la cabeza desde ayer, las armas que vi utilizar a los mogadorianos, y las enormes bestias.

—¿Eso no es complicarse las cosas, si ya tienen bombas y tecnología muy superiores a las nuestras?

—Bueno, también hay gente que piensa que están esperando a que nos matemos nosotros solos.

Miro a Sam. Está sonriéndome, como si estuviera decidiendo si me estoy tomando la conversación en serio o no.

—¿Por qué querrían que nos matáramos nosotros solos? ¿Qué motivos tienen?

—Por envidia.

—¿Nos tienen envidia? ¿Por qué, por nuestro magnetismo animal?

Sam se echa a reír y responde:

—Algo así.

Asiento. Corremos en silencio un minuto más, y me doy cuenta de que Sam está pasándolo mal, de que respira con dificultad.

—¿Cómo empezaron a interesarte estas cosas?

—Es solo un hobby —dice encogiéndose de hombros, pero a mí me da que me está escondiendo algo.

Terminamos el circuito de kilómetro y medio con un tiempo de ocho minutos y cincuenta y nueve segundos, mejor que la última vez que Sam lo hizo. *Bernie Kosar* sigue a la clase hasta la puerta del edificio. Los demás le hacen carantoñas, y cuando entramos, intenta seguirnos. No sé cómo ha sabido dónde estaba. ¿Habrá memorizado el camino hasta el instituto durante la ida? La idea me parece absurda.

Bernie Kosar se queda en la entrada. Me voy a los vestuarios con Sam, y en cuanto recupera el aliento, empieza a ametrallarme con un montón de teorías conspiratorias más, una tras otra, y la mayoría me parecen ridículas. Me cae bien y me hace reír, pero a veces me gustaría que hablara menos.



Cuando empieza la clase de economía doméstica, Sarah no está en el aula. La señora Benschhoff nos da instrucciones durante diez minutos y luego entramos en la cocina. Ocupo la unidad que usamos la última vez, resignado a tener que cocinar solo, y en el mismo momento en que me viene ese pensamiento, Sarah entra.

—¿Me he perdido algo interesante? —me pregunta.

—Unos diez minutos de mi incomparable compañía —le digo con una sonrisa, y ella se ríe.

—Me he enterado de lo de tu taquilla esta mañana. Lo siento.

—¿Has metido tú el estiércol? —le pregunto.

Ella se ríe otra vez.

—No, claro que no. Pero sé que están metiéndose contigo por mi culpa.

—Tienen suerte de que no haya utilizado mis superpoderes para enviarlos al condado vecino.

Sarah me toca los bíceps, divertida.

—Ah, te refieres a estos enormes músculos. Conque superpoderes, ¿eh? Vaya, pues sí que tienen suerte.

Nuestro proyecto del día consiste en hacer magdalenas de arándanos. Cuando nos ponemos a hacer la masa, Sarah empieza a contarme su historia con Mark. Estuvieron saliendo dos años, pero cuanto más tiempo llevaban juntos, más se apartaba ella de sus padres y sus amigos. Era la novia de Mark, nada más. Se dio cuenta de que había empezado a cambiar, a adoptar algunas de las actitudes de él con la gente: a portarse de forma egoísta y crítica, y a creerse mejor que los demás. También empezó a beber, y sus notas bajaron. Al terminar el curso pasado, sus padres la enviaron a pasar el verano con su tía, en Colorado. Una vez allí, empezó a dar grandes paseos por el monte y a tomar fotos del paisaje con la cámara de su tía. Se enamoró de la fotografía y pasó el mejor verano que recuerda. Se dio cuenta de que en la vida había más cosas que ser una animadora y salir con la estrella del equipo de fútbol americano. Cuando volvió a su casa, rompió con Mark, dejó de ser animadora y se hizo la promesa de que sería buena y amable con todos. Mark no lo ha aceptado. Sarah dice que todavía la considera su novia, y que se cree que acabará volviendo con él. Lo único que ella echa de menos de Mark son sus perros, con los que jugaba siempre que iba a su casa. Entonces le hablo de *Bernie Kosar*, y le cuento que apareció por sorpresa en nuestra puerta después de aquella mañana en el instituto.

Seguimos charlando mientras cocinamos. En un momento dado, meto la mano en el horno sin las manoplas puestas y saco la bandeja de las magdalenas. Sarah me ve hacerlo y me pregunta si estoy bien, y yo finjo que me duele, agitando la mano como si me hubiera quemado, aunque no siento nada. Nos

acercamos al fregadero y Sarah me pasa agua tibia por encima para aliviar la quemadura que no tengo. Cuando me ve la mano, disimulo encogiéndome de hombros. Estamos echando el glaseado a las magdalenas cuando saca el tema de mi móvil, y me comenta que vio que solo había un número en la memoria. Le explico que es el número de Henri, y que perdí el móvil anterior, donde tenía todos mis contactos. Me pregunta si dejé atrás una novia al mudarme. Le digo que no, y ella me lanza una sonrisa que me derrite por completo. Antes de que termine la clase, me dice que pronto se celebrará el festival de Halloween en el pueblo y que espera verme allí, que lo pasaremos bien juntos. Le digo que vale, que estaría bien. Aparento naturalidad, aunque por dentro estoy flotando.

CAPÍTULO ONCE



LAS IMÁGENES SE PRESENTAN AL AZAR, casi siempre cuando menos las espero. A veces son sencillas y fugaces: mi abuela cogiendo un vaso de agua y abriendo la boca para hablar, aunque nunca llego a saber lo que dice porque la imagen se va tan rápido como ha venido. A veces son más largas, más vívidas: mi abuelo empujándome en un columpio. Puedo sentir la fuerza de sus brazos mientras me impulsa hacia arriba, el hormigueo en el estómago cuando me precipito hacia abajo. Mi risa corre con el viento. Y entonces, la visión se desvanece. A veces identifico imágenes específicas de mi pasado, recuerdo formar parte de ellas. Pero a veces son tan nuevas para mí como si lo que veo nunca hubiese ocurrido.

En el salón, mientras Henri pasa el cristal lórico por cada uno de mis brazos, con mis manos suspendidas sobre las llamas, veo lo siguiente: tengo tres años, puede que cuatro, y corro por un jardín de césped recién cortado, nuestro jardín. A mi lado hay un animal con cuerpo de perro y pelaje de tigre. Tiene la cabeza redonda, y un tronco recio sostenido por cuatro patas cortas. No es como ningún animal que haya visto aquí. Se agazapa, preparándose para saltar sobre mí. No puedo parar de reír. Cuando salta, intento cogerlo en brazos pero soy demasiado pequeño, y los dos caemos sobre la hierba. Peleamos. Él es más fuerte que yo. Entonces, el animal da un salto en el aire y, en lugar de volver a caer al suelo como esperaba, se convierte en un pájaro y revolotea a mi alrededor, justo fuera de mi alcance. Planea en círculos, vuela en picado, pasa como una bala bajo mis piernas antes de posarse a cinco metros de distancia. Se transforma en un animal parecido a un mono sin cola y se agacha para abalanzarse de nuevo sobre mí.

Justo entonces, un hombre se acerca a la casa. Es joven, y lleva un traje de

goma plateado y azul ceñido al cuerpo, el tipo de traje que he visto ponerse a los buceadores. Me habla en un idioma que no comprendo. Pronuncia un nombre, *Hadley*, y mueve la cabeza hacia el animal. *Hadley* se acerca corriendo a él, y su forma cambia de mono a algo más grande, parecido a un oso pero con melena de león. Las dos cabezas están al mismo nivel, y el hombre rasca a *Hadley* debajo de la barbilla. Entonces, mi abuelo sale de la casa. Parece joven, pero yo sé que debe de tener cincuenta años por lo menos.

Mi abuelo estrecha la mano del hombre. Los dos están hablando, pero no entiendo lo que dicen. Entonces, el hombre me mira, sonríe, levanta la mano y de repente me separo del suelo y estoy flotando en el aire. *Hadley* me sigue, convertido otra vez en pájaro. Tengo pleno dominio de mi cuerpo, pero es el hombre el que controla hacia dónde voy, moviendo la mano a la izquierda o a la derecha. *Hadley* y yo jugamos en el aire: él me hace cosquillas con el pico y yo intento atraparlo. De pronto, mis ojos se abren y la imagen desaparece.

—Tu abuelo podía hacerse invisible a voluntad —oigo decir a Henri, y vuelvo a cerrar los ojos. El cristal sigue subiéndome por el brazo, extendiendo el efecto repelente contra el fuego por el resto del cuerpo—. Es uno de los legados más inusuales. Se manifiesta solo en un uno por ciento de los nuestros, y él era uno de ellos. Hacía desaparecer su cuerpo y todo lo que estuviera tocando.

—Una vez, antes de que yo supiera cuáles eran sus legados, quiso gastarme una broma. Tú tenías tres años y yo estaba empezando a trabajar en tu casa. Había ido a tu casa por primera vez el día anterior, y cuando subí la cuesta para ir el segundo día, la casa ya no estaba. Había un camino de entrada, un coche, el árbol, pero la casa se había esfumado. Creí que me había vuelto loco. Seguí caminando un trecho más y, cuando me di cuenta de que tenía que haber pasado de largo, di media vuelta. Allí, a poca distancia, se alzaba la casa que habría jurado que antes no estaba. Así pues, empecé a volver sobre mis pasos pero, cuando me acerqué, la casa volvió a desaparecer. Me quedé allí plantado, mirando el lugar donde sabía que tenía que estar la casa, pero no veía más que los árboles de detrás. Seguí caminando. No fue hasta que pasé por tercera vez cuando tu abuelo hizo reaparecer la casa definitivamente, sin poder parar de reír. Seguimos riéndonos al recordarlo durante el año y medio siguiente, hasta que llegó el fin.

Cuando abro los ojos, estoy de nuevo en el campo de batalla. Más explosiones, fuego, muerte.

—Tu abuelo era un buen hombre —dice Henri—. Le encantaba hacer reír a la gente, contar chistes. Creo que no salí de vuestra casa ni una sola vez sin que me doliera la barriga de haberme reído tanto.

El cielo se ha vuelto rojo. Un árbol desgarrar el aire, arrojado por el hombre de plata y azul, el que he visto en la casa. Se lleva por delante a dos de los mogadorianos, y me dan ganas de vitorear. Pero ¿qué sentido tiene celebrar un

solo golpe? Por muchos enemigos que vea caer, la suerte de ese día no cambiará. Los lóricos serán derrotados de todos modos. Todos ellos morirán, hasta el último, y yo seré enviado a la Tierra.

—Nunca le vi enfadarse. Cuando todos los demás perdían los nervios, cuando la tensión se apoderaba de ellos, tu abuelo mantenía la calma. Era entonces cuando solía sacarse de la manga sus mejores chistes, y al momento siguiente todos estaban riendo otra vez.

Las bestias más pequeñas persiguen a los niños, los más indefensos, que todavía sujetan bengalas de las celebraciones. Así es como nos vencen: solo un puñado de lóricos pueden combatir a las bestias, mientras los demás están ocupados intentando salvar a los niños.

—Tu abuela era distinta. Era callada y reservada, muy inteligente. Tus mayores se complementaban el uno al otro: tu abuelo era el desenfadado y alegre, mientras tu abuela trabajaba en un segundo plano para que todo saliera según lo previsto.

En el cielo, todavía veo la estela de humo azul procedente de la aeronave que nos transporta a la Tierra, ocupada por los Nueve y nuestros protectores. La presencia de esta señal en lo alto inquieta a los mogadorianos.

—Y luego estaba Julianne, mi esposa.

Muy a lo lejos hay otra explosión, en este caso similar a las que se producen en el despegue de los cohetes terrestres. Otra nave se eleva, dejando tras de sí una estela de fuego, primero lentamente y luego a cada vez mayor velocidad. Esto me confunde. Nuestras naves no utilizaban la combustión para el despegue; no necesitaban gasolina ni carburantes. Emitían una pequeña estela de humo azul procedente de los cristales que las propulsaban, pero nunca fuego como esta segunda nave. Es lenta y torpe comparada con la primera, pero aun así sigue adelante, alzándose por el aire, acelerando. Henri nunca me ha hablado de una segunda nave. ¿Quién la ocupa? ¿Adónde va? Los mogadorianos gritan y señalan hacia ella. Una vez más, muestran desasosiego, y por un breve instante, los lóricos sacan nuevas fuerzas.

—Tenía los ojos más verdes que hubiera visto jamás, resplandecientes como esmeraldas, y un corazón tan grande como el mismo planeta. Siempre estaba ayudando a los demás, recogiendo animales y adoptándolos como mascotas. Nunca sabré qué es lo que vio en mí.

Ha vuelto la enorme bestia, la de ojos rojos y cuernos gigantescos. Hilos de babas mezcladas con sangre caen de sus dientes afilados como navajas, tan grandes que no caben en su boca. El hombre de plata y azul se planta frente a ella. Intenta alzarla con sus poderes y consigue separarla un par de metros del suelo, pero entonces flaquea y no consigue levantarla más. La bestia ruge, se sacude y cae de nuevo al suelo. Intenta avanzar, luchando contra los poderes del hombre, pero no puede rebasarlos. El hombre vuelve a levantarla. La luz de la

luna se refleja en el sudor y la sangre de su rostro. Entonces, tuerce las manos y la bestia cae de costado. El suelo se sacude. Truenos y relámpagos llenan el cielo, pero no hay lluvia que los acompañe.

—No era muy madrugadora, y yo siempre me levantaba antes que ella. Me sentaba en la salita a leer el periódico, preparaba el desayuno, salía a pasear. Algunas mañanas, ella todavía estaba durmiendo cuando yo volvía. Yo era una persona impaciente, no veía la hora de empezar un nuevo día juntos. Su sola presencia me hacía sentir bien. Entraba e intentaba despertarla, pero ella soltaba un gruñido y se tapaba la cabeza con la sábana. Casi todas las mañanas, siempre el mismo resultado.

La bestia se revuelve, pero el hombre sigue manteniendo el control. Otros guardianes se han unido a la lucha, todos ellos empleando sus poderes contra el mastodonte. El fuego y el rayo caen sobre él, acompañados de ráfagas de láser procedentes de todas direcciones. Algunos guardianes le infligen daños invisibles, manteniéndose apartados mientras alzan sus manos en una pose de concentración. Y entonces, en lo alto, se forma una tormenta colectiva, una gran nube que crece y resplandece en un cielo antes despejado, acumulando una forma de energía en su interior. Los guardianes aúnan esfuerzos, creando entre todos esta masa destructiva. Hasta que, al fin, un descomunal rayo se precipita sobre el punto donde está tumbada la bestia. Y es entonces cuando muere.

—¿Qué otra cosa podía hacer yo? ¿Qué otra cosa podía hacer nadie? Éramos diecinueve en total en esa nave. Los nueve niños y los nueve cêpan, elegidos sin más criterio que el de hallarnos en el lugar preciso aquella noche, y el piloto que nos trajo aquí. Los protectores no podíamos luchar y, de poder hacerlo, ¿acaso habría supuesto alguna diferencia? Los cêpan éramos burócratas, nuestra función era mantener el planeta en marcha, enseñar a los demás, entrenar a los nuevos guardianes para que comprendieran sus poderes y supieran manejarlos. Nuestra función no era la de guerrear. Habríamos sido ineficaces. Habríamos muerto como todos los demás. No teníamos más opción que irnos. Acompañaros para que vivierais y restaurarais algún día la gloria del planeta más hermoso del universo entero.

Cierro los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, la batalla ha terminado. El humo se eleva desde el suelo entre los muertos y los agonizantes. Árboles partidos, bosques quemados, no queda nada en pie excepto los pocos mogadorianos que han vivido para contarlo. El sol asciende hacia el sur y un pálido resplandor crece sobre la tierra desolada, bañada en rojo. Montículos de cadáveres, no todos intactos, no todos enteros. En lo más alto del montículo se encuentra el hombre de plata y azul, muerto como los demás. No hay señales discernibles en su cuerpo, pero está muerto de todos modos.

Mis ojos se abren de golpe. No puedo respirar, y tengo la boca seca, sedienta.

—Ven —dice Henri.

Entonces me ayuda a levantarme de la mesa de centro, me acompaña a la cocina y me acerca una silla. Las lágrimas brotan de mis ojos, aunque parpadeo para contenerlas. Henri me trae un vaso de agua y bebo del tirón hasta la última gota. Le devuelvo el vaso y él lo llena otra vez. Me pesa la cabeza, y respiro aún con dificultad. Bebo el segundo vaso, y entonces miro a Henri.

—¿Por qué no me has dicho nunca que había otra nave? —le pregunto.

—¿Qué estás diciendo?

—Había otra nave.

—¿Dónde estaba esa otra nave?

—En Lorien, el día que nos fuimos. Una segunda nave, que despegó después de la nuestra.

—Imposible —me dice.

—¿Por qué es imposible?

—Porque las demás naves fueron destruidas. Lo vi con mis propios ojos. Cuando los mogadorianos aterrizaron, lo primero que hicieron fue neutralizar nuestros puertos. Nosotros viajamos en la única nave que resistió su ofensiva. Fue un milagro que lográramos irnos.

—He visto otra nave, te lo juro. Aunque no era como las demás. Utilizaba combustible y dejaba una bola de fuego tras de sí.

Henri me escudriña con atención. Está concentrándose en pensar, con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro, John?

—Sí.

Henri se reclina en su silla, mira por la ventana. *Bernie Kosar* está en el suelo, mirándonos a ambos.

—Consiguió irse de Lorien —sigo diciendo—. La he observado hasta que ha desaparecido.

—Eso no tiene ningún sentido —afirma Henri—. No veo cómo pudo ser. No quedó nada.

—Hubo una segunda nave.

Los dos nos quedamos sentados un buen rato en silencio.

—Henri...

—¿Sí?

—¿Qué había en esa nave?

Él me clava la mirada y contesta:

—No lo sé. De verdad que no lo sé.



Estamos sentados en el salón, con la chimenea encendida, y *Bernie Kosar* en mi regazo. De vez en cuando, un crujido de los troncos rompe el silencio.

—¡Luz! —digo, y chasqueo los dedos.

La mano derecha se me ilumina, no tanto como en otras ocasiones, pero casi. En el poco tiempo que ha pasado desde que Henri empezó a entrenarme, he aprendido a controlar el fulgor. Puedo modificarlo, ampliándolo como la luz de una casa, o enfocándolo para que sea más estrecho, como el haz de una linterna. Mi habilidad para manipularlo se desarrolla más rápido de lo que esperaba. El de la mano izquierda sigue siendo más tenue que el de la derecha, pero está equiparándose. Chasqueo los dedos y digo « luz » para fardar, pero en realidad no necesito hacerlo para encender la luz ni para controlarla. Es algo que me viene de dentro, y requiere tan poco esfuerzo como doblar un dedo o cerrar un ojo.

—¿Cuándo crees que se manifestarán los demás legados? —pregunto.

Henri levanta la vista del periódico para contestar.

—Pronto. El siguiente, sea cual sea, debería llegar en el plazo de un mes. Solo tienes que estar muy atento. No todos los poderes serán tan aparentes como lo de las manos.

—¿Cuánto tardarán en aparecer todos?

—A veces van llegando en un plazo de dos meses, a veces tardan hasta un año —dice él, encogiéndose de hombros—. Varía de un guardián a otro. Pero, tarde lo que tarde, tu legado principal será el último en manifestarse.

Cierro los ojos y me reclino en el sofá. Me pongo a pensar en mi legado principal, el que me permitirá combatir. No sé cuál me gustaría que fuera. ¿Rayos? ¿Control mental? ¿La capacidad de manipular los elementos, como he visto hacer al hombre de plata y azul? ¿O preferiría algo más oscuro, más siniestro, como la capacidad de matar sin tocar?

Paso la mano por el lomo de *Bernie Kosar*, y luego miro a Henri. Lleva un gorro de dormir y unas gafas en la punta de la nariz, como un ratón de cuento.

—¿Por qué estábamos en el campo espacial aquel día? —le pregunto.

—Para ver una exhibición aérea. Cuando terminé, visitamos algunas de las naves.

—¿Seguro que era ese el único motivo?

Él se vuelve hacia mí y asiente con la cabeza. Al hacerlo, traga saliva, y eso me da la sensación de que me está ocultando algo.

—Bueno, ¿y cómo se decidió que nos iríamos? —pregunto—. Supongo que un plan así no se puede improvisar en unos pocos minutos, ¿no?

—No despegamos hasta tres horas después del comienzo de la invasión. ¿Recuerdas algo de ese momento?

—Muy poco.

—Nos reunimos con tu abuelo junto a la estatua de Pittacus. Te entregó a mí y me dijo que te llevara al campo espacial, que aquella era nuestra única

posibilidad de salvarnos. Debajo había un complejo subterráneo. Tu abuelo me dijo que siempre había habido un plan de emergencia por si ocurría algo por el estilo, pero que nadie se lo había tomado nunca en serio porque la amenaza de un ataque parecía ridícula. Lo mismo que ocurriría aquí, en la Tierra. Si ahora le contaras a cualquier ser humano que existe la amenaza de un ataque alienígena, se reirían de ti, ¿no? Pues en Lorien, lo mismo. Le pregunté cómo estaba enterado de ese plan y no me respondió, solo me sonrió y me dijo adiós. Tiene cierta lógica que nadie conociera los detalles del plan, o que solo los conocieran unos pocos.

Asiento y pregunto a continuación:

—Entonces, ¿se os ocurrió de repente el plan de ir a la Tierra?

—Claro que no. Uno de los Ancianos del planeta se reunió con nosotros en el campo espacial. Fue él quien conjuró el hechizo lórico que os une a todos y cuya marca lleváis en el tobillo, y también os dio a cada uno un amuleto. Dijo que erais unos niños especiales, unos niños bendecidos, con lo que supongo que quería decir que ibais a tener una oportunidad de escapar. En un principio planeamos llevar la nave al cielo hasta que terminara la invasión, en espera de que los nuestros se defendieran y ganaran. Pero eso nunca llegó a ocurrir... —Henri se queda callado, y entonces prosigue con un suspiro—: Permanecemos una semana en órbita. Fue todo lo que tardaron los mogadorianos en saquear Lorien hasta no dejar nada. Cuando se hizo evidente que no habría regreso, pusimos rumbo a la Tierra.

—¿Por qué no conjuró un hechizo para que no pudieran matarnos a ninguno, en ningún orden?

—Existen limitaciones, John. Lo que estás pidiendo es que seáis invencibles. Eso no es posible.

Asiento. El hechizo tiene sus limitaciones. Si uno de los mogadorianos intenta matarnos sin respetar el orden, el daño que intente infligir se volverá contra él y lo recibirá en nuestro lugar. Si uno de ellos hubiese intentado dispararme en la cabeza, la bala habría atravesado su propia cabeza. Pero ya no. Ahora, si me atrapan, podrán matarme.

Me quedo un momento sentado en silencio mientras reflexiono acerca de todo esto. Acerca del campo espacial. Acerca de Loridas, el único Anciano restante en Lorien, que conjuró un hechizo para protegernos y que ahora está muerto. Los Ancianos fueron los primeros habitantes de Lorien, los seres que dieron forma al planeta. Al principio eran diez, y todos los legados se concentraban en este reducido grupo. De eso hace tanto, tanto tiempo, que parecen más una leyenda que algo basado en la realidad. Aparte de Loridas, nadie supo qué fue de los demás, si murieron o no.

Intento recordar la sensación de estar en órbita sobre el planeta, esperando a saber si podríamos volver, pero en mi memoria no hay nada de eso. Lo que sí

recuerdo son fragmentos del viaje. El interior de la nave en la que estábamos era redondo y despejado, aparte de los dos baños, que tenían puertas. Había camas concentradas en uno de los lados; el otro lado estaba dedicado a la práctica de ejercicios y juegos que nos ayudaran a desfogarnos. No sé cómo eran los demás, ni a qué jugábamos. Pero sí recuerdo que me aburría, metido un año entero en una nave con dieciocho viajeros más. Había un animal de peluche con el que dormía de noche, y aunque estoy seguro de que mi memoria se equivoca, me parece recordar que el animal jugaba conmigo.

—Henri...

—¿Sí?

—Tengo muchas imágenes de un hombre con un traje plateado y azul. Le he visto en nuestra casa, y en el campo de batalla. Podía controlar los elementos. Y después le he visto muerto.

Henri asiente y me explica:

—Cada vez que vuelvas, presenciarás las escenas que tengan importancia para ti.

—Era mi padre, ¿verdad?

—Sí. No tenía que visitarnos mucho, pero lo hacía igualmente. Siempre estaba visitándonos.

Suspiro. Mi padre había matado a la bestia y a muchos soldados, había luchado con valentía. Pero en última instancia no fue suficiente.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de ganar?

—¿A qué te refieres?

—Nos derrotaron con mucha facilidad. ¿Qué esperanza tenemos de que sea distinto si nos encuentran ahora? Aunque todos hayamos desarrollado nuestros poderes y nos hayamos reunido para combatir juntos, ¿qué esperanza tenemos contra algo así?

—¿Esperanza? —me dice—. Siempre hay esperanza, John. Todavía puede haber sorpresas. No lo sabemos todo todavía. No renuncies a la esperanza aún. Es lo último a lo que hay que renunciar. Cuando pierdes la esperanza, ya no te queda nada más. Y aunque pienses que se han agotado las posibilidades, en el momento más duro y sombrío de todos, sigue habiendo esperanza.

CAPÍTULO DOCE



EL SÁBADO, CASI DOS SEMANAS DESPUÉS de llegar a Paradise, Henri y yo nos vamos al pueblo a ver el desfile de Halloween. Creo que la soledad nos está afectando a los dos. No es que no estemos acostumbrados a ella. Estamos más que acostumbrados. Pero la soledad en Ohio es diferente de la de casi todos los demás sitios. Viene acompañada de cierto silencio, de cierto sentimiento de nostalgia.

Es un día frío, y el sol se asoma de forma intermitente a través de las espesas nubes blancas que se deslizan en el cielo. El pueblo es un hervidero de actividad. Todos los niños van disfrazados. Hemos comprado una correa para *Bernie Kosar*, que lleva una capa de Superman atada a la espalda y una gran *S* en el pecho. No parece darle mucha importancia al disfraz: no es el único perro vestido de superhéroe.

Henri y yo vemos pasar el desfile desde la acera del Hungry Bear, el restaurante que queda enfrente de la rotonda del centro del pueblo. En el cristal han colgado un recorte del artículo de la *Paradise Gazette* dedicado a Mark James. En la foto se le ve plantado en la línea de cincuenta yardas del campo de fútbol americano, con su chaqueta del equipo del instituto, los brazos cruzados, el pie derecho sobre el balón y una sonrisa ladeada de confianza en la cara. Hasta yo tengo que reconocer que está impresionante.

Henri me ve mirando el recorte.

—Ese es tu amigo, ¿no? —me pregunta con una sonrisa. Henri conoce toda la historia: el enfrentamiento que casi terminó en pelea, el estiércol de vaca y lo mucho que me gusta su exnovia. Desde que conoce toda esta información, siempre se refiere a Mark como mi «amigo».

—Mi mejor amigo —le corrijo.

Justo entonces la banda empieza a tocar. Se encuentra en cabeza del desfile, seguida por varias carrozas con decoración de Halloween. Una de ellas lleva a Mark y a algunos de sus compañeros futbolistas, que arrojan puñados de caramelos a los niños. A algunos los reconozco de clase, a otros no. Entonces, Mark me ve y da un codazo al que está a su lado, Kevin (el tío al que di un rodillazo en la entrepierna, en el comedor del instituto). Mark me señala y dice algo. Los dos se ríen.

—¿Es él? —pregunta Henri.

—Es él.

—Parece un capullo.

—Ya te lo dije.

A continuación llegan andando las animadoras, todas ellas de uniforme, con el pelo recogido hacia atrás, sonriendo y saludando al público. Sarah camina a su lado y les va haciendo fotos mientras saltan y hacen sus coreografías. Aunque va en vaqueros y no lleva maquillaje, es mucho más guapa que todas las demás. Cada vez hablamos más en el instituto, y ya no puedo dejar de pensar en ella. Henri me ve mirándola fijamente. Vuelve la vista hacia el desfile y me dice:

—Es ella, ¿no?

—Es ella.

Sarah me ve. Me saluda con la mano y señala la cámara, indicando que vendría conmigo pero que tiene que hacer fotos. Yo sonrío y asiento.

—Bueno, ahora veo por qué te interesa tanto —me dice Henri.

Seguimos viendo el desfile. El alcalde de Paradise pasa frente a nosotros, sentado en la parte trasera de un descapotable rojo. Arroja más caramelos a los niños, y se me ocurre que hoy muchos niños se pondrán como una moto del subidón de azúcar.

Noto unos toquécitos en el hombro y me doy la vuelta.

—¡Pero si es Sam Goode! ¿Qué te cuentas?

Él se encoge de hombros y contesta:

—Nada. Y tú, ¿qué tal?

—Ya ves, mirando el desfile. Te presento a mi padre, Henri.

Los dos se dan la mano. Henri le dice:

—John me ha hablado mucho de ti.

—¿De verdad? —pregunta Sam con una sonrisa ladeada.

—De verdad —repite Henri. Después de una pausa, esboza una sonrisa—. ¿Sabes?, he leído una cosa muy interesante. A lo mejor ya la has oído, pero ¿sabías que las tormentas eléctricas se deben a los extraterrestres? Las provocan para entrar en nuestro planeta sin llamar la atención. La tormenta crea una distracción, y los rayos que se ven proceden en realidad de las naves que penetran en la atmósfera terrestre.

Sam sonríe y se rasca la cabeza.

—Anda ya.

—Pues eso es lo que he leído —dice Henri, encogiéndose de hombros.

—Pues vale —dice, Sam, que tiene muchas ganas de complacer a Henri—. ¿Y sabía que en realidad los dinosaurios no se extinguieron? Los alienígenas estaban tan fascinados con ellos que decidieron llevárselos todos a su planeta.

—Pues eso no lo sabía —dice Henri, meneando la cabeza—. ¿Sabías tú que el monstruo del lago Ness era en realidad un animal del planeta Trafalgra? Lo trajeron aquí de prueba, para ver si podía vivir en la Tierra, y sobrevivió. Pero cuando fue descubierto, los extraterrestres tuvieron que llevárselo otra vez, y por eso nadie lo ha vuelto a ver más.

Yo me río, no de la teoría, sino del nombre de Trafalgra en sí. No hay ningún planeta llamado así, y me pregunto si Henri se lo habrá inventado sobre la marcha.

—¿Sabía que las pirámides egipcias fueron construidas por alienígenas? —pregunta Sam.

—Algo he oído —dice Henri, sonriendo. Esto le resulta gracioso porque, aunque las pirámides no fueron obra de los alienígenas, se construyeron a partir de la ciencia lórica y con ayuda de Lorien—. ¿Sabías que está previsto que el mundo se acabe el 21 de diciembre de 2012?

Sam asiente y sonríe.

—Sí, ya lo he oído. Es la fecha de caducidad de la Tierra, el fin del calendario maya.

—¿Fecha de caducidad? —Salto yo—. ¿Como la de los cartones de leche? ¿Se va a agriar la Tierra o qué?

Me río de mi propio chiste, pero ellos no me prestan atención. Entonces, Sam dice:

—¿Sabía que los círculos en los cultivos empezaron siendo un instrumento de navegación para la raza alienígena de los agharianos? Pero eso fue hace miles de años. Los de ahora son obra de campesinos aburridos.

Yo me río otra vez. Siento el impulso de preguntarle cómo son los que difunden conspiraciones alienígenas si los que crean los círculos en los cultivos son campesinos aburridos, pero me contengo.

—¿Y los centuri? —pregunta Henri—. ¿Has oído hablar de ellos?

Sam niega con la cabeza.

—Son unos alienígenas que viven en el centro de la Tierra. Son una raza beligerante, siempre disputando entre sí y, cuando se enzarzan en guerras civiles, la superficie de la Tierra se vuelve loca. De ahí los terremotos, las erupciones volcánicas y todo eso. ¿Te acuerdas del tsunami de 2004? Fue porque la hija del rey de los centuri había desaparecido.

—¿Y la encontraron? —pregunto.

Henri niega con la cabeza, me mira a mí y después a Sam, que todavía está sonriendo por el juego que han creado.

—No, nunca la encontraron. Se especula con la idea de que es capaz de cambiar de forma, y que ahora vive en alguna parte de Sudamérica.

La teoría de Henri es tan buena que estoy convencido de que no puede habérsela inventado tan rápido. No puedo evitar planteármela, aunque nunca he oído hablar de alienígenas llamados centuri, y me consta que nada puede vivir en el centro de la Tierra.

—¿Y sabía...? —Sam se queda callado. Creo que Henri le ha dejado sin palabras, y en el momento en que esa idea aparece en mi mente, Sam dice algo tan aterrador que una oleada de pánico me recorre el espinazo.

—¿Sabía que los mogadorianos se han embarcado en una campaña de dominación universal, y que ya han sometido un planeta y ahora planean someter la Tierra? Están entre nosotros, buscando debilidades humanas que explotar cuando empiece la guerra.

Siento que la mandíbula se me desencaja, y Henri se queda mirando a Sam, estupefacto. Está conteniendo la respiración. Su mano se crispa en torno al vaso de café que sostiene, hasta el punto que me da miedo que acabe estrujando el vaso de cartón si sigue apretándolo así. Sam mira a Henri, y después a mí.

—Os habéis quedado helados. ¿Eso quiere decir que he ganado?

—¿Dónde has oído eso? —le pregunto. Henri me dirige una mirada tan feroz que preferiría haberme quedado callado.

—De *Están entre nosotros*.

Henri sigue sin saber qué respuesta dar. Abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras. Justo entonces, una mujer menuda que se ha colocado detrás de Sam nos interrumpe.

—Sam —dice, y él se vuelve hacia ella—. ¿Dónde has estado?

—He estado aquí todo el rato —contesta Sam, encogiéndose de hombros.

La mujer suspira, y entonces se dirige a Henri:

—Hola, soy la madre de Sam.

—Henri —se presenta él, y le da la mano—. Encantado de conocerle.

Ella abre los ojos, sorprendida. El acento de Henri tiene algo que la ha animado.

—*Ah bon! Vous parlez français? C'est super! J'ai personne avec qui je peux parler français depuis longtemps.*

—Lo siento —se disculpa Henri con una sonrisa—. La verdad es que no hablo francés. Aunque sé que tengo un acento parecido.

—¿No? —dice ella en tono decepcionado—. Pues vaya, y yo que pensaba que por fin había llegado alguien con un poco de nivel a este pueblo.

Sam me mira y hace una mueca.

—Venga, Sam, vámonos —dice su madre.

Él se encoge de hombros y nos dice:

—¿Vais a ir al parque y a la carroza fantasma?

Miro a Henri, y después a Sam.

—Sí, claro. ¿Y tú? —respondo.

Él se encoge de hombros.

—Bueno, pues nos vemos allí si puedes ir —le digo.

Sam sonríe y asiente.

—Vale.

—Tenemos que irnos ya, Sam. Y no sé si podrás ir a la carroza fantasma. Tienes que ayudarme en casa —le dice su madre. Sam hace ademán de decir algo, pero ella ya está yéndose, y decide seguirla.

—Qué mujer tan simpática —dice Henri con ironía.



—¿Cómo has hecho para inventarte todo eso? —pregunto.

La multitud empieza a desplazarse hacia la calle Mayor, en dirección contraria a la rotonda. Henri y yo seguimos a la gente hasta el parque, donde hay puestos de sidra y comida.

—Cuando pasas tanto tiempo mintiendo, empiezas a cogerle el tranquillo.

Asiento y le pregunto:

—¿Y qué piensas de lo que ha dicho?

Él toma una profunda bocanada de aire y lo exhala. La temperatura del aire es lo bastante fría para que su aliento sea visible.

—Ni idea. No sé qué pensar sin saber más. Me ha cogido de sopetón.

—Nos ha cogido a los dos de sopetón.

—Tendremos que echar un vistazo a esa publicación de la que saca esos datos, mirar quién la escribe y dónde lo hace —dice, y me mira con aire expectante.

—¿Qué?

—Vas a tener que conseguir un ejemplar.

—Vale, lo haré —le contesto—. Pero la verdad es que no lo entiendo. ¿Cómo puede alguien saber eso?

—Alguien le proporciona esa información.

—¿Crees que es uno de los nuestros?

—No.

—Entonces, ¿son ellos?

—Podría ser. Nunca había pensado en consultar panfletos conspiracionistas. Puede ser que crean que los leemos y filtren información de este tipo para

sacarnos al descubierto. Así podrían... —Hace una pausa, y reflexiona un minuto —. Diablos, John, no lo sé. Pero tendremos que indagar. No es una coincidencia, eso seguro.

Caminamos en silencio, todavía un poco aturridos, dándole vueltas a la cabeza en busca de posibles explicaciones. *Bernie Kosar* trota entre los dos, con la lengua colgando y la capa cayendo a un lado hasta el punto de arrastrarla por la acera. Llama mucho la atención de los niños, y muchos se paran para hacerle carantoñas.

El parque está situado a las afueras del pueblo, en el lado sur. El extremo más alejado está delimitado por dos lagos contiguos, separados por una estrecha lengua de tierra que comunica con el bosque que queda tras ellos. El parque en sí está compuesto por tres campos de béisbol, un parque infantil y un gran pabellón donde hay voluntarios sirviendo sidra y cuñas de tarta de calabaza. A un lado del camino de grava hay tres carrozas llenas de paja, con un gran cartel que dice:

¡UN PASEO PARA MORIRTE DE MIEDO!
CARROZA FANTASMA DE HALLOWEEN
SALIDA A LA PUESTA DE SOL
5 \$ POR PERSONA

El camino de grava se transforma en uno de tierra antes de llegar al bosque, cuyo acceso está decorado con figuras caricaturescas de fantasmas y duendes. Al parecer, la carroza fantasma atraviesa el bosque. Miro a mi alrededor en busca de Sarah, pero no la veo por ningún lado. Me pregunto si se subirá a la atracción.

Henri y yo entramos en el pabellón. Las animadoras se han agrupado en un lado, algunas para pintar las caras de los niños con dibujos inspirados en Halloween, y otras para vender participaciones en la rifa que se celebrará a las seis.

—Hola, John —oigo detrás de mí. Me doy la vuelta y allí está Sarah, cámara en mano—. ¿Qué te ha parecido el desfile?

Le sonrío y meto las manos en los bolsillos. En una mejilla tiene pintado un pequeño fantasma blanco.

—Hola. Ha estado bien. Creo que me está empezando a gustar el encanto aldeano de Ohio.

—¿Encanto? Querrás decir aburrimiento, ¿no?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, a mí no me parece mal.

—Anda, pero si es nuestro amiguito del instituto —dice, agachándose para acariciar a *Bernie Kosar*—. Ya me acuerdo de ti.

El perro agita la cola frenéticamente, empieza a dar botes e intenta lamerle la cara. Ella se ríe.

Miro detrás de mí. Henri está cinco o seis metros más allá, hablando con la madre de Sarah en una de las mesas de picnic. Me gustaría saber de qué están hablando.

—Le has caído bien. Se llama *Bernie Kosar*.

—¿*Bernie Kosar*? No le pega a un perro tan adorable. Mira qué capa. Es tan mono que no se puede aguantar.

—Como sigas así, acabaré teniendo celos de mi propio perro —bromeo.

Ella sonríe y se pone de pie.

—Entonces, ¿me vas a comprar un boleto para la rifa o no? Es para reconstruir un refugio para animales de Colorado que quedó destruido el mes pasado en un incendio.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es que una chica de Paradise, Ohio, hace campaña por un refugio de Colorado?

—Es de mi tía. He convencido a todas las chicas del equipo de animadoras para que participen. Haremos un viaje para participar en las obras. Estaremos ayudando a los animales y encima nos libramos por una semana del instituto y de Ohio. Todos ganan.

Me imagino a Sarah pertrechada con un casco y un martillo, y la idea me arranca una sonrisa.

—O sea, ¿que voy a tener que ocuparme yo solo de la cocina durante toda una semana? —Finjo un suspiro de exasperación y meneo la cabeza—. Pues ya no sé si puedo apoyar ese viaje, aunque sea en pro de los animales.

Ella se ríe y me da un suave puñetazo en el hombro. Saco la cartera y le doy cinco dólares para comprar seis boletos.

—Estos seis traen buena suerte —me dice.

—¿De verdad?

—Pues claro. Me los has comprado a mí, tonto.

Justo entonces, sobre el hombro de Sarah, veo a Mark y a los demás deportistas de la carroza acercarse al pabellón.

—¿Vas a ir esta noche a la carroza fantasma? —me pregunta Sarah.

—Sí, lo estaba pensando.

—Te lo recomiendo, es muy divertido. Todo el mundo irá. Y la verdad es que da bastante miedo.

Mark nos ve hablando, y su cara se crispa en un gesto enfurruñado. Camina hacia nosotros. Lleva el mismo atuendo de siempre: chaqueta del equipo, vaqueros, el pelo lleno de gel fijador.

—Entonces, ¿tú vas a ir? —pregunto a Sarah.

Antes de que pueda contestar, Mark nos interrumpe.

—¿Qué te ha parecido el desfile, Johnny? —pregunta. Sarah se da la vuelta

enseguida y le fulmina con la mirada.

—Me ha gustado mucho —contesto.

—¿Vas a subirte esta noche en la carroza fantasma, o te da demasiado miedo?

—Pues la verdad es que pensaba ir —replico, sonriéndole.

—¿Seguro que no te rayarás como el otro día en el instituto y no saldrás corriendo del bosque llorando como un crío?

—No seas imbécil, Mark —dice Sarah.

Él me mira, furioso. Estando rodeados de gente, no podrá hacer nada sin arriesgarse a montar una escena... y de todos modos no creo que fuera a hacer nada.

—Ya recibirás tu merecido —me amenaza.

—¿Tú crees? —le digo.

—Y será más bien pronto.

—No te digo que no. Pero no serás tú quien me lo dé.

—¡Parad ya! —Sarah se interpone entre los dos, empujándonos para separarnos. La gente nos mira. Ella echa una ojeada a su alrededor, como avergonzada por llamar la atención, y entonces nos mira con gesto irritado, primero a Marky después a mí—. Está bien, peleaos si eso es lo que queréis. Que os vaya bien —dice, y entonces se da la vuelta y se aleja. Yo la miro mientras se va. Mark no.

—Sarah —la llamo, pero ella sigue andando y desaparece más allá del pabellón.

—Pronto —repito Mark.

Yo me vuelvo para mirarle.

—Lo dudo mucho.

Mark se retira hacia su grupo de amigos. En ese momento, Henri viene hacia mí.

—Seguro que no estaba consultándote una duda sobre los deberes de mates de ayer.

—Más bien no —respondo.

—No me preocuparía por él. Perro ladrador, poco mordedor.

—No me preocupo —le digo, y entonces mi vista se escapa hacia el lugar por donde ha desaparecido Sarah—. ¿Voy tras ella? —le pregunto, y le dirijo una mirada suplicante hacia la parte de él que una vez estuvo enamorada y casada, la parte que sigue echando de menos a su esposa a diario, y no a la parte que procura mantenerme a salvo y oculto.

Henri asiente con la cabeza y me dice, suspirando:

—Está bien. Por mucho que me cueste reconocerlo, lo mejor será que vayas tras ella.

CAPÍTULO TRECE



LOS NIÑOS CORREN, CHILLAN, BAJAN POR los toboganes y juegan en los columpios. Todos ellos llevan bolsas de caramelos en la mano y tienen la boca llena de dulces. Algunos van disfrazados de personajes de dibujos animados, y otros de monstruos, vampiros o fantasmas. Todos los habitantes de Paradise deben de estar en el parque ahora mismo. Y en medio de toda esta locura veo a Sarah, sentada a solas en un columpio, meciéndose suavemente.

Me abro paso entre gritos y chillidos. Cuando Sarah me ve, esboza una sonrisa, y sus grandes ojos azules son como faros.

—¿Un empujoncito? —le pregunto.

Ella señala con la cabeza el columpio que se acaba de quedar libre a su lado, y yo me siento en él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, estoy bien. Es que me saca de quicio. Siempre tiene que hacerse el duro, y cuando está delante de sus amigos se porta como un canalla.

Sarah empieza a girar sobre sí misma en el columpio hasta que las cadenas ya no pueden enroscarse más, y entonces levanta los pies del suelo para que el columpio empiece a dar vueltas, primero despacio, y después cada vez más rápido. Durante todo el rato no deja de reír, y su melena rubia la sigue como una estela. Yo la imito. Cuando el columpio se detiene al fin, el mundo deja de dar vueltas.

—¿Dónde está *Bernie Kosar*?

—Le he dejado con Henri —le contesto.

—¿Tu padre?

—Sí, mi padre. —Siempre hago lo mismo, llamar a Henri por su nombre

cuando debería llamarle «papá».

La temperatura está descendiendo muy deprisa, y siento las cadenas del columpio cada vez más frías mientras las aferro con fuerza. Observamos a los niños que van de acá para allá como locos. Sarah me mira, y sus ojos parecen más azules que nunca a la luz cada vez más tenue del crepúsculo. Nuestras miradas no se separan mientras nos miramos fijamente, comunicándonos sin necesidad de pronunciar palabra. Los niños parecen difuminarse en un segundo plano. Entonces, ella sonríe con timidez y aparta la vista.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —le pregunto.

—¿Con qué?

—Con Mark.

Ella se encoge de hombros.

—¿Qué más tengo que hacer? Ya he cortado con él. No dejo de decirle una y otra vez que no tengo interés en volver con él.

Asiento. No sé muy bien qué respuesta darle.

—En fin, creo que debería ir a vender los boletos que me quedan. Solo falta una hora para la rifa.

—¿Quieres que te ayude?

—No, da igual. Tú aprovecha y pásalo bien. Seguro que *Bernie Kosar* ya está echándote de menos. Pero no puedes perderte la carroza fantasma. ¿Te gustaría que fuéramos juntos?

—Mucho —le digo. Siento una explosión de alegría por dentro, pero intento disimularla.

—Hasta dentro de un rato, entonces.

—Buena suerte con los boletos.

Ella se acerca a mí. Me coge la mano y la sujeta tres segundos largos. Después la suelta, se baja del columpio de un salto y se va a toda prisa. Yo me quedo allí sentado, columpiándome suavemente, disfrutando de un viento fresco que no he sentido desde hace mucho tiempo porque pasamos el último invierno en Florida, y el otro en el sur de Texas. Cuando vuelvo hacia el pabellón, Henri está sentado en la mesa de picnic, comiéndose una porción de tarta con *Bernie Kosar* echado a sus pies.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien —respondo con una sonrisa.

De no se sabe dónde sale disparado un cohete naranja y azul que explota en el cielo. Eso me recuerda a Lorien y a los fuegos artificiales que vi el día de la invasión.

—¿Has vuelto a pensar en la segunda nave que vi?

Henri mira a su alrededor para asegurarse de que nadie puede oírnos. Tenemos para nosotros solos la mesa de picnic, que está situada en un rincón alejado del gentío.

—Un poco. Pero sigo sin tener ni idea de qué puede ser.

—¿Crees que puede haber viajado hasta aquí?

—No. Eso sería imposible. Si viajaba con combustible, como decías, no podría haber llegado muy lejos sin repostar.

Me quedo un momento sentado en silencio.

—Ojalá hubiera podido.

—Hubiera podido ¿qué?

—Viajar hasta aquí, con nosotros.

—Sería bonito, sí —dice Henri.



Transcurre una hora más o menos, y veo a todos los futbolistas, con Mark al frente, avanzar a través del césped. Van vestidos de momias, zombis, fantasmas, veinticinco en total. Se sientan en las gradas del campo de béisbol más cercano, y las animadoras que estaban pintando a los niños empiezan a maquillar a Mark y sus amigos para completar sus disfraces. Solo entonces comprendo que ellos serán los encargados de asustar a los que se suban a la carroza fantasma, los que nos esperarán en el bosque.

—¿Has visto eso? —pregunto a Henri.

Él mira al grupo y asiente, y entonces coge su café y da un largo sorbo.

—¿Sigues pensando que es buena idea ir a esa atracción? —me pregunta.

—No, pero lo haré igualmente.

—Lo sospechaba.

Mark va disfrazado de una especie de zombi. Lleva unos harapos oscuros y un maquillaje blanco y gris, con manchurroneos rojos en lugares diversos para aparentar sangre. Ya está del todo caracterizado cuando Sarah se acerca a él y le dice algo. En un momento dado, él alza la voz, pero no oigo lo que dice. Sus movimientos son agitados, y habla tan rápido que adivino que está hablando de forma atropellada. Sarah se cruza de brazos y meneas la cabeza. El cuerpo de él se tensa. Hago ademán de levantarme, pero Henri me coge del brazo.

—No vayas —me dice—. Él solo está buscándole las cosquillas.

Los miro, deseando con todas mis fuerzas poder oír su conversación, pero hay demasiados niños chillando para poder aislar sus voces. Cuando terminan los chillidos, los dos están de pie, mirándose el uno al otro. La cara de Mark muestra una mirada dañina, y la de Sarah una sonrisa de perplejidad. Entonces, ella meneas la cabeza y se aleja.

Miro a Henri y le digo:

—Y ahora ¿qué debería hacer?

—Nada —responde—. Absolutamente nada.

Mark vuelve con sus amigos, con la cabeza gacha y una expresión ceñuda. Algunos de ellos dirigen sus miradas hacia mí. Aparecen algunas sonrisas malévolas. Después, empiezan a adentrarse en el bosque. Es una marcha lenta y metódica, y los veinticinco deportistas disfrazados desaparecen a lo lejos.



Para matar el tiempo, paseo hasta el centro del pueblo con Henri, y cenamos en el Hungry Bear. Cuando volvemos al parque, el sol ya se ha puesto, y el primer remolque cargado de paja y tirado por un tractor verde arranca en dirección al bosque. El gentío se ha dispersado bastante, y los que quedan son en su mayoría alumnos de instituto y adultos marchosos, que en total suman un centenar de personas más o menos. Busco a Sarah entre ellos, pero no la veo. El siguiente remolque sale dentro de diez minutos. Según el folleto, el paseo dura media hora en total: el remolque avanza despacio por el bosque mientras se acumula la expectación, hasta que se detiene y los pasajeros tienen que bajarse y seguir a pie por un camino diferente, y es entonces cuando comienzan los sustos.

Mientras Henri y yo esperamos detrás del pabellón, vuelvo a pasar la vista por la larga fila de personas que esperan turno. Sigo sin verla. Justo entonces, el móvil se pone a vibrar en mi bolsillo. Ya ni recuerdo la última vez que sonó mi teléfono sin que me llamara Henri. En la pantalla aparece el nombre de la persona que llama: SARAH HART. Me invade una oleada de emoción. Debí de guardar mi número en su móvil el mismo día que guardó el suyo en el mío.

—¿Sí? —digo.

—¿John?

—Sí.

—Hola, soy Sarah. ¿Estás en el parque todavía? —dice. Habla como si llamarme fuera una cosa normal, como si no tuviera que sorprenderme que tenga mi número a pesar de que nunca se lo he dado.

—Sí.

—¡Qué bien! Dentro de unos cinco minutos volveré a estar ahí. ¿Han empezado a salir los remolques?

—Sí, hace un par de minutos.

—No te has subido todavía, ¿no?

—No.

—Guay. Pues espérame y así nos subimos juntos.

—Claro, te espero —contesto—. El segundo está a punto de salir ahora.

—Perfecto. Llegaré a tiempo para el tercero.

—Hasta ahora, pues —digo, y cuelgo con una enorme sonrisa en la cara.

—Ándate con cuidado —me advierte Henri.

—Lo haré. —Entonces me quedo en silencio antes de intentar adoptar un tono despreocupado—. No hace falta que te quedes por aquí. Seguro que alguien podrá llevarme a casa.

—Estoy abierto a que nos quedemos a vivir en este pueblo, John, aunque seguramente sería más sensato que nos fuéramos, teniendo en cuenta todo lo que ha sucedido ya. Pero a cambio tendrás que ceder en algunas cosas. Y esta es una de ellas. No me han gustado ni un pelo las miradas que te han echado esos antes.

Asiento con la cabeza antes de insistir:

—No va a pasar nada.

—Ya sé que no. Pero, por si las moscas, te estaré esperando aquí mismo.

—Está bien —suspiro.

Sarah llega en coche cinco minutos después con una amiga bastante guapa a la que he visto antes pero a la que no me han presentado todavía. Se ha cambiado de ropa, y ahora lleva unos vaqueros, un jersey de lana y una chaqueta negra. Se ha borrado el fantasma que llevaba pintado en la mejilla derecha y lleva el pelo suelto, que le llega por debajo de los hombros.

—Hola —me dice.

—Hola.

Se acerca a mí y me da un tímido abrazo. Huelo el perfume que se desprende de su cuello. Entonces se aparta y se presenta a Henri:

—Hola, padre de John. Esta es mi amiga Emily.

—Encantado de conoceros a las dos —dice él—. ¿Estáis seguras de querer adentraros en el reino desconocido del terror?

—Segurísimas —le responde Sarah—. Y este, ¿ya sabe dónde se mete? No quiero que se me asuste demasiado —bromea, señalándome con una sonrisa.

Henri sonríe, y me doy cuenta de que Sarah le ha caído bien al momento.

—Mejor que no le pierdas de vista, por si acaso.

Sarah mira hacia atrás un momento. Una cuarta parte del tercer remolque se ha llenado ya.

—Yo le vigilaré —afirma—. Tenemos que irnos.

—Pasadlo bien —dice Henri.

Sarah me sorprende cogiéndome de la mano, y los tres corremos hacia el remolque de paja, que espera a cien metros del pabellón. Hay una cola de unas treinta personas. Nos situamos al final y nos ponemos a hablar, aunque siento un poco de timidez y la mayor parte del tiempo me limito a escuchar la charla de las dos chicas. Durante la espera, veo a Sam asomándose discretamente a un lado, como si intentara decidir si unirse o no a nosotros.

—¡Sam! —grito con más entusiasmo del que pretendía, y él se acerca a trompicones—. ¿Quieres subirte con nosotros?

Él se encoge de hombros.

—¿No os importa?

—Venga —le dice Sarah, haciéndole señas para que se suba. Sam se coloca al lado de Emily, que le sonríe. Él empieza a sonrojarse inmediatamente, y yo me alegro un montón de que nos acompañe. De pronto, se acerca un tío con un walkie-talkie, al que reconozco del equipo de fútbol americano.

—Hola, Tommy —le saluda Sarah.

—Hola —dice él—. Quedan cuatro sitios libres en este remolque. ¿Los queréis?

—¿De verdad?

—Sí.

Saltándonos la cola, nos subimos directamente al remolque y nos sentamos los cuatro juntos en una bala de paja. Me resulta extraño que Tommy no nos haya pedido las entradas, y me intriga aún más que nos haya dejado saltarnos la cola. Algunos de los que están esperando nos miran enfadados. Los comprendo perfectamente.

—Pasadlo bien —dice Tommy, sonriendo como lo haría una persona que se acaba de enterar de que le ha pasado algo malo a alguien a quien detesta.

—Eso ha sido un poco raro —comento.

—Será porque está loquito por Emily —dice Sarah, encogiéndose de hombros.

—No, por favor —exclama su amiga, simulando tener arcadas.

Observo a Tommy desde la bala de paja. El remolque solo está medio lleno, otra cosa que me parece extraña habiendo todavía tanta gente esperando.

El tractor arranca, traquetea sobre el camino y cruza la entrada del bosque, donde suenan sonidos fantasmagóricos desde unos altavoces escondidos. El bosque es muy denso, y no hay ni una brizna de luz aparte de la que proyectan los faros delanteros del tractor. « Cuando se apaguen —pienso—, todo quedará a oscuras ». Sarah vuelve a cogerme de la mano. Su contacto es frío, pero una sensación cálida me recorre. Acercándose a mí, me susurra:

—Tengo un poco de miedo.

Unas figuras de fantasmas cuelgan de las ramas bajas, justo encima de nosotros, y a poca distancia del camino se ven unos zombis apoyados en los árboles, haciendo muecas. El tractor se detiene y apaga los faros. Después, unos destellos rompen la oscuridad de forma intermitente durante diez segundos. No tienen nada de horripilante en sí, pero cuando cesan comprendo su efecto: nuestros ojos tardan unos segundos en adaptarse, y somos incapaces de ver nada. Acto seguido, un grito desgarrar la noche, y Sarah se tensa junto a mí cuando irrumpen unas figuras a nuestro alrededor. Forzando la vista, veo que Emily se ha arrimado a Sam, que sonríe de oreja a oreja. Por mi parte, yo también siento un poco de miedo. Paso el brazo delicadamente sobre los hombros de Sarah. Una

mano nos roza la espalda, y Sarah se abraza con fuerza a mis rodillas. Se oye otro grito entre los pasajeros. Dando una sacudida, el tractor arranca de nuevo y prosigue su marcha. No se distingue nada la luz de los faros excepto los contornos de los árboles.

El tractor sigue avanzando tres o cuatro minutos más. La ansiedad se acumula, unida a la desagradable expectativa de tener que caminar de vuelta la distancia que hemos hecho en el remolque. Finalmente, el tractor llega a un claro circular y se detiene.

—Todos fuera —grita el conductor.

Cuando se ha bajado el último de los pasajeros, el tractor arranca y se aleja. Cuando las luces disminuyen a lo lejos y desaparecen, quedamos sumidos en la noche, sin ningún sonido que nos acompañe aparte del que hacemos nosotros mismos.

—Mierda —dice alguien, y todos nos reímos.

Somos once en total. Se enciende una hilera de luces para indicarnos el camino, y después se apaga. Cierro los ojos para concentrarme en el contacto de los dedos de Sarah entrelazados con los míos.

—No sé por qué hago esto año tras año —comenta Emily en tono nervioso, abrazándose a sí misma.

Los demás han empezado a avanzar por el camino, y nosotros los seguimos. La hilera de luces parpadea de vez en cuando para que no nos desviemos. Los demás van tan por delante de nosotros que no los vemos, y de hecho apenas veo el suelo que piso. Tres o cuatro gritos suenan de repente delante de nosotros.

—Oh, no —dice Sarah, apretándome la mano—. A ver lo que nos espera más adelante.

Justo entonces, algo pesado cae sobre nosotros. Las dos chicas gritan, y también Sam. Yo tropiezo, caigo al suelo y me arañó la rodilla, enredado en lo que sea que nos ha caído encima. ¡Y entonces me doy cuenta de que es una red!

—¿Qué porras es esto? —exclama Sam.

Me quito de encima la maraña de cuerdas pero, en el momento en que me libero, un fuerte empujón por la espalda me tira al suelo. Alguien me sujeta y me aparta a rastras de las chicas y de Sam. Me libero y me pongo de pie, pero vuelven a golpear me por detrás. Esto no es parte de la atracción.

—¡Suéltame! —chilla una de las chicas, y una voz masculina se ríe a modo de respuesta.

Sigo sin ver nada. Las voces de las chicas se alejan de mí.

—¿John? —me llama Sarah.

—¿Dónde estás, John? —grita Sam.

Me pongo en pie para seguirlos, pero me golpean otra vez. Mejor dicho, me hacen un placaje. Me quedo sin aire en el momento en que me arrojan al suelo. Me levanto enseguida e intento recuperar el aliento, apoyándome con la mano en

un árbol. Me limpio la boca de tierra y hojas.

Me quedo ahí parado unos segundos, sin oír nada aparte de mi propia respiración pesada. Justo cuando pienso que me he quedado a solas, alguien me embiste y me arroja hacia un árbol cercano. Mi cabeza choca contra el tronco y por un instante veo las estrellas. La fuerza de la persona me ha sorprendido. Me toco la frente y noto sangre en la punta de los dedos. Miro a mi alrededor pero no veo nada más que las siluetas de los árboles.

Oigo un grito de una de las chicas, seguido de sonidos de lucha. Aprieto los dientes. Me tiembla el cuerpo. ¿Hay gente entremezclada con el muro de árboles que me rodea? No estoy seguro. Pero siento unos ojos clavados sobre mí, en algún sitio.

—¡Suéltame! —grita Sarah. Se la están llevando por la fuerza, eso puedo adivinarlo.

—Muy bien —digo, dirigiéndome a la oscuridad, a los árboles. Siento la ira brotar dentro de mí—. ¿Tenéis ganas de jugar? —pregunto, esta vez en voz alta. Alguien se ríe cerca.

Doy un paso hacia el sonido. Alguien me empuja por la espalda, pero recupero el equilibrio antes de llegar a caer. Lanzo un puñetazo a ciegas, y el dorso de la mano roza la corteza de un árbol. Se me acaban las opciones. ¿De qué sirve tener legados si no los utilizo cuando los necesito? Aunque eso signifique que Henri y yo tengamos que cargar la camioneta esta noche y escapar a otro pueblo, al menos habré hecho lo que tenía que hacer.

—¿Tenéis ganas de jugar? —grito otra vez—. ¡Yo también sé jugar!

Un hilillo de sangre me cae por la mejilla. Acabemos con esto, pienso. A mí pueden hacerme lo que quieran, pero no van a tocar ni un pelo de la cabeza de Sarah. Ni de Sam, ni de Emily.

Tomo una profunda bocanada de aire y la adrenalina me recorre de arriba abajo. Una sonrisa maliciosa se forma en mi cara, y tengo la sensación de que mi cuerpo es ahora más grande, más fuerte. Las manos se me encienden y adoptan un fulgor brillante que barre la noche mientras el mundo parece incendiarse de pronto.

Levanto la cabeza. Proyectando la luz de mis manos hacia los árboles, echo a correr y me adentro en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO CATORCE



KEVIN SALE DE ENTRE LOS ÁRBOLES, disfrazado de momia. Es él quien me ha placado. Las luces le han aturdido, y se le ve desconcertado, como intentando comprender de dónde proceden. Lleva gafas de visión nocturna. « Por eso podían vernos », pienso. ¿De dónde las habrán sacado?

Se abalanza hacia mí, y en el último segundo me aparto y le hago la zancadilla.

—¡Suéltame! —Oigo gritar desde el camino, más adelante. Levanto la vista y barro los árboles con mis luces, pero nada se mueve. No distingo si es la voz de Emily o la de Sarah. A continuación suena una risa masculina.

Kevin intenta levantarse, pero le doy una patada en el costado antes de que pueda ponerse en pie. Cuando cae al suelo con un « ¡Umpf! », le arranco las gafas de visión nocturna y las arrojo tan lejos como puedo. Sé que caerán a un par de kilómetros de distancia por lo menos, o incluso el doble, porque estoy tan enfadado que mi fuerza está fuera de control. Después, echo a correr por el bosque antes de que Kevin pueda incorporarse siquiera.

El camino gira a la izquierda y después a la derecha. Mis manos se iluminan solo cuando necesito ver. Intuyo que estoy cerca. Entonces, veo a Sam al frente, de pie y sujeto por unos brazos de zombi que le rodean. Hay otros tres tíos cerca. El zombi le suelta y le dice:

—Tranquilo, solo estamos haciendo el ganso. Si no te resistes, no te harás daño. ¿Por qué no te sientas?

Enciendo mis manos y proyecto las luces hacia los ojos de los atacantes para cegarlos. El que está más cerca avanza hacia mí, pero yo le doy un puñetazo en un lado de la cara. Cuando cae inerte al suelo, las gafas de visión nocturna salen

volando hacia una gruesa mata de zarzas y desaparecen. El segundo atacante intenta inmovilizarme con los brazos, pero me desprendo de él y le levanto del suelo.

—¿Qué demonios? —dice, confuso.

Le lanzo por los aires, y se da contra el tronco de un árbol que hay a cinco metros de distancia. El tercer tío lo ve y sale corriendo. Solo queda uno, el que estaba sujetando a Sam, que levanta las manos como si yo estuviera apuntándole el pecho con una pistola.

—No ha sido idea mía —dice.

—¿Qué planeaba hacer Mark?

—Nada, tío. Solo quería gastaros una broma, meteros un poco de miedo.

—¿Dónde están las chicas?

—A Emily la han soltado. Sarah está más arriba.

—Dame esas gafas —le ordeno.

—No, tío. Son de la policía. Si les pasa algo, me metería en un buen lío.

Avanzo hacia él.

—Está bien —dice.

Se quita las gafas de visión nocturna y me las da. Las arrojo con más fuerza que las anteriores. Si van a parar al pueblo de al lado, mejor. A ver qué le explican luego a la policía.

Cojo a Sam por la camisa con la mano derecha. No veo nada sin encender mis luces, y solo entonces comprendo que debería haberme guardado los dos pares de gafas para que pudiéramos llevarlas. Pero no lo he hecho, así que tomo aire y dejo que mi mano izquierda se ilumine para guiarnos camino arriba. Si a Sam le parece sospechoso, no lo dice.

Me detengo para escuchar. Nada. Seguimos adelante, avanzando en zigzag por entre los árboles. Apago la luz.

—¡Sarah! —grito.

Me paro otra vez para escuchar, pero no oigo nada aparte del viento soplando entre las ramas y la respiración pesada de Sam.

—¿Cuántos hay con Mark? —le pregunto.

—Cinco o así.

—¿Sabes por dónde han ido?

—No lo he visto.

Seguimos avanzando lentamente, aunque no tengo ni idea de hacia dónde han ido. A lo lejos oigo el gruñido del motor de un tractor. El cuatro remolque va a salir. La impaciencia se apodera de mí y siento el impulso de correr a toda velocidad, pero sé que Sam no podrá seguirme el ritmo. Está respirando con dificultad, y yo mismo estoy sudando, aunque la temperatura es de solo siete u ocho grados. O tal vez esté confundiendo la sangre con sudor. No puedo saberlo.

Al pasar junto a un árbol de tronco grueso y nudoso, alguien me aborda por

detrás. Sam deja escapar un grito al mismo tiempo que un puño me golpea en la nuca. Me quedo aturdido un instante, pero entonces giro sobre mí mismo, agarro al atacante por el cuello y le enfoco la cara con la luz. Intenta despegarme los dedos de su garganta, pero no sirve de nada.

—¿Qué planea hacer Mark?

—Nada —responde él.

—Respuesta incorrecta.

Le lanzo contra el árbol más cercano, que está a un par de metros, y después le recojo y, agarrándole otra vez por el cuello, le levanto un palmo del suelo. Patalea con fuerza y me golpea, pero tenso los músculos para que sus patadas no me hagan daño.

—¿Qué planea hacer?

Le bajo hasta que toca el suelo con los pies, y aflojo mi agarre para que pueda hablar. Soy muy consciente de que Sam está observando la escena y asimilando todo lo que ve, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

—Solo queríamos daros un susto —dice con voz entrecortada.

—Te juro que te parto la espalda si no me dices la verdad.

—Está esperando a que los demás os lleven a los dos a Shepherd Falls. Allí es adonde se ha llevado a Sarah. Quería que viera cómo te dábamos la paliza de tu vida, y entonces pensaba dejarte ir.

—Guíame hasta allí —le ordeno.

Empieza a caminar con esfuerzo, y yo apago la luz. Sam se agarra a mi camisa y nos sigue. Más adelante, cuando atravesamos un pequeño claro iluminado por la luna, veo que está mirándome las manos.

—Son guantes —le digo—. Se los he quitado a Kevin Miller. Son algún tipo de accesorio de Halloween.

Aunque asiente, me doy cuenta de que está asustado. Seguimos andando casi un minuto hasta que oímos el sonido de una corriente de agua justo al frente.

—Dame tus gafas —ordeno al que nos está guiando.

Él vacila, y le retuerzo el brazo. Encogido por el dolor, se arranca rápidamente las gafas de la cara.

—Cógelas, cógelas —chilla.

Cuando me las pongo, el mundo se tiñe de verde. Doy un fuerte empujón al futbolista, que se cae al suelo.

—Vamos —digo a Sam, y dejamos al otro atrás.

Seguimos andando, y más adelante veo al grupo. Cuento ocho tíos, además de Sarah.

—Ya los veo. ¿Quieres quedarte aquí o prefieres acompañarme? Puede que las cosas se pongan feas.

—Prefiero acompañarte —dice Sam. Le noto asustado, pero no sé si es por lo que me ha visto hacer o por el grupo de futbolistas.

Recorro con el mayor sigilo posible la distancia que nos separa, con Sam siguiéndome de puntillas. Cuando estamos a pocos metros, una ramita se parte bajo el pie de mi amigo.

—¿John? —pregunta Sarah. Está sentada en una gran roca, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándolas. No lleva gafas de visión nocturna, y entorna los ojos mirando hacia nosotros.

—Sí —contesto—. Y Sam.

Sarah sonríe.

—Te lo he dicho —dice, y supongo que está hablando con Mark.

La corriente de agua que he oído no es más que un pequeño arroyo tintineante. Marksale de entre las sombras.

—Vaya, vaya, vaya —dice.

—Cállate, Mark —le digo—. Llenarme la taquilla de estiércol es una cosa, pero me parece que esta vez te has pasado de la raya.

—¿Tú crees? Somos ocho contra dos.

—Sam no tiene nada que ver con esto. ¿Tienes miedo a plantarme cara solo? —le pregunto—. ¿Qué crees que va a pasar ahora? Has intentado secuestrar a dos personas. ¿De verdad crees que se van a quedar calladas?

—Pues sí. Cuando me vean partirte la cara.

—Si eso crees, vas listo —le digo, y entonces me dirijo a los demás—. Si no queréis acabar empapados, os aconsejo que os vayáis ahora. Para Mark no hay capitulación posible. Haga lo que haga, se va al río.

Todo el grupo se ríe con desdén. Uno incluso pregunta qué significa «capitulación».

—Todavía estáis a tiempo —les digo, pero todos ellos se mantienen firmes—. Bueno, vosotros mismos.

Un nervioso frenesí se asienta en el centro de mi pecho. Cuando avanzo hacia Mark, él retrocede, tropieza con sus propios pies y se cae al suelo. Dos de sus amigos, más corpulentos que yo, vienen a mi encuentro. Uno de ellos me dirige un gancho, pero yo me agacho para esquivarle y le doy un puñetazo en el estómago que le obliga a doblarse con las manos en la barriga. Empujo al segundo atacante, cuyos pies se separan del suelo, y aterrizo dos metros más allá. La inercia le hace caer al agua, de donde emerge chapoteando. Los otros se quedan paralizados de la impresión. Mientras tanto, percibo que Sam se acerca a Sarah. Agarro al que tengo más cerca y le arrastro por el suelo. Su pataleo irregular corta el aire pero no golpea nada. Cuando llegamos a la orilla del arroyo, le levanto cogiéndole por la cintura de los vaqueros y le arrojo al agua. Otro tío se abalanza hacia mí. Me basta con esquivarle, y él mismo cae de bruces en el arroyo. Tres menos, quedan cuatro. Me pregunto cuánto deben de estar viendo Sarah y Sam sin gafas de visión nocturna.

—Me lo estáis poniendo demasiado fácil —digo—. ¿Quién va ahora?

El más corpulento del grupo me arroja un puñetazo que ni siquiera me roza, aunque contraataco tan rápido que su codo me golpea la cara y me rompe la correa de las gafas, que caen al suelo. Ahora no veo más que sombras difusas. Lanzo un puñetazo contra su mandíbula, y el futbolista se cae al suelo como un saco de patatas. Se queda inerte, y temo haberle golpeado demasiado fuerte. Le quito las gafas de un tirón y me las pongo.

—¿Más voluntarios?

Dos de ellos levantan las manos en gesto de rendición; el tercero se queda plantado con la boca abierta como un idiota.

—Ya solo quedas tú, Mark.

Mark da media vuelta como si fuera a echar a correr, pero yo me arrojo hacia él y le atrapo antes de que pueda escapar. Le inmovilizo levantándole los brazos con un doble nelson, y él se retuerce de dolor.

—Esto se termina ahora mismo, ¿me has entendido? —Le aprieto con fuerza hasta que gruñe de dolor—. Tengas lo que tengas contra mí, vas a dejarlo correr. Y eso incluye a Sam y a Sarah. ¿Entendido?

Estrecho la llave, pero temo dislocarle el hombro si aprieto más.

—He dicho: ¿me has entendido?

—¡Sí!

Le llevo arrastrando hasta Sarah. Sam está sentado en la roca a su lado.

—Discúlpate.

—Venga, tío. Ya tienes lo que querías.

Aprieto más.

—¡Lo siento! —grita.

—Que se note que lo dices de verdad.

Él inspira profundamente y dice:

—Lo siento.

—¡Eres un imbécil, Mark! —exclama Sarah, y le da un fuerte bofetón en la cara. Él se tensa, pero le estoy sujetando con firmeza y no puede hacer nada.

Le arrastro hacia el agua. El resto de la pandilla se quedan mirando, impresionados. El futbolista corpulento al que he tumbado se ha incorporado y está rascándose la cabeza, como intentando dilucidar qué ha sucedido. Dejo escapar un suspiro de alivio al ver que no se ha lastimado mucho.

—No vas a decir nada de todo esto a nadie, ¿me has entendido? —digo en voz tan baja que solo Mark puede oírme—. Todo lo que ha ocurrido esta noche se queda aquí. Te juro que, como oiga una sola palabra de todo esto en el instituto la semana que viene, esto no va a ser nada comparado con lo que te va a pasar. ¿Entendido? Ni una sola palabra.

—¿De verdad crees que diría algo? —me pregunta.

—Y asegúrate de decirles lo mismo a tus amigos. Si abren la boca, serás tú quien lo pagará.

—No diremos nada —promete.

Le suelto, planto el pie sobre su trasero y le empujo para que caiga de morros en el agua. Sarah se ha levantado junto a la roca, con Sam a su lado. Cuando me acerco a ella, me abraza con fuerza.

—¿Sabes *kung fu* o algo? —me pregunta.

Me río, disimulando mi nerviosismo.

—¿Has visto algo?

—No mucho, pero me daba cuenta de lo que estaba pasando. Pero ¿tú te has pasado la vida entrenando en las montañas o qué? No sé cómo has podido hacer eso.

—No sé, supongo que tenía miedo de que pudiera pasarte algo malo. Bueno, aparte de los doce años que he pasado aprendiendo artes marciales en las cumbres del Himalaya.

—Eres la caña —ríe Sarah—. Vámonos de aquí.

Ninguno de los futbolistas nos dice nada. Apenas hemos dado cinco pasos cuando me doy cuenta de que no sé hacia dónde ir, así que le paso las gafas a Sarah para que nos guíe.

—Es que no puedo creerlo —dice ella—. Qué pedazo de imbécil. Ya verás cuando tengan que explicárselo a la poli. No voy a dejar que se vayan de rositas.

—¿De verdad vas a ir a la policía? —le digo—. A fin de cuentas, el padre de Markes el *sheriff*.

—¿Cómo no voy a hacerlo, después de esto? Ha sido una vergüenza. Y el trabajo del padre de Mark es hacer cumplir la ley, aunque sea su propio hijo quien la infringe.

Me encojo de hombros en la oscuridad.

—Yo creo que ya han tenido su merecido. —Me muerdo el labio, alarmado ante la idea de que la policía se involucre. Si lo hace, tendré que irme, sí o sí. En cuanto lo sepa Henri, no tardaremos ni una hora en recoger las cosas e irnos del pueblo. Suspiro—. ¿No te parece? Ya han perdido algunas de las gafas de visión nocturna. Eso es algo que tendrán que explicar. Por no mencionar el chapuzón en el agua helada.

Sarah no contesta. Caminamos en silencio, y rezo por que pesen más las ventajas de dejarlo correr.

Finalmente, empieza a divisarse el final del bosque. La luz del parque llega hasta nosotros. Cuando me detengo, Sarah y Sam me miran. Este último ha estado callado todo el tiempo, y espero que sea porque la oscuridad, actuando como aliada por esta vez, no le haya dejado ver bien lo que estaba pasando, porque todo este asunto le haya dejado un poco aturrido.

—Vosotros diréis, pero yo voto por dejar correr el asunto —les digo—. No me apetece nada tener que hablar con la policía de lo que ha ocurrido.

La luz se proyecta sobre la cara de Sarah. Menea la cabeza, escéptica.

—Creo que tiene razón —tercia Sam—. No tengo ganas de pasarme la próxima media hora escribiendo una denuncia inútil. Me las cargaría con todo el equipo: mi madre cree que me he metido en la cama hace una hora.

—¿Vives cerca? —le preguntó.

—Sí —asiente—. Y será mejor que me vaya antes de que se le ocurra mirar en mi habitación. Ya nos veremos.

Y, sin decir nada más, Sam se va a toda prisa. Se le ve muy impactado. Seguro que no había estado antes en una pelea, y todavía menos en una en la que le secuestraran y atacaran en el bosque. Intentaré hablar con él mañana. Si ha visto algo más de lo que debería, le convenceré de que sus ojos le han engañado.

Sarah vuelve mi cara hacia ella y repasa la línea de mi corte con el pulgar, moviéndolo con mucha suavidad sobre mi frente. Después, repasa mis dos cejas, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Gracias por lo de esta noche. Sabía que vendrías.

Me encojo de hombros, diciéndole:

—No podía dejar que te asustara.

Ella sonríe, y veo sus ojos reluciendo a la luz de la luna. Se acerca hacia mí y, cuando comprendo lo que va a suceder, se me corta la respiración en la garganta. Aprieta sus labios contra los míos, y dentro de mí todo se vuelve como de goma. Es un beso suave pero largo. Mi primer beso. Después, se aparta y me envuelve en su mirada. No sé qué decir. Me pasan un millón de pensamientos diferentes por la cabeza. Las piernas me tiemblan y apenas me siento capaz de tenerme en pie.

—Sabía que eras especial desde el primer momento que te vi —me dice.

—A mí me pasó lo mismo contigo.

Ella apoya una mano en mi mejilla con delicadeza y me besa otra vez. Durante los primeros segundos, me siento transportado por el contacto de sus labios contra los míos, y por la idea de estar con esta chica tan guapa.

Cuando se retira, nos sonreímos sin decir nada, mirándonos fijamente a los ojos.

—Bueno, creo que lo mejor será ir a ver si Emily todavía está por aquí —dice Sarah al cabo de unos diez segundos—. Si no, me he quedado tirada.

—Seguro que sí.

Andamos hacia el pabellón cogidos de la mano. No puedo dejar de pensar en los besos que nos hemos dado. El quinto tractor empieza a traquetear por el camino. El remolque va lleno, y todavía hay una cola de unas diez personas esperando su turno. A pesar de todo lo que ha ocurrido en el bosque, con la cálida mano de Sarah apretando la mía, la sonrisa no se me borra de la cara.

CAPÍTULO QUINCE



LA PRIMERA NEVADA LLEGA DOS SEMANAS después. Cuatro copos de nieve, lo justo para dejar un fino glaseado sobre la camioneta. Justo después de Halloween, cuando el cristal lórico hubo extendido el lumen por todo mi cuerpo, Henri empezó a entrenarme de verdad. Desde entonces, hemos trabajado cada día sin falta, desafiando el frío, la lluvia y ahora la nieve. Aunque no lo dice, creo que está impaciente por verme preparado. Los primeros síntomas fueron las miradas de desconcierto, arrugando las cejas mientras se mordía el labio inferior, seguidas de los profundos suspiros y posteriormente las noches en vela, en las que tumbado despierto en la cama oigo el crujido de los tablones del suelo bajo sus pies, hasta llegar al punto en el que estamos ahora, marcado por una profunda desesperación en la voz tensa de Henri.

Estamos de pie en el patio trasero, frente a frente, a tres metros de distancia el uno del otro.

—Hoy no tengo el cuerpo para esto, la verdad —le digo.

—Ya sé que no, pero tenemos que hacerlo de todos modos.

Suspiro y miro la hora. Son las cuatro de la tarde.

—Sarah llegará a las seis.

—Por eso mismo tenemos que darnos prisa —replica Henri. Tiene una pelota de tenis en cada mano—. ¿Estás listo? —pregunta.

—Tan listo como pueda estar.

Entonces, lanza la primera pelota al aire con fuerza. Cuando llega a su punto más alto, intento invocar un poder profundo de mi interior para evitar que caiga. No sé cómo Henri espera que lo haga pero, según él, tengo que ser capaz de hacerlo, con tiempo y práctica. Todos los guardianes desarrollamos el poder de

mover objetos con la mente. Telequinesia. Y en lugar de dejar que lo descubra por mí mismo (como ocurrió con las manos) Henri parece empeñado en sacar este poder de la recóndita cueva donde debe de estar hibernando.

La pelota cae del mismo modo que lo han hecho las miles de pelotas anteriores sin excepción: dando dos botes en el suelo hasta detenerse en el césped cubierto de nieve.

Dejo escapar un profundo suspiro.

—Hoy no me viene.

—Otra vez —insiste Henri.

Dicho esto, lanza la segunda pelota. Intento moverla, pararla, y siento todo mi interior esforzándose por mover la dichosa bola aunque sea un solo centímetro a la derecha o a la izquierda, pero no hay suerte, y cae al suelo otra vez. *Bernie Kosar*, que está observándonos, se acerca a ella, la recoge y se aleja.

—Vendrá cuando sea el momento —digo.

Henri niega con la cabeza. Los músculos de su mandíbula están apretados. Su genio e impaciencia están empezando a exasperarme. Observa a *Bernie Kosar* trotando con la pelota en la boca, y entonces suspira.

—¿Qué? —pregunto.

Él vuelve a menear la cabeza, diciendo:

—Sigamos intentándolo.

Acto seguido, camina hacia la otra pelota, la recoge y la arroja con fuerza al aire. Intento detenerla pero, cómo no, se cae sin más.

—Tal vez mañana —apunto.

Henri asiente y baja la vista al suelo.

—Tal vez mañana.



Cuando termina el entrenamiento, estoy cubierto de sudor, barro y nieve derretida. Henri me ha exigido más de lo habitual hoy, y me ha tratado con una agresividad que solo puede deberse al pánico. Además de las prácticas de telequinesia, la mayor parte de la sesión ha consistido en ejercitar técnicas de combate (lucha cuerpo a cuerpo, lucha libre, artes marciales variadas), seguidas de elementos de control (concentración bajo presión, autodominio, cómo detectar el miedo en los ojos de un adversario para después explotarlo). Pero no ha sido el duro entrenamiento de Henri lo que me desesperaba, sino la mirada de sus ojos: una mirada abatida, salpicada de miedo, angustia, decepción. No sé si solo está preocupado por mis avances o si es algo más profundo, pero estas sesiones están volviéndose muy agotadoras, no tanto física como

emocionalmente.



Sarah llega puntual. Cuando la veo acercarse al porche de la entrada, salgo a recibirla y le doy un beso. Cojo su abrigo y lo cuelgo cuando ya estamos dentro. Falta una semana para los controles de economía doméstica, y ella me ha propuesto preparar el plato antes de que tengamos que hacerlo en clase. En cuanto empezamos a cocinar, Henri coge su chaqueta y sale a dar un paseo. Se lleva a *Bernie Kosar*, y me alegra que nos quedemos solos. Preparamos pechugas de pollo al horno con patatas, acompañadas de verduras al vapor, y el plato nos sale mucho mejor de lo que esperaba. Cuando terminamos, los tres nos sentamos y comemos juntos. Henri se pasa casi todo el rato callado. Sarah y yo rompemos el incómodo silencio con una charla superficial acerca de las clases y de los planes de ir juntos al cine el sábado siguiente. Henri no levanta la vista de su plato excepto para alabar la exquisitez de la comida.

Después de la cena, Sarah y yo lavamos los platos y nos retiramos al sofá. Sarah ha traído una película y la vemos en nuestra pequeña tele, pero Henri se queda mirando por la ventana con la mirada perdida. A media película se levanta con un suspiro y sale afuera. Sarah y yo le observamos salir. Estamos cogidos de la mano, y ella tiene la cabeza apoyada en mi hombro. *Bernie Kosar* está recostado al lado de ella con la cabeza en su regazo, y hemos echado una manta encima de los dos. El tiempo fuera es frío e inclemente, pero en nuestro salón el ambiente es cálido y agradable.

—¿Está bien tu padre? —pregunta Sarah.

—No lo sé. Últimamente está raro.

—Estaba muy callado durante la cena.

—Sí, voy a ver qué le pasa. Ahora vuelvo.

Sigo a Henri afuera. Está de pie en el porche, mirando hacia la oscuridad.

—Dime, ¿qué es lo que pasa? —le pregunto.

Él levanta la vista, como para contemplar las estrellas.

—Algo va mal —dice.

—¿Por qué lo dices?

—No te va a gustar.

—Dímelo de todos modos.

—No sé cuánto tiempo más podremos quedarnos aquí. No me siento a salvo. Siento que se me cae el alma a los pies, y me quedo callado.

—Están frenéticos, y me parece que se están acercando —prosigue él—. Puedo sentirlo. Creo que no estamos seguros aquí.

—No quiero irme.

—Sabía que me dirías eso.

—Nos hemos mantenido ocultos.

Henri me mira alzando una ceja.

—No es por contradecirte, John, pero no me parece que te hayas mantenido en la sombra precisamente.

—En lo que importa, sí.

Él asiente, diciendo:

—Puede que no tardemos en averiguarlo.

Entonces camina hasta el borde del porche y apoya las manos en la barandilla. Me coloco a su lado. Empiezan a caer nuevos copos de nieve, como espolvoreados por un tamiz, y las destellantes motas blancas rompen la oscuridad de la noche.

—Y eso no es todo —añade Henri.

—Me lo suponía.

—Ya deberías haber desarrollado la telequinesia —dice con un suspiro—. Casi siempre se manifiesta junto con el primer legado. Muy pocas veces aparece después, y en ese caso no pasa más de una semana.

Le miro atentamente. Sus ojos están llenos de inquietud, y unas arrugas de preocupación atraviesan toda su frente.

—Vuestros legados proceden de Lorien. Siempre ha sido así.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No sé lo que podemos esperar de ahora en adelante —dice, y hace una pausa antes de proseguir—: Puesto que ya no estamos en el planeta, puede que el resto de tus legados no aparezcan nunca. Y, en ese caso, no tenemos ninguna posibilidad de hacer frente a los mogadorianos, y mucho menos de vencerlos. Y, si no podemos vencerlos, ya nunca podremos regresar.

Observo la nevada, incapaz de decidir si debería estar preocupado o aliviado, porque tal vez eso pondría fin a nuestros traslados y podríamos instalarnos de una vez por todas. Henri señala las estrellas.

—Ahí mismo —dice—. Ahí mismo está Lorien.

Por supuesto, sé perfectamente dónde está Lorien sin que tengan que decirme lo. Hay una cierta atracción, un cierto modo en que mis ojos siempre gravitan hacia el lugar donde, a miles de millones de kilómetros de distancia, se encuentra mi planeta. Intento tocar un copo de nieve con la punta de la lengua, y entonces cierro los ojos e inspiro el frío aire. Cuando los abro, me vuelvo hacia atrás y veo a Sarah al otro lado de la ventana. Está sentada sobre sus piernas, y tiene la cabeza de *Bernie Kosar* todavía en su regazo.

—¿Te has planteado alguna vez instalarte aquí, mandar al cuerno a Lorien y empezar una vida nueva en la Tierra? —pregunto a Henri.

—Nos fuimos cuando eras muy pequeño. No debes de acordarte mucho de

Lorien, ¿verdad?

—La verdad es que no —contesto—. De vez en cuando me llegan retazos. Aunque no puedo decir a ciencia cierta si son cosas que recuerdo o cosas que he visto en mis entrenamientos.

—Seguro que no pensarías esas cosas si te acordaras.

—Pero no me acuerdo. ¿No se reduce a eso en definitiva?

—Puede ser —dice él—. Pero, tanto si quieres volver como si no, los mogadorianos no van a dejar de buscarte. Y si nos confiamos y nos instalamos, puedes estar seguro de que nos encontrarán. Y, en cuanto lo hagan, nos matarán a los dos. Es imposible cambiar eso. Imposible.

Sé que tiene razón. De algún modo, igual que Henri, puedo notarlo en los huesos. Lo siento en mitad de la noche cuando se me ponen de punta los pelos de los brazos, cuando un ligero estremecimiento trepa por mi columna vertebral aunque no tenga frío.

—¿Alguna vez has lamentado quedarte tanto tiempo a mi lado?

—No, ¿por qué iba a lamentarlo?

—Porque no tenemos a dónde volver. Tu familia está muerta. Y la mía también. En Lorien no queda nada en pie. Si no fuese por mí, podrías crear fácilmente una identidad nueva y pasar el resto de tus días integrándote en algún lugar. Podrías tener amigos, e incluso volver a enamorarte.

Henri se ríe, diciendo:

—Ya estoy enamorado. Y lo seguiré estando hasta el día que me muera. No espero que lo comprendas. Lorien se ve diferente desde la Tierra.

Dejo escapar un suspiro de exasperación.

—Pero aun así, podrías integrarte en algún lugar.

—Ya me integro en un lugar. Me estoy integrando en Paradise, Ohio, ahora mismo, contigo.

Meneo la cabeza de lado a lado.

—Ya sabes lo que quiero decir, Henri.

—¿Qué es lo que crees que me pierdo?

—Una vida que vivir.

—Tú eres mi vida, hijo. Tú y mis recuerdos sois mi único vínculo con el pasado. Sin ti, no tengo nada. Es la pura verdad.

Justo entonces, la puerta se abre detrás de nosotros. *Bernie Kosar* llega al trote, seguido de Sarah, que está en la entrada, medio cuerpo fuera y medio dentro.

—¿Vais a dejarme solita viendo la película o qué? —pregunta.

Henri le sonríe.

—Nunca se me pasaría por la cabeza algo así —responde.



Después de ver la peli, Henri y yo llevamos a Sarah a su casa. Cuando llegamos, la acompaño hasta la puerta y nos quedamos en la escalinata de entrada, sonriéndonos. Le doy un beso de buenas noches, un beso muy largo, mientras cubro suavemente sus manos con las mías.

—Hasta mañana —me dice, dándome un apretón en las manos.

—Dulces sueños.

Regreso andando a la camioneta. Henri la conduce fuera del camino de entrada a la casa de Sarah y emprende el camino de vuelta. No puedo evitar un sentimiento de temor al recordar las palabras de Henri de cuando me recogió después de mi primer día de clase: « No olvides que puede ser que tengamos que irnos en cualquier momento » . Sé que tiene razón, pero nunca antes había sentido algo así por nadie. Cuando ella y yo estamos juntos es como si estuviera flotando en el aire, y me horrorizan los momentos que tenemos que pasar separados, como ahora, a pesar de haber estado las dos últimas horas con ella. Con Sarah, hay una razón diferente para huir, para escondernos, un motivo que trasciende la mera supervivencia. Un motivo para ganar. Y me aterroriza saber que por estar con ella estoy poniendo su vida en peligro.

Cuando volvemos, Henri entra en su habitación y sale con el Cofre en la mano, que deja en la mesa de la cocina.

—¿Va en serio? —pregunto.

Él asiente y responde:

—Aquí dentro hay una cosa que hace años que quiero enseñarte.

Estoy impaciente por ver qué más hay en el Cofre. Abrimos juntos el candado, y él levanta la tapa de tal forma que no puedo mirar lo que hay dentro. Henri saca una bolsa de terciopelo, cierra el Cofre y vuelve a echarle el candado.

—Esto no forma parte de tu legado, pero la última vez que abrimos el Cofre, lo metí dentro porque tenía un mal presentimiento. Si los mogadorianos nos atrapan, nunca podrán abrirlo —dice, señalando el Cofre.

—Entonces, ¿qué hay en la bolsa?

—El sistema solar —responde.

—Si no forma parte de mi legado, ¿por qué nunca me has dejado verlo?

—Porque tenías que desarrollar un legado para poder activarlo.

Después de despejar la mesa de la cocina, se sienta enfrente de mí con la bolsa en su regazo. Percibe mi entusiasmo y me sonríe. Entonces, mete la mano en la bolsa y saca de ella siete bolas de cristal de diversos tamaños. Ahueca las manos, se las acerca a la cara y sopla sobre las esferas. De su interior surgen unos minúsculos destellos. Después, las lanza al aire y parecen cobrar vida de

pronto, suspendidas sobre la mesa. Las bolas de cristal son una réplica de nuestro sistema solar. La mayor de ellas (el sol de Lorien) es del tamaño de una naranja y flota en el centro, emitiendo la misma cantidad de luz que una bombilla, aunque tiene el aspecto de una esfera de lava. Las demás bolas orbitan a su alrededor. Las que están más cerca del sol se mueven más rápido, mientras que las que están más lejos se mueven de forma imperceptible. Todas ellas giran sobre sí mismas, con sus días y sus noches sucediéndose a gran velocidad. La cuarta esfera contando a partir del sol es Lorien. Observamos su movimiento, mientras su superficie empieza a formarse. Tiene el tamaño de una pelota de ráquetbol. La réplica no puede ser a escala porque, en realidad, Lorien es muchísimo más pequeño que nuestro sol.

—¿Qué estamos viendo?—pregunto.

—La bola está adquiriendo exactamente la misma forma que tiene Lorien en este momento.

—¿Cómo es posible algo así?

—Es un lugar especial, John. En su mismo centro hay una magia muy antigua. De allí proceden tus legados. Es lo que otorga vida y realidad a los objetos que contiene tu herencia.

—Pero si acabas de decir que esto no forma parte de mi legado.

—No, pero proviene del mismo sitio.

Se forman estriaciones, surgen montañas, profundas grietas recortan la superficie de los lugares donde sé que antes había ríos. Y de repente el proceso se interrumpe. Busco algún tipo de color, algún movimiento, algún viento que recorra el terreno, pero no hay nada. El paisaje entero es un páramo monocromático gris y negro. No sé qué deseaba ver, qué había esperado. Cierta movimiento, un atisbo de fertilidad. Mi ánimo decae. Después, la superficie se aclara de forma que podemos ver a través de ella, y en el núcleo mismo de la esfera empieza a formarse un leve resplandor. Se enciende y atenúa, y luego se enciende otra vez, como si reprodujera el latido de un animal dormido.

—¿Qué es esto?—pregunto.

—El planeta todavía vive y respira. Se ha replegado sobre sí mismo, esperando su momento. Hibernando, por así decirlo. Pero un día despertará.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por este pequeño fulgor de aquí. Es la esperanza, John.

Observo la esfera. Me produce un extraño placer ver su fulgor. Intentaron borrar nuestra civilización, el propio planeta, y sin embargo aún respira. « Sí — pienso —, siempre hay esperanza, como Henri no deja de decir » .

—Y eso no es todo.

Henri se levanta y, cuando chasquea los dedos, los planetas dejan de moverse. Entonces acerca su cara a pocos centímetros de Lorien, ahueca las manos en torno a la boca y exhala de nuevo hacia el planeta. Trazas verdes y

azules recorren la esfera de punta a punta, pero se evaporan casi al mismo tiempo que el vapor de la respiración de Henri.

—¿Qué has hecho?

—Ilumínalo con las manos —me dice.

Las enciendo y, al posarlas sobre la esfera, vuelven las trazas verdes y azules, solo que esta vez se mantienen mientras mis manos proyectan luz sobre ellas.

—Es el aspecto que tenía Lorien el día antes de la invasión. Fíjate en lo hermoso que era. A veces hasta yo me olvido.

Ciertamente, es hermoso. Todo es verde y azul, exuberante y frondoso. La vegetación parece mecerse bajo corrientes de aire que de algún modo yo también siento. Unas leves ondulaciones aparecen en el agua. El planeta está verdaderamente vivo, floreciente. Pero entonces apago la luz de mis manos y todo vuelve a desvanecerse, a recuperar sus tonos grises.

Henri señala un punto de la superficie de la esfera.

—Justo aquí es de donde despegamos el día de la invasión —dice. Desplazando el dedo un centímetro, añade—: Y aquí es donde estaba el Museo de Exploración de Lorien.

Asiento y miro el punto que está señalando. Más grises.

—¿Qué tienen que ver los museos con nada de esto? —pregunto, sentándome de nuevo en la silla. Es difícil ver todo esto sin entristecerse.

Henri vuelve la vista hacia mí y responde:

—He estado pensando mucho en lo que has visto.

—Ajá —digo, animándole a seguir hablando.

—Era un museo enorme, dedicado por completo a la evolución del viaje interestelar. Una de las alas del edificio exponía cohetes primitivos de miles de años de antigüedad. Eran unas aeronaves que utilizaban un tipo de combustible que solo se conocía en Lorien —me explica, y entonces se interrumpe, volviendo a mirar la pequeña bola de cristal suspendida a pocos palmos de la mesa de la cocina—. Por eso, si lo que viste sucedió en realidad, si una segunda nave consiguió despegar y escapar de Lorien en el punto álgido de la guerra, tuvo que haberse alojado en el museo espacial. No hay otra explicación posible. Sin embargo, todavía me cuesta creer que pudiera funcionar, o en todo caso que pudiera haber llegado muy lejos.

—Si no pudo haber llegado lejos, ¿por qué sigues dándole vueltas?

—En realidad, no estoy muy seguro —dice Henri, meneando la cabeza—. A lo mejor es porque no sería la primera vez que me equivoco, porque me gustaría estar equivocado ahora. Y, en fin, si la nave hubiese ido a parar a algún lado, habría sido a la Tierra, el planeta habitado más cercano aparte de Mogador. Pero estaríamos asumiendo que había vida en ella, que no solo contenía artefactos, o bien que no estaba simplemente vacía, con el objetivo de despistar a los mogadorianos. Pero creo que debía de haber por lo menos un lórico pilotando la

nave porque, como ya debes de saber, los vehículos de este tipo no podían volar solos.



Otra noche en blanco. Estoy delante del espejo, sin camisa, mirándolo fijamente con las dos luces de las manos encendidas.

«No sé lo que podemos esperar de ahora en adelante», ha dicho hoy Henri. La luz en el núcleo de Lorien sigue encendida, y los objetos que hemos traído desde allí todavía funcionan, así que ¿por qué debería haber terminado la magia del planeta? ¿Y los demás, estarán topándose con los mismos problemas? ¿Se habrán quedado sin sus legados?

Flexiono los músculos delante del espejo y después doy un puñetazo al aire, deseando que el cristal se rompa, o que suene un golpe en la puerta. Pero no ocurre nada, y me quedo ahí plantado como un idiota, semidesnudo, boxeando conmigo mismo mientras *Bernie Kosar* me observa desde la cama. Es casi medianoche, pero no estoy nada cansado. El perro salta de la cama, se sienta a mi lado y contempla mi reflejo. Le sonrío, y él menea la cola.

—¿Y tú, tienes algún poder especial? —pregunto a *Bernie Kosar*—. ¿Eres un superperro? ¿Quieres que vuelva a ponerte la capa para que puedas volar por los aires?

Él sigue meneando el rabo y rascando el suelo, sin dejar de mirarme con expectación. Le levanto y, sosteniéndolo por encima de mi cabeza, le hago volar por la habitación.

—¡Miren, es *Bernie Kosar*, el prodigioso superperro!

Cuando empieza a retorcerse para soltarse, lo dejo sobre la cama. Entonces se deja caer de lado, con la cola martilleando el colchón.

—En fin, amiguito, uno de los dos debería tener superpoderes. Y no parece que vaya a ser yo. A menos que pueda volver a la Edad Media y prestar mi luz al mundo, está visto que no sirvo para gran cosa.

Bernie Kosar se revuelca sobre el lomo y me mira fijamente con los ojos muy abiertos, deseando que le rasque la barriga.

CAPÍTULO DIECISÉIS



SAM ESTÁ EVITÁNDOME. EN EL INSTITUTO, parece esfumarse en cuanto me ve, o bien siempre procura que estemos en un grupo. Apremiado por Henri (que está desesperado por echarle un ojo a la revista de Sam después de haber buscado por todos los rincones de Internet hasta llegar a la conclusión de que no hay nada parecido a la revista en la red), decido presentarme en casa de Sam sin avisar. Henri me deja allí después del entrenamiento del día. Sam vive en las afueras de Paradise, en una casa pequeña y modesta. Como nadie acude cuando llamo, tanteo la puerta. No está cerrada con llave, de modo que la abro y entro.

Los suelos están cubiertos de moqueta marrón de pelo largo, y en las paredes de paneles hay fotografías de familia de cuando Sam era muy pequeño. Están él, su madre y un hombre que supongo que es su padre y que lleva unas gafas tan gruesas como las de Sam. Examino la foto más de cerca. Parece que sean justo las mismas gafas.

Recorro sigilosamente el pasillo hasta que encuentro la puerta que debe de ser la del dormitorio de Sam; de una tachuela cuelga un cartel que dice no entrar: peligro de muerte. La puerta está entreabierta, y asomo la cabeza dentro. La habitación está muy limpia, con todo ordenado en su sitio cuidadosamente, y la cama hecha. Es una cama grande cubierta por un edredón negro estampado con imágenes del planeta Saturno, y tiene las fundas de los almohadones a juego. Las paredes están cubiertas de pósteres. Hay dos de la NASA, el cartel de *Alien*, uno de *Star Wars* y otro póster fluorescente de una cabeza de alienígena verde rodeada de fieltro oscuro. En el centro de la habitación, colgando de un hilo invisible, se encuentra el sistema solar, con sus nueve planetas y el sol. Me recuerda a lo que me enseñó Henri esta semana, y me hace pensar que Sam

perdería el juicio si lo viera. Y es entonces cuando le veo, agazapado sobre un pequeño escritorio de roble, con unos auriculares puestos. Acabo de abrir la puerta, y él se vuelve para mirar. No lleva las gafas, y sin ellas los ojos se le ven muy pequeños y redondos, casi como de dibujos animados.

—¿Qué tal? —le pregunto sin más, como si me pasara por su casa todos los días.

Se le ve sorprendido y asustado mientras se quita frenéticamente los auriculares para abrir uno de los cajones. Miro el escritorio y veo que estaba leyendo un número de *Están entre nosotros*. Cuando dirijo la vista hacia él, me está apuntando con una pistola.

—Hala —digo, levantando instintivamente las manos—. ¿A qué viene esto?

Sam se pone de pie. Le tiemblan las manos mientras apunta el arma hacia mi pecho. Temo que se haya vuelto loco.

—Dime qué eres —me ordena.

—¿De qué estás hablando?

—Vi lo que hiciste en el bosque. No eres humano —dice. Era lo que me temía, que hubiera visto más de lo que me habría gustado.

—¡Estás sacándolo de quicio, Sam! Fue una pelea, nada más. Llevo años practicando artes marciales.

—Tus manos se iluminaron como linternas. Podías lanzar a la gente por los aires como si no pesaran nada. Eso no es normal.

—No digas tonterías —le digo, todavía con las manos en alto—. Míralas. ¿Ves alguna luz? Ya te lo dije, eran unos guantes que le quité a Kevin.

—¡Se lo he preguntado a él! ¡Dice que no llevaba guantes!

—¿De verdad crees que Kevin te diría la verdad después de lo que ha pasado? Deja esa pistola.

—¡Dímelo! ¿Qué eres?

Pongo los ojos en blanco en una mueca exasperada.

—Pues sí, Sam, soy un alienígena. Vengo de un planeta que está a cientos de millones de kilómetros de distancia. Tengo superpoderes. ¿Es eso lo que quieres oír? —Él se me queda mirando, con las manos todavía temblando—. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso? Déjate de tonterías y baja la pistola.

—¿Es verdad lo que has dicho?

—¿Que es ridículo? Sí, esa es la verdad. Estás demasiado obsesionado con ese rollo. Ves alienígenas y conspiraciones extraterrestres en todas las facetas de tu vida, incluido tu único amigo. Ahora, deja de apuntarme con esa condenada pistola.

Sam me mira fijamente, y noto que está pensando en lo que acabo de decirle. Bajo las manos. Entonces, suspira y baja la pistola a su vez.

—Lo siento —se disculpa.

Hago una profunda y nerviosa inspiración.

—Ya lo creo que deberías sentirlo. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

—En realidad, no estaba cargada.

—Pues deberías habérmelo dicho antes —le digo—. ¿Por qué te empeñas en creer estas cosas?

Él meneaba la cabeza y guarda la pistola en el cajón. Me tomo un minuto para calmarme y actuar con naturalidad, como si lo que acaba de ocurrir no tuviera importancia.

—¿Qué estabas leyendo? —le pregunto.

—Nada, más cosas de alienígenas —confiesa, encogiéndose de hombros—. Igual debería tomarme estas cosas con más calma.

—O puedes tomártelas como ficción simplemente, y no como realidad —añado—. Aunque todo esto debe de ser muy convincente, por lo que veo. ¿Me dejas ver la revista?

Me pasa el último número de *Están entre nosotros* y me siento con aprensión en el borde de la cama. Al menos, creo que está lo bastante calmado para no apuntarme otra vez con la pistola. De nuevo, se trata de una fotocopia mala, con el texto un poco mal alineado respecto al papel. No es muy voluminoso: ocho páginas, doce como máximo, impresas en hojas de tamaño folio. La fecha del encabezado dice diciembre. Debe de ser el último número.

—Este rollo es muy raro, amigo Sam —comento.

Él sonríe, diciendo:

—A la gente rara le van los rollos raros.

—¿De dónde sacas esto?

—Estoy suscrito.

—Ya lo sé, pero ¿cómo empezaste a suscribirte?

—No lo sé —responde, encogiéndose de hombros—. Empezó a llegar un día sin más.

—¿Estás suscrito a más revistas? A lo mejor sacaron de ahí tus datos.

—Una vez fui a una convención. Creo que me inscribí para un concurso o algo mientras estaba allí. No me acuerdo mucho. Siempre he pensado que sacaron mi dirección de ahí.

Inspecciono la portada. No se cita ningún sitio web en ninguna parte, y tampoco lo esperaba, ya que Henri ya ha buscado por toda la red. Leo el titular del artículo principal:

¿ES SU VECINO UN ALIENÍGENA?

¡10 MODOS DE SALIR DE DUDAS!

En el centro del artículo hay una foto de un hombre con una bolsa de basura en una mano y la tapa de un cubo en la otra. Está delante de su casa, y es de

suponer que está a punto de meter la bolsa en el cubo. Aunque toda la publicación está en blanco y negro, hay un cierto fulgor en los ojos del hombre. Es una imagen espantosa, como si alguien hubiera sacado una foto a un vecino desprevenido y luego hubiera repasado el borde de sus ojos con un rotulador. Eso me hace reír.

—¿Qué? —pregunta Sam.

—Es una foto malísima. Parece algo sacado de *Godzilla*.

Sam la mira y se encoge de hombros.

—No lo sé. Podría ser de verdad. Como has dicho, veo alienígenas en todas partes.

—Pero yo creía que los alienígenas tenían esta pinta —le digo, señalando con la cabeza el póster fluorescente de la pared.

—No creo que sean todos así. Tú mismo has dicho que eres un alienígena con superpoderes y no tienes esa pinta.

Los dos nos reímos, y yo me pregunto cómo saldré de esta. Con un poco de suerte, Sam nunca descubrirá que lo que le he dicho es la verdad. En parte me gustaría contárselo todo sobre mí, sobre Henri, sobre Lorien, pero no sé cómo reaccionaría. ¿Me creería?

Abro la revista para buscar los créditos que tienen todas las publicaciones. Esta no tiene nada, solo más artículos y teorías.

—No hay créditos editoriales.

—¿Qué es eso?

—¿Sabes que los periódicos y revistas siempre tienen un rincón donde aparecen los directores, redactores, el lugar de impresión y todo eso? Tipo: «Para más información, póngase en contacto con tal, tal y tab». Todas las publicaciones lo tienen, pero esta no.

—Tienen que mantener el anonimato —dice Sam.

—¿Para qué?

—Para protegerse de los alienígenas —contesta, y sonrío, como reconociendo la absurdidad de la afirmación.

—¿Tienes el número del mes pasado?

Sam abre el armario y lo coge. Lo hojeo rápidamente, rezando por que el artículo de los mogadorianos esté en este número y no en el de un mes anterior. Y entonces lo encuentro en la página 4.

LA RAZA MOGADORIANA QUIERE DOMINAR LA TIERRA

La raza alienígena mogadoriana, procedente del planeta Mogador de la Novena galaxia, lleva más de diez años en la Tierra. Se trata de una raza maligna cuyo objetivo es la conquista universal. Se

rumorea que han arrasado otro planeta no muy distinto del nuestro, y que planean descubrir los puntos débiles de nuestro mundo para poder someterlo.

(Seguirá en el próximo número).

Leo el artículo tres veces. Tenía la esperanza de que contuviera algo más de lo que ya había dicho Sam, pero no ha habido suerte. Y la Novena galaxia no existe. Me pregunto de dónde habrán sacado eso. Repaso dos veces el último número, pero no se menciona a los mogadorianos. Mi primera conclusión es que no había nada más que anunciar, que no aparecieron más novedades sobre el tema. Pero no creo que ese sea el caso. Mi segunda conclusión es que los mogadorianos han leído ese número y han atajado el problema, fuera cual fuera.

—¿Puedes prestarme esto? —le pregunto, señalando el folleto.

Él asiente, diciendo:

—Pero trátalo con cuidado.



Tres horas después, a las ocho, la madre de Sam todavía no ha llegado a casa. Cuando le pregunto dónde está, se encoge de hombros, como diciendo que no lo sabe y que su ausencia no es nada nuevo. Pasamos la mayor parte del rato jugando con la consola y viendo la tele, y para cenar nos calentamos al microondas comida precocinada. No se pone las gafas ni por un momento mientras estoy con él, cosa rara porque nunca antes le había visto sin ellas. No se las quitó ni cuando corrimos un kilómetro y medio en la clase de educación física. Las cojo de encima de la cómoda y me las pongo. El mundo se convierte de pronto en un borrón que me provoca dolor de cabeza casi al instante.

Miro a Sam. Está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en la cama, con un libro de alienígenas en el regazo.

—¡Qué barbaridad! —exclamo—. ¿Tan mal ves?

Sam levanta la vista hacia mí y responde:

—Eran de mi padre.

Me quito las gafas.

—¿Tienes que llevar gafas o no?

—En realidad, no —contesta, encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿por qué las llevas?

—Eran de mi padre.

Vuelvo a ponérmelas.

- Jo, no sé ni cómo puedes caminar recto cuando las llevas.
- Los ojos se me han acostumbrado a ellas.
- Sabes que te estropearán la vista si sigues llevándolas, ¿no?
- Y entonces podré ver lo que veía mi padre.

Me quito las gafas otra vez y las dejo donde estaban. No entiendo bien por qué Sam las lleva. ¿Por motivos sentimentales? ¿De verdad cree que merece la pena?

- ¿Dónde está tu padre, Sam?
- Él alza la vista hacia mí y contesta:
- No lo sé.
- ¿Y eso?
- Desapareció cuando tenía siete años.
- ¿Y no sabes adónde fue?

Sam suspira, baja la cabeza y sigue leyendo. Está claro que no quiere hablar de eso.

—¿Crees que algo de esto puede ser verdad? —me pregunta tras unos minutos de silencio.

- ¿Lo de los alienígenas?
- Sí.
- Sí, creo en los alienígenas.
- ¿Crees que de verdad abducen a la gente?
- No tengo ni idea. Supongo que no se puede descartar. ¿Tú crees que lo

hacen?

Él asiente antes de decir:

- Normalmente, sí. Pero hay días en que me parece una tontería.
- Lo entiendo.
- Entonces me mira y afirma:
- Creo que mi padre fue abducido.

Se tensa en el mismo instante en que le salen esas palabras de la boca, y su rostro adopta una fugaz expresión de vulnerabilidad. Eso me hace pensar que ha planteado esta teoría antes, a alguien cuya respuesta no fue precisamente amable.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que desapareció sin más. Salió a comprar leche y pan, y ya no volvió. Había aparcado la camioneta justo enfrente de la tienda, pero nadie le vio allí. Se esfumó en el aire, y sus gafas estaban en la acera, al lado de la camioneta. —Se queda callado un segundo y añade—: Tenía miedo de que hubieras venido para abducirme.

No es una teoría fácil de creer. ¿Cómo puede ser que nadie presenciara la abducción de su padre si el incidente se produjo en el centro del pueblo? Tal vez su padre tenía motivos para irse y preparó su propia desaparición. No es difícil

desaparecer sin dejar rastro: Henri y yo llevamos ya diez años haciéndolo. Pero esto hace que el interés de Sam por los alienígenas cobre sentido de repente. Puede ser que quiera ver el mundo como lo hacía su padre, pero también puede ser que una parte de él esté convencida de que la última visión de su padre se ha quedado retenida en sus gafas, pegada de algún modo a los cristales. Tal vez crea que, con perseverancia, un día llegará a ver también la última visión de su padre, que le confirmará lo que ya ve en su cabeza. O tal vez crea que, si sigue buscando el tiempo suficiente, acabará encontrando un artículo que demuestre que su padre fue abducido, y no solo eso, sino que además puede ser salvado.

¿Quién soy yo para decirle que no encontrará esa prueba algún día?

—Te creo —le digo—. Creo que las abducciones alienígenas son algo muy posible.

CAPÍTULO DIECISIETE



AL DÍA SIGUIENTE ME LEVANTO MÁS temprano de lo habitual, me arrastro fuera de la cama y cuando salgo de la habitación me encuentro con Henri, sentado a la mesa, observando los periódicos con el portátil abierto. El sol todavía no ha salido y la casa está a oscuras, de modo que la única luz que hay en la cocina viene de la pantalla del ordenador.

—¿Alguna novedad?

—Pues no, la verdad.

Enciendo la luz de la cocina. *Bernie Kosar* está arañando la puerta de la calle. La abro, y sale disparado hacia el jardín a hacer su patrulla, como hace todas las mañanas, con la cabeza levantada, recorriendo al trote el perímetro de la casa en busca de cualquier cosa sospechosa y olisqueando aparentemente al azar. Una vez ha comprobado que todo está en su sitio, corre hacia el bosque y desaparece.

Sobre la mesa hay dos ejemplares de *Están entre nosotros*: el original y una fotocopia que ha hecho Henri para quedársela. Entre las dos revistas hay una lupa.

—¿Has visto algo interesante en el original?

—No.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto.

—Bueno, he tenido un poco de suerte. He hecho búsquedas cruzadas de otros artículos de la revista y he conseguido algunos resultados, uno de los cuales me ha llevado al sitio web personal de un hombre. Le he mandado un mensaje de correo electrónico.

Me quedo mirando a Henri, asombrado.

—No te preocupes —me dice—. No pueden rastrear los mensajes. Tal como

y o los mando, no.

—¿Y cómo los mandas?

—Los redirijo por varios servidores de ciudades de varias partes del mundo, de modo que la ubicación original se pierde por el camino.

—Impresionante.

Bernie Kosar rasca la puerta y le dejo entrar. El reloj del microondas marca las 5.59. Tengo dos horas antes de que empiecen las clases.

—¿Tú crees que nos conviene indagar en todo esto? —pregunto—. Porque, ¿y si es una trampa? ¿Y si están intentando sacarnos de nuestro escondite?

Henri asiente, diciendo:

—En realidad, si el artículo hubiera dicho algo acerca de nosotros, eso me habría hecho pensarlo dos veces. Pero no decía nada. Solo hablaba de que quieren invadir la Tierra, igual que hicieron con Lorien. Todavía hay muchas cosas que no sabemos. Tenías razón cuando dijiste hace un par de semanas que nos derrotaron con demasiada facilidad. ¿Por qué fue así? No me lo explico. Tampoco me explico todo lo que rodea a la desaparición de los Ancianos. Ahora me escama incluso que pudiéramos sacarlos a ti y a los demás niños de Lorien, cosa que nunca me había planteado. Y aunque has visto lo que sucedió (y yo también he tenido esas visiones), siguen faltando piezas del rompecabezas. Si conseguimos volver un día, me parece fundamental que sepamos lo que pasó para evitar que vuelva a ocurrir. Ya conoces el dicho: quien no conoce la historia, está condenado a repetirla. Y, si se repite, la amenaza será el doble de grande.

—Muy bien —le digo—. Pero, por lo que dijiste el sábado por la noche, la posibilidad de que volvamos es más pequeña cada día que pasa. Teniendo en cuenta eso, ¿crees que merece la pena?

Henri se encoge de hombros.

—Sigue habiendo otros cinco en alguna parte. Tal vez hayan recibido sus legados. Podría ser que los tuyos se estén retrasando, nada más. Creo que hay que prever todas las posibilidades.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Hacer una llamada, eso es todo. Tengo curiosidad por oír qué es lo que sabe esta persona. Me pregunto qué es lo que le impidió hacer un seguimiento. Hay dos posibilidades: o no encontró más información y perdió interés en la noticia, o alguien intervino cuando se publicó el primer artículo.

—Bueno, pero ten cuidado —suspiro.



Me pongo un pantalón deportivo, dos camisetas y una sudadera encima, me ato

las zapatillas y me levanto para hacer unos estiramientos. Luego meto en la mochila la ropa que voy a llevar en el instituto y también una toalla, una pastilla de jabón y un botecito de champú para poder ducharme cuando llegue. A partir de ahora iré corriendo al instituto todas las mañanas. Por lo visto, Henri cree que un poco más de ejercicio será útil para mi entrenamiento, pero el verdadero motivo es que guarda la esperanza de que eso acelere la transformación de mi cuerpo y despierte los legados de su letargo, si es que están dormidos.

Bajo la vista hacia *Bernie Kosar* y le digo:

—¿Quieres correr conmigo, eh? ¿Quieres correr conmigo?

Él empieza a menear el rabo y a correr en círculos.

—Nos vemos después de las clases —digo a Henri.

—Que lo pases bien corriendo —contesta él—. Ten cuidado con los coches.

Salimos por la puerta y nos recibe un aire fresco y vigorizante. *Bernie Kosar* da unos cuantos ladridos de emoción. Empiezo a correr a un ritmo pausado por el camino de entrada y la carretera de gravilla, con el perro trotando detrás de mí como esperaba que hiciera. Tardo medio kilómetro en entrar en calor.

—¿Estás listo para subir el listón, chico?

Bernie Kosar no me presta mucha atención, sino que sigue trotando a mi lado con la lengua fuera, más feliz que unas castañuelas.

—Está bien, pues. Allá vamos.

Pongo la quinta marcha y empiezo a acelerar, y al poco rato estoy corriendo a tope. *Bernie Kosar* se queda rezagado. Miro detrás de mí y le veo galopando tan rápido como puede, y sin embargo le estoy dejando atrás. El viento pasando entre el pelo, los árboles difuminándose a mi lado, son sensaciones fenomenales. De pronto, *Bernie Kosar* se lanza hacia el bosque y desaparece de mi vista. Me pregunto si debería parar y esperarle. Entonces me doy la vuelta y veo a *Bernie Kosar* saliendo de un salto del bosque, tres metros delante de mí. Bajo la vista hacia el perro y él me devuelve la mirada, con la lengua a un lado y los ojos llenos de entusiasmo.

—Eres un perro raro, ¿lo sabías?

Cinco minutos después, el instituto se divisa a lo lejos. Hago un sprint final para recorrer el medio kilómetro que queda. Dispuesto a quemar los últimos cartuchos, corro al máximo, porque es tan temprano que no hay nadie por los alrededores que pueda verme. Al llegar, entrelazo las manos y apoyo la nuca en ellas mientras recupero el aliento. *Bernie Kosar* llega treinta segundos después y se sienta a mi lado, mirándome. Me agacho y le acaricio.

—Bien hecho, amiguito. Creo que ya hemos creado un nuevo ritual matutino.

Me quito la mochila, abro la cremallera, saco un paquete con algunas tiras de beicon y se las doy. *Bernie Kosar* las engulle en un santiamén.

—Bueno, chico, y o tengo que entrar. Vuelve a casa con Henri.

Él me observa un segundo y después se aleja al trote, en dirección a casa. Su capacidad de comprensión me deja atónito. Entonces me giro hacia el edificio y me voy directo hacia las duchas.



Soy la segunda persona en llegar a la clase de astronomía. Sam ha sido el primero, y está sentado en su lugar habitual, al fondo del aula.

—Anda —le digo—. No llevas gafas. ¿Y eso?

—He pensado en lo que me has dicho —responde, encogiéndose de hombros—. Seguramente es una tontería llevarlas.

Me siento a su lado y sonrío. Me cuesta imaginar que un día me acostumbraré a sus ojos pequeños. Le devuelvo el número de *Están entre nosotros*, y él lo mete dentro de su mochila. Junto dos dedos en forma de pistola y le apunto con ellos.

—¡Bang! —digo.

Él se echa a reír, y yo también. Ninguno de los dos puede parar. Cada vez que uno empieza a calmarse, el otro se ríe, y vuelta a empezar. La gente se nos queda mirando cuando entra. Entonces aparece Sarah, que entra sola en clase. Camina hacia nosotros con expresión perpleja y se sienta en el sitio que queda a mi otro lado.

—¿De qué os estáis riendo?

—Ni yo mismo lo sé —respondo, y nos reímos un poco más.

Mark es la última persona en llegar. Se sienta en su sitio de siempre, pero hoy no es Sarah la que se sienta a su lado, sino otra chica. Creo que es una alumna de cuarto. Sarah me coge la mano por debajo de la mesa.

—Tengo que contarte una cosa —me dice.

—¿Qué?

—Ya sé que es un poco precipitado, pero mis padres quieren invitaros a ti y a tu padre mañana, a la cena de Acción de Gracias.

—Vaya, eso sería genial. Tendré que preguntarlo, pero sé que no tenemos planes, o sea que la respuesta va a ser que sí.

—Qué bien —dice ella, sonriendo.

—Como solo somos dos, normalmente ni siquiera celebramos el Día de Acción de Gracias.

—Pues nosotros lo celebramos por todo lo alto. Y mis dos hermanos vendrán a vernos desde la universidad. Tienen ganas de conocerte.

—¿Les has hablado de mí?

—¿Tú qué crees?

La profesora entra en ese momento en el aula. Sarah me lanza un guiño, y empezamos a tomar apuntes.



Henri me espera a la salida como de costumbre. *Bernie Kosar*, que estaba instalado en el asiento del acompañante, meneando el rabo, se lanza hacia la puerta de la camioneta en cuanto me ve. Me meto dentro con ellos.

—Athens —anuncia Henri.

—¿Atenas?

—Athens, Ohio.

—¿Y eso?

—Es donde se escribe e imprime *Están entre nosotros*. Y también envían la revista desde allí.

—¿Cómo te has enterado?

—Tengo mis métodos. —Me quedo mirándolo—. Vale, vale. He tenido que enviar tres mensajes y hacer cinco llamadas, pero ya tengo el número —me explica, escrutándome con la mirada—. Lo que quiero decir es que no ha sido muy difícil de averiguar, haciendo un pequeño esfuerzo.

Asiento. Comprendo lo que quiere decir con eso. Los mogadorianos lo habrían averiguado con la misma facilidad que él. Y eso significa, naturalmente, que la balanza se inclina ahora en favor de la segunda posibilidad de Henri: que alguien se puso en contacto con el responsable de la revista antes de que pudiera ampliar la noticia.

—¿Está lejos Athens?

—A dos horas en coche.

—¿Vas a ir?

—Espero que no. Primero pienso llamar.

Cuando llegamos a casa, Henri coge enseguida el teléfono y se sienta a la mesa de la cocina. Yo tomo asiento frente a él y escucho.

—Sí, llamaba para preguntar por un artículo que salió en el número del mes pasado de *Están entre nosotros*.

Una voz grave contesta al otro lado. No oigo lo que dice. Henri sonríe.

—Sí —dice, y hace una pausa—. No, no soy un suscriptor. Pero un amigo mío sí que lo es. —Otra pausa—. No, gracias. —Asiente con la cabeza y explica —: Bueno, tenía curiosidad por el artículo que escribieron sobre los mogadorianos. En el número de este mes no viene más información, como se anunció.

Me acerco y me esfuerzo por escuchar, con el cuerpo tenso y rígido. Cuando

llega la respuesta, se oye temblorosa, alterada. Después, la línea se interrumpe.

—¿Oiga?

Henri separa el auricular de la oreja, lo mira y se lo acerca otra vez.

—¿Oiga? —repite.

Entonces, cuelga el teléfono y lo deja sobre la mesa. Me mira y me dice:

—Ha dicho: « No vuelva a llamar a este número» . Y después me ha colgado.

CAPÍTULO DIECIOCHO



DESPUÉS DE PASAR HORAS DEBATIÉNDOLO, Henri se levanta a la mañana siguiente e imprime las indicaciones para ir de nuestra casa a Athens, Ohio. Me asegura que habrá vuelto a casa con tiempo suficiente para que podamos ir a la cena de Acción de Gracias en casa de Sarah, y me da un papel con la dirección y el número de teléfono del lugar adonde va.

—¿Seguro que merece la pena? —le pregunto.

—Tenemos que averiguar qué está pasando aquí.

—Yo creo que los dos sabemos qué está pasando aquí —replico con un suspiro.

—Quizá —dice él, con una voz llena de autoridad que elimina la incertidumbre que suele acompañar a esta palabra.

—Eres consciente de lo que me dirías si los papeles estuvieran invertidos, ¿verdad?

—Sí, John —sonríe él—. Sé lo que diría. Pero creo que esto nos será útil. Quiero averiguar qué han hecho para asustar tanto a ese hombre. Quiero saber si nos han mencionado, si nos están buscando por medios en los que no hemos pensado todavía. Nos ayudará a permanecer ocultos, a estar un paso por delante de ellos. Y, si este hombre los ha visto, sabremos qué aspecto tienen.

—Ya sabemos qué aspecto tienen.

—Sabemos qué aspecto tenían cuando nos atacaron, hace más de diez años, pero puede ser que hayan cambiado. Ya llevan mucho tiempo en la Tierra. Quiero saber cómo están camuflándose.

—Aunque sepamos qué aspecto tienen, para cuando los veamos por la calle, seguramente ya será demasiado tarde.

—Puede que sí, y puede que no. Si veo a uno, intentaré matarlo. Pero nada dice que él sea capaz de matarme —dice, esta vez con más incertidumbre que autoridad en la voz.

Me doy por vencido. No me gusta ni una pizca que viaje a Athens mientras yo me quedo sentado en casa. Pero sé que mis objeciones caerán en saco roto.

—¿Seguro que volverás a tiempo? —le pregunto.

—Voy a salir ahora, o sea que llegaré allí hacia las nueve. Dudo que pase más de una hora allí, dos a lo sumo. Debería estar de vuelta antes de la una.

—Entonces, ¿por qué me has dado esto? —pregunto, apuntándole con el papel que lleva la dirección y el teléfono.

—Bueno, nunca se sabe —responde, encogiéndose de hombros.

—Y ese es justo el motivo de que no me parezca que debas ir.

—*Touché* —dice, poniendo fin a la discusión. Recoge sus papeles, se levanta de la mesa y empuja la silla hacia ella—. Hasta la tarde —se despidе.

—Vale.

Henri sale afuera y se mete en la camioneta. *Bernie Kosar* y yo salimos al porche de la entrada y le observamos irse. No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento. Ojalá vuelva sin problemas.



Es un día largo. Uno de esos en los que el tiempo se ralentiza y cada minuto parece que fueran diez, y cada hora, veinte. Echo unas partidas de videojuegos y navego por Internet. Busco noticias que puedan tener relación con alguno de los demás niños. No encuentro nada, cosa que me alegra. Eso quiere decir que siguen sin localizar. Eludiendo a nuestros enemigos.

Miro el móvil periódicamente. Al mediodía, envío un mensaje de texto a Henri. No contesta. Almuerzo y doy de comer a *Bernie*, y después mando otro mensaje. Sin respuesta. Una sensación de inquietud y nerviosismo va apoderándose de mí. Henri nunca ha dejado de mandar inmediatamente un mensaje de respuesta. A lo mejor lleva el móvil apagado, o se le ha agotado la batería. Intento convencerme a mí mismo de estas posibilidades, pero sé que ninguna de ellas es cierta.

A las dos empiezo a preocuparme. A preocuparme de verdad. Nos esperan en casa de los Hart dentro de una hora. Henri sabe que esa cena es importante para mí, y nunca me fallaría en algo así. Me meto en la ducha con la esperanza de que, cuando salga, Henri estará sentado a la mesa de la cocina, tomándose un café. Abro el grifo del agua caliente al máximo sin molestarme en abrir el de la fría. No noto nada en absoluto. Todo mi cuerpo se ha vuelto ya inmune al calor.

Es como si sobre mi piel corriera agua tibia, y a decir verdad echo de menos la sensación de calor. Me gustaba darme duchas calientes, quedándome bajo el agua hasta que se terminaba, cerrando los ojos y disfrutando del chorro cayéndome sobre la cabeza y el resto del cuerpo. Esa sensación me apartaba de mi vida, me ayudaba a olvidarme por un ratito de quién y qué soy.

Cuando salgo de la ducha, abro mi armario para elegir mi mejor ropa, que no es nada del otro mundo: unos chinos, una camisa de manga larga, un suéter. Como vivimos siempre a salto de mata, el único calzado que tengo son zapatillas de correr, y se me escapa la risa de lo ridículo que me parece: es la primera vez que me río en todo el día. Voy a la habitación de Henri y miro en su armario. Tiene un par de mocasines que me vienen bien. Al ver toda su ropa, me siento más preocupado, más contrariado. Quiero pensar que simplemente está tardando más de lo que debería, pero en ese caso se habría puesto en contacto conmigo. Algo tiene que andar mal.

Me dirijo a la puerta principal, donde está sentado *Bernie*, mirando por la ventana. Levanta la vista hacia mí y gime. Le doy una palmadita en la cabeza y vuelvo a mi habitación. Miro la hora. Acaban de dar las tres. En el móvil no hay ningún mensaje, ningún aviso. Decido ir a casa de Sarah y, si a las cinco sigo sin saber nada de Henri, ya pensaré algo. Igual les digo que Henri está enfermo y que yo tampoco me encuentro muy bien. O que la camioneta de Henri se ha averiado y que tengo que ir a ayudarlo. Si hay suerte, él aparecerá y tendremos todos una agradable cena de Acción de Gracias (será la primera vez que lo celebre, de hecho). Y si no, les pondré una excusa. No hay más remedio.

A falta de camioneta, decido correr. No creo que sude siquiera, y así llegaré más rápido de lo que haría en la camioneta. Además, debido a la fiesta, las carreteras deberían estar vacías. Me despido de *Bernie* diciéndole que volveré más tarde, y me pongo en marcha. Corro bordeando campos, atravesando el bosque. Me sienta bien quemar un poco de energía: me quita un poco de ansiedad. Un par de veces estoy a punto de alcanzar mi velocidad tope, que debe de ser de unos cien o ciento veinte kilómetros por hora. Me encanta la sensación del aire frío azotándome la cara, y también su sonido, que es el mismo que oigo cuando saco la cabeza por la ventanilla de la camioneta cuando vamos por una autopista. Me pregunto a qué velocidad podré correr cuando tenga veinte o veinticinco años.

Dejo de correr a unos cien metros de la casa de Sarah. No tengo la respiración agitada en absoluto. Estoy recorriendo el camino de entrada a la casa cuando veo a Sarah mirando por la ventana. Sonríe y me saluda, y abre la puerta principal en el momento en que piso el porche.

—Hola, guapetón —me dice.

Me giro y miro detrás de mí, como si se lo dijera a otra persona. Entonces la miro y le pregunto si me está hablando a mí. Eso le hace reír.

—Qué tonto eres —me dice, y me da un puñetazo en el brazo antes de tirar de mí hacia ella para darme un beso muy largo. Respiro profundamente y me llega el olor a comida: el pavo, el relleno, los boniatos, las coles de Bruselas, la tarta de calabaza.

—Qué bien huele —comento.

—Mi madre lleva todo el día cocinando.

—Ya tengo ganas de empezar.

—¿Y tu padre?

—Se le han complicado las cosas. Tardará un poco en llegar.

—¿Va todo bien?

—Sí, no pasa nada.

Entramos y me hace una visita guiada. Es una casa genial. Una residencia familiar clásica con todos los espacios comunes (el salón, el comedor, la cocina y el cuarto de estar) en la planta baja, los dormitorios en el primer piso y una buhardilla donde tiene su habitación uno de los hermanos. Cuando entramos en la de Sarah, cierra la puerta y me besa. Estoy sorprendido, y también encantado.

—Llevo todo el día deseando hacer esto —me dice en voz baja cuando se separa. Ya se va hacia la puerta cuando tiro de ella hacia mí y la beso otra vez.

—Y yo estoy deseando volver a besarte después —le susurro. Ella sonríe y me vuelve a dar un puñetazo en el brazo.

Volvemos a la planta baja y me lleva al cuarto de estar, donde sus dos hermanos mayores, que han venido de la universidad a pasar el fin de semana, están viendo un partido de fútbol americano por la tele con su padre. Me siento con ellos, y Sarah se va a la cocina para ayudar a su madre y a su hermana pequeña con la cena. Nunca me ha interesado mucho el fútbol americano. Supongo que es porque, tal como hemos vivido Henri y yo, nunca me he aficionado a nada fuera de nuestra vida. Mis principales precauciones siempre han sido intentar adaptarme al sitio donde estuviéramos, y después prepararme para viajar a otro sitio. Sus hermanos, y también su padre, han jugado en equipos de fútbol americano en el instituto, y les encanta. En el partido de hoy, uno de los hermanos y su padre apoyan a uno de los equipos, y el otro hermano, al otro. Discuten entre sí, se lanzan pullas, vitorean o protestan según lo que esté ocurriendo en el partido. Se nota que llevan años haciendo esto, seguro que toda su vida, y se lo están pasando bomba. Verlos me hace desear que Henri y yo tuviéramos algo más, aparte de mis entrenamientos y nuestra interminable sucesión de huidas, que tuviéramos una afición en común de la que pudiéramos disfrutar los dos juntos. Me hace desear tener un padre de verdad y hermanos con los que pasar el rato.

En el descanso, la madre de Sarah nos llama para cenar. Miro el móvil, y sigue sin haber nada. Antes de sentarnos, me voy al baño para intentar llamar a Henri, pero salta directamente el contestador. Son casi las cinco, y estoy

empezando a alarmarme. Vuelvo a la mesa, donde ya están todos sentados. La presentación es espectacular: hay flores en el centro de la mesa, y frente a cada una de las sillas hay manteles individuales y cubiertos dispuestos de forma meticulosa. Por la parte interior de la mesa hay repartidas varias fuentes de comida, y el pavo está colocado delante del sitio del señor Hart. Justo después de sentarme, la madre de Sarah entra en el comedor. Se ha quitado el delantal y lleva una falda y un suéter muy bonitos.

—¿Sabes algo de tu padre? —me dice.

—Le acabo de llamar. Dice que... se está retrasando y que no le esperemos. Siente mucho las molestias.

El señor Hart empieza a cortar el pavo. Sarah me sonríe desde su sitio, enfrente de mí, y eso me hace sentir mejor durante medio segundo o así. Empiezan a pasar la comida, y cojo pequeñas raciones de cada cosa. No creo que vaya a poder comer mucho. Dejo el móvil cerca de mí, en mi regazo, y lo pongo en modo de vibración por si llega una llamada o un mensaje. Sin embargo, cada segundo que pasa estoy menos convencido de que las cosas vayan a salir bien, e incluso de que vuelva a ver a Henri. La idea de vivir por mi cuenta (cuando se están desarrollando mis legados, y sin nadie que me los explique ni me enseñe a usarlos), de huir solo, de esconderme solo, de buscarme la vida solo... de combatir a los mogadorianos hasta derrotarlos o hasta que me maten, me aterroriza.

La cena dura una eternidad. El tiempo transcurre lentamente otra vez. Toda la familia de Sarah me acribilla a preguntas. Nunca he estado en una situación en la que tanta gente me hiciera tantas preguntas en tan poco tiempo. Me preguntan sobre mi pasado, sobre los lugares donde he vivido, sobre Henri, sobre mi madre (que, al igual que digo siempre, murió cuando era muy pequeño). Es la única de mis respuestas que tiene el más mínimo asomo de verdad. No tengo ni idea de si mis respuestas son creíbles. El móvil me pesa una tonelada en la pierna. No vibra ni se mueve, como una losa.

Después de la cena, y antes del postre, Sarah nos pide a todos que salgamos al patio trasero para hacernos unas fotos. Mientras vamos hacia allí, me pregunta si algo va mal. Le digo que estoy preocupado por Henri. Ella intenta reconfortarme diciéndome que todo va a ir bien, pero no lo consigue. Más bien hace que me sienta peor. Intento imaginarme dónde estará y qué estará haciendo, y solo consigo verle delante de un mogadoriano, con expresión aterrada, y sabiendo que está a punto de morir.

Cuando nos reunimos para las fotos, empiezo a sentir pánico. ¿Cómo podría ir hasta Athens? Podría correr, pero seguramente me costaría no perderme, sobre todo porque tendría que evitar las carreteras principales y las zonas transitadas. Podría coger un autobús, pero tardaría demasiado. Podría pedirselo a Sarah, pero esto requeriría un montón de explicaciones, como por ejemplo que soy un

extraterrestre y que creo que Henri ha sido capturado o asesinado por alienígenas hostiles que andan buscándome para acabar conmigo. No es la mejor de las ideas.

Mientras posamos, siento una necesidad desesperada de irme, pero tengo que hacerlo sin que se enfaden Sarah y su familia. Me concentro en la cámara, mirando directamente al objetivo mientras pienso una excusa que acarree el mínimo de preguntas posibles. El pánico se ha apoderado de mí por completo. Empiezan a temblarme las manos. Las noto calientes. Las miro para asegurarme de que no están brillando. No brillan, pero cuando vuelvo a levantar la vista veo la cámara temblando en las manos de Sarah. Sé que lo estoy provocando yo, pero no tengo ni idea de cómo, ni de lo que puedo hacer para que cese. Un escalofrío me recorre la espalda. La respiración se me corta en la garganta al mismo tiempo que la lente de cristal de la cámara se resquebraja y se rompe. Sarah grita, y entonces suelta la cámara y se queda mirándola con expresión perpleja. Está boquiabierta, y los ojos se le llenan de lágrimas.

Sus padres acuden enseguida para comprobar que está bien. Yo me quedo ahí de pie, aturdido. No sé qué hacer. Siento lo de su cámara, y que Sarah se haya llevado ese disgusto, pero también estoy encantado porque está claro que mi telequinesia ha llegado. ¿Podré llegar a controlarla? Henri dará botes de alegría cuando se entere. Henri. El pánico regresa. Aprieto los puños. Tengo que irme de aquí. Tengo que encontrarle. Si los mogadorianos le han capturado, y espero que no, los mataré a todos con tal de recuperarle.

Improvizando sobre la marcha, me acerco a Sarah y la alejo de sus padres, que están examinando la cámara para averiguar qué ha ocurrido.

—Me acaba de llegar un mensaje de Henri. Lo siento muchísimo, pero tengo que irme.

Se la ve aturullada, y sus ojos saltan de mí a sus padres.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, pero tengo que irme. Me necesita.

Ella asiente y me besa con delicadeza. Espero que no sea por última vez.

Doy las gracias a sus padres y a sus hermanos y hermana, y me voy antes de que puedan hacerme más preguntas de la cuenta. Atravieso la casa hacia la puerta principal, y en cuanto salgo por ella, echo a correr. Tomo la misma ruta que he seguido antes para llegar a casa de Sarah. Me mantengo alejado de las carreteras principales, y corro entre los árboles. Pocos minutos después, ya estoy de vuelta. Oigo a *Bernie Kosar* arañando la puerta mientras me acerco por el camino de entrada a toda velocidad. Está muy nervioso, como si percibiera que algo anda mal.

Subo directamente a mi habitación y saco de mi mochila el papel con el teléfono y la dirección que me ha dado Henri antes de irse. Marco el número. Se pone en marcha una grabación: «El número que ha marcado se encuentra

desconectado o fuera de servicio» . Miro de nuevo el papel y vuelvo a marcar el número. La misma grabación.

—¡Mierda! —grito. Doy una patada a una silla, que sale volando por la cocina hasta caer en el salón.

Entro en mi habitación. Salgo de ella. Vuelvo a entrar. Miro fijamente la imagen del espejo. Tengo los ojos rojos; han brotado lágrimas, pero ninguna llega a caer. Me tiemblan las manos. Me consume el sentimiento de rabia y furia, y el temor horrible de que Henri esté muerto. Cierro los ojos con fuerza y comprimo toda la furia en el fondo de mi estómago. Suelto un grito, presa de un arrebato súbito, y entonces abro los ojos y lanzo las manos hacia el cristal, que se rompe a pesar de estar a tres metros de distancia. Me quedo allí plantado, mirándolo. El espejo en sí sigue fijado a la pared. Lo que ha ocurrido en casa de Sarah no ha sido fortuito.

Miro los trozos de cristal del suelo. Extiendo una mano frente a mí y, concentrándome en un fragmento concreto, intento moverlo. Mantengo una respiración pausada, pero todo el miedo y toda la rabia siguen dentro de mí. No, *miedo* es una palabra demasiado simple. Terror. Eso es lo que siento.

El fragmento no se mueve al principio, pero al cabo de quince segundos empieza a temblar. Primero lentamente, después más rápido. Y entonces recuerdo algo. Henri dijo que suelen ser las emociones las que desencadenan los legados. Seguro que es eso lo que está ocurriendo ahora. Me esfuerzo por levantar el fragmento. Grandes gotas de sudor aparecen en mi frente. Me concentro en todo lo que tengo y en todo lo que soy, a pesar de lo que está sucediendo. Respirar es una agonía. Muy, muy lentamente, el fragmento de cristal empieza a levantarse. Un centímetro. Dos. Ya está a un palmo del suelo y sigue ascendiendo, mientras sigo con el brazo derecho extendido, moviéndolo con el fragmento hasta dejarlo suspendido a la altura de los ojos. Lo mantengo ahí. «Ojalá Henri pudiera ver esto», pienso. Y acto seguido, más fuertes que la alegría de mi nuevo descubrimiento, el pánico y el miedo regresan. Miro el fragmento, y la forma en que refleja los paneles de madera de la pared, que se ve vieja y quebradiza a través del cristal. Madera. Vieja y quebradiza. Abro los ojos de par en par, mucho más de lo que los he abierto en toda mi vida.

« ¡El Cofre! » .

Henri lo había dicho: « Solo podemos abrirlo los dos juntos. A menos que muera yo; en ese caso, podrías abrirlo tú solo » .

Dejo caer la esquirra y salgo pitando de mi habitación para entrar en la de Henri. El Cofre sigue en el suelo, al lado de su cama. Lo cojo, corro a la cocina y lo dejo encima de la mesa. El candado con forma de emblema lórico parece estar a la espera, mirándome.

Me siento a la mesa y miro fijamente el candado. El labio me tiembla. Intento calmar la respiración, pero no sirve de nada; mi pecho sube y baja como

si acabara de terminar una carrera de quince kilómetros. Tengo miedo de sentir un clic al manipularlo. Inspiro profundamente y cierro los ojos.

—No te abras, por favor —digo.

Agarro el candado y lo aprieto con todas mis fuerzas, con la respiración contenida, la visión borrosa, los músculos del antebrazo flexionados en tensión. Esperando el clic. Sujetando el candado y esperando el clic.

Pero no hay clic.

Lo suelto y me desplomo en la silla, sujetándome la cabeza con las manos. Un pequeño rayo de esperanza. Me paso las manos por el pelo y me levanto. Sobre la encimera, a un metro y medio de distancia, hay una cuchara sucia. Me concentro en ella, trazando un arco con la mano frente a mi cuerpo, y la cuchara empieza a volar. Henri estaría muy contento. « Henri —pienso—, ¿dónde estás? En alguna parte, y todavía vivo. Y yo voy a encontrarte » .

Marco el número de Sam, el único amigo que he hecho en Paradise aparte de Sarah, el único amigo que he tenido, para ser sinceros. Contesta al segundo toque.

—¿Sí?

Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz con dos dedos. Tomo una profunda bocanada de aire. Vuelvo a temblar, suponiendo que haya dejado de hacerlo en algún momento.

—¿Sí? —repite él.

—Sam.

—Hola —dice, y entonces añade—: Vaya voz de ultratumba tienes. ¿Estás bien?

—No. Necesito tu ayuda.

—¿Qué? Pero ¿qué ha pasado?

—¿Crees que tu madre podría traerte aquí?

—No está en casa. Hoy tiene guardia en el hospital porque los días festivos le pagan el doble. ¿Qué es lo que pasa?

—Las cosas están mal, Sam. Y necesito ayuda.

Otro silencio, y entonces Sam dice:

—Iré tan rápido como pueda.

—¿Estás seguro?

—Nos vemos ahora.

Cierro el móvil y apoyo la cabeza en la mesa. Athens, Ohio. Es allí donde está Henri. De algún modo, como sea, es allí adonde tengo que ir.

Y tengo que llegar cuanto antes.

CAPÍTULO DIECINUEVE



MIENTRAS ESPERO A SAM, ME PASEO POR la casa levantando objetos inanimados en el aire sin tocarlos: una manzana de la encimera de la cocina, un tenedor del fregadero, una macetilla con planta junto a la ventana delantera. Solo puedo levantar cosas pequeñas, y se elevan en el aire de forma vacilante. Cuando lo intento con algo más pesado (una silla, una mesa), no ocurre nada.

Las tres pelotas de tenis que Henri y yo utilizamos en los entrenamientos están metidas en una cesta, en un extremo del salón. Atraigo una de ellas hacia mí y, al pasar por delante de su campo de visión, *Bernie Kosar* se pone alerta. Entonces, la lanzo lejos sin tocarla y el perro sale corriendo tras ella, pero antes de que pueda alcanzarla, la aparto; o bien, si consigue atraparla, se la quito de la boca, todo ello sin levantarme de la silla. De este modo consigo apartar mis pensamientos de Henri, del daño que pueda haber sufrido, y de la culpabilidad que siento por todas las mentiras que tendré que contar a Sam.

Mi amigo tarda veinticinco minutos en pedalear los seis kilómetros que le separan de mi casa. Le oigo acercándose por el camino de entrada. Entonces se baja de un salto y la bici cae al suelo mientras él entra corriendo por la puerta principal, sin llamar. Tiene la respiración entrecortada, y la cara empapada de sudor. Echa un vistazo en derredor para calibrar la escena.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —pregunta.

—Esto te va a parecer absurdo —contesto—. Pero tienes que prometerme que me tomarás en serio.

—¿De qué estás hablando?

«¿De qué estoy hablando? Estoy hablando de Henri. Ha desaparecido por pura imprudencia, la misma imprudencia contra la que siempre está

advirtiéndome. Estoy hablando de que, cuando me apuntaste con esa pistola, te dije la verdad. Soy un extraterrestre. Henri y yo llegamos a la Tierra hace diez años, y nos persigue una raza maligna de alienígenas. Estoy hablando de que Henri pensaba que de algún modo podríamos eludirlos conociéndolos un poco mejor. Y ahora ha desaparecido. De eso estoy hablando, Sam. ¿Lo entiendes?» . Pero no, no puedo contarle nada de eso.

—Han capturado a mi padre, Sam. No sé muy bien quiénes, ni qué están haciéndole. Pero algo ha sucedido, y creo que le han hecho prisionero. O algo peor.

Una gran sonrisa le recorre la cara.

—Anda ya —dice.

Niego con la cabeza y cierro los ojos. De nuevo, la gravedad de la situación hace que me cueste respirar. Vuelvo la vista hacia Sam, dirigiéndole una mirada de súplica. Las lágrimas se me acumulan en los ojos.

—Lo digo en serio.

De pronto, Sam adopta una expresión de asombro.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quiénes le han capturado? ¿Dónde está?

—Ha rastreado al autor de uno de los artículos de tu revista hasta un sitio llamado Athens, en Ohio, y hoy ha ido allí. Y todavía no ha vuelto. Tiene el móvil desconectado. Le ha pasado algo, algo muy grave.

—¿Qué? —exclama Sam, más perplejo aún—. ¿Por qué se ha tomado esa molestia? Creo que me he perdido algo. No es más que un estúpido panfleto.

—No lo sé, Sam. Él es como tú: le apasionan los alienígenas y las conspiraciones y todas esas cosas —le digo, improvisando sobre la marcha—. Siempre ha tenido ese ridículo hobby. Uno de los artículos despertó su interés y se ve que ha querido saber más, así que cogió la camioneta y se fue para allá.

—¿Era el artículo sobre los mogadorianos?

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando lo mencioné en Halloween se quedó como si hubiera visto un fantasma —responde, y, meneando la cabeza, añade—: Pero ¿qué le importa a nadie que se ponga a indagar sobre un estúpido artículo?

—No lo sé. En fin, supongo que esa gente tampoco es la más cuerda del mundo. Seguro que están llenos de paranoias y delirios. A lo mejor pensaron que era un alienígena, lo mismo que te pasó a ti cuando me apuntaste con la pistola. Quedamos en que volvería antes de la una, y tiene el móvil desconectado. Ya no sé nada más.

Me levanto y me acerco a la mesa de la cocina. Cojo el papel donde están la dirección y el número de teléfono del lugar adonde ha ido Henri.

—Es allí adonde ha ido hoy —digo—. ¿Tienes alguna idea de dónde está?

Sam mira el papel, y luego vuelve la vista hacia mí.

—¿Quieres ir?

—No sé qué otra cosa hacer.

—¿Y por qué no llamas a la policía y le cuentas lo que ha pasado?

Me siento en el sofá, pensando en la mejor respuesta. Ojalá pudiera decirle la verdad: que, si interviniera la policía, en el mejor de los casos Henri y yo tendríamos que irnos de Paradise. Que, en el peor de los casos, interrogarían a Henri, le tomarían incluso las huellas dactilares y le meterían en la lenta maquinaria de la burocracia, lo que permitiría a los mogadorianos acortar distancias. Y que, una vez nos encontraran, la muerte sería inminente.

—¿A qué policía? ¿A la de Paradise? ¿Qué crees que harían si les contara la verdad? Tardarían días en tomarme en serio, y no tengo tanto tiempo.

Sam se encoge de hombros, diciendo:

—A lo mejor sí que te toman en serio. Además, ¿y si simplemente ha tenido un contratiempo o se le ha estropeado el móvil? Podría ser que ya estuviera de camino a casa.

—Puede, pero no lo creo. Algo no cuadra, y tengo que ir allí cuanto antes. Hace horas que Henri tendría que haber vuelto.

—Igual ha tenido un accidente.

Yo respondo negando con la cabeza.

—Puede que sí, pero no lo creo. Pero, si le han hecho daño, estaremos desperdiciando un tiempo precioso.

Sam observa el papel. Se muerde el labio y se queda en silencio unos quince segundos.

—Bueno, tengo una idea vaga de cómo llegar a Athens. Eso sí, ni idea de cómo encontrar esta dirección cuando lleguemos.

—Puedo imprimir las indicaciones de Internet. Eso no me preocupa. Lo que me preocupa es el transporte. Tengo ciento veinte dólares en mi habitación. Puedo pagar a alguien para que nos lleve, pero no sé a quién pedirselo. Los taxis no abundan precisamente en Paradise, Ohio.

—Podemos coger nuestra camioneta.

—¿Qué camioneta?

—La de mi padre, quiero decir. Todavía la tenemos. Está guardada en el garaje. No la hemos tocado desde que él desapareció.

Le miro fijamente.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, y él asiente con la cabeza—. ¿Cuánto hace de eso? ¿Crees que todavía funciona?

—Ocho años. ¿Y por qué no debería funcionar? Estaba casi nueva cuando la compró.

—Espera, a ver si lo he entendido. ¿Propones que nosotros mismos, tú y yo, conduzcamos dos horas hasta Athens?

La expresión de Sam se tuerce en una sonrisa pícar.

—Eso es justo lo que propongo.

Me inclino hacia delante, todavía sentado en el sofá. No puedo evitar sonreír también.

—Sabes que si nos pillan la hemos cagado, ¿verdad? Ninguno de los dos tenemos permiso de conducir.

Sam asiente y contesta:

—Mi madre me matará, y puede que te mate a ti también. Y luego está la ley. Pero sí, si de verdad piensas que tu padre está en apuros, ¿qué otro remedio nos queda? Si se invirtieran los papeles, y fuese mi padre quien estuviera en apuros, iría sin pensarlo dos veces.

Miro a mi amigo. No hay ni un atisbo de duda en su cara al proponer que conduzcamos ilegalmente a una población que está a dos horas de distancia, por no mencionar que ninguno de los dos tenemos mucha idea de conducir y que no sabemos qué esperar cuando lleguemos. Y, sin embargo, Sam se ha apuntado sin vacilar. De hecho, ha sido idea suya.

—Está bien, pues, cojamos la camioneta y vayamos a Athens —digo.



Meto el móvil en la mochila y compruebo que todo está bien cerrado y en orden. Después recorro la casa, deteniéndome en todo lo que tengo a mi alrededor como si fuera la última vez que lo fuera a ver. Es una idea absurda, y sé que estoy cediendo al sentimentalismo, pero me siento nervioso, y hacer esto me proporciona una sensación de calma. Voy cogiendo cosas y las vuelvo a dejar en su sitio. Cinco minutos después, ya estoy listo.

—Vamos allá —digo a Sam.

—¿Te llevo en la bici?

—Ve tú en bici; yo correré a tu lado.

—¿No tenías asma?

—No creo que vaya a tener problema.

Nos ponemos en marcha. Él se sube en la bici y empieza a pedalear tan rápido como puede, pero no está en muy buena forma. Yo corro un par de metros por detrás y finjo estar cansado. Bernie también nos sigue. Para cuando llegamos a su casa, Sam está chorreando de sudor, pero se mete corriendo en su habitación y vuelve a aparecer con una mochila. La deja sobre la encimera de la cocina y se va a cambiarse de ropa. Echo una ojeada dentro de la mochila: dentro hay un crucifijo, algunos dientes de ajo, una estaca de madera, un martillo, una bola de plastilina y una navaja.

—Tú sabes que esa gente no son vampiros, ¿verdad? —digo a Sam cuando

vuelve a la cocina.

—Sí, pero nunca se sabe. Seguramente están locos, como has dicho antes.

—Y aunque estuviéramos cazando vampiros, ¿para qué rayos es la plastilina?

—Hay que estar preparado para todo —contesta, encogiéndose de hombros.

Lleno un cuenco de agua para *Bernie Kosar*, que empieza a lamerlo al instante. Me cambio de ropa en el baño y saco de la mochila las indicaciones para llegar. Luego, salgo de la casa y me meto en el garaje, que está oscuro y huele a gasolina y a hierba cortada hace mucho. Sam enciende el interruptor de la luz. En los paneles perforados de las paredes hay colgadas varias herramientas que se han oxidado por falta de uso. La camioneta está en el centro del garaje, y tiene encima una gran lona azul cubierta de una espesa capa de polvo.

—¿Cuánto hace desde que quitasteis esta lona por última vez?

—No lo hemos hecho desde que mi padre desapareció.

Cojo la lona por una punta, Sam por la otra, y juntos la retiramos y la dejamos en un rincón. Sam se queda mirando la camioneta con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa en la cara.

La camioneta es pequeña y de color azul oscuro, y dentro hay espacio solo para dos personas, a lo mejor para otra más si no le importa viajar ocupando el incómodo espacio del centro, que en el caso de *Bernie Kosar* será perfecto. No ha caído dentro ni una mota del polvo acumulado en los últimos ocho años, y la camioneta reluce como si la acabaran de encerar. Dejo caer la mochila en la plataforma de carga.

—La camioneta de mi padre —dice Sam con orgullo—. Cuántos años. Está exactamente igual.

—Nuestra carroza real —comento—. ¿Tienes las llaves?

Sam se va a un lado del garaje y coge unas llaves colgadas de un gancho de la pared. Meto la llave en la puerta del garaje y la abro.

—¿Quieres que nos juguemos quién conduce a piedra, papel y tijera? —pregunto.

—No —responde él, y entonces abre la puerta del conductor y se sienta al volante. El motor da unos acelerones y finalmente se pone en marcha. Entonces Sam baja la ventanilla—. Creo que mi padre estaría orgulloso de verme conduciéndola —afirma.

—Yo también lo creo —digo con una sonrisa—. Sácala del garaje y yo cerraré la puerta.

Mi amigo hace una profunda inspiración. Pone la camioneta en marcha y, con paso vacilante, centímetro a centímetro, la saca del garaje. Pisa el freno demasiado fuerte, y la camioneta se detiene con un movimiento brusco.

—Todavía no le has cogido el tranquillo —observo.

Sam levanta el pie del freno y entonces acaba de sacar la camioneta, poquito a poco. Luego, cierro la puerta del garaje tras él. *Bernie Kosar* se sube al

vehículo de un salto por iniciativa propia y yo me siento a su lado. Sam tiene las manos aferradas al volante, en la posición de las diez y diez.

—¿Nervioso? —le pregunto.

—Aterrorizado, más bien.

—Vas a hacerlo bien —le tranquilizo—. Los dos lo hemos visto hacer miles de veces.

—Vale —asiente—. ¿A qué lado giro al salir del camino?

—¿Seguro que quieres que sigamos adelante con esto?

—Sí —afirma.

—Entonces, iremos a la derecha —le digo—, hacia la salida del pueblo.

Los dos nos abrochamos los cinturones. Bajo la ventanilla lo justo para que *Bernie Kosar* pueda sacar la cabeza por ella, cosa que hace inmediatamente, levantándose sobre las patas traseras encima de mi regazo.

—Estoy cagado de miedo —dice Sam.

—Yo también.

Sam toma una profunda bocanada de aire, lo retiene en los pulmones y entonces lo exhala lentamente.

—Y... allá... vamos —anuncia, levantando el pie del freno al decir la última palabra.

La camioneta se abalanza por el camino de entrada. Sam pisa el freno de golpe y nos detenemos con un chirrido. Luego, se pone en marcha otra vez y avanza por el camino, más lentamente esta vez, hasta llegar al final. Allí se detiene, mira a ambos lados y gira para tomar la carretera. Una vez más, empieza despacio, y después va acelerando. Está tenso, inclinado hacia delante, pero al cabo de un kilómetro, una sonrisa empieza a formarse en su cara.

—Pues no es tan difícil —dice, apoyando la espalda en el asiento.

—Has nacido para esto.

Conduce manteniéndose cerca de la línea continua del lado derecho de la carretera y se tensa cada vez que un vehículo pasa en sentido opuesto, pero al cabo de un rato se relaja y presta menos atención a los demás vehículos. Toma un desvío, luego otro, y veinticinco minutos más tarde nos incorporamos a la autopista interestatal.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —dice Sam al fin—. Es lo más fuerte que he hecho nunca.

—Y yo.

—¿Tienes algún plan para cuando lleguemos?

—Ninguno en absoluto. La idea sería echarle el ojo al sitio y decidir a partir de ahí. Ni siquiera sé si es una casa o un edificio de oficinas o qué. Tampoco sé si Henri estará allí.

Él asiente y me pregunta:

—¿Crees que estará bien?

—No tengo ni idea.

Inspiro profundamente. Nos queda una hora y media de camino para llegar a Athens.

Y entonces buscaremos a Henri.

CAPÍTULO VEINTE



SEGUIMOS EN DIRECCIÓN SUR HASTA QUE, en las estribaciones de los montes Apalaches, aparece Athens: una pequeña ciudad que parece haber brotado de entre los árboles. A la menguante luz diviso un río que rodea suavemente la ciudad, como acunándola, de modo que sirve de límite natural al este, al sur y al oeste, mientras que al norte quedan los árboles y las montañas. La temperatura es relativamente templada para ser noviembre. Pasamos al lado del estadio de fútbol universitario. Un poco más allá hay un campo deportivo con una cúpula blanca.

—Coge esta salida —digo.

Sam sale de la autopista y gira a la derecha hacia Richland Avenue. Los dos estamos entusiasmados de haber llegado sanos y salvos, y sin que nadie nos haya pillado.

—Entonces, así es una ciudad universitaria, ¿eh?

—Eso parece —contesta Sam.

A ambos lados tenemos residencias universitarias y edificios diversos. El césped está muy verde y bien cortado incluso a estas alturas del año. Subimos por una cuesta empinada.

—Al final de la calle está Court Street. Y luego tenemos que girar a la izquierda.

—¿Queda mucho? —pregunta Sam.

—Un kilómetro o así.

—¿Quieres que pasemos por delante?

—No. Creo que deberíamos aparcar en cuanto podamos y luego seguir a pie.

Continuamos por Court Street, que es la arteria principal del centro de la

ciudad. Todo está cerrado por ser un día festivo: librerías, cafeterías, bares. Y entonces la veo, destacándose como un diamante.

—¡Para! —grito.

Sam da un frenazo.

—¿Qué?

Un coche pita detrás de nosotros.

—Nada, nada, sigue conduciendo. Vamos a buscar un sitio para aparcar.

Recorremos otra manzana hasta que encontramos un aparcamiento. Calculo que estamos a unos cinco minutos a pie de la dirección, como mucho.

—¿A qué ha venido eso? Me has dado un susto de muerte.

—La camioneta de Henri está ahí atrás.

Sam asiente con la cabeza.

—Oye, ¿por qué a veces le llamas Henri?

—No lo sé, me sale así. Es como un chiste que tenemos entre los dos — respondo, y miro a *Bernie Kosar*—. ¿Crees que deberíamos llevárnoslo?

—Igual se mete un poco por medio —dice Sam, encogiéndose de hombros.

Doy unas golosinas a *Bernie Kosar* y le dejo dentro de la camioneta, dejando una rendija en la ventanilla. A él no le hace mucha gracia, y empieza a gemir y a arañar el cristal, pero no creo que vayamos a tardar mucho. Sam y yo caminamos por Court Street, yo llevando la mochila puesta y él en la mano. Ha sacado la plastilina y la aprieta como si fuera una de esas pelotas de espuma antiestrés. Llegamos a donde está la camioneta de Henri. Las puertas están bloqueadas. No hay nada que llame la atención en los asientos ni en el salpicadero.

—Bueno, esto quiere decir dos cosas —digo—: que Henri todavía está aquí, y que quien lo retiene no ha descubierto la camioneta aún, cosa que significa que no ha cantado. Aunque él nunca lo haría.

—¿Qué es lo que diría si le hicieran cantar?

Por un breve instante había olvidado que Sam no sabe nada de los verdaderos motivos que tenía Henri para venir aquí. De hecho, ya le he llamado Henri por descuido. Tengo que ir con cuidado de no revelar nada más.

—Pues no sé —contesto—. ¿Cómo voy a saber qué clase de preguntas le harían esos pirados?

—Vale, y ahora ¿qué?

Saco el mapa para llegar a la dirección que me ha dado Henri por la mañana.

—Seguimos andando.

Volvemos caminando por la ruta que hemos seguido con la camioneta. Los edificios dan paso a casas residenciales, de aspecto descuidado y sucio. Enseguida llegamos a la dirección y nos detenemos allí.

Miro el papel y luego la casa. Hago una profunda inspiración.

—Ya estamos aquí —anuncio.

Nos quedamos allí de pie, mirando la casa de dos plantas con revestimiento de láminas de vinilo gris. El camino de entrada lleva a un porche sin pintar con un columpio roto que cuelga más de un lado que de otro. El césped está mal cuidado y ha crecido más de la cuenta. La casa parece deshabitada, pero hay un coche aparcado en la zona de detrás. No sé qué hacer. Cojo el móvil. Son las 11.12 de la noche. Llamo a Henri aunque sé que no contestará. En realidad, es un intento de ordenar mis pensamientos, de ingeniar un plan. No había reflexionado sobre esto con antelación, y ahora que me enfrento a la realidad, tengo la mente en blanco. Mi llamada conecta directamente con el contestador automático.

—Déjame que llame a la puerta —propone Sam.

—¿Y qué dirás?

—No lo sé, lo primero que se me ocurra.

Sin embargo, no tiene oportunidad de hacerlo porque justo entonces sale un hombre de la puerta principal. Es un tío enorme, de dos metros como mínimo, y debe de pesar más de ciento diez kilos. Tiene perilla, y la cabeza rapada. Lleva botas de seguridad, vaqueros y una sudadera negra remangada hasta los codos. Luce un tatuaje en el antebrazo derecho, pero estoy demasiado lejos para ver qué representa. Escupe en el césped, y después se da la vuelta y cierra la puerta principal con llave desde fuera. Entonces sale del porche y se encamina hacia nosotros. Me tenso al ver que se acerca. El tatuaje es de un alienígena con un ramo de tulipanes en la mano, como si se los ofreciese a una entidad que no vemos. El hombre pasa por nuestro lado sin decir palabra. Sam y yo nos giramos y le vemos alejarse.

—¿Has visto el tatuaje? —pregunto.

—Sí. Adiós al estereotipo de que los únicos a los que les fascinan los alienígenas son chavales esmirriados con gafas de culo de vaso. Ese tío es enorme, y tiene cara de pocos amigos.

—Coge mi móvil, Sam.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tienes que seguirle. Coge mi móvil. Yo entraré en la casa. No debe de haber nadie más ahí, o no habría cerrado con llave. Henri podría estar dentro. Te llamaré en cuanto pueda.

—¿Y cómo vas a llamarme?

—No lo sé. Ya encontraré una manera. Toma —insisto, y él coge el móvil a regañadientes.

—¿Y si Henri no está ahí?

—Por eso quiero que sigas a ese. Podría ser que fuera a donde está Henri.

—¿Y si vuelve?

—Entonces ya pensaremos qué hacemos. Pero ahora tienes que irte. Te prometo que te llamaré a la primera ocasión que tenga.

Sam se gira y mira al hombre, que ya está a cincuenta metros de distancia.

Después, se vuelve de nuevo hacia mí.

—Está bien, lo haré —dice—. Pero ten cuidado ahí dentro.

—Ten cuidado tú también. No le pierdas de vista. Pero no dejes que te vea.

—Cuéntame.

Dicho esto, se da la vuelta y se apresura a seguir al hombre. Les veo alejarse y, una vez desaparecen de mi vista, me encamino hacia la casa. Las ventanas están oscuras, cubiertas por estores blancos. No veo lo que hay dentro. Rodeo la casa hacia la parte de atrás. Hay un pequeño patio de cemento que da a una puerta trasera, cerrada con llave. Termino de dar la vuelta a la casa, entre matorrales y césped que no se han cortado desde el verano. Tanteo una ventana. Cerrada. Todas están cerradas por dentro. ¿Y si rompo una? Busco piedras entre las zarzas y, en el mismo instante en que veo una y la levanto del suelo con mi mente, me asalta una idea, una idea tan loca que incluso podría funcionar.

Dejo caer la piedra y me dirijo a la puerta de atrás. Tiene una cerradura simple, sin pestillo. Hago una profunda inspiración, cierro los ojos para concentrarme, agarro el pomo de la puerta y lo sacudo un poco. Los pensamientos me bajan de la cabeza al corazón, y de allí al estómago; todo se centra en ese punto. Aprieto con más fuerza, conteniendo expectante la respiración mientras intento visualizar el mecanismo interno. Entonces, oigo y siento un clic en la mano que sujeta el pomo. Una sonrisa se forma en mi cara. Giro el pomo y la puerta se abre de par en par. Apenas me puedo creer que pueda abrir puertas imaginándome su mecanismo.

La cocina está sorprendentemente ordenada: las superficies limpias, el fregadero libre de platos sucios. En la encimera hay un pan del día. Atravieso un pasillo estrecho que termina en un salón con pósteres y pancartas deportivas en las paredes, y un televisor de pantalla grande en una esquina. En el lado derecho hay una puerta que da a un dormitorio. Asomo la cabeza dentro. Se encuentra en un estado de desorden total: las mantas tiradas a un lado de la cama, la cómoda llena de trastos, el olor rancio a ropa sucia cuyo sudor nunca ha llegado a secarse.

En la parte frontal de la casa, al lado de la puerta, una escalera asciende a la segunda planta. Empiezo a subirla. El tercer escalón gime bajo mi pie.

—¿Hola? —grita una voz desde arriba. Me quedo petrificado, conteniendo la respiración—. Frank, ¿eres tú?

Me quedo en silencio. Oigo a alguien levantándose de una silla, y el crujido de pasos acercándose sobre el suelo de madera dura. Un hombre aparece en lo alto de la escalera. Pelo oscuro y desgreñado, patillas, cara sin afeitar. No es tan corpulento como el hombre que se ha ido antes, pero tampoco se puede decir que sea un canijo.

—¿Quién demonios eres tú?

—Estoy buscando a un amigo —respondo.

Toda su cara se arruga al fruncir el ceño, y entonces desaparece y vuelve al cabo de cinco segundos empuñando un bate de béisbol de madera.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —me pregunta.

—Yo en su lugar dejaría ese bate.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Soy más rápido que usted, y mucho más fuerte.

—Y un cuerno.

—Estoy buscando a un amigo. Ha venido esta mañana. Quiero saber dónde está.

—Eres uno de ellos, ¿verdad?

—No sé a quiénes se refiere.

—¡Eres uno de ellos! —chilla el hombre. Sujeta el bate como un jugador profesional, con ambas manos aferradas a la estrecha base, a punto para golpear. Sus ojos reflejan un miedo auténtico. Está apretando la mandíbula con fuerza—. ¡Eres uno de ellos! ¿Por qué no nos dejáis en paz de una vez?

—No soy uno de ellos. He venido a buscar a mi amigo. Dígame dónde está.

—¡Tu amigo es uno de ellos!

—No lo es.

—¿Ahora sí que sabes a quiénes me refiero?

—Sí.

El hombre baja un escalón.

—Se lo digo por última vez —le advierto—. Deje el bate y dígame dónde está mi amigo.

Me tiemblan las manos por la incertidumbre de la situación, por el hecho de que él tiene un bate en las manos mientras que yo no tengo nada aparte de mis propias habilidades. El miedo de sus ojos me turba. El hombre baja otro escalón. Solo nos separan otros seis.

—Te voy a arrancar la cabeza. Eso les servirá de ejemplo a tus amigos.

—No son mis amigos. Y le aseguro que si me hace daño solo estará haciéndoles un favor.

—Vamos a salir de dudas, pues —me dice.

Se abalanza hacia mí escaleras abajo. No puedo hacer otra cosa que reaccionar mientras me ataca con el bate. Me agacho y da un golpe seco contra la pared, tan fuerte que deja un gran agujero astillado en el panel de madera. Me dirijo hacia él y le levanto en el aire, sujetándole la garganta con una mano y la axila con la otra, para obligarle a retroceder escaleras arriba. Él se agita frenéticamente, pataleando hacia mis piernas e ingles. El bate se le cae de las manos, rebota por las escaleras de madera y finalmente oigo que rompe una de las ventanas detrás de mí.

La segunda planta es una buhardilla diáfana. Está oscura. Las paredes están cubiertas de ejemplares de *Están entre nosotros*, y el espacio donde no hay

revistas está ocupado por parafernalia alienígena. Pero, a diferencia de los pósteres de Sam, lo que hay colgado en estas paredes son verdaderas fotografías tomadas en el transcurso de los años, tan ampliadas y borrosas que es difícil distinguir nada, consistentes principalmente en puntos blancos sobre un fondo negro. En un rincón hay un muñeco de goma de un alienígena con una soga atada al cuello, y además alguien le ha colocado un sombrero mexicano en la cabeza. En el techo hay pegadas estrellas fosforescentes. Desentonan mucho, como si pertenecieran más bien a una niña de diez años.

Arrojo al hombre al suelo. Él se escabulle a rastras y se pone de pie. En cuanto lo hace, concentro todo mi poder en el fondo de mi estómago y lo dirijo hacia él con un fuerte movimiento de empuje. El hombre sale volando hacia atrás y se estampa contra la pared.

—¿Dónde está? —le pregunto.

—No te lo diré nunca. Es uno de vosotros.

—No soy quien piensa.

—¡No os saldréis con la vuestra! ¡Dejad la Tierra en paz!

Levanto la mano y le estrangulo a distancia. Le noto los tendones tensos bajo mi mano aunque no esté tocándolo. No le llega el aire, y la cara se le vuelve roja. Le suelto.

—Se lo preguntaré una vez más.

—No.

Sigo estrangulándole, pero esta vez, cuando se pone rojo, aprieto con más fuerza. Cuando le suelto, rompe a llorar, y lamento lo que estoy haciéndole. Pero sabe dónde está Henri, le ha hecho algo, y mi compasión se esfuma casi tan pronto como ha aparecido.

Cuando recupera el aliento, dice entre sollozos:

—Está abajo.

—¿Dónde? No le he visto.

—En el sótano. La puerta está en el salón, detrás de la pancarta de los Steelers.

Marco mi número en el teléfono que está encima del escritorio. Sam no contesta. Arranco el auricular y lo rompo por la mitad.

—Deme su móvil —le ordeno.

—No tengo.

Me acerco al muñeco y le quito la cuerda que lleva al cuello.

—Venga, hombre —me suplica.

—A callar. Ha secuestrado a mi amigo. Le retiene en contra de su voluntad. Tiene suerte de que solo me proponga atarle.

Le echo los brazos hacia atrás, los inmovilizo con la cuerda y después le ato a una de las sillas. No creo que eso le retenga por mucho rato. A continuación, le tapo la boca con cinta de embalar para que no pueda gritar y bajo la escalera a

toda prisa. Arranco la pancarta del equipo de los Steelers de la pared y detrás aparece una puerta negra cerrada con llave. Abro la cerradura igual que he hecho con la otra. Unos escalones de madera se sumergen hacia una oscuridad total.

El olor a moho me llena la nariz. Enciendo el interruptor y empiezo a bajar los escalones, lentamente, aterrado por lo que pueda encontrar allí. Las vigas están cubiertas de telarañas. Cuando llego al final, siento inmediatamente la presencia de alguien más. Con el cuerpo rígido, hago una profunda inspiración y me doy la vuelta.

Allí, sentado en un rincón del sótano, está Henri.



—¡Henri!

Entorna los ojos, ajustando la vista a la luz. Una tira de cinta de embalar le cruza la boca. Tiene las manos atadas tras él, y los tobillos anudados a las patas de la silla en la que está sentado. Su pelo está alborotado, y por el lado derecho de la cara tiene un reguero de sangre seca que se ve casi negra. Verle así me llena de cólera.

Corro hacia él y, cuando le arranco la tira de cinta de la boca, toma una profunda bocanada de aire.

—Gracias a Lorien —dice con voz débil—. Tenías razón, John. Ha sido una imprudencia venir aquí. Lo siento. Debería haberte hecho caso.

—Chist —le digo.

Me agacho y empiezo a desatarle los tobillos. Huele a orina.

—Me han tendido una emboscada.

—¿Cuántos eran? —le pregunto.

—Tres.

—He dejado a uno atado arriba.

Ya tiene los tobillos libres. Estira las piernas y deja escapar un suspiro de alivio.

—He pasado todo el día atado a esta condenada silla —dice mientras empiezo a liberarle las manos—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—Sam y yo hemos venido juntos, conduciendo.

—¿Qué me estás diciendo?

—No había otra forma.

—¿En qué habéis venido?

—En la vieja camioneta de su padre.

Henri se queda un momento callado mientras reflexiona sobre las

implicaciones.

—No sabe nada —le aseguro—. Le he dicho que eras aficionado a los alienígenas, nada más.

Él asiente con la cabeza, diciendo:

—Bueno, pues me alegro de que hayáis venido. ¿Dónde está ahora tu amigo?

—Siguiendo a uno de ellos. No sé adónde han ido.

El crujido de un tablón de madera suena encima de nosotros. Me levanto, aunque las manos de Henri están todavía a medio desatar.

—¿Has oído eso? —susurro.

Los dos miramos la puerta aguantando la respiración. Un pie pisa el primer escalón, luego el segundo, y de pronto el hombre corpulento con el que me he cruzado antes, al que estaba siguiendo Sam, aparece delante de nosotros.

—Se acabó la fiesta, amigos —dice, apuntándome a la cara con una pistola—. Ahora, da un paso atrás.

Levanto las manos enfrente de mí y retrocedo un paso. Me planteo usar mis poderes para arrancarle la pistola de las manos, pero ¿y si se dispara por accidente por mi culpa? Todavía no me siento muy seguro con mis habilidades. Es demasiado arriesgado.

—Nos avisaron de que podríais venir. De que pareceríais humanos. De que vosotros sois el verdadero enemigo —dice el hombre.

—¿De qué está hablando? —le pregunto.

—Están engañados —explica Henri—. Creen que nosotros somos el enemigo.

—¡A callar! —grita el hombre, y da tres pasos hacia delante. Entonces, aparta la pistola de mí y la dirige directamente a Henri—. Un movimiento en falso y este se la carga. ¿Entendido?

—Sí —respondo.

—Y ahora, coge esto.

Dicho esto, coge un rollo de cinta de embalar de un estante que hay a su lado y lo lanza hacia mí. Cuando está atravesando el aire, lo detengo a medio camino y lo dejo suspendido a dos metros del suelo, entre los dos. Después, empiezo a hacerlo girar muy rápido. El hombre se queda mirándolo, perplejo.

—Pero ¿qué...?

Aprovechando que está distraído, muevo el brazo hacia él, como si lanzara algo. El rollo de cinta adhesiva vuelve hacia el hombre y le golpea la nariz. La sangre empieza a brotarle a raudales, y al llevarse la mano a la cara suelta el arma, que cae al suelo y se dispara. Dirijo la mano hacia la bala y la detengo, y detrás de mí oigo reírse a Henri. Muevo la bala en el aire hasta dejarla delante de la cara del hombre.

—Oye, gordinflón —le digo. Él abre los ojos y ve la bala en el aire, delante de sus narices—. Vas a tener que pedir refuerzos.

Dejo caer la bala al suelo, frente a sus pies. Él se da la vuelta para escapar

corriendo, pero le obligo a volver arrastrándole desde la otra punta de la estancia y le estampo contra un fuerte soportal. El golpe le deja inconsciente, y se cae al suelo hecho un guiñapo. Recojo la cinta de embalar y le ato al soportal. Tras asegurarme de que esté bien sujeto, me dirijo hacia Henri y sigo liberándole de sus ataduras.

—John, creo que esta es la mejor sorpresa que me han dado en toda mi vida —dice en un susurro, con tanto alivio en su voz que casi espero ver lágrimas brotándole de los ojos.

—Gracias —contesto, sonriendo con orgullo—. Se ha manifestado a la hora de cenar.

—Siento no haber estado allí.

—Les he dicho que estabas un poco liado. Y resulta que estabas liado a una silla.

Henri me sonríe.

—Gracias a Dios que ha aparecido el legado —dice, y entonces me doy cuenta de que la tensión de estar pendiente de que mis legados se manifestaran, o de que no lo hicieran, había hecho mucha más mella en él de lo que imaginaba.

—Bueno, ¿y qué te ha pasado? —le pregunto.

—He llamado a la puerta. Los tres estaban en casa. Cuando he entrado, uno de ellos me ha golpeado la cabeza por detrás. Después, me he despertado en esta silla.

Dicho esto, meneo la cabeza y profiere una larga ristra de palabras en lengua lórica que sé que son maldiciones. Termino de desatarle, y él se levanta y estira las piernas.

—Tenemos que irnos de aquí —dice.

—Primero hay que encontrar a Sam.

Y es entonces cuando le oímos.

—John, ¿estás ahí abajo?

CAPÍTULO VEINTIUNO



TODO EMPIEZA A TRANSCURRIR A CÁMARA lenta. Veo a otra persona en lo alto de la escalera. Sam suelta un grito de sorpresa y me vuelvo hacia él, mientras el silencio invade mis oídos con el zumbido discordante que acompaña el movimiento ralentizado. El hombre que está detrás de él le da un fuerte empujón que le proyecta por los aires directamente hacia el pie de la escalera, donde le espera el duro suelo de cemento. Le veo atravesar el aire, agitando los brazos con una expresión aterrorizada en su rostro lleno de angustia. Sin tiempo para pensar, mi instinto toma el mando: levanto las manos en el último segundo y le atrapo cuando su cabeza está a medio palmo del cemento. Después, le deposito suavemente en el suelo del sótano.

—Mierda —dice Henri.

Sam se incorpora y retrocede como un cangrejo hasta llegar a la pared de bloques de hormigón. Con los ojos como platos, mira fijamente los escalones y mueve la boca sin articular palabra. La figura que le ha empujado está de pie en lo alto de la escalera, intentando comprender, al igual que Sam, lo que acaba de ocurrir. Debe de ser el tercero de los hombres.

—Sam, he intentado... —empiezo a decir.

El hombre que está en lo alto de la escalera da media vuelta y hace ademán de escapar corriendo, pero le obligo a bajar dos de los escalones. Sam observa al hombre atrapado por una fuerza invisible, y después mira el brazo que tengo extendido hacia él. Está mudo de asombro.

Cojo la cinta de embalar, levanto al hombre en el aire y le llevo hasta la buhardilla, manteniéndole suspendido en todo momento. Me lanza palabrotas a gritos mientras le ato a una silla con la cinta, pero no oigo ninguna de ellas porque

mi mente se ha disparado en busca de la explicación que daré a Sam sobre lo que acaba de suceder.

—Cállate —ordeno al hombre, pero él suelta otra ristra de maldiciones.

Decido que ya he tenido bastante, así que le tapo la boca con cinta y bajo al sótano de nuevo. Henri está de pie junto a Sam, que sigue en el suelo, con la misma mirada perdida en la cara.

—No entiendo nada —dice—. ¿Qué ha pasado?

Henri y yo intercambiamos una mirada. Me encojo de hombros a modo de respuesta.

—Decidme qué está pasando —insiste Sam, suplicándonos con una voz colmada de desesperación por conocer la verdad, por saber que no está loco y que no ha imaginado lo que ha visto.

Henri suspira y menea la cabeza, y entonces dice:

—¿Para qué empeñarse?

—¿Empeñarse en qué? —pregunto.

En lugar de responderme, dirige su atención a Sam. Aprieta los labios, mira al hombre que está desplomado en la silla para asegurarse de que sigue sin sentido, y después a Sam.

—No somos quienes crees —dice, y se interrumpe.

Sam sigue en silencio, mirando fijamente a Henri. No sé leer su expresión, y tampoco tengo ni idea de lo que Henri está a punto de decirle, si elaborará otra vez una intrincada historia o si, por esta vez, le contará la verdad. Es esta última opción la que verdaderamente estoy deseando. Me mira y muestro mi aprobación con un asentimiento de cabeza.

—Llegamos a la Tierra hace diez años, de un planeta llamado Lorien —sigue diciendo Henri—. Vinimos porque fue destruido por los habitantes de otro planeta llamado Mogador. Arrasaron Lorien en busca de sus recursos porque habían convertido su planeta en una cloaca. Vinimos a escondernos hasta poder regresar a Lorien, cosa que algún día haremos, pero los mogadorianos nos siguieron. Quieren cazarnos uno a uno. Y creo que también están aquí para invadir la Tierra, y por eso he venido hoy a esta casa, para investigar un poco más.

Sam no responde. Si hubiera sido yo quien le hubiera contado todo esto, estoy seguro de que no me habría creído, de que se habría enfadado, pero es Henri quien se lo ha contado, y en él hay una innegable integridad que siempre he sentido, y no me cabe duda de que Sam también la percibe. Dirige la mirada hacia mí y me dice:

—Yo tenía razón: eres un alienígena. No bromeabas cuando lo confesaste.

—Sí, tenías razón.

—¿Y esas historias que me contó en Halloween? —pregunta, dirigiéndose a Henri.

—No. No eran más que eso, historias ridículas que me arrancaban una

sonrisa cuando me topaba con ellas en Internet, nada más. Pero lo que te he dicho ahora es la pura verdad.

—Vaya... —dice Sam, y su voz se apaga, en busca de palabras—. ¿Y qué es lo que ha pasado justo ahora?

—John está en proceso de desarrollar ciertos poderes —contesta Henri, señalándome con la cabeza—. La telequinesia es uno de ellos. Cuando te empujaron, John te salvó.

Sam sonríe a mi lado, sin apartar la vista de mí. Cuando le miro, asiente con la cabeza.

—Sabía que eras diferente —me dice.

—Ni que decir tiene que no podrás contar ni una palabra de esto —dice Henri a Sam, y entonces se vuelve hacia mí—. Necesitamos información, pero tenemos que irnos de aquí pronto. Puede que estén cerca.

—Los tíos de arriba deben de estar conscientes.

—Pues vamos a hablar con ellos.

Henri se acerca al arma que hay tirada en el suelo, la recoge y tira del cargador. Está lleno. Saca todas las balas, las deja encima de un estante cercano, y después vuelve a meter el cargador con un golpe seco y se mete la pistola en la cintura de los vaqueros. Ayudo a Sam a ponerse en pie y todos subimos a la buhardilla. El hombre al que he transportado con mi telequinesia sigue forcejeando. El otro está quieto en la silla. Henri se acerca a él y le dice:

—Estabas avisado.

El hombre asiente.

—Y ahora vas a hablar —prosigue Henri, tirando de la cinta que tapa la boca del hombre—. Si no lo haces... —Da un tirón al cargador de la pistola y apunta hacia el pecho del hombre—. ¿Quién os ha visitado?

—Eran tres.

—Nosotros también somos tres. ¿Qué más da? Sigue hablando.

—Me dijeron que, si veníais y os contaba algo, me matarían —contesta el hombre—. No te diré nada más.

Henri le toca la frente con el cañón de la pistola. Por algún motivo, eso me incomoda. Levanto el brazo y empujo el arma hacia abajo para que apunte al suelo. Henri me mira con curiosidad.

—Hay otros modos —digo.

Henri se encoge de hombros y guarda la pistola.

—Todo tuyo —me dice.

Me quedo a metro y medio de distancia del hombre, que me mira con temor. Es pesado, pero habiendo atrapado a Sam en el aire, sé que puedo levantar al hombre. Extiendo los brazos, con el cuerpo tensándose por la concentración. Al principio no ocurre nada, pero después empieza a levantarse del suelo, muy despacio. Él forcejea, pero está atado a la silla con cinta de embalar y no puede

hacer nada. Me concentro con todo mi ser, aunque dentro de mi campo visual puedo ver que Henri sonríe con orgullo, y Sam también. Ayer era incapaz de mover una pelota de tenis; ahora puedo levantar una silla con un hombre de noventa kilos sentado en ella. Mi poder se ha desarrollado con una increíble rapidez.

Cuando le he levantado a la altura de mi cara, doy la vuelta a la silla de forma que el hombre se queda colgado cabeza abajo.

—¡Por favor! —grita.

—Di lo que sabes.

—¡No! —grita—. Me dijeron que me matarían.

Suelto la silla, que empieza a caer. El hombre grita, pero le sujeto antes de que toque el suelo. Vuelvo a subirle.

—¡Eran tres! —grita de forma atropellada—. Aparecieron el día que enviamos las revistas. Se presentaron esa misma noche.

—¿Qué aspecto tenían? —pregunta Henri.

—Como de fantasmas. Eran muy pálidos, casi albinos. Llevaban gafas de sol, pero cuando nos negamos a hablar, uno de ellos se las quitó. Tenían los ojos rojos y los dientes puntiagudos, pero no parecían naturales como los de un animal. Daban la impresión de estar partidos y después limados. Todos iban con gabardinas largas y sombreros, como salidos de una película de espías o una mierda por el estilo. ¿Satisfechos ya?

—¿Para qué vinieron?

—Querían saber cuál era la fuente de nuestro artículo. Se lo dijimos. Llamó un hombre diciendo que tenía una exclusiva para nosotros, y se puso a hablar sin parar sobre un grupo de alienígenas que querían destruir nuestra civilización. Pero llamó el día que imprimíamos, así que, en lugar de escribir un reportaje completo, metimos un pequeño gancho anunciando que habría más al mes siguiente. El hombre hablaba tan rápido que casi no entendíamos lo que decía. Pensábamos llamarle por la noche, pero ya no pudimos, porque los mogadorianos se presentaron antes.

—¿Cómo sabes que eran mogadorianos?

—¿Qué demonios podían ser si no? Escribimos un artículo sobre la raza alienígena de los mogadorianos y, como por arte de magia, el mismo día llama a nuestra puerta un tercio de alienígenas que quiere saber de dónde sacamos la noticia. No hay que ser un genio para deducirlo.

El hombre pesa mucho, y tengo que esforzarme para sujetarle. Tengo la frente perlada de sudor, y me cuesta respirar. Le pongo derecho y empiezo a bajarle. Cuando está a un palmo de altura, le dejo caer hasta abajo y suelta un resoplido al tocar el suelo. Me inclino con las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—¿De qué vas? He contestado a todas vuestras preguntas —protesta.

—Lo siento —le digo—. Pesas demasiado.

—¿Y esa fue la única vez que vinieron? —pregunta Henri.

El hombre niega con la cabeza.

—Volvieron otra vez.

—¿Para qué?

—Para asegurarse de que no publicaríamos nada más. No creo que se fíaran de nosotros, pero el hombre que nos llamó ya no volvió a contestar al teléfono, así que tampoco teníamos más material que publicar.

—¿Y qué le pasó?

—¿Tú qué crees que le pasó? —replica el hombre.

Henri asiente y sigue interrogándole.

—Entonces, ¿ellos sabían dónde vivía?

—Tenían el número de teléfono al que pensábamos llamarle. Estoy seguro que lo habrán averiguado a partir de ahí.

—¿Os amenazaron?

—Vaya que si nos amenazaron. Destrozaron nuestro estudio. Trastearon con mi mente. No he sido el mismo desde entonces.

—¿Qué hicieron con tu mente?

El hombre cierra los ojos y hace una profunda inspiración.

—Ni siquiera parecían reales —contesta—. Eran tres tíos plantados frente a nosotros, hablándonos con voz profunda y ronca, todos con gabardina, sombrero y gafas de sol, aunque era de noche. Parecía que se hubieran disfrazado para una fiesta de Halloween o algo. Tenían un aspecto ridículo y desfasado, y al verlos me reí de ellos... —dice, y por un momento su voz se apaga—. Pero en el mismo momento en el que me reí, supe que había cometido un error.

—Los otros dos mogadorianos se acercaron a mí sin las gafas de sol —prosigue—. Intenté apartar la vista, pero no pude. ¡Qué ojos! Tuve que mirar, como si algo me arrastrara hacia ellos. Era como ver la muerte. Mi propia muerte, y la muerte de todas las personas que conozco y que quiero. Aquello ya no me parecía nada gracioso. No solo tenía que presenciar las muertes, sino también sentir las. La incertidumbre. El dolor. El horror absoluto. Yo ya no estaba en aquella habitación. Y entonces llegaron cosas de las que siempre había tenido miedo de pequeño. Imágenes de animales de peluche que cobran vida, con dientes afilados en las bocas y cuchillas en las zarpas. Las típicas cosas que dan miedo a los críos. Hombres lobo. Payasos demoníacos. Arañas gigantes. Vi todo eso con los ojos de un niño, y me aterrorizó por completo. Y cada vez que una de esas cosas me mordía, sentía sus dientes desgarrando mi carne, y la sangre brotando de mis heridas. No podía dejar de gritar.

—¿Intentasteis resistiros?

—Tenían dos cosas parecidas a comadreja, pero más gordas, con unas patas cortas. No eran más grandes que un perro, pero echaban espuma por la boca.

Uno de ellos las sujetaba con una correa, pero era evidente que tenían ganas de hincarnos el diente. Dijeron que las soltarían si nos resistíamos. Te lo juro, tío, esas cosas no eran de este mundo. Ojalá hubieran sido perros, porque nos habríamos defendido. Pero creo que esas cosas nos habrían comido enteros a pesar de la diferencia de tamaño. Y no dejaban de tirar de la correa y de gruñir, intentando atacarnos.

—¿Y fue entonces cuando hablasteis?

—Sí.

—¿Cuándo volvieron?

—La noche antes de que saliera el siguiente número de la revista, hace poco más de una semana.

Henri me dirige una mirada de preocupación. Hace solo una semana, los mogadorianos estaban a cosa de ciento cincuenta kilómetros de nuestra casa. Todavía podrían estar cerca, puede que vigilando las ediciones de la revista. Tal vez por eso Henri ha sentido su presencia últimamente. Sam sigue a mi lado, intentando asimilarlo todo.

—¿Por qué no os mataron como hicieron con vuestra fuente?

—¿Y yo qué sé? A lo mejor porque publicamos un periódico respetable.

—¿Cómo sabía lo de los mogadorianos el hombre que os llamó?

—Dijo que había capturado a uno de ellos y lo había torturado.

—¿Dónde?

—No lo sé. Su teléfono tenía el prefijo de la zona de Columbus. Al norte de aquí. A cien o ciento veinte kilómetros al norte.

—¿Hablaste tú con él?

—Sí. Y no estaba seguro de si estaba loco o no, pero ya nos habían llegado rumores de algo así antes. Se puso a hablar de que querían eliminar nuestra civilización, y a veces hablaba tan rápido que era difícil sacar algo en claro de todo lo que decía. Una cosa que no dejaba de repetir era que habían venido en busca de algo, o de alguien. Después, empezó a soltar un número tras otro.

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué números? ¿Qué significaban?

—No tengo ni idea. Ya os he dicho que hablaba tan rápido que a duras penas pude anotarlo todo.

—¿Tomaste nota de lo que decía? —pregunta Henri.

—Pues claro. Somos periodistas —responde, sorprendido—. ¿O creéis que nos inventamos los artículos que escribimos?

—Yo sí —contesta Henri.

—¿Tienes todavía las notas que sacaste? —pregunto.

Él me mira y asiente.

—Os aviso de que no vais a entender nada. La mayor parte de lo que escribí son notas apresuradas sobre su plan de acabar con la humanidad.

—Tengo que verlas —digo, casi gritando—. ¿Dónde? ¿Dónde están?
El hombre señala una mesa que hay apoyada en una de las paredes.
—En el escritorio. En unas notas adhesivas.

Me acerco a la mesa, que está cubierta de papeles, y empiezo a buscar entre las notas adhesivas. Encuentro algunas anotaciones muy dispersas sobre las intenciones mogadorianas de conquistar la Tierra. Nada concreto, sin planes ni detalles, solo algunas palabras imprecisas:

« Superpoblación» .
« Recursos de la Tierra» .
« ¿Guerra biológica?» .
« El planeta Mogador» .

Encuentro la nota que estaba buscando. La leo atentamente tres o cuatro veces.

*¿PLANETA LORIEN? ¿LOS LÓRICOS?
1-3 MUERTOS
¿4?
7 RASTREAO EN ESPAÑA
9 A LA FUGA EN SA
(¿DE QUÉ ESTÁ HABLANDO? ¿QUÉ TIENEN
QUE VER ESOS NÚMEROS CON UNA INVASIÓN?)*

—¿Por qué hay un interrogante en el número 4? —pregunto.
—Porque dijo algo sobre eso pero hablaba demasiado rápido y no lo entendí.
—Será una broma.

Él niega con la cabeza. Suspiro. « Vaya suerte la mía —pienso—. Lo único que hay sobre mí es lo único que no ha apuntado» .

—¿Qué significa « SA» ? —pregunto.
—Sudamérica.
—¿Dijo en qué parte de Sudamérica?
—No.

Asiento y miro de nuevo el papel. Ojalá hubiera podido oír la conversación, hacer mis propias preguntas. ¿Saben los mogadorianos dónde está Siete? ¿De verdad están siguiéndole? Aun así, el hechizo lórico sigue activo de todos modos. Doblo las notas adhesivas y me las meto en el bolsillo trasero.

—¿Sabes lo que significan los números? —me pregunta el hombre.
—No tengo ni idea —digo, negando con la cabeza.
—No te creo.

—Cállate —dice Sam, y le empuja en la barriga con el extremo más pesado del bate.

—¿Hay algo más que puedas decirme? —pregunto.

El hombre reflexiona un momento, y entonces dice:

—Creo que la luz intensa les molesta. Cuando se quitaban las gafas de sol, parecía que les dolía.

Oímos un ruido abajo. Como si alguien intentara abrir la puerta lentamente. Los tres intercambiamos una mirada. A continuación, me dirijo al hombre atado a la silla.

—¿Quién es? —pregunto en voz baja.

—Ellos.

—¿Qué?

—Dijeron que estarían vigilando. Que sabían que podría venir alguien.

Oímos unos pasos sigilosos en la planta baja.

Henri y Sam se miran aterrorizados.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

—Dijeron que me matarían, a mí y a mi familia.

Corro hacia la ventana, miro al patio trasero. Estamos en un primer piso. Hay una distancia de cinco o seis metros hasta el suelo. El patio está cercado por una valla: dos metros y medio de listones de madera. Me acerco rápidamente a la escalera y miro hacia abajo. Veo tres figuras enormes, con largas gabardinas negras, sombreros negros y gafas de sol. Llevan unas largas y relucientes espadas. Huir por la escalera va a ser imposible. Mis legados están fortaleciéndose, pero no tanto como para poder con tres mogadorianos. La única forma de salir es por una de las ventanas o pasando sobre un balconcillo que hay en la parte frontal de la buhardilla. Las ventanas son pequeñas, pero yendo por el patio podríamos escapar sin ser vistos. En cambio, si vamos por el balcón, seguramente quedaremos al descubierto. Oigo unos ruidos procedentes del sótano y a los mogadorianos hablando entre sí en un lenguaje desagradable, gutural. Dos de ellos avanzan hacia el sótano mientras el tercero empieza a andar hacia la escalera que lleva hasta nosotros.

Tengo un segundo o dos para reaccionar. Para salir por una de las ventanas, habrá que romper el cristal. Nuestra única opción son las puertas que llevan al balcón de este piso. Las abro con mi telequinesia. Fuera está oscuro. Oigo pasos acercándose por la escalera. Agarro a Sam y a Henri y me los echo uno encima de cada hombro como si fueran sacos de patatas.

—¿Qué estás haciendo? —susurra Henri.

—Ni yo mismo lo sé —respondo—. Pero espero que funcione.

En el mismo momento en que empiezo a ver el sombrero del primer mogadoriano, corro en dirección a las puertas y, justo antes de llegar al borde del balcón, doy un salto. Salimos disparados hacia el cielo nocturno. Durante dos o tres segundos, estamos atravesando el aire. Veo coches circulando por la calle bajo nosotros, y gente caminando por la acera. No sé dónde vamos a aterrizar, ni

si cuando lo hagamos mi cuerpo soportará todo el peso que llevo encima. Cuando alcanzamos el tejado de una casa, al otro lado de la calle, me desplomo, y Sam y Henri caen sobre mí. Me quedo sin aire, y tengo la sensación de haberme roto las piernas. Sam hace ademán de levantarse, pero Henri se lo impide. Me arrastra hasta el extremo opuesto del tejado y me pregunta si puedo utilizar la telequinesia para llevarles a él y a Sam al suelo. Le digo que sí, y lo hago. Una vez están abajo, me dice que salte hasta ellos. Me pongo en pie, sintiéndome las piernas temblorosas y doloridas, y justo antes de saltar, vuelvo la cara hacia el otro lado de la calle y veo a los tres mogadorianos de pie en el porche, con expresión perpleja. Sus espadas resplandecen. Sin un segundo que perder, nos escapamos sin que nos vean.



Nos vamos a la camioneta de Sam. Henri y él tienen que ayudarme a caminar. *Bernie* está allí, esperándonos. Decidimos dejar atrás la camioneta de Henri porque lo más seguro es que sepan cuál es y la rastreen. Salimos de Athens, y Henri empieza a conducir de vuelta a Paradise, que, tras la noche que hemos tenido, me parece un verdadero paraíso.

Henri se lo cuenta todo a Sam empezando por el principio. No se detiene hasta que llegamos al camino de entrada a nuestra casa. Todavía es de noche. Sam me mira de arriba abajo.

—Increíble —dice, y me sonrío—. Es lo más alucinante que he oído en mi vida.

Le miro, y en su cara veo la confirmación que ha estado buscando toda su vida, la certeza de que el tiempo que ha pasado con la nariz metida en panfletos conspiracionistas, buscando pistas acerca de la desaparición de su padre, no ha sido en vano.

—¿De verdad eres inmune al fuego? —me pregunta.

—Sí.

—Vaya, qué pasada.

—Gracias, Sam.

—¿Y puedes volar? —prosigue. Al principio pienso que está bromeando, pero luego veo que no.

—No, no puedo volar. Soy inmune al fuego y puedo proyectar luces con las manos. Y tengo telequinesia, cosa que no he aprendido a utilizar hasta ayer. En teoría, pronto van a manifestarse más legados. O eso creemos, al menos. Pero no tengo ni idea de cuáles serán hasta que aparezcan.

—Ojalá aprendas a hacerte invisible —apunta Sam.

—Mi abuelo podía. Y también hacía invisible todo lo que tocaba.

—¿En serio?

—Sí —contesto, y Sam se echa a reír.

—Todavía no puedo creerme que pudierais conducir solos hasta Athens —dice Henri—. Sois demasiado. Cuando hemos ido a poner gasolina, he visto que la matrícula lleva cuatro años caducada. No sé ni cómo habéis hecho todo el trayecto sin que os pararan.

—Bueno, a partir de ahora podéis contar conmigo —dice Sam—. Haré lo que haga falta para ayudaros a detenerlos. Sobre todo porque estoy seguro de que son los que se llevaron a mi padre.

—Gracias, Sam —contesta Henri—. Lo más importante que puedes hacer es guardarnos el secreto. Si alguien más lo descubre, podríamos acabar muertos.

—No se preocupe. No se lo diré a nadie. No quiero que John use sus poderes contra mí.

Entre risas, le damos otra vez las gracias a Sam y él se va en la camioneta. Henri y yo entramos en casa. Aunque he dormido durante el camino de vuelta, sigo agotado. Me tumbo en el sofá, y Henri se sienta en una silla delante de mí.

—Sam no dirá nada —le aseguro.

Él no responde, limitándose a mirar al suelo.

—No saben que estamos aquí —sigo diciendo. Él alza la vista hacia mí—. No lo saben —repito—. Si lo supieran, estarían siguiéndonos ya.

Él sigue en silencio. No puedo soportarlo.

—No pienso irme de Ohio sin saber nada seguro —insisto.

Henri se pone en pie, diciendo:

—Me alegro de que hayas hecho un amigo. Y Sarah me cae muy bien. Pero no podemos quedarnos. Voy a empezar a hacer las maletas.

—No.

—Cuando hayamos hecho las maletas, iré al centro y compraré otra camioneta. Tenemos que irnos de aquí. Puede que no nos hayan seguido, pero saben lo a punto que han estado de atraparnos, y que podríamos estar cerca todavía. Creo que es verdad que el hombre que llamó a la revista hizo prisionero a uno de ellos. Es lo que dijo, que capturó a uno y lo torturó hasta que habló, y que después lo mató. No sabemos qué clase de tecnología de rastreo tienen, pero no creo que tarden mucho en encontrarnos. Y, si lo hacen, moriremos. Tus legados están emergiendo, y eres cada vez más fuerte, pero no estás en absoluto preparado para combatirlos.

Dicho esto, se va de la habitación. Me pongo en pie. No quiero irme. Tengo un amigo de verdad por primera vez en mi vida. Un amigo que sabe lo que soy y no tiene miedo, que no piensa que soy un monstruo. Que está dispuesto a luchar a mi lado y a enfrentarse al peligro a mi lado. Y tengo una novia. Una persona que quiere estar conmigo, aunque no sepa toda la verdad sobre mí. Una persona que

me hace feliz, una persona por quien lucharía, o por quien correría cualquier peligro para protegerla. No han surgido todavía todos mis legados, pero los que lo han hecho bastan. He podido con tres hombres adultos. No tenían nada que hacer conmigo. Era como pelear con niños. Podía hacerles lo que quisiera. Además, sabemos que los seres humanos también pueden combatir, capturar, dañar y matar mogadorianos. Si ellos pueden, está claro que yo también. No quieroirme. Tengo un amigo y tengo una novia. No piensoirme.

Henri sale de su habitación. Lleva consigo el cofre lórico, nuestra posesión más preciada.

—Henri —le digo.

—¿Sí?

—No nos vamos.

—Sí que nos vamos.

—Vete tú si quieres, pero yo me iré a vivir con Sam. No piensoirme.

—Esa decisión no te corresponde a ti.

—¿Ah, no? Creía que era a mí a quien perseguían. Que era yo el que estaba en peligro. Podrías salir ahora mismo por esa puerta y los mogadorianos nunca irían a buscarte. Podrías vivir una vida provechosa, larga, normal. Podrías hacer lo que quisieras. Pero yo, no. Ellos siempre andarán detrás de mí. Siempre intentarán encontrarme y matarme. Tengo quince años. Ya no soy un niño. Esa decisión me corresponde a mí.

Henri se me queda mirando un minuto entero.

—Buen discurso, pero no va a cambiar nada. Recoge tus cosas. Nos vamos.

Levanto la mano, la apunto hacia él y le levanto del suelo. La sorpresa le deja mudo. Me pongo de pie y le transporto hasta un rincón de la habitación, cerca del techo.

—Vamos a quedarnos —le digo.

—Bájame, John.

—Lo haré cuando digas que nos quedaremos.

—Es demasiado peligroso.

—Eso no lo sabemos. No están en Paradise. Podría ser que no tuvieran ni idea de dónde estamos.

—Bájame.

—No, hasta que digas que nos quedaremos.

—BÁJAME.

No le replico, sino que me limito a sujetarle en el aire. Él se resiste, intenta separarse de la pared y del techo, pero no puede moverse. Mi poder le inmoviliza. Y yo me siento fuerte haciéndolo. Más fuerte de lo que nunca me he sentido en mi vida. No piensoirme. No pienso huir. Me gusta la vida que tengo en Paradise. Me gusta tener un amigo de verdad, y quiero a mi novia. Estoy dispuesto a luchar por lo que quiero, sea contra los mogadorianos o contra Henri.

—Sabes que no vas a bajar hasta que te baje yo.

—Estás comportándote como un niño.

—No, estoy comportándome como alguien que empieza a entender quién es y qué puede hacer.

—¿Entonces, vas a dejarme aquí arriba?

—Hasta que me duerma o me canse, pero volveré a empezar en cuanto haya descansado.

—Está bien, podemos quedarnos. Pero con ciertas condiciones.

—¿Qué?

—Bájame y lo hablaremos.

Le bajo y le dejo en el suelo. Acto seguido, me abraza. Es lo último que esperaba; creía que estaría enfadado. Se separa de mí y nos sentamos en el sofá.

—Estoy orgulloso de lo lejos que has llegado. Llevo muchos años esperando y preparando el momento en que ocurriera esto, que se desarrollaran tus legados. Sabes que mi vida entera está consagrada a mantenerte a salvo y a fortalecerte. Nunca me perdonaría que te ocurriera algo. Si murieras bajo mi custodia, no sé lo que haría. Es cuestión de tiempo que los mogadorianos den con nosotros, y quiero estar preparado para su llegada. No creo que lo estés todavía, aunque tú sí lo creas. Te queda mucho camino. Podemos quedarnos aquí, por ahora, si accedes a dar prioridad a tu entrenamiento. A ponerlo por delante de Sarah, por delante de Sam, por delante de todo. Y al primer indicio de que estén cerca, o de que estén tras nuestra pista, nos vamos, sin hacer preguntas, sin protestar... y sin hacerme levitar hasta el techo.

—Trato hecho —le digo, y sonrío.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



EL INVIERNO LLEGA PRONTO Y CON FUERZA en Paradise, Ohio. Primero con viento, luego con frío y después con nieve. Todo empieza con ligeros copos, seguidos de una ventisca que barre el terreno y lo cubre de nieve. Tan constante como el ulular del viento es el chirrido de los quitanieves, que van dejando una capa de sal allá por donde pasan. Las clases se cancelan durante dos días. La nieve acumulada junto a las carreteras pasa del blanco a un negro sucio, y finalmente se funde formando charcos permanentes de fango helado que se resiste a secarse. Henri y yo dedicamos todo nuestro tiempo libre a los entrenamientos, dentro y fuera de casa. Ahora puedo hacer malabarismos con tres pelotas a la vez, lo que significa que soy capaz de levantar más de una cosa a la vez. Hemos pasado a objetos más grandes y pesados: la mesa de la cocina, la turbina quitanieves que Henri compró la semana pasada y nuestra nueva camioneta, que es casi idéntica a la de antes y a millones de otras camionetas de los Estados Unidos. Si puedo levantar un objeto físicamente, con mi cuerpo, entonces puedo hacerlo también con mi mente. Henri está convencido de que la fuerza de mi mente acabará superando a la de mi cuerpo.

En el patio trasero, los árboles hacen guardia a nuestro alrededor, con sus ramas heladas parecidas a figuras de cristal hueco, cubiertas todas ellas por un par de centímetros de un fino polvo blanco. La nieve nos llega hasta las rodillas, excepto en la pequeña sección que Henri ha despejado. *Bernie Kosar* nos observa sentado en el porche trasero. Incluso él prefiere tener el menor contacto posible con la nieve.

—¿Estás seguro de esto? —pregunto.

—Tienes que ir habituándote —contesta Henri. Detrás de él, observando con

morbosa curiosidad, está Sam. Es la primera vez que presencia mi entrenamiento.

—¿Cuánto rato estará ardiendo? —digo.

—No lo sé.

Llevo puesta una ropa muy inflamable compuesta principalmente de fibras naturales empapadas en grasas diversas, algunas de ellas de combustión lenta y otras menos lentas. Tengo ganas de que arda con tal de eliminar esos olores, que me están haciendo lagrimear. Inspiro profundamente.

—¿Estás preparado? —me pregunta Henri.

—Tanto como pueda estarlo.

—No respires. No eres inmune al humo y a los gases, y tus órganos internos se quemarían.

—Esto me parece una locura.

—Forma parte de tu adiestramiento. Concentración bajo presión. Debes aprender a hacer otras cosas mientras las llamas te envuelven.

—Pero ¿por qué?

—Porque, cuando llegue la hora de combatir, nos van a superar en número de forma abrumadora. El fuego será uno de tus grandes aliados en la batalla. Debes aprender a combatir mientras ardes.

—Uj.

—Si te agobias, lánzate sobre la nieve y revuélcate en ella.

Miro a Sam, que tiene una gran sonrisa cruzándole la cara. Lleva un aparatoso extintor rojo en las manos, por si acabamos necesítándolo.

—De acuerdo —respondo.

Todos guardamos silencio mientras Henri manipula las cerillas.

—Con esa ropa pareces el Abominable Hombre de las Nieves —comenta Sam.

—No me fastidies —le contesto.

—Allá vamos —dice Henri.

Tomo una profunda bocanada de aire justo antes de que me acerque la cerilla a la ropa. El fuego recorre todo mi cuerpo. No me resulta natural mantener los ojos abiertos, pero lo hago. Levanto la vista. Las llamas se elevan más de dos metros por encima de mí. El mundo entero está envuelto en tonos anaranjados, rojos y amarillos que danzan hasta donde alcanza mi vista. Puedo sentir el calor, pero de forma leve, como se sienten los rayos del sol en un día de verano. Nada más que eso.

—¡Ya! —grita Henri.

Extiendo los brazos a ambos lados, con los ojos abiertos de par en par y la respiración contenida. Siento como si estuviera flotando. Me adentro en la profunda nieve, que empieza a sisear y a derretirse bajo mis pies, a la vez que se alza una ligera nube de vapor tras mis pasos. Extiendo la mano derecha hacia

delante y levanto un bloque de hormigón ligero, que me parece más pesado de lo habitual. ¿Es porque no respiro? ¿Es la tensión creada por el fuego?

—¡No pierdas el tiempo! —grita Henri.

Arrojo el bloque tan fuerte como puedo contra un árbol muerto, que está a quince metros de distancia. La fuerza del impacto deja una muesca en la madera, y el bloque se rompe en un millón de pedacitos. Entonces, levanto tres pelotas de tenis empapadas en gasolina. Hago malabarismos con ellas cruzándolas en el aire, una sobre la otra, y prenden fuego al acercarse a mi cuerpo. Sigo haciendo malabarismos con ellas, y al mismo tiempo levanto un largo y fino palo de escoba. Cierro los ojos. Mi cuerpo está caliente. Me pregunto si estará sudando. Si es así, el sudor debe de evaporarse en cuanto aflora a la superficie de la piel.

Aprieto los dientes, abro los ojos, impulso el cuerpo hacia delante y dirijo todos mis poderes al centro mismo del palo, que explota proyectando pequeñas astillas en todas direcciones. No dejo que ninguna de ellas caiga al suelo, sino que las mantengo suspendidas, y su conjunto parece una nube de polvo flotando en el aire. Las atraigo hacia mí y las dejo arder. La madera crepita entre llamas que oscilan y zumban. Las obligo a concentrarse en una lanza de fuego muy compacta que parece haber surgido directamente de las profundidades del infierno.

—¡Perfecto! —Celebra Henri.

Ha transcurrido un minuto. Los pulmones empiezan a arderme a causa del fuego, de la respiración que sigo aguantando. Pongo todo lo que tengo en la lanza y la arrojo tan fuerte que atraviesa el aire como una bala hasta alcanzar el árbol. Centenares de pequeños fuegos se extienden por las inmediaciones y se extinguen casi al instante. Había esperado que la madera muerta se incendiara, pero no ha sido así. También he dejado caer las pelotas de tenis, que chisporrotean en la nieve, dos metros más allá.

—Olvidate de las pelotas —grita Henri—. El árbol. Ve a por él.

El árbol muerto tiene un aspecto fantasmagórico, con la silueta de sus ramas artríticas recortadas contra el telón blanco que tiene detrás. Cierro los ojos. No podré contener la respiración mucho más. La impotencia y la ira empiezan a acumularse, alimentadas por el fuego y la incomodidad de la ropa, y por las tareas que quedan por cumplir. Me centro en la rama más grande e intento separarla del árbol, pero no se rompe. Aprieto los dientes y arrugo la frente hasta que finalmente un fuerte chasquido resuena en el aire como un disparo de escopeta, y la rama sale volando hacia mí. La atrapo con las manos y la sujeto por encima de mi cabeza. «Que arda», pienso. Debe de tener más de cinco metros de largo. Cuando al fin prende fuego, la levanto en el aire diez o quince metros por encima de mí y, sin tocarla, la clavo directamente en el suelo a modo de reafirmación, como haría un espadachín de antaño en la cumbre de una

colina después de haber ganado la guerra. La rama, humeante, se tambalea adelante y atrás, con las llamas bailando a lo largo de su mitad superior. Abro la boca e inspiro instintivamente, y el fuego se precipita hacia mi interior; una instantánea quemazón recorre todo mi cuerpo. La impresión y el dolor son tan intensos que no sé qué hacer.

—¡La nieve! ¡La nieve! —Aúlla Henri.

Me zambullo de cabeza y empiezo a revolcarme sobre la nieve. No dejo de rodar aunque el fuego se extingue casi al momento, y no oigo más que el sisear de la nieve al contacto con mi ropa destrozada mientras desprendo volutas de vapor y humo. Finalmente, Sam retira el seguro del extintor y descarga sobre mí un polvo espeso que me dificulta aún más la respiración.

—¡No! —grito.

Sam cesa de inmediato. Me quedo tumbado, intentando recuperar el aliento, pero cada inspiración me provoca un gran dolor en los pulmones que se propaga por todo mi cuerpo.

—Mierda, John. No tenías que haber respirado —me dice Henri, plantándose a mi lado.

—No he podido evitarlo.

—¿Estás bien? —pregunta Sam.

—Me queman los pulmones.

Lo veo todo borroso, pero enseguida el mundo recupera nitidez. Tumbado en la nieve, miro los finos copos que caen lentamente hacia nosotros desde el plumizo cielo gris.

—¿Qué tal lo he hecho?

—No está mal, para ser tu primer intento.

—Vamos a repetirlo, ¿verdad?

—A su momento, sí.

—Ha sido alucinante —comenta Sam.

Suspiro, y después tomo una profunda y dolorosa bocanada de aire.

—Ha sido deprimente.

—Ha sido un buen comienzo —me corrige Henri—. No puedes esperar que te salga todo a la primera.

Asiento, todavía tumbado en el suelo. Me quedo así un minuto o dos, hasta que Henri tiende una mano hacia mí y me ayuda a levantarme, poniendo punto final al entrenamiento por hoy.



Dos días después, me despierto en plena noche, cuando el reloj marca las 2.57.

Oigo a Henri trabajando en la mesa de la cocina. Salgo arrastrándome de la cama y me meto en la cocina. Está inclinado sobre un documento con sus gafas bifocales, y sujeta una especie de sello con unas pinzas. Levanta la vista hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Creando documentos para ti.

—¿Para qué?

—He pensado en el hecho de que Sam y tú condujeráis para ir a buscarme. Me parece imprudente seguir utilizando tu verdadera edad cuando podríamos cambiarla para ajustarla a nuestras necesidades.

Cojo un certificado de nacimiento que ya ha terminado. El nombre que consta es James Hughes. La fecha de nacimiento indica que soy un año mayor. Tendría dieciséis años, la edad legal para conducir. Después, me acerco a él para mirar el documento que está creando. En él figura el nombre de Jobie Frey, de dieciocho años, mayor de edad.

—¿Por qué no se nos ocurrió hacer esto antes? —pregunto.

—No teníamos motivos para hacerlo.

Hay una serie de papeles de diferentes tamaños, formas y grosores desperdigados por la mesa, en cuyo extremo hay una gran impresora. También hay frascos de tinta, sellos de goma, sellos de notaría, placas de metal de algún tipo y diversas herramientas que parecen sacadas de la consulta de un dentista. El proceso de creación de documentos siempre me ha resultado muy ajeno.

—¿Voy a cambiar de edad ahora?

Henri niega con la cabeza, diciendo:

—Es demasiado tarde para cambiar tu edad en Paradise. Estos documentos son más que nada para el futuro. Nunca se sabe si sucederá algo que te obligue a utilizarlos.

La idea de tener que mudarme en un futuro me da náuseas. Preferiría quedarme siempre con quince años, sin poder conducir, que trasladarme a otro sitio.



Sarah regresa de Colorado una semana antes de Navidad. Llevo ocho días sin verla, pero parece que haya sido un mes. La furgoneta deja a todas las chicas delante del instituto, y una de sus amigas la lleva en coche directamente a mi casa sin pasar antes por la de Sarah. Cuando oigo los neumáticos acercándose por el camino de entrada, salgo a recibirla con un abrazo y un beso, y entonces la levanto del suelo y la hago girar en el aire. Lleva diez horas viajando en avión y

por carretera, va sin maquillar y lleva pantalones de deporte y el pelo atado en una coleta, y aun así es la chica más guapa que haya visto nunca, y no quiero soltarla. Nos miramos fijamente a los ojos a la luz de la luna, y ninguno de los dos es capaz de dejar de sonreír.

—¿Me has echado de menos? —pregunta.

—Cada segundo de cada día.

—Yo también te he echado de menos —dice, dándome un beso en la punta de la nariz.

—Entonces, ¿los animales y a vuelven a tener un refugio?

—¡Ay, John, ha sido alucinante! Ojalá hubieras estado allí. Debía de haber como treinta personas trabajando constantemente, a cualquier hora del día. El refugio se construyó muy rápido, y es mucho más bonito que antes. Hemos montado un árbol para gatos en una de las esquinas, y te juro que, siempre que estábamos allí, había gatos jugando en él.

—Suenan todo genial —sonríe—. A mí también me habría gustado estar allí.

Cojo su equipaje y entramos juntos en la casa.

—¿Dónde está Henri? —me pregunta.

—Está comprando. Ha salido hace unos diez minutos.

Sarah atraviesa el salón y deja el abrigo en el respaldo de una silla mientras se dirige a mi habitación. Luego, se sienta en el borde de mi cama y se quita los zapatos.

—¿Qué podríamos hacer? —dice.

Me quedo delante de ella, observándola. Lleva una sudadera roja con capucha que se abrocha por delante con cremallera. Está medio bajada. Me sonrío, dirigiéndome una caída de ojos.

—Ven aquí —me dice, extendiendo la mano hacia mí.

Me acerco, y ella toma mi mano en la suya. Alza la vista hacia mí, y pestañea por la luz de la lámpara que tenemos encima. Chasqueo los dedos de la mano que tengo libre, y la luz se apaga.

—¿Cómo has hecho eso?

—Magia —contesto, y me siento a su lado.

Sarah se recoge detrás de la oreja unos mechones de pelo sueltos, y entonces se arrima a mí y me da un beso en la mejilla. Después, me acaricia la barbilla y acerca mi cara a la suya para darme otro beso, suave, delicado. Mi cuerpo entero reacciona con un cosquilleo. Ella se separa un poco, con la mano todavía sobre mi mejilla, y repasa la línea de mis cejas con el pulgar.

—Te he echado de menos de verdad —dice.

—Yo también.

Un silencio se hace entre nosotros. Sarah se muerde el labio inferior.

—Me moría de ganas de llegar —prosigue—. Durante todo el tiempo que he estado en Colorado, no podía pensar más que en ti. Hasta cuando jugaba con los

animales, deseaba que tú también estuvieras allí para jugar con ellos. Y, cuando por fin nos hemos ido esta mañana, todo el viaje ha sido como una tortura, aunque cada kilómetro que recorriamos me acercaba más a ti.

Ella sonríe, sobre todo con los ojos, y sus labios forman una fina luna creciente que mantiene sus dientes ocultos. Me da otro beso, un beso lento y largo que precede otros besos. Los dos estamos sentados en el borde de la cama, ella con la mano en un lado de mi cara, y yo con la mía en su cintura. Noto sus finos contornos bajo la punta de mis dedos, el sabor a frutas de su brillo de labios. La acerco más a mí. Siento la necesidad de estar todavía más cerca de ella, aunque nuestros cuerpos están apretados el uno contra el otro. Mi mano sube por su espalda, palpando la suave porcelana de su piel. Ella pasa los dedos por mi pelo, y la respiración de los dos se agita. Caemos sobre la cama, de lado. Cerramos los ojos, pero yo los abro de vez en cuando para poder verla. La habitación está a oscuras, aparte de la luz de la luna que entra por las ventanas. Me descubre observándola y dejamos de besarnos. Apoya su frente en la mía y me mira fijamente.

Después, apoya la mano en mi nuca para acercarme a ella, y de pronto estamos besándonos otra vez. Cada uno envolviendo al otro. Entrelazados. Con los brazos estrechando al otro. Mi mente se libera de cada azote que suele asaltarme, de todo pensamiento sobre otros planetas, sobre el asedio y la persecución de los mogadorianos. Solo estamos Sarah y yo en la cama, besándonos, sumergiéndonos el uno en el otro. Nada más importa en el mundo.

De repente, la puerta del salón se abre. Los dos nos sobresaltamos.

—Henri está en casa —anuncio.

Nos levantamos y nos apresuramos a alisarnos las arrugas de la ropa, sonriendo, con un secreto compartido que nos provoca una risa tonta mientras salimos de la habitación, cogidos de la mano. Henri está colocando una bolsa de supermercado sobre la encimera de la mesa.

—Hola, Henri —le saluda Sarah.

Él le dirige una sonrisa. Ella suelta mi mano, se acerca a él y le da un abrazo, y después empiezan a hablar del viaje a Colorado. Salgo fuera para coger el resto de la compra. Respiro profundamente el aire frío e intento liberar de mis brazos y piernas la tensión de lo que acaba de ocurrir y del disgusto de que Henri llegara a casa en ese momento. Mi respiración todavía está agitada mientras cojo el resto de las bolsas y las meto en la casa. Sarah está hablando a Henri de los gatos que había en el refugio.

—¿Y por qué no nos has traído ninguno?

—Henri, sabes que me habría encantado traeros uno si me lo hubierais dicho —dice Sarah, con los brazos cruzados sobre su pecho y con la cadera echada a un lado.

—No lo dudo —le contesta él, sonriendo.

Mientras Henri guarda la compra, Sarah y yo salimos a pasear un poco al gélido aire de la noche antes de que llegue su madre para llevarla a su casa. *Bernie Kosar* nos acompaña, corriendo delante de nosotros. Sarah y yo, cogidos de la mano, paseamos por el jardín, bajo una temperatura apenas superior al cero. El suelo está mojado y fangoso por la nieve derretida. *Bernie Kosar* desaparece entre los árboles y un momento después vuelve a salir, con la mitad inferior muy sucia.

—¿A qué hora viene tu madre? —pregunto.

—Dentro de veinte minutos —contesta ella, mirando su reloj.

Asiento, y le digo:

—Me alegro muchísimo de que estés de vuelta.

—Yo también.

Nos acercamos al linde del bosque, pero está demasiado oscuro para entrar. En lugar de eso, recorremos el perímetro del jardín, con las manos entrelazadas, parándonos de vez en cuando para besarnos con la luna y las estrellas como testigos. Ninguno de los dos comenta lo que acaba de ocurrir, pero no hay duda de que los dos lo tenemos en la cabeza. Después de dar la primera vuelta al jardín, la madre de Sarah se detiene en el camino de entrada. Llega diez minutos antes de tiempo. Sarah corre hacia ella y la abraza. Yo entro en la casa y cojo su equipaje. Después de despedirnos, camino hasta la carretera y observo las luces traseras desapareciendo a lo lejos. Me quedo un rato allí de pie. Cuando *Bernie Kosar* y yo volvemos a entrar en la casa, Henri está preparando la cena. Baño al perro y, cuando termino, la cena está lista.

Nos sentamos a la mesa, sin cruzar palabra. No puedo dejar de pensar en Sarah mientras miro el plato con la vista perdida. No tengo hambre, pero intento obligarme a tragar la comida de todos modos. Consigo dar unos bocados, tras los cuales separo el plato de delante de mí y me quedo sentado en silencio.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta Henri.

—¿Contarte qué?

—Lo que estás pensando.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Él asiente y sigue comiendo. Cierro los ojos. Todavía huelo a Sarah en el cuello de la camisa, y siento su mano en mi mejilla. Sus labios en los míos, la textura de su pelo al acariciarlo. No puedo pensar en otra cosa que en lo que estará haciendo, y en cómo me gustaría que estuviera aún conmigo.

—¿Tú crees que es posible que nos quieran? —pregunto al fin.

—¿De quiénes hablas?

—De los seres humanos. ¿Crees que pueden querernos, pero querernos de verdad?

—Creo que pueden querernos del mismo modo que se quieren unos a otros,

sobre todo si no saben lo que somos, pero no creo que se pueda amar a un ser humano del mismo modo que se ama a un lórico —responde.

—¿Por qué?

—Porque, en el fondo, somos distintos de ellos. Y amamos de distinta forma. Uno de los dones que nos dio nuestro planeta es el de amar completamente. Sin celos, sin inseguridades, sin miedos. Sin egoísmo. Sin ira. Puede que albergues sentimientos profundos hacia Sarah, pero no es lo que sentirías por una chica lórica.

—No es que haya muchas chicas lóricas por los alrededores.

—Precisamente por eso deberías andar con cuidado con Sarah. Llegará un momento, si sobrevivimos hasta entonces, en que necesitaremos regenerar nuestra raza y repoblar Lorien. Naturalmente, todavía queda mucho para que tengas que preocuparte por eso, pero yo no contaría con que Sarah llegue a ser tu pareja.

—¿Qué pasaría si intentáramos tener hijos con seres humanos?

—Ha ocurrido ya muchas veces. Por lo general, eso da lugar a un ser humano excepcional, a alguien muy dotado. Algunas de las mayores figuras de la historia de la Tierra eran producto de un ser humano y un lórico, como Buda, Aristóteles, Julio César, Alejandro Magno, Gengis Kan, Leonardo da Vinci, Isaac Newton, Thomas Jefferson y Albert Einstein. Muchos de los dioses de la Grecia antigua, a los que mucha gente considera mitos, eran en realidad hijos de seres humanos y lóricos, sobre todo porque en esos tiempos estábamos en este planeta con mucha más frecuencia, y los ayudábamos a desarrollar las civilizaciones. Afrodita, Apolo, Hermes y Zeus existieron todos de verdad, y tuvieron un padre o una madre lóricos.

—Entonces, es posible.

—Era posible. En nuestra situación actual, sería poco práctico, por no decir temerario. De hecho, aunque no sé cuál es, qué número es, ni tengo ni idea de dónde está, uno de los niños que vinieron a la Tierra con nosotros era la hija de los mejores amigos de tus padres. Solían decir en broma que el destino quería que los dos terminaraís juntos. Quién sabe, es posible que tuvieran razón.

—Entonces, ¿qué hago?

—Aprovecha el tiempo que pases con Sarah, pero no te encariñes demasiado con ella, y no dejes que ella se encariñe demasiado contigo.

—¿Lo dices de verdad?

—De verdad, John. Si tienes que creerte algo de lo que yo te diga, que sea esto.

—Me creo todo lo que dices, aunque no siempre quiera.

—Así me gusta —dice Henri, lanzándome un guiño.

Me meto en mi habitación y llamo a Sarah. Pienso en lo que me ha dicho Henri antes de hacerlo, pero no puedo evitarlo. Me he encariñado mucho con

ella. Creo que estoy enamorado. Hablamos dos horas enteras. Ya es medianoche cuando terminamos la llamada. Después, me tumbo en la cama sonriendo en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



LA NOCHE HA CAÍDO TRAYENDO CONSIGO una suave brisa. El cielo se ilumina aquí y allá con destellos intermitentes que tiñen las nubes de brillantes tonos de azul, rojo y verde. Empiezan siendo fuegos artificiales, pero estos dan paso a algo diferente, más ruidoso, más amenazador, y los vítores y clamores se convierten en gritos y chillidos. Estalla el caos. La gente corre, los niños lloran. Y en medio de todo estoy yo, de pie, observando sin el consuelo de poder hacer algo para ayudar. Los soldados y las bestias llegan en tropel de todas direcciones, como había visto la otra vez. La continua lluvia de bombas es tan estridente que me daña los oídos, y siento sus reverberaciones en el fondo del estómago. El ruido es tan ensordecedor que me duelen hasta los dientes. Después, los lóricos contraatacan con tal intensidad, con tal valor, que me siento orgulloso de estar entre ellos, de ser uno de ellos.

Acto seguido, algo me barre en el aire a tal velocidad que el mundo que tengo debajo se convierte en borrones fugaces que no me permiten centrarme en una sola cosa. Cuando me detengo, estoy de pie en la pista de un campo espacial. A cinco metros hay una aeronave plateada, y unas cuarenta personas esperan en la rampa que conduce a la entrada. Ya han entrado dos personas: una niña y una mujer de la edad de Henri. Están de pie en la puerta, con los ojos fijos en el cielo. Y entonces me veo a mí mismo, con cuatro años, llorando, los hombros caídos. Detrás de mí hay una versión mucho más joven de Henri. Él también observa el cielo. Frente a mí está mi abuela, con una rodilla en el suelo, sujetándome por los hombros. Mi abuelo está detrás de ella, con expresión endurecida, concentrada, mientras las lentes de sus gafas recogen la luz del cielo.

—... vuelve, ¿me oyes? Tienes que volver con nosotros —termina de decir

mi abuela en ese momento. Me gustaría haber oído las palabras que pronunció antes. Hasta este momento, nunca había recordado nada de lo que me dijeron aquella noche. Pero ahora ya tengo algo.

Mi yo de cuatro años no responde. Está demasiado asustado. No comprende lo que está sucediendo, por qué hay tanta urgencia y temor en los ojos de todos los que me rodean. Mi abuela me acerca hacia ella y después me suelta. Se pone en pie y me da la espalda para que no vea sus lágrimas. Mi yo de cuatro años sabe que está llorando, pero no sabe por qué.

El siguiente es mi abuelo, que está cubierto de sudor, mugre y sangre. Se ve que ha estado combatiendo, y tiene los rasgos contraídos, como si estuviera en tensión, dispuesto a seguir luchando, a hacer todo lo que esté en su mano en la batalla por la supervivencia. La suya y la del planeta. Apoya una rodilla en el suelo como ha hecho mi abuela antes que él. Por primera vez, miro a mi alrededor. Montones de metal retorcido, pedazos de hormigón, grandes agujeros en el suelo en los lugares donde han caído las bombas. Incendios dispersos, cristales hechos añicos, tierra levantada, árboles destrozados. Y, en medio de todo esto, una sola aeronave, intacta, aquella en la que estamos embarcando.

—¡Tenemos que irnos ya! —grita alguien. Es un hombre, de pelo y ojos oscuros. No sé quién es.

Henri le mira y asiente. Los niños ascienden por la rampa. Mi abuelo me clava su dura mirada y abre la boca para hablar, pero antes de que llegue a decir nada, una fuerza me barre otra vez, me catapulta hacia el aire, y el mundo desfila de nuevo entre borrones. Intento distinguir algo, pero me muevo demasiado rápido. Lo único discernible es la lluvia constante de bombas, los grandes destellos de todos los colores que barren el cielo nocturno, y las incesantes explosiones que les siguen.

De repente, me detengo otra vez en otro escenario.

Estoy dentro de un gran edificio sin habitaciones que nunca había visto antes. Está en silencio. El techo está abovedado, y el suelo es una gran losa de hormigón del tamaño de un campo de fútbol. No hay ventanas, pero el sonido de las bombas penetra de todos modos, reverberando en las paredes que me rodean. Justo en el centro del edificio se alza en solitario, alto y orgulloso, un cohete blanco que se prolonga hasta el ápice de la bóveda.

Una puerta se abre de golpe en el otro extremo del edificio. Mi cabeza se vuelve rápidamente hacia allí. Dos hombres entran, frenéticos, hablando rápido y a voces. De improviso, una manada de animales irrumpe detrás de ellos. Quince, más o menos, cambiando continuamente de forma. Algunos vuelan, otros corren, a veces sobre dos patas y a veces sobre cuatro. Cerrando el grupo llega un tercer hombre, y la puerta se cierra tras él. El primer hombre se acerca al cohete, abre una especie de escotilla en el fondo y empieza a guiar a los animales adentro.

—¡Arriba! ¡Arriba y adentro! —grita.

Los animales le obedecen, todos ellos cambiando de forma para caber dentro. Cuando ha entrado el último, uno de los hombres se mete dentro tras ellos. Los otros dos empiezan a lanzarle paquetes y cajas. Tardan diez minutos como mínimo en cargarlo todo a bordo. Después, los tres se dirigen a diferentes partes del cohete para prepararlo. Sudando a mares, se mueven frenéticamente hasta que todo está a punto. Justo antes de que los tres suban al cohete, alguien se adelanta hacia ellos con un bulto que parece un niño envuelto en trapos, aunque no llega a verlo bien. Los hombres lo cogen, sea lo que sea, y se meten dentro. A continuación, la escotilla se cierra y queda sellada tras ellos. Transcurren unos minutos. Las bombas deben de estar cayendo ya justo al otro lado de las paredes del edificio. Y entonces, como de la nada, se produce una explosión dentro del edificio, y veo formarse un gran fuego al pie del cohete, que crece rápidamente y consume todo lo que hay en el interior del edificio. Incluido a mí.

Los ojos se me abren como por un resorte. Estoy de nuevo en casa, en Ohio, acostado en la cama. La habitación está a oscuras, pero presiento que no estoy solo. Una figura se mueve, y su sombra atraviesa la cama. Me tenso al momento, listo para encender mis luces, dispuesto a arrojar a quien sea contra la pared.

—Estabas hablando en sueños —dice Henri—. Ahora mismo, estabas hablando.

Enciendo mis luces. Está de pie junto a la cama, con unos pantalones de pijama y una camiseta blanca. Tiene el pelo alborotado, y los ojos enrojecidos por el sueño.

—¿Y qué estaba diciendo?

—Decías: « ¡Arriba, adentro! » . ¿Qué estaba pasando?

—Estaba en Lorient.

—¿En sueños?

—Creo que no. Estaba allí, igual que la otra vez.

—¿Qué has visto?

Me incorporo en la cama apoyando la espalda en la pared.

—Los animales —contesto.

—¿Qué animales?

—En la nave que vi despertar. La vieja, la del museo. En el cohete que salió después de nosotros. Vi que cargaban animales en él. No muchos. Puede que quince. Con otros tres lóricos. No creo que fueran guardianes. Y algo más, un bulto. Parecía un bebé, pero no lo he visto bien.

—¿Por qué no crees que fueran guardianes?

—Cargaron paquetes en el cohete, unos cincuenta, entre cajas y petates. No utilizaron la telequinésia.

—¿En el cohete del museo?

—Creo que era el museo. Yo estaba dentro de un gran edificio abovedado

donde no había más que un cohete. He supuesto que era el museo.

Henri asiente con la cabeza y dice:

—Si esos hombres trabajaban en el museo, debían de ser cêpan.

—Estaban embarcando animales —digo—. Unos animales que podían cambiar de forma.

—Quimeras —apunta Henri.

—¿Qué?

—Quimeras. Unos animales de Lorient que podían cambiar de forma. Se llamaban quimeras.

—¿Eso es lo que era *Hadley*? —pregunto, recordando la visión que tuve hace unas semanas, en la que jugaba en el jardín de la casa de mis abuelos y un hombre con un traje plateado y azul me levantaba en el aire.

—¿Recuerdas a *Hadley*? —dice Henri, sonriendo.

Asiento con la cabeza.

—Le vi de la misma forma que vi todo lo demás.

—¿Estás teniendo visiones fuera de los entrenamientos?

—A veces.

—¿Con qué frecuencia?

—Henri, ¿qué más dan las visiones? ¿Por qué estaban cargando animales en un cohete? ¿Qué hacía un bebé con ellos, si es que era un bebé? ¿Adónde fueron? ¿Qué objetivo podían tener?

Henri reflexiona un momento. Desplaza el peso de su cuerpo hacia la pierna derecha, incómodo, y contesta:

—Seguramente, el mismo que nosotros. Piénsalo, John. ¿Cómo si no podría repoblarse Lorient de animales? Ellos también tendrían que viajar a algún tipo de santuario. Todo fue aniquilado. No solo las personas, sino también los animales, y toda la vida vegetal. A lo mejor el bulto era otro animal, pero más frágil. Tal vez una cría.

—Bueno, ¿y adónde se fueron? ¿Qué otro santuario hay además de la Tierra?

—Creo que se fueron a una de las estaciones espaciales. Un cohete con combustible lórico podría haber llegado hasta allí. Tal vez pensaron que la invasión sería algo fugaz, y que podrían esperar allí a que terminara. Podrían vivir en una estación espacial mientras les duraran las provisiones.

—¿Hay estaciones espaciales cerca de Lorient?

—Sí, hay dos. Mejor dicho, había dos. Me consta que la mayor de ellas fue destruida en el momento de la invasión. Perdimos contacto con ella menos de dos minutos después de que cayera la primera bomba.

—¿Por qué no lo mencionaste antes, cuando te conté lo del cohete?

—Supuse que estaría vacío, que lo lanzaron como señuelo. Además, creo que, si una de las estaciones espaciales fue destruida, la otra también. Su viaje, por desgracia, fue probablemente en vano, fuera cual fuera su objetivo.

—Pero ¿y si volvieron cuando se agotaron las provisiones? ¿Crees que podrían haber sobrevivido en Lorien? —pregunto con desesperación en la voz, aunque ya conozco la respuesta. Sé lo que dirá Henri, pero lo pregunto de todos modos para poder albergar algún tipo de esperanza de que no estamos solos en medio de todo esto. De que, en algún lugar lejano, hay otros como nosotros, esperando, observando el planeta para poder regresar también algún día, y así no estaríamos solos cuando volviéramos.

—No. Ahora ya no hay agua allí. Lo has visto tú mismo. Nada más que un desierto sin vida. Y nada puede sobrevivir sin agua.

Suspiro y me dejo resbalar hasta quedar de nuevo tumbado sobre la cama. Dejo caer la cabeza sobre la almohada. ¿Para qué discutir? Henri tiene razón, y lo sé. Yo mismo lo he visto. Si hay que dar crédito a las esferas que sacó del Cofre, Lorien no es más que un desierto, un vertedero. El planeta todavía vive, pero en la superficie no hay nada. No hay agua. No hay plantas. No hay vida. No hay nada aparte de tierra, rocas y las ruinas de una civilización que existió en otro tiempo.

—¿Has visto algo más? —pregunta Henri.

—Nos he visto a nosotros mismos el día que nos fuimos. A todos nosotros, en la nave espacial, justo antes de despegar.

—Fue un día muy triste.

Asiento. Henri se cruza de brazos y mira por la ventana, sumido en sus pensamientos. Hago una profunda inspiración.

—¿Dónde estaba tu familia cuando pasó todo esto? —le pregunto.

Mis luces llevan al menos dos o tres minutos apagadas, pero puedo ver el blanco de los ojos de Henri mirándome fijamente.

—No estaban conmigo, ese día no.

Ambos nos quedamos un rato en silencio, y entonces Henri desplaza de nuevo el peso de su cuerpo.

—Bueno, será mejor que vuelva a la cama —dice, poniendo punto y final a la conversación—. Duerme un poco más.

Cuando se va, me quedo tumbado en la cama pensando en los animales, en el cohete, en la familia de Henri, en que estoy convencido de que no tuvo la oportunidad de despedirse de ella. Sé que ya no podré volver a dormirme. Nunca lo consigo cuando me han asaltado las imágenes, cuando percibo la tristeza de Henri. Debe de ser un pensamiento constante en su cabeza, como lo sería para cualquiera que se hubiese ido en las mismas circunstancias, dejando atrás el único hogar que ha conocido, sabiendo en todo momento que nunca volverá a ver a sus seres queridos.

Cojo el teléfono móvil y escribo un mensaje para Sarah. Siempre le mando uno cuando no puedo dormir, y ella hace lo mismo en la situación inversa. Después, hablamos hasta que nos agotamos. Esta vez, me llama veinte segundos

después de que yo haya pulsado el botón de enviar.

—Hola —contesto.

—¿No puedes dormir?

—No.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, y bosteza al otro lado de la línea.

—Te echaba de menos, nada más. Llevo como una hora tumbado en la cama y mirando al techo.

—Qué tonto eres. Me has visto hace seis horas o así.

—Ojalá estuvieras conmigo ahora —le digo, y ella deja escapar un gemido. Puedo oír su sonrisa en la oscuridad. Giro a un lado y sujeto el teléfono entre la oreja y la almohada.

—Bueno, a mí también me gustaría estar contigo ahora.

Pasamos veinte minutos hablando. Durante la segunda mitad de la llamada, nos quedamos tumbados, escuchando la respiración del otro sin más. Me siento mejor después de haber hablado con Sarah, pero después todavía me cuesta más quedarme dormido.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



POR PRIMERA VEZ DESDE QUE LLEGAMOS a Ohio, las cosas parecen tranquilizarse por un tiempo. Las clases terminan sin incidentes, y tenemos once días de vacaciones por Navidad. Sam y su madre pasan casi todos los días de visita en casa de su tía de Illinois. Sarah se queda en casa. Pasamos juntos las Navidades, y nos besamos al toque de medianoche en Nochevieja. A pesar de la nieve y el frío, o tal vez para demostrar que no nos intimidan, salimos a dar largos paseos por el bosque de detrás de mi casa, cogiéndonos la mano, besándonos, respirando el gélido aire bajo el pesado cielo gris del invierno. Cada vez pasamos más tiempo juntos. No transcurre ni un solo día durante las vacaciones en que no nos veamos por lo menos una vez.

Caminamos cogidos de la mano bajo un dosel blanco formado por la nieve acumulada sobre las ramas de los árboles. Ella lleva su cámara consigo, y de vez en cuando se detiene para hacer fotos. La mayor parte de la nieve que hay en el suelo permanece intacta, aparte del camino que hemos dejado marcado a la ida. Este rastro es el que estamos siguiendo ahora, detrás de *Bernie Kosar*, que entra y sale disparado de las zarzas en pos de los conejos que se esconden en los matojos y espinos, y de las ardillas que trepan a los árboles. Sarah lleva unas orejeras negras. Tiene las mejillas y la punta de la nariz rojas por el frío, y sus ojos se ven más azules. La miro fijamente.

—¿Qué? —pregunta, sonriendo.

—Nada, admiraba las vistas —contesto, y ella me hace una mueca.

El bosque es denso en su mayor parte, aparte de algunos claros esporádicos a los que vamos a parar una y otra vez. No sé lo lejos que se extiende el bosque en una dirección u otra, pero en ninguno de nuestros paseos hemos llegado hasta el

final.

—Esto tiene que estar precioso en verano —comenta Sarah—. Igual podríamos hacer picnic en los claros.

Siento una punzada en el pecho. Todavía faltan cinco meses para el verano, y si Henri y yo seguimos aquí en mayo, habremos pasado siete meses en Ohio. Eso es casi el mayor tiempo que hemos estado nunca en un solo lugar.

—Pues sí —asiento.

Sarah se queda mirándome.

—¿Qué?

—¿Cómo que « qué » ? —le digo, dirigiéndole una mirada inquisitiva.

—Eso no ha sonado muy convincente.

Una bandada de cuervos nos sobrevuela, graznando con fuerza.

—Es que ya tengo ganas de que llegue el verano —le digo.

—Yo también. Parece mentira que mañana ya tengamos que volver a las clases.

—Uf, no me lo recuerdes.

Entramos en otro claro, mayor que los demás, que forma un círculo casi perfecto de treinta metros de diámetro. Sarah me suelta la mano, corre al centro y se deja caer sobre la nieve, riendo. Se pone boca arriba y empieza a mover los brazos y las piernas en la nieve para dibujar un ángel con su cuerpo. Me desplomo junto a ella y hago lo mismo. Las puntas de nuestros dedos casi se tocan mientras creamos las alas. Nos levantamos, y ella dice:

—Es como si nos cogiésemos de las alas.

—¿Eso sería posible? —pregunto—. O sea, ¿cómo podríamos volar cogidos de las alas?

—Pues claro que sería posible. Los ángeles pueden hacer cualquier cosa.

Dicho esto, hunde la nariz en mi cuello. El contacto frío de su cara hace que me aparte de un respingo.

—¡Aah! ¡Tienes la cara helada!

—Pues ven a darme calor —contesta, riendo.

La tomo en mis brazos y la beso bajo el cielo abierto, acompañados por los árboles que nos rodean. No se oye nada aparte de los pájaros y de algún montón de nieve que cae de ramas cercanas. Somos dos caras frías muy apretadas la una contra la otra. *Bernie Kosar* llega trotando, sin aliento, sacando la lengua y agitando la cola. Da un ladrido y se sienta en la nieve, mirándonos fijamente con la cabeza ladeada.

—¡*Bernie Kosar*! ¿Ya estabas persiguiendo conejos? —pregunta Sarah.

Soltando dos ladrillos, el perro se acerca a ella y salta a sus brazos. Después ladra otra vez, salta al suelo y le dirige una mirada expectante. Sarah coge un palo del suelo, lo sacude para quitarle la nieve de encima y entonces lo arroja hacia los árboles. *Bernie* corre tras él y desaparece de nuestra vista. Diez

segundos después, surge de entre los árboles, pero en lugar de volver por donde había salido, vuelve por el lado opuesto del claro. Sarah y yo nos damos la vuelta para mirarle.

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunta Sarah.

—No lo sé. Es un perro raro.

—¿Has oído, *Bernie Kosar*? ¡Te ha llamado raro! —dice ella mientras el beagle deja el palo a sus pies.

Camínamos de vuelta a casa, cogidos de la mano, mientras el día se acerca a su ocaso. *Bernie Kosar* trotta a nuestro lado durante todo el camino de vuelta, girando la cabeza a un lado y a otro como si nos guiara, como si nos protegiera de lo que pudiera estar acechando en la oscuridad que hay más allá de donde alcanza nuestra vista.



Hay cinco periódicos apilados en la mesa de la cocina, donde está Henri al ordenador, con la luz del techo encendida.

—¿Alguna novedad? —pregunto, solo por la fuerza de la costumbre. No ha habido ninguna noticia interesante durante meses, y eso es buena señal, pero no puedo evitar desear en secreto que haya algo nuevo cada vez que lo pregunto.

—En realidad, sí, creo que sí.

Intrigado, doy la vuelta a la mesa y miro la pantalla del ordenador por encima del hombro de Henri.

—¿Qué?

—Ha habido un terremoto en Argentina, ayer por la tarde. Una chica de dieciséis años ha desenterrado a un anciano de un montón de escombros en un pueblecito cerca de la costa.

—¿El Número Nueve?

—Lo que para mí está claro es que es una de nosotros. Falta por ver si es el Número Nueve o no.

—¿Por qué? No es tan extraordinario sacar a un hombre de entre unos escombros.

—Mira —dice Henri, y vuelve al principio del artículo para mostrármelo. Allí se ve una foto de una gran losa de hormigón de treinta centímetros de grosor como mínimo, y de unos dos metros y medio de largo y de ancho—. Esto es lo que levantó para salvarle. Debe de pesar unas cinco toneladas. Y mira aquí —me indica, volviendo al pie de la página, donde selecciona con el cursor la última frase de todas: «No ha podido localizarse a Sofia García para que efectuara declaraciones al respecto».

Leo la frase tres veces.

—No la han podido localizar —digo.

—Eso es. No es que no quisiera hacer declaraciones; simplemente no la han localizado.

—¿Y cómo sabían su nombre?

—Es un pueblo pequeño, menos de una tercera parte de Paradise. Allí casi todos debían de saber cómo se llamaba.

—Se ha ido de allí, ¿verdad?

—Eso creo —asiente Henri—. Seguramente, antes incluso de que saliera el periódico. Eso es lo malo de los pueblos; es imposible pasar desapercibido.

—También si eres un mogadoriano —suspiro.

—Exacto.

—Tiene que haber sido un rollo para ella —digo, poniéndome en pie—. A saber lo que tiene que haber dejado atrás.

Henri me dirige una mirada escéptica y abre la boca para decir algo, pero entonces se lo piensa mejor y se concentra en el portátil. Yo vuelvo a mi habitación. Preparo la mochila con ropa limpia y los libros que necesitaré hoy. Otra vez al instituto. No me hace mucha ilusión, aunque estará bien volver a ver a Sam, a quien llevo casi dos semanas sin ver.

—Bueno, me voy —digo a Henri.

—Que tengas un buen día. No te metas en líos.

—Hasta la tarde.

Bernie Kosar sale corriendo de la casa delante de mí. Esta mañana es una verdadera bola de energía. Creo que se ha acostumbrado a nuestras carreras matutinas y, como no hemos corrido en una semana y media, se le han acumulado las ganas de volver a hacerlo. Esta vez se mantiene a mi lado la mayor parte de la carrera. Cuando llegamos, le acaricio y le rasco detrás de las orejas.

—Muy bien, chico. Ahora, vuelve a casa —le digo. Él da media vuelta y se pone a trotar de vuelta a la casa.

Me tomo mi tiempo en la ducha. Para cuando termino, ya han empezado a llegar otros estudiantes. Recorro el pasillo, me paro frente a mi taquilla y luego me voy hacia la de Sam. Al llegar, le doy una palmada en la espalda. Primero se sobresalta, pero después me dirige una gran sonrisa dentada cuando ve que soy yo.

—Por un momento, creía que iba a tener que partirle la cara a alguien —me dice.

—Solo soy yo, amigo mío. ¿Qué tal por Illinois?

—Uf —contesta, haciendo una mueca—. Mi tía me ha obligado a tomar té y a ver reposiciones de *La Casa de la Pradera* casi a diario.

—Qué horror —río.

—Lo ha sido, te lo aseguro —me dice, y mete la mano en su mochila para buscar algo—. Esto estaba en mi buzón cuando volvimos.

Me pasa el último número de *Están entre nosotros*, y lo hojeo hasta el final.

—No hay nada sobre nosotros ni los mogadorianos —me aclara.

—Mejor. Deben de estar muertos de miedo después de haberte visto.

—Sí, claro.

Por detrás de Sam veo a Sarah acercándose. Mark James la para en mitad del pasillo y le da unos papeles de color naranja. Después, ella prosigue su camino.

—Hola, bombón —le digo cuando llega hasta nosotros, y ella se pone de puntillas para darme un beso. Sus labios saben a brillo labial de fresa.

—Hola, Sam. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —le pregunta él. Ahora se le ve más relajado con ella. Antes del incidente con Henri, que fue hace un mes y medio, estar en presencia de Sarah le ponía nervioso, sin poder mirarle a la cara ni saber qué hacer con las manos. Pero ahora la mira y sonríe, hablándole con seguridad.

—Bien —responde ella—. Me han dicho que os dé una a cada uno —dice, y nos da dos de las hojas anaranjadas que Mark acaba de darle. Es la invitación para una fiesta, este sábado por la noche en su casa.

—¿Estoy invitado? —pregunta Sam.

—Los tres lo estamos —asiente Sarah.

—¿Tú quieres ir? —le pregunto.

—Podríamos ir, a ver qué tal.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Y a ti, Sam te interesa?

Sin embargo, él tiene la mirada puesta más allá de Sarah y de mí. Me vuelvo para ver qué está mirando, o mejor dicho, a quién. En una taquilla de la pared de enfrente está Emily, la chica que estaba en la carroza fantasma con nosotros, y por quien Sam suspira desde entonces. Cuando pasa por delante de nosotros, se da cuenta de que Sam la está mirando y le dirige una sonrisa simpática.

—¿Emily? —digo a Sam.

—¿Qué pasa con Emily? —pregunta él, devolviéndome la mirada.

Miro a Sarah y le digo:

—Creo que a Sam le gusta Emily Knapp.

—No es verdad —dice él.

—Podría pedirle que viniera a la fiesta con nosotros —propone Sarah.

—¿Crees que vendría? —pregunta Sam.

Sarah me mira y contesta:

—Bueno, igual no hace falta que la invite, ya que a Sam no le gusta.

—Vale, está bien —sonríe Sam—. Es que, en fin, no sé y o...

—Siempre me está preguntando por qué no le has llamado nunca después de Halloween. Parece que le gustas —dice Sarah.

—Eso es verdad —tercio y o—. Se lo he oído decir.

—¿Y por qué no me lo habíais dicho?

—Porque nunca lo has preguntado.

Sam mira la invitación y dice:

—Entonces, ¿es este sábado?

—Sí.

—Por mí, vamos —decide, alzando la vista hacia mí.

Me encojo de hombros.

—Me apunto —digo.



Henri está esperándome cuando suena el último timbre del día. Como siempre, *Bernie Kosar* está en el asiento del acompañante y, cuando me ve, su rabo empieza a menearse a cien por hora. Me meto en la camioneta de un salto. Henri la arranca y empieza a conducir.

—Ha salido un artículo que amplía la información sobre la chica de Argentina —me anuncia.

—¿Y qué dice?

—Solo dice que ha desaparecido, es un artículo muy breve. El alcalde del pueblo ofrece una modesta recompensa a cambio de información sobre su paradero. Da la impresión de que creen que alguien la ha secuestrado.

—¿Te preocupa que los mogadorianos la hayan encontrado antes?

—Si es Nueve, como indicaba la nota que encontramos, y los mogadorianos estaban buscándola, es bueno que haya desaparecido. Y, si la han capturado, no pueden matarla... ni siquiera pueden hacerle daño. Eso nos da esperanza. Lo bueno, aparte de la noticia en sí, es que supongo que todos los mogadorianos que hay sobre la Tierra habrán corrido en tropel a Argentina.

—Por cierto, Sam ha traído el último número de *Están entre nosotros*.

—¿Decía algo?

—No.

—Me lo imaginaba. Tu truco de levitación parece que les ha afectado bastante.

Cuando llegamos a casa, me cambio de ropa y me reúno con Henri en el patio trasero para el entrenamiento del día. Practicar envuelto en llamas está resultando más fácil. No me agobia tanto como el primer día. Puedo aguantar la respiración más tiempo, casi cuatro minutos. Tengo más control sobre los objetos que levanto, y puedo levantar un número mayor a la vez. Poco a poco, la mirada de preocupación que veía en la cara de Henri los primeros días se ha

desvanecido. Asiente más, y también sonríe más. Los días que todo sale especialmente bien, sus ojos casi se salen de las órbitas y levanta los brazos en el aire, exclamando «¡Sí!» con todas sus fuerzas. De este modo, estoy ganando confianza en mis legados. Todavía quedan más por venir, pero no creo que tarden mucho. Y falta el legado principal, sea el que sea. La expectación que me produce su próxima aparición me impide dormir muchas noches. Quiero combatir. Ansío que un mogadoriano se pasee por nuestro jardín y me permita cobrarme mi venganza.

El de hoy es un entrenamiento fácil, sin fuego. En su mayor parte consiste en hacerme levantar cosas y manipularlas mientras las mantengo en el aire. Dedicamos los veinte últimos minutos a un ejercicio consistente en que Henri me arroja objetos y yo los dirijo hacia el suelo, o bien los rechazo como si fueran un bumerán, haciéndolos girar en el aire para lanzarlos como una flecha hacia Henri. En un momento dado, un martillo ablandador de carne regresa volando hacia él a tal velocidad que tiene que lanzarse de bruces sobre la nieve para esquivarlo. Yo me río. Henri, no. *Bernie Kosar* pasa todo el tiempo tumbado en el suelo, observándonos como si quisiera darnos ánimos a su manera. Cuando terminamos, me ducho, hago los deberes y me siento a la mesa de la cocina para cenar.

—Este sábado hay una fiesta a la que voy a ir.

Él deja de masticar y levanta la vista hacia mí.

—¿De quién es la fiesta?

—De Mark James.

Él se muestra sorprendido.

—Todo ha quedado atrás —le aclaro antes de que empiece a poner pegas.

—Bueno, tú lo sabrás mejor que yo. Pero no olvides nunca lo que está en juego.

CAPÍTULO VEINTICINCO



EL TIEMPO EMPIEZA A SUAVIZARSE. LOS bruscos vientos, el frío glacial y las continuas nevadas dan paso a cielos azules y a temperaturas superiores a diez grados. La nieve se derrite. Al principio hay charcos permanentes en el camino de entrada y el jardín, y los neumáticos salpican sonoramente en la carretera mojada, pero en solo un día toda el agua se escurre y se evapora, y los coches ya circulan con toda normalidad. Una tregua en el año, un breve respiro antes de que el viejo y cruel invierno vuelva a tomar las riendas del tiempo.

Estoy sentado en el porche, y mientras espero a Sarah contemplo el cielo nocturno iluminado por las parpadeantes estrellas y la luna llena. Una fina nube corta la luna como un cuchillo, y después desaparece rápidamente. Oigo el crujido de la gravilla bajo unos neumáticos, aparecen unos faros y el coche se detiene en el camino de entrada. Sarah sale del lado del conductor. Lleva unos pantalones gris oscuro acampanados en los tobillos y un cárdigan azul marino debajo de una chaqueta beige. El color de sus ojos está acentuado por la camisa azul que se asoma al final de la cremallera de la chaqueta. Lleva la melena rubia suelta a una altura por debajo de los hombros. Sonríe con coquetería y me mira, pestañeando al acercarse. Siento un hormigueo en el estómago. Llevamos casi tres meses juntos y todavía me pongo nervioso cuando la veo. Cuesta imaginar que el paso del tiempo llegue a mitigar ese nerviosismo.

—Estás arrebatadora —le digo.

—Vaya, gracias —contesta, haciéndome una pequeña reverencia—. Tú tampoco estás mal.

La beso en la mejilla. En ese momento, Henri sale de la casa y saluda con la mano a la madre de Sarah, que está sentada en el asiento del acompañante del

coche.

—Entonces, ya me llamarás cuando quieras que te recoja, ¿no? —me pregunta Henri.

—Sí —respondo.

Nos dirigimos al coche y Sarah se pone al volante mientras yo me siento atrás. Ha obtenido el permiso de conducir provisional hace pocos meses, y según la ley puede llevar un coche siempre y cuando un conductor experimentado vaya a su lado en el asiento del acompañante. Tiene el examen el lunes, dentro de dos días. Está nerviosa desde que pidió hora para el examen durante las vacaciones. Sale del camino de entrada y coge la carretera, y al cabo de un rato baja el parasol y me sonríe por el espejo. Le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué tal te ha ido el día, John? —me pregunta su madre, dándole la vuelta.

Hablamos de cosas sin importancia. Ella me habla de la visita al centro comercial que han hecho las dos el mismo día, y de qué tal ha conducido Sarah. Yo le digo que he jugado con *Bernie Kosar* en el jardín y que después hemos salido a correr. De lo que no le hablo es de la sesión de entrenamiento de tres horas que he hecho en el patio trasero después de la carrera. Tampoco le digo que he partido por la mitad el tronco del árbol muerto usando la telequinesia, ni que Henri me lanzaba cuchillos que tenía que desviar hacia un saco de arena a quince metros de distancia. Ni le hablo del fuego que me envolvía ni de los objetos que he levantado, aplastado o astillado. Otro secreto. Otra verdad a medias con sabor a mentira. Me gustaría poder contárselo a Sarah. Tengo la sensación de estar engañándola por mantenerme oculto, y en las últimas semanas ese peso ha empezado a agobiarme. Pero también sé que no tengo otra opción. No en este momento, en cualquier caso.

—¿Es esta salida? —pregunta Sarah.

—Sí —contesto.

Sarah se mete en el camino de entrada a la casa de Sam. Él está paseándose al final del camino, vestido con vaqueros y un jersey de lana. Levanta la vista hacia nosotros con la mirada perdida de un animal sorprendido por los faros de un coche. Lleva gel fijador en el pelo. Es la primera vez que le he visto ponérselo. Camina hacia un lateral del coche, abre la puerta y se sienta a mi lado.

—Hola, Sam —le saluda Sarah, y después lo presenta a su madre.

Sarah saca el coche del camino de entrada dando marcha atrás y sale a la carretera. Sam está agarrado al asiento con las dos manos, presa de los nervios. Sarah coge una salida por la que nunca he ido y después gira a la derecha hacia un serpenteante camino de entrada. A lo largo de uno de los lados hay unos treinta coches aparcados. Al final del camino, rodeada de árboles, hay una gran mansión de dos plantas. Oímos la música mucho antes de llegar a la casa.

—Jo, vaya choza —comenta Sam.

—Portaos bien, chicos —dice la madre de Sarah—. Y sed precavidos. Llamad si necesitáis algo, o si no encontras a tu padre —añade, mirándome.

—Descuide, señora Hart —contesto.

Salimos del coche y nos ponemos a caminar hacia la puerta principal. Dos perros corren hacia nosotros desde un lado de la casa: un golden retriever y un bulldog. Están meneando la cola, y me olfatean frenéticamente los pantalones, oliendo el rastro de *Bernie Kosar*. El bulldog lleva un palo en la boca. Se lo quito forcejeando y lo lanzo a la otra punta del jardín. Los dos perros salen disparados a por él.

—*Bulldozer* y *Abby* —explica Sarah.

—Deduzco que *Bulldozer* es el bulldog, ¿no? —pregunto.

Ella asiente y me sonríe, como disculpándose. Eso me recuerda que debe de conocer bastante bien la casa, y me pregunto si ahora le resultará extraño volver aquí conmigo.

—Ha sido una idea horrible —dice Sam de pronto, mirándome—. Ahora me estoy dando cuenta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hace solo tres meses, el tío que vive aquí nos llenó las taquillas de estiércol de vaca y me lanzó una albóndiga a la cabeza en el comedor. Y aquí estamos ahora.

—Seguro que Emily ya está aquí —le digo, dándole un suave codazo.

La puerta da a un recibidor. Los perros irrumpen detrás de nosotros y desaparecen en la cocina, que queda justo al frente. Veo que es Abby la que lleva el palo ahora. A nuestro encuentro sale una música tan fuerte que tenemos que gritar para oírnos. Hay gente bailando en el salón. La mayoría tienen latas de cerveza en la mano, y solo unos pocos beben refrescos o agua embotellada. Parece ser que los padres de Mark están fuera del pueblo. El equipo de fútbol entero está en la cocina, la mitad con las chaquetas del instituto. Mark se acerca y da un abrazo a Sarah. Después, me estrecha la mano. Me mantiene la mirada un segundo y después aparta la vista. No le da la mano a Sam, y ni siquiera le mira. Puede que Sam tenga razón, y que esto haya sido un error.

—Me alegro de que hayáis venido. Vamos, entrad. Hay cerveza en la cocina.

Emily está en la otra punta del salón, hablando con gente. Sam mira hacia ella. Le pregunta a Mark dónde está el baño y este se lo señala.

—Ahora vuelvo —me dice Sam.

La mayoría de los invitados están en torno a la isla que hay en mitad de la cocina. Cuando Sarah y yo entramos, me miran. Yo les devuelvo la mirada uno a uno, y después cojo un botellín de agua del cubo lleno de hielo. Mark le da una cerveza a Sarah y se la abre. La mira de una forma que me hace darme cuenta de lo poco que me fio de él. Entonces comprendo lo rara que es toda la situación en sí. Estoy nada menos que en su casa, y con Sarah, su exnovia. Me alegro de

que Sam esté conmigo.

Me agacho y juego con los perros hasta que Sam sale del baño. Para entonces, Sarah ya ha llegado al rincón del salón donde está Emily y se ha puesto a hablar con ella. Sam se tensa a mi lado cuando se da cuenta de que lo único que podemos hacer es acercarnos a ellas para saludar. Hace una profunda inspiración. En la cocina, dos de los invitados han prendido fuego a un periódico por una esquina sin otro motivo que el de ver cómo arde.

—No te olvides de hacerle algún cumplido a Emily —recuerdo a Sam mientras nos acercamos, y él asiente.

—Ah, aquí estáis —dice Sarah—. Creía que me habíais dejado solita.

—Ni se me ocurriría —contesto—. Hola, Emily. ¿Cómo estás?

—Bien —me dice, y luego a Sam—: Me gusta cómo llevas el pelo.

Sam se queda mirándola, y yo le doy un codazo. Entonces sonríe y dice:

—Gracias. Tú estás muy guapa.

Sarah me dirige una mirada de complicidad. Yo me encojo de hombros y le doy un beso en la mejilla. La música está todavía más fuerte. Sam habla con Emily, bastante nervioso, pero ella se ríe con él y al poco rato Sam ya se ha relajado.

—Bueno, ¿estás a gusto? —me pregunta Sarah.

—Claro. Estoy con la chica más guapa de la fiesta. ¿Cómo podría estar mejor?

—Cállate ya —me dice ella, y me da un suave puñetazo en la barriga.

Los cuatro bailamos durante una hora más o menos. Los jugadores de fútbol siguen bebiendo. Alguien se presenta con una botella de vodka y no pasa mucho tiempo hasta que uno de ellos (no sé cuál) echa la pota en el baño, de modo que el olor a vómito acaba impregnando toda la planta. Otro pierde el conocimiento en el sofá del salón y algunos de sus compañeros le pintan la cara con rotulador. La gente no deja de ir y venir por la puerta del sótano. No tengo ni idea de qué está pasando allí abajo. Llevo diez minutos sin ver a Sarah, así que dejo a Sam y, atravesando el salón y la cocina, subo a la planta de arriba. El suelo está cubierto de una moqueta blanca y espesa, y las paredes, de cuadros y retratos de familia. Algunas de las puertas de los dormitorios están abiertas, y otras, cerradas. No localizo a Sarah. Bajo otra vez. Veo que Sam está solo en un rincón, con aire huraño, y me acerco a él.

—¿A qué vienen esos morros? —le pregunto, pero él se limita a menear la cabeza—. No me hagas levantarte en el aire y ponerte cabeza abajo como a ese tío de Athens.

Yo sonrío, pero Sam no.

—Alex Davis me ha cogido por banda —dice.

Alex es otro de la pandilla de Mark James, y juega de receptor en el equipo. Es un estudiante de tercero, alto y delgado. Nunca hemos cruzado palabra, por lo

que apenas sé nada más de él.

—¿Qué quieres decir con que te ha «cogido por banda»?

—En realidad, solo hemos hablado. Me ha visto hablar con Emily. Creo que estuvieron saliendo este verano.

—¿Y qué? ¿Por qué debería fastidiarte?

Él se encoge de hombros, diciendo:

—Pues sí que me fastidia, ¿sabes?

—Sam, ¿sabes cuánto tiempo estuvieron saliendo Sarah y Mark?

—Mucho tiempo.

—Dos años.

—¿Y no te fastidia? —me pregunta.

—Nada de nada. ¿Qué más da lo que hiciera antes? Además, ¿has visto bien a Alex? —le digo, y señalo con la cabeza hacia la cocina, donde está él, apoyado de cualquier manera sobre la encimera, con la mirada perdida y una fina capa de sudor reluciendo en su frente—. ¿Tú crees que ella echa de menos estar con eso?

Sam le echa una ojeada y se encoge de hombros.

—Tú vales mucho, Sam. No te machaques.

—No me machaco.

—Bueno, pues no te preocupes por el pasado de Emily. No tenemos que dejar que nos defina lo que hemos hecho o dejado de hacer en el pasado. Hay gente que se deja controlar por los remordimientos. Da igual si hay motivo o no para el remordimiento. Es simplemente algo que ha ocurrido. Sigue adelante y punto.

Sam suspira. Todavía no está convencido.

—Venga, sabes que le gustas. No debes tener miedo a nada —le digo.

—Pero lo tengo.

—La mejor forma de superar los miedos es enfrentarte a ellos. Tú acércate a ella y dale un beso. Ya verás como te corresponde.

Sam me mira y asiente, y entonces se va hacia el sótano, donde está Emily. Los dos perros entran peleándose en el salón, con la lengua fuera y meneando el rabo. *Bulldozer* pega el pecho al suelo y espera a que *Abby* se acerque. Luego salta hacia ella, que da un salto y se escapa. Los observo hasta que desaparecen escaleras arriba, tirando de un juguete de goma cada uno por un lado. Son las doce menos cuarto. Una pareja está enrollándose en un sofá que hay en un rincón de la sala. Los jugadores de fútbol todavía están bebiendo en la cocina. Estoy empezando a sentir sueño. Sigo sin encontrar a Sarah.

Justo entonces, uno de los futbolistas sube a toda prisa desde el sótano, con los ojos desorbitados. Corre a la cocina, abre el grifo del fregadero al máximo y empieza a abrir como loco las puertas de los armarios.

—¡Hay un incendio abajo! —grita a los que tiene cerca.

Los demás empiezan a llenar cazos y ollas de agua, y uno por uno se

precipitan por las escaleras.

Emily y Sam suben del sótano. Sam parece alterado.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¡La casa se incendia!

—¿Pinta muy mal?

—¿Puede pintar bien un incendio? Y creo que lo hemos empezado nosotros. Resulta que... se nos ha caído una vela sobre una cortina.

Tanto Sam como Emily tienen la ropa y el pelo alborotados, y es evidente que han estado besándose. Me hago una nota mental para felicitar a Sam más tarde.

—¿Has visto a Sarah? —pregunto a Emily, y ella niega con la cabeza.

Llegan otros más subiendo por la escalera, Mark James entre ellos. Hay miedo en sus ojos. Huelo a humo por primera vez. Miro a Sam y le digo:

—Salid afuera.

Él asiente, coge a Emily de la mano y los dos salen juntos. Algunos de los demás los siguen, pero otros se quedan donde están, observando con curiosidad ebria. Un pequeño grupo se queda ahí embobado, dando palmaditas en la espalda a los futbolistas mientras estos suben y bajan por la escalera del sótano, animándoles como si todo fuera una broma.

Me meto en la cocina y cojo el cacharro más grande que queda, una olla metálica de tamaño medio. Lo lleno de agua y bajo al sótano. Todos lo han desalojado excepto los que luchamos contra el incendio, que es mucho mayor de lo que esperaba. La mitad del sótano es pasto de las llamas. Intentar contenerlo con la poca agua que traigo es inútil. En lugar de eso, suelto la olla y vuelvo a subir a toda velocidad. Mark baja disparado en ese momento, y le paro en mitad de la escalera. Tiene los ojos bañados en alcohol, pero a través de ellos veo que está aterrizado. Desesperado.

—Déjalo —le digo—. Es demasiado grande. Tenemos que sacar a todos de aquí.

Él mira el fuego desencadenado al otro lado de la escalera. Sabe que lo que le digo es verdad. La fachada de tipo duro ha desaparecido. Se acabó el fingir.

—¡Mark! —le grito.

Él asiente, suelta la olla que lleva él y los dos subimos juntos.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora mismo! —grito cuando llegamos a lo alto de la escalera.

Algunos de los más borrachos no se mueven, o incluso se ríen. Un chico dice:

—¿Habéis traído salchichas para asar?

Mark le da un bofetón.

—¡Fuera! —grita.

Cojo el teléfono inalámbrico de la pared y lo planto en la mano de Mark.

—¡Llama al 911! —grito para hacerme oír entre el vocerío y la música que

sigue atronando desde no se sabe dónde, como si fuese la banda sonora del infierno a punto de desatarse.

El suelo está calentándose. Volutas de humo empiezan a llegar de debajo de nosotros. Solo entonces se toman en serio la situación los que están allí, y empiezo a empujarles en dirección a la puerta. Paso por delante de Mark como una flecha mientras empieza a marcar el número de emergencias en el teléfono, y atravieso la casa a toda prisa. Subo los escalones de tres en tres y me abro paso a patadas por las puertas entornadas. Una pareja está enrollándose en una cama. Les grito a ambos que se vayan. Sarah no está por ningún lado.

Bajo disparado las escaleras y salgo por la puerta principal a la fría y oscura noche. Hay una muchedumbre fuera, observando. Veo que algunos están entusiasmados por la idea de que la casa arda, o incluso se rien. Empiezo a sentir que el pánico se apodera de mí. ¿Dónde está Sarah? Sam está de pie detrás del gentío, que en total debe de sumar unas cien personas. Corro hacia él.

—¿Has visto a Sarah? —le pregunto.

—No.

Vuelvo la vista hacia la casa. Todavía hay gente saliendo. Las ventanas del sótano relucen con el rojo de las llamas que lamen los cristales. Una de ellas está abierta, y de ella surge una densa humareda negra que se eleva hacia el cielo. Paso en zigzag por entre la multitud. Justo entonces, una explosión sacude la casa, y todas las ventanas del sótano se hacen añicos. Algunos de los presentes lanzan vítores. Las llamas han llegado a la planta baja, y avanzan con mucha rapidez. Mark James está de pie al frente del gentío, incapaz de apartar la vista de la escena. Su cara está iluminada por el resplandor naranja. En sus ojos, inundados de lágrimas, hay una mirada de desesperación, la misma que vi en los ojos de los lóricos el día de la invasión. Debe de ser algo muy fuerte contemplar la destrucción de todo lo que has conocido. El fuego, hostil, se propaga de forma indiscriminada. Mark no puede hacer otra cosa que mirar. Las llamas están empezando a ascender por encima de las ventanas de la planta baja. Sentimos el calor en la cara desde donde estamos.

—¿Dónde está Sarah? —le pregunto, pero él no me oye.

Le zarandeo por el hombro. Él se gira hacia mí y me dirige una mirada perdida que indica que todavía no se cree lo que están presenciando sus propios ojos.

—¿Dónde está Sarah? —le pregunto otra vez.

—No lo sé.

Me sumerjo entre la multitud buscando a Sarah, cada vez más frenético. Todos están contemplando las llamaradas. Las láminas del revestimiento de vinilo han empezado a burbujear y fundirse. Ya han ardido todas las cortinas de las ventanas. La puerta principal sigue abierta, y el humo sale bajo el dintel a borbotones, como una cascada vuelta del revés. Vemos todo el interior hasta la

cocina, que es un auténtico infierno. En el lado izquierdo de la casa, el fuego ha alcanzado el primer piso. Y es entonces cuando todos lo oímos.

Un largo y horripilante grito. Y perros ladrando. Se me cae el alma a los pies. Todos nos esforzamos por escuchar, deseando con toda nuestra alma no haber oído lo que sabemos que hemos oído. Y entonces suena otra vez. Inconfundible. Llega como un torrente, y esta vez no cesa. Por entre la multitud se filtran exclamaciones de horror.

—Oh, no —dice Emily—. Dios, no, por favor.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



NADIE HABLA. TODOS LOS OJOS ESTÁN abiertos de par en par, mirando horrorizados. Sarah y los perros deben de estar en algún rincón de la parte trasera. Cierro los ojos y bajo la cabeza. No huelo otra cosa que el humo. «No olvides nunca lo que está en juego», me ha avisado Henri antes de venir. Sé perfectamente lo que está en juego, pero su consejo sigue resonando en mi cabeza. Mi vida, y ahora la de Sarah. Se oye otro grito. Aterrorizado. Apremiante.

Siento los ojos de Sam encima de mí. Ha visto en persona mi resistencia al fuego. Pero también sabe que intento permanecer en la sombra. Echo un vistazo a mi alrededor. Markestá de rodillas, balanceándose adelante y atrás. Quiere que todo termine, que los perros cesen de ladrar. Pero no cesan, y para él cada ladrido es como una puñalada en el estómago.

—Sam —digo en voz baja para que me oiga solo él—, voy a entrar.

Él cierra los ojos, inspira profundamente y me clava la mirada.

—Ve a por ella —me dice.

Le doy mi móvil y le digo que llame a Henri si por algún motivo no consigo salir de allí. Él asiente. Empiezo a situarme detrás del gentío, caminando en zigzag entre la masa de cuerpos. Nadie me presta ninguna atención. Cuando finalmente me separo de la multitud, salgo disparado hacia el límite del jardín y después corro a la parte trasera de la casa para poder entrar sin ser visto. La cocina se encuentra totalmente sumida en las llamas. La observo durante un breve instante, y entonces oigo a Sarah y a los perros. Ahora se les oye más cerca. Tomo una profunda bocanada de aire, y acompañando a ese aire entran otras cosas. Rabia. Determinación. Esperanza y miedo. Lo dejo entrar todo,

sintiéndolo en mi ser. Acto seguido, y con un decidido impulso, atravieso el jardín e irrumpo en la casa. El infierno me engulle de inmediato, y ya no oigo nada aparte del chasquido y el zumbido de las llamas. Mi ropa se incendia. El fuego parece no tener fin. En la parte frontal de la casa, la mitad de las escaleras se han quemado ya. Lo que queda de ellas está ardiendo, con aspecto carbonizado, pero no hay tiempo para tantearlas. Las subo como una exhalación, pero se desploman bajo mi peso al llegar a la mitad. Caigo con ellas, y el fuego se eleva como si alguien hubiese avivado las llamas. Algo se me clava en la espalda. Aprieto los dientes, todavía aguantando la respiración. Me levanto de entre los escombros y escucho la voz de Sarah. Está gritando, está aterrorizada y está a punto de morir; sufrirá una muerte espantosa y trágica si no llego hasta ella. El tiempo se agota. Tendré que llegar a la primera planta de un salto.

Doy un fuerte salto y me agarro al borde del suelo antes de auparme. El fuego se ha extendido al otro lado de la casa. Ella y los perros están hacia mi derecha. Recorro el pasillo a saltos, mirando habitación por habitación. Los cuadros de las paredes han ardido dentro de los marcos, y ya no son más que siluetas negras fundidas con la pared. De pronto, se me hunde un pie en el suelo, y de la sorpresa abro la boca e inspiro de nuevo. No entra más que humo ardiente. Empiezo a toser. Me tapo la boca con el brazo, pero no sirve de mucho. El humo y el fuego me queman en los pulmones. Me dejo caer sobre una rodilla, tosiendo y resollando. Entonces, un sentimiento de furia recorre mi cuerpo. Me pongo en pie y sigo adelante, agazapado, apretando los dientes con resolución.

Por fin, los encuentro en la última habitación a la izquierda. Sarah está gritando «¡Socorro!», mientras los perros gimen y ladran. La puerta está atrancada, de modo que la abro de una patada, arrancándola de sus goznes. Los tres están agolpados en el rincón más alejado que han podido encontrar, apretados unos contra otros. Al verme, Sarah grita mi nombre y empieza a incorporarse. Le indico con una seña que se quede donde está y, cuando entro en la habitación, una enorme viga de soporte cae entre nosotros. Levanto la mano. La viga sale disparada hacia arriba y se estrella contra lo que queda del techo. Sarah parece confusa por lo que acaba de ver. Me acerco a ella, cubriendo más de cinco metros de un salto y atravesando directamente las llamas sin que me afecten en absoluto. Los perros están a sus pies. Empujo al bulldog hacia sus brazos y cojo a la retriever. Con el otro brazo la ayudo a levantarse.

—Has venido —me dice.

—Nada ni nadie te hará daño mientras yo viva —le respondo.

Cae otra enorme viga que se lleva por delante parte del suelo y va a parar a la cocina, bajo nosotros. Tenemos que salir por detrás de la casa para que nadie me vea, o para que no vea lo que creo que voy a tener que hacer. Sujeto a Sarah con fuerza contra mi costado, y a la perrita contra mi pecho. Damos dos pasos y saltamos sobre el abismo llameante creado por la viga al caer. Cuando tomamos

el pasillo, una gran explosión destroza la mayor parte desde abajo. El pasillo se ha volatilizado; en su lugar no quedan más que una pared y una ventana, consumidas por las llamas. No nos queda otra salida que la ventana. Sarah está gritando otra vez, agarrada a mi brazo, y noto las garras de *Abby* clavándose en mi pecho. Levanto la mano hacia la ventana, la miro fijamente y me concentro hasta arrancarla del marco, dejando la abertura que necesitamos. Miro a Sarah, y la acerco a mi costado para afirmarla.

—Sujétate fuerte —le digo.

Doy tres pasos y me arrojo al vacío. Las llamas nos engullen por completo, pero volamos por los aires como una bala, directos hacia la abertura. Tengo miedo de no conseguirlo. Salvamos la distancia a duras penas, y noto el borde del marco roto rozándome los brazos y los muslos. Sujeto a Sarah y a la perrita lo mejor que puedo, y giro el cuerpo para caer de espaldas y que todos los demás queden encima de mí. Caemos al suelo con un golpe seco. *Bulldozer* sale rodando. *Abby* gime. Oigo cómo se le corta la respiración a Sarah. Estamos a diez metros de la pared trasera de la casa. Noto un corte encima de la cabeza producido por el cristal roto de la ventana. *Bulldozer* es el primero en levantarse; parece encontrarse bien. *Abby* reacciona un poco más tarde. Cojea de una pata delantera, pero no creo que sea grave. Me quedo tumbado de espaldas, abrazado a Sarah. Está empezando a llorar. Huelo su pelo chamuscado. Un reguero de sangre se me desliza por un lado de la cara y me va a parar a la oreja.

Me siento en la hierba para recuperar el aliento. Sarah sigue en mis brazos. Las suelas de mis zapatos se han fundido. Mi camisa ha ardido por completo, y también la mayor parte de mis vaqueros. Unos leves cortes me recorren los brazos. Pero yo no me he quemado en absoluto. *Bulldozer* se me acerca y me lame la mano. Le acaricio.

—Eres un perro bueno —digo entre los sollozos de Sarah—. Anda, ve a por tu hermanita y vuelve con la gente.

A lo lejos se oyen unas sirenas que deberían llegar dentro de un minuto o dos. El bosque queda a unos cien metros de la parte trasera de la casa. Los dos perros me miran, sentados. Les señalo con la cabeza hacia la muchedumbre y, como si me hubiesen entendido, los dos se levantan y se ponen a caminar hacia allí. Sarah todavía está en mis brazos. Tras moverla un poco para acunarla en ellos, me levanto y me dirijo al bosque, llevándola en brazos mientras ella llora sobre mi hombro. Justo mientras entro en el bosque, oigo al gentío estallar en vitores. Deben de haber visto a *Bulldozer* y a *Abby*.

El bosque es espeso. Todavía brilla la luna llena, pero desprende poca luz y enciende las manos para que podamos ver. Empiezo a temblar mientras el pánico me atraviesa. ¿Cómo voy a explicar esto a Henri? Lo único que llevo puesto es una especie de pantalones cortos chamuscados. Me sangra la cabeza. La espalda

también, sin contar con varios rasguños en los brazos y las piernas. Los pulmones me queman cada vez que respiro. Y Sarah está en mis brazos. Ahora debe de saber lo que puedo hacer, conoce mis habilidades, o al menos en parte. Voy a tener que explicárselo todo. Y también tendré que decirle a Henri que ella lo sabe. Ya he acumulado muchos puntos en contra. Dirá que alguien acabará yéndose de la lengua. Insistirá en que nos vayamos. Esta vez sí que no me libro.

Deposito a Sarah en el suelo. Ha dejado de llorar. Me mira, confusa, asustada, atónita. Sé que tendré que encontrar ropa y volver a la fiesta para que la gente no sospeche. Y debo llevar a Sarah para que no piensen que está muerta.

—¿Puedes andar? —le pregunto.

—Creo que sí.

—Sígueme.

—¿Adónde vamos?

—Tengo que encontrar ropa. Con un poco de suerte, alguno de los futbolistas llevará ropa para cambiarse después del entrenamiento.

Empezamos a andar a través del bosque. He decidido dar un rodeo y mirar dentro de los coches de la gente para buscar algo que ponerme.

—¿Qué ha pasado, John? ¿Qué ha sido todo esto?

—Estabas en un incendio, y te he sacado de él.

—Lo que has hecho no es posible.

—Para mí, sí.

—¿Y eso qué significa?

La miro fijamente. Esperaba no tener que decirle nunca lo que estoy a punto de decirle. Aunque sabía que probablemente no era una idea realista, esperaba poder permanecer oculto en Paradise. Henri siempre insiste en no intimar con nadie porque, si lo haces, tarde o temprano acabarán dándose cuenta de que eres diferente, y entonces habrá que darles explicaciones. Y eso significa que tendremos que irnos. Tengo el corazón desbocado y me tiemblan las manos, pero no por el frío. Si quiero albergar alguna esperanza de quedarme, o de no tener que pagar las consecuencias de esta noche, tengo que decírselo.

—No soy quien crees que soy.

—¿Y quién eres?

—Soy el Número Cuatro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Sarah, lo que voy a decir va a parecerte una locura, pero es la verdad. Tienes que creermelo.

Ella me toca una mejilla con la mano.

—Si dices que es la verdad, entonces te creeré.

—Lo es.

—Entonces, dímelo.

—Soy un alienígena. Soy el cuarto de nueve niños que viajaron a la Tierra

cuando mi planeta fue destruido. Tengo poderes que no son humanos, que me permiten hacer cosas como lo que acabo de hacer en la casa. Y aquí, en la Tierra, hay otros alienígenas que están buscándome. Son los que atacaron mi planeta y, si me encuentran, me matarán.

Tras esto, espero que me dé un bofetón, o que se ría de mí, o que chille, o que dé media vuelta y huya de mí. Pero, en lugar de eso, se queda mirándome fijamente a los ojos.

—Estás diciéndome la verdad —dice.

—Sí.

La miro a los ojos, deseando que me crea. Ella me escruta un buen rato, y después asiente con la cabeza.

—Gracias por salvarme la vida. No me importa lo que eres ni de dónde vienes. Para mí, eres John, el chico al que quiero.

—¿Qué?

—Te quiero, John, y me has salvado la vida, y eso es lo único que importa.

—Yo también te quiero. Y siempre te querré.

La envuelvo en mis brazos y la beso. Al cabo de cerca de un minuto, se separa de mí y me dice:

—Vamos a buscar ropa para ti y a volver con los demás para que sepan que estamos bien.



Sarah encuentra una muda de ropa en el cuarto coche en el que miramos. Se parece lo bastante a lo que yo llevaba puesto (unos vaqueros y una camisa) para que nadie note la diferencia. Cuando llegamos a la casa, nos quedamos lo más lejos posible, pero donde todavía podemos ver lo que ocurre. La casa se ha desplomado sobre sí misma y ahora no es más que un montón amorfo de carbones negros y empapados de agua. De vez en cuando se elevan volutas de humo que adquieren un aspecto fantasmagórico en el aire nocturno. Cuento tres camiones de bomberos y seis coches de policía. Nueve señales centelleantes en total, sin un sonido que las acompañe. Se ha ido muy poca gente, por no decir nadie, pero les han obligado a retroceder, y una cinta amarilla acordona la casa. Los agentes de policía están interrogando a algunos. Hay cinco bomberos en medio de la devastación, escudriñando entre los escombros.

Entonces oigo a alguien por detrás que grita: « ¡Aquí están! ». Todos los ojos de la multitud se vuelven hacia mí, y tardo cinco segundos enteros en comprender que es a mí a quien se refieren.

Cuatro agentes de policía vienen hacia nosotros. Detrás de ellos hay un

hombre con una libreta y una grabadora. Mientras buscábamos ropa, Sarah y yo hemos preparado juntos una historia. Di la vuelta a la casa, y en la parte de atrás la encontré a ella, que estaba contemplando el incendio. Había saltado desde la ventana de la primera planta con los perros, que se habían ido corriendo. Después, observamos el incendio apartados de la multitud, pero al final nos fuimos acercando y nos unimos a ella. Le he explicado que no podíamos decirle a nadie lo que ha pasado, ni siquiera a Sam ni a Henri, y que, si alguien descubre la verdad, tendré que irme inmediatamente. Por eso hemos acordado que yo contestaría las preguntas y que ella coincidiría en todo lo que yo dijera.

—¿Tú eres John Smith? —me pregunta uno de los policías. Tiene una altura media, y se le ve cargado de hombros. Aunque no tiene sobrepeso, está lejos de estar en forma, ya que tiene un poco de barriga y un aire general de flacidez.

—Sí, ¿por qué?

—Dos personas han dicho que te han visto correr hacia esa casa y que luego has salido volando por la parte de atrás como Superman, llevando a los perros y a la chica en brazos.

—¿De verdad? —pregunto en tono incrédulo. Sarah permanece a mi lado.

—Eso es lo que han dicho.

Suelto una risa fingida, diciendo:

—La casa estaba en llamas. ¿Tengo pinta de haber estado en una casa en llamas?

Él junta las cejas y apoya las manos en las caderas.

—Entonces, ¿dices que no has entrado?

—He dado la vuelta a la casa para buscar a Sarah —contesto—. Había salido con los perros. Nos hemos quedado allí mirando el incendio y después hemos vuelto aquí.

El agente mira a Sarah.

—¿Es eso verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿quién ha entrado en la casa? —tercia el periodista. Es la primera vez que habla. Me observa con ojos suspicaces, recelosos. Solo por eso me doy cuenta de que no se cree mi historia.

—¿Cómo voy a saberlo? —contesto.

Él asiente con la cabeza y anota algo en la libreta. No puedo leer lo que ha escrito.

—Entonces, ¿estás diciendo que estos dos testigos mienten? —insiste el periodista.

—¡Baines! —le reprende el policía, meneando la cabeza.

Yo asiento y respondo:

—No he entrado en la casa y tampoco la he salvado a ella ni a los perros. Ya estaban fuera.

—¿Quién ha dicho nada de salvarla a ella o a los perros? —pregunta Baines.

—Creía que estaba insinuando eso —digo, encogiéndome de hombros.

—No he insinuado nada.

Sam llega entonces con mi teléfono. Le clavo la mirada para indicarle que es un mal momento, pero él no me entiende y me devuelve el móvil de todos modos.

—Gracias —le digo.

—Me alegro de que estés bien.

Los policías le miran de arriba abajo, pero él se escabulle enseguida.

Baines observa la escena con ojos entornados. Está mascando chicle, mientras junta piezas en su cabeza. Asiente para sí y dice:

—Entonces, ¿le diste tu móvil a tu amigo antes de ir a explorar?

—Le di mi móvil en la fiesta. Me molestaba en el bolsillo.

—Claro, claro —dice Baines—. Entonces, ¿adónde fuiste?

—Ya vale, Baines, basta de preguntas —le dice el agente.

—¿Puedo irme? —le pregunto, y él asiente.

Me alejo con Sarah, móvil en mano, mientras marco el número de Henri.

—¿Sí? —contesta Henri.

—¿Puedes venir a recogernos? Aquí ha habido un terrible incendio.

—¿Qué?

—Tú ven a recogernos, ¿vale?

—Vale. Voy ahora mismo.

—Por cierto, ¿cómo explicas el corte que tienes en la cabeza? —pregunta desde mi espalda Baines, que me ha seguido y me ha escuchado mientras hablaba con Henri.

—Me he cortado con una rama en el bosque.

—Sí, eso lo explica todo —dice, y de nuevo anota algo en la libreta—. Sabes que sé cuándo me están mintiendo, ¿verdad?

Hago caso omiso de él, y sigo andando con la mano de Sarah en la mía. Nos acercamos a Sam.

—Descubriré la verdad, joven. Siempre lo hago —grita Baines desde detrás.

—Henri viene hacia aquí —digo a Sam y a Sarah.

—¿A qué rayos venía todo eso? —pregunta Sam.

—¿Quién sabe? Alguien cree que me ha visto entrar corriendo en la casa, supongo que alguien que ha bebido más de la cuenta —digo, dirigiéndome más a Baines que Sam.

Nos quedamos al final del camino de entrada hasta que llega Henri. Se detiene junto a nosotros, sale de la camioneta y mira la casa humeante a lo lejos.

—Diablos. Prométeme que no has tenido nada que ver con esto —me dice.

—No he tenido nada que ver —le aseguro.

Nos metemos en la camioneta. Henri la pone en marcha sin dejar de mirar

los escombros carbonizados.

—Oléis a humo —dice.

Nadie le contesta, y hacemos el resto del camino en silencio, con Sarah sentada en mi regazo. Dejamos primero a Sam, y después Henri conduce la camioneta de nuevo hacia la carretera, en dirección a la casa de Sarah.

—No quiero separarme de ti esta noche —me dice Sarah.

—Yo tampoco quiero separarme de ti.

Cuando llegamos a su casa, me bajo con ella y la acompaño hasta la puerta. Le cuesta separarse de mí cuando le doy un abrazo de buenas noches.

—¿Me llamarás cuando llegues a tu casa?

—Claro.

—Te quiero —me dice, y sonrío.

—Yo también te quiero.

Sarah entra en su casa, y yo vuelvo a la camioneta, donde Henri me está esperando. Tengo que buscar una manera de impedir que descubra lo que ha pasado de verdad esta noche, que nos haga irnos de Paradise. Henri arranca y conduce hacia casa.

—Dime, ¿qué le ha pasado a tu chaqueta? —me pregunta.

—Estaba en un armario de Mark.

—¿Y qué le ha pasado a tu cabeza?

—Me he dado un golpe intentando salir cuando ha empezado el incendio.

Él me mira, escamado.

—Tú eres el que huele a humo.

Me encojo de hombros.

—Había mucho humo.

—¿Y qué ha provocado el incendio?

—Para mí que alguien ha bebido de más.

Henri asiente y coge nuestra carretera.

—Bueno, será interesante ver lo que dicen los periódicos el lunes —dice, y se vuelve hacia mí, estudiando mi reacción.

Me quedo en silencio. «Sí —pienso—, no me cabe duda de que lo será».

CAPÍTULO VEINTISIETE



NO PUEDO DORMIR. ME QUEDO EN LA CAMA, mirando al techo en la oscuridad. Llamo a Sarah y hablamos hasta las tres; después de colgar, me quedo allí tumbado con los ojos abiertos de par en par. A las cuatro, me arrastro fuera de la cama y salgo de la habitación. Henri está sentado a la mesa de la cocina, tomando un café. Levanta la vista hacia mí, ojeroso y con el pelo alborotado.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Yo tampoco podía dormir. Estoy dando un repaso a las noticias.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, pero todavía no sé cómo nos puede afectar. Los hombres que escribían y editaban *Están entre nosotros*, los hombres que conocimos, han sido torturados y asesinados.

—¿Qué? —exclamo, sentándome enfrente de él.

—La policía los encontró cuando los vecinos llamaron diciendo que habían oído gritos en la casa.

—Ellos no sabían dónde vivíamos.

—No, no lo sabían. Por suerte. Pero esto significa que los mogadorianos están volviéndose más atrevidos. Y que están cerca. Si vemos u oímos algo más fuera de lo común, vamos a tener que irnos inmediatamente, sin quejas ni preguntas.

—Está bien.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Dolorida —le contesto.

La herida ha necesitado siete puntos para cerrarse. Me los ha dado el propio Henri. Llevo una sudadera holgada. Estoy seguro de que uno de los cortes de la espalda también necesita puntos, pero entonces tendría que quitarme la ropa y

¿cómo explicaría a Henri los demás cortes y rasguños? Enseguida deduciría lo que ha ocurrido. Y todavía me queman los pulmones. El dolor ha empeorado, en lugar de mejorar.

—Entonces, ¿el fuego empezó en el sótano?

—Sí.

—¿Y tú estabas en el salón?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que empezó en el sótano?

—Porque todos subieron corriendo desde allí.

—¿Y todos estaban ya fuera de la casa cuando saliste?

—Sí.

—¿Cómo lo sabías?

Me doy cuenta de que está intentando hacer que me contradiga, que guarda reservas respecto a mi versión. Está claro que no se cree que me quedé fuera mirando, igual que los demás.

—No volví a entrar —le miento en la cara, aunque me duele hacerlo.

—Te creo —me dice.



Cuando me despierto son casi las doce del mediodía. Los pájaros gorjean al otro lado de la ventana, y el sol entra a raudales. Dejo escapar un suspiro de alivio. Si Henri me ha dejado dormir hasta tan tarde, es porque no había noticias que me incriminaran. En caso contrario, me habría arrancado de la cama y obligado a hacer las maletas.

Me doy la vuelta en la cama, poniéndome boca abajo, y entonces es cuando me asalta el dolor. Siento como si alguien me presionara el pecho, oprimiéndolo. No puedo respirar hondo. Cuando lo intento, siento un dolor agudo que me asusta.

Bernie Kosar está hecho un ovillo a mi lado, roncando. Le despierto provocándole para que pelee. Al principio gruñe, pero después se defiende. Así empezamos el día: yo provocho al perro que ronca a mi lado, él menea el rabo y deja la lengua colgando, y acto seguido ya me siento mejor. Ya no me preocupa el dolor en el pecho, ni lo que pueda traer el día.

La camioneta de Henri no está. En la mesa hay una nota que dice: « He ido a la tienda. Vuelvo a la 1 ». Salgo fuera. Me duele la cabeza y tengo los brazos rojos y magullados, con los cortes algo inflamados, como si fueran los arañazos de un gato. No me importan los cortes, ni el dolor en la cabeza, ni la quemazón en el pecho. Lo único que me importa es que siga aquí, en Ohio, que mañana iré al mismo instituto al que llevo yendo ya tres meses, y que esta noche veré a Sarah.



Henri vuelve a casa a la una. La expresión demacrada de sus ojos me dice que todavía no ha dormido. Después de descargar la compra, se mete en su habitación y cierra la puerta. *Bernie Kosar* y yo salimos a pasear al bosque. Intento correr y por un rato lo consigo, pero después de un kilómetro o así el dolor es demasiado fuerte y tengo que parar. Seguimos caminando unos ocho kilómetros. El bosque termina en una carretera rural parecida a la nuestra. Doy media vuelta y regreso a casa. Cuando llego, Henri sigue en su habitación, con la puerta cerrada. Me siento en el porche. Cada vez que veo pasar un coche, me tensó. No puedo evitar pensar que uno de ellos se detendrá aquí, pero ninguno lo hace.

La confianza que sentía al despertarme se ha ido resquebrajando lentamente a medida que el día decae. La *Paradise Gazette* no sale los domingos. ¿Aparecerá un artículo mañana? En el fondo, temía que sonara una llamada, o que se presentara el mismo periodista en nuestra puerta, o uno de los policías para hacer más preguntas. No sé por qué me preocupa tanto un reportero de segunda, pero fue muy persistente... demasiado persistente. Y sé que no se creyó mi versión.

Pero nadie viene a nuestra casa. Nadie llama. Esperaba alguna novedad, y cuando esa novedad no se presenta, el temor a ser descubierto se apodera lentamente de mí. «Descubriré la verdad, joven. Siempre lo hago», dijo Baines. Me planteo correr al pueblo, buscarle para disuadirle de revelar ninguna verdad, pero sé que eso solo levantaría más sospechas. Lo único que puedo hacer es armarme de paciencia y esperar lo mejor.

No entré en esa casa.

No tengo nada que esconder.



Sarah viene a verme por la noche. Vamos a mi habitación, y allí la estrecho entre mis brazos, tumbado de espaldas en la cama. Tiene la cabeza apoyada en mi pecho y la pierna echada encima de mí. Me hace preguntas sobre quién soy, sobre mi pasado, sobre Lorient, sobre los mogadorianos. Todavía me asombra que me haya creído con tanta rapidez y facilidad, y que haya podido aceptarlo. Contesto a todo con la verdad, cosa que me hace sentir bien después de todas las mentiras que he tenido que contarle estos últimos días. Sin embargo, cuando hablamos de los mogadorianos, empiezo a sentir temor. Me preocupa que nos

encuentren. Que lo que he hecho nos ponga al descubierto. Volvería a hacerlo sin pensarlo, porque, de lo contrario, Sarah estaría muerta, pero tengo miedo. También temo lo que Henri hará si lo descubre. Aunque no lo sea desde el punto de vista biológico, a todos los efectos es mi padre. Yo le quiero, él me quiere, y no deseo decepcionarle. Durante el rato que pasamos tumbados en la habitación, mis temores empiezan a alcanzar nuevas cotas. No soporto no saber lo que traerá el nuevo día, y la incertidumbre está partiéndome en dos. Estamos a oscuras. Una parpadeante vela arde en el alféizar de la ventana, a poca distancia. Hago una profunda inspiración, es decir, todo lo profunda que me permiten los pulmones.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Sarah.

—Te echo de menos —le digo, envolviéndola en mis brazos.

—¿Me echas de menos? Pero si estoy aquí.

—Esta es la peor forma de echar de menos a alguien. Cuando está justo a tu lado y le echas de menos de todos modos.

—Qué cosas más raras dices.

Dicho esto, estira el brazo, acerca mi cara a la suya y me besa, plantando sus suaves labios sobre los míos. No quiero que pare. No quiero que pare nunca de besarme. Mientras lo haga, todo va bien. Todo es como debería. Me quedaría en esta habitación para siempre si pudiera. El mundo puede apañarse sin mí, sin nosotros, mientras nos quedemos aquí, juntos, uno en los brazos del otro.

—Mañana.

—Mañana, ¿qué? —me dice, levantando la cabeza para mirarme.

Meneo la cabeza, diciendo:

—La verdad es que no lo sé. Supongo que tengo miedo, nada más.

Ella me lanza una mirada confusa.

—¿Miedo de qué?

—No lo sé. Miedo, sin más.



Cuando Henri y yo volvemos a casa tras dejar a Sarah en la suya, vuelvo a mi habitación y me tumbo en el sitio donde estaba ella. Todavía puedo olerla en mi cama. Esta noche no podré dormir. Ni siquiera voy a intentarlo. Doy vueltas por la habitación. Cuando Henri se acuesta, salgo de la habitación y me siento a la mesa de la cocina para escribir a la luz de una vela. Escribo sobre Lorient, sobre Florida, sobre las cosas que vi cuando empezaron los entrenamientos: la guerra, los animales, las imágenes de la infancia. Con esto espero algún tipo de alivio, de catarsis, pero no se produce. Solo consigue ponerme más triste.

De tanto escribir, tengo calambres en la mano cuando salgo de la casa y me quedo parado en el porche. El aire frío ayuda a mitigar el dolor de respirar. La luna está casi llena, apenas limada por un lado. Quedan dos horas para el amanecer, y con él llegará el nuevo día, y las noticias del fin de semana. El periódico suele caer en nuestro umbral a las seis, a veces a las seis y media. Pero, para cuando llegue, ya estaré en el instituto. Si salgo en el periódico, me niego a irme sin ver a Sarah otra vez, sin despedirme de Sam.

Entro de nuevo en la casa, me cambio de ropa y preparo la mochila. Vuelvo a salir de puntillas y cierro la puerta en silencio detrás de mí. He dado solo tres pasos en el porche cuando oigo unos arañazos en la puerta. Me doy la vuelta, la abro y *Bernie Kosar* sale al trote. « Está bien —pienso—, vayamos juntos ».

Por el camino, nos paramos a menudo, escuchando en el silencio. La noche es oscura pero, al cabo de un rato, un resplandor pálido se ensancha en el este justo cuando llegamos a las inmediaciones del instituto. No hay coches en el aparcamiento, y dentro todas las luces están apagadas. Justo delante del edificio, enfrente del mural del pirata, hay una gran roca que han pintado promociones anteriores del instituto. Me siento sobre ella. *Bernie Kosar* se tumba en la hierba, a pocos pasos de mí. Paso allí media hora hasta que llega el primer vehículo, una furgoneta. Me imagino que es Hobbs, el conserje, que llega temprano para ponerlo todo en orden en el instituto, pero no es así. La furgoneta se para delante de la entrada principal y sale el conductor, dejando el motor al ralentí. Lleva un fajo de periódicos atados con alambre. Nos saludamos con un movimiento de cabeza antes de que él deje el fajo en la puerta y se vaya de nuevo en la furgoneta. Me quedo en la roca, echando miradas de odio a los periódicos. En mi interior, estoy lanzándoles insultos, retándolos a dar las malas noticias que tanto me aterran.

—No volví a esa casa el sábado —digo en voz alta, sintiéndome estúpido al momento siguiente. Acto seguido desvío la vista, suspiro y me bajo de la roca de un salto.

—En fin —digo a *Bernie Kosar*—. La suerte está echada, para bien o para mal.

Él abre los ojos un instante, y luego vuelve a cerrarlos y prosigue su cabezadita en el frío suelo.

Arranco el alambre que sujeta los periódicos y levanto el de encima. La noticia está en primera página. Encima de todo hay una foto de los escombros carbonizados, tomada a la mañana siguiente, al amanecer. La imagen tiene un aire gótico, lúgubre. Las cenizas negras tienen un telón de fondo de árboles desnudos y hierba cubierta de escarcha. Leo el titular:

Aguanto la respiración, con una angustiosa sensación centrada en mis entrañas, como si estuviera a punto de llegarme una espantosa noticia. Paso la vista por el artículo a toda velocidad. No lo leo, solo lo barro en busca de mi nombre. Llego al final. Pestaño y sacudo la cabeza, como para quitarme telarañas de encima. Empieza a formarse una cautelosa sonrisa. Después, vuelvo a barrer el artículo.

—No puede ser. *Bernie*, ¡no sale mi nombre! —exclamo.

Pero él no me presta atención. Corro sobre la hierba y salto a la roca.

—¡No sale mi nombre! —Vuelvo a gritar, esta vez tan fuerte como puedo.

Me siento en la roca y leo la noticia. El titular hace referencia a *Como humo se va*, del dúo cómico Cheech y Chong, que al parecer es una película sobre drogas. La policía cree que lo que inició el fuego fue un porro de marihuana encendido en el sótano. No sé de dónde han podido sacar esa información, más que nada porque no es cierta. Todo el artículo en sí es cruel y mordaz, casi un ataque contra la familia James. No me cayó bien ese periodista. Es evidente que tiene algo contra los James, a saber por qué.

Sentado en la roca, leo el artículo tres veces antes de que llegue la primera persona a abrir las puertas. No puedo evitar sonreír. Voy a quedarme en Ohio, en Paradise. El nombre de la ciudad ya no me parece tan tonto. Aunque tengo la sensación de que paso algo por alto, de que he olvidado un elemento clave con la emoción del momento, estoy tan feliz que me da igual. Ya no hay nada que temer. Mi nombre no sale en el artículo. No entré corriendo en esa casa. La prueba está aquí, en mis manos. Nadie puede decir lo contrario.



—¿Por qué estás tan contento? —me pregunta Sam en clase de astronomía, ya que no he dejado de sonreír.

—¿No has leído el periódico esta mañana?

Él asiente.

—¡Sam, no salía en él! Ya no tengo que irme.

—¿Y por qué iban a sacarte en el periódico?

Me quedo perplejo. Abro la boca para explicárselo, pero justo entonces Sarah entra en el aula y se acerca con paso alegre por el pasillo central.

—Hola, bombón —le saludo.

Ella se inclina a mí y me besa en la mejilla, algo que siempre agradeceré como un regalo.

—Yo sé de alguien que está muy contento hoy —dice.

—Contento de verte. ¿Estás nerviosa por el examen de conducir?

—Igual un poco. Tengo ganas de que haya pasado ya —contesta, y se sienta a mi lado.

«Este es mi día —pienso—. Aquí es donde quiero estar y aquí es donde estoy. Sarah a un lado, y Sam al otro».

Asisto a las clases como he hecho todos los demás días. Me siento con Sam a la hora del almuerzo. No hablamos del incendio, y debemos de ser los únicos de todo el instituto que no lo hacen. La misma historia, repetida hasta la saciedad. No he oído pronunciar mi nombre ni una sola vez. Como esperaba, Mark no ha venido a clase. Se ha extendido el rumor de que él y otros de sus compañeros serán expulsados del instituto por la teoría que ha difundido el periódico. No sé si es cierto o no el rumor. Tampoco sé si me importa.

Para cuando Sarah entra en la cocina para la clase de economía doméstica, en la octava hora, la certeza de que estoy a salvo ha arraigado en mí. Es una certeza tan fuerte que sigo pensando que debo de estar equivocado, que he debido de pasar algo por alto. La duda ha ido aflorando poco a poco a lo largo de todo el día, pero vuelvo a enterrarla rápidamente.

Preparamos un pudín de tapioca. Ha sido un día fácil. En mitad de la clase, se abre la puerta de la cocina. Es el vigilante de pasillo. Le miro, y enseguida le veo como lo que es. El portador de malas noticias, el mensajero de la muerte. Viene derecho hacia mí y me da un papel.

—El señor Harris quiere verte —dice.

—¿Ahora?

Él asiente con la cabeza.

Miro a Sarah y me encojo de hombros. No quiero que vea mi miedo. Le sonrío y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me doy la vuelta y vuelvo a mirarla. Está inclinada sobre la mesa, mezclando ingredientes, con el mismo delantal verde que le até en mi primer día, el día que hicimos tortitas y nos las comimos en el mismo plato. Lleva el pelo recogido en una coleta y unos mechones sueltos le cuelgan delante de la cara. Se los mete detrás de la oreja y, al hacerlo, me ve parado en la puerta, observándola. Sigo mirándola, intentando grabar cada pequeño detalle de este momento para recordarlo: la forma en que agarra la cuchara de madera, el tono marfileño de su piel a la luz que entra por las ventanas detrás de ella, la ternura de sus ojos. Su camisa tiene un botón suelto, en el cuello. Me pregunto si lo sabe. Entonces, el vigilante de pasillo dice algo detrás de mí. Saludo a Sarah con la mano, cierro la puerta y echo a andar por el pasillo. Me tomo mi tiempo, intentando convencerme de que es solo un trámite: algún documento que hemos olvidado firmar, alguna pregunta sobre mi expediente académico. Pero sé que no es solo un trámite.

El director está sentado detrás de su mesa cuando entro al despacho. Sonríe

de una forma que me aterra: es la misma sonrisa de orgullo que tenía el día que sacó a Mark de clase para que hiciera la entrevista.

—Siéntate —me dice, y le obedezco—. Entonces, ¿es eso cierto?

El señor Harris echa una ojeada a la pantalla de su ordenador, y luego mira de nuevo hacia mí.

—¿Qué es cierto?

Encima de la mesa hay un sobre que lleva mi nombre escrito a mano, con tinta negra. Se da cuenta de que lo estoy mirando y me dice:

—Ah, sí, hemos recibido esto para ti por fax hace cosa de media hora.

Levanta el sobre y lo lanza hacia mí. Lo cojo en el aire.

—¿Qué es? —pregunto.

—Ni idea. Mi secretaria lo ha metido en el sobre y lo ha cerrado en cuanto ha llegado.

En ese momento, ocurren varias cosas a la vez. Abro el sobre y saco su contenido: dos hojas. La primera es una portada con mi nombre escrito y la palabra «CONFIDENCIAL» escrita con letras grandes. La coloco detrás de la segunda hoja, que no contiene más que una frase escrita con mayúsculas. Sin firma. Solo cuatro palabras negras escritas sobre el fondo blanco.

—Entonces, señor Smith, ¿es eso cierto? ¿Entré corriendo en esa casa en llamas para salvar a Sarah Hart y a esos perros? —me pregunta el director.

La sangre aflora a mi cara. Levanto la vista. El señor Harris gira la pantalla del ordenador hacia mí para que pueda leerla. Es el blog de la *Paradise Gazette*. No necesito mirar el nombre del autor para saber quién es. Me basta con el título.

EL INCENDIO DE LA CASA DE LOS JAMES: LA HISTORIA DESCONOCIDA

La respiración se me corta en la garganta. El pulso se me dispara. El mundo se detiene, o al menos eso es lo que parece. Me siento morir por dentro. Miro otra vez la hoja que tengo en las manos. Un papel blanco y liso al tacto. Dice lo siguiente:

¿ERES EL NÚMERO 4?

Las dos hojas se me caen de las manos, revolotean y se posan en el suelo, donde se quedan inmóviles. «No lo entiendo —pienso—. ¿Cómo puede ser?».

—¿Y bien? ¿Es cierto o no? —insiste el señor Harris.

Se me desencana la mandíbula. El director está sonriente, orgulloso, feliz. Pero no es a él a quien veo. Es lo que está detrás de él, lo que hay al otro lado de

las ventanas de su despacho. El borrón rojo doblando la esquina, más rápido de lo normal, de lo que sería aconsejable. El rechinar de neumáticos deslizándose en el aparcamiento. La camioneta proyectando gravilla mientras da otro giro. Henri inclinándose sobre el volante como un maniaco desquiciado. Pisa el freno con tanta fuerza que todo su cuerpo da una sacudida mientras la camioneta se detiene con un chirrido.

Cierro los ojos.

Hundo la cabeza en mis manos.

A través de la ventana veo abrirse la camioneta. Oigo el portazo.

Henri entrará en este despacho en menos de un minuto.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



—**¿SE ENCUENTRA BIEN, SEÑOR SMITH?** —me pregunta el director.

Alzo la vista para mirarle. Él ensaya su mejor mirada de preocupación, una mirada que dura tan solo un segundo antes de que la sonrisa dentada regrese a su rostro.

—No, señor Harris —respondo—. No me encuentro bien.

Recojo la hoja del suelo y vuelvo a leerla. ¿Quién la ha mandado? ¿Se dedican ahora a jugar con nosotros? No hay teléfono, ni dirección ni nombre. Nada aparte de esas cuatro palabras entre signos de interrogación. Levanto la vista hacia la ventana. La camioneta de Henri está ya aparcada, con el tubo de escape todavía humeante. Ha venido a sacarme de aquí lo más rápido posible. Vuelvo a mirar la pantalla del ordenador. El artículo salió a las 11.59, hace casi dos horas. Me sorprende que Henri haya tardado tanto en llegar. Una sensación de vértigo me envuelve por completo. Me siento como a punto de desvanecerme.

—¿Quieres ir a la enfermería? —pregunta el señor Harris.

«¿La enfermería? —Pienso—. No, no quiero ir a la enfermería». La sala de enfermería está al lado de la cocina de economía doméstica. «Lo que quiero, señor Harris, es volver a estar ahí, hace quince minutos, antes de que llegara el vigilante de pasillo». Sarah debe de haber puesto el pudín en el fuego. Me pregunto si estará ya hirviendo al baño María. ¿Estará mirando a la puerta, esperando a que vuelva?

El leve eco de las puertas de la entrada principal cerrándose llega hasta el despacho del director. Quince segundos y Henri estará aquí. Y después, a la camioneta. Y después, a casa. Y después, ¿adónde? ¿A Maine? ¿Missouri? ¿Canadá? Otro instituto, otro nombre, otro nuevo comienzo.

Llevo casi treinta horas sin dormir, y solo ahora siento el agotamiento. Pero con él llega otra cosa, y en la fracción de segundo que media entre el instinto y la acción, la realidad de que voy a irme para siempre, sin poder despedirme siquiera, me resulta de repente demasiado insoportable. Mis ojos se entornan, mi cara se crispa por la agonía y sin pensarlo, sin saber verdaderamente lo que estoy haciendo, salto sobre la mesa del señor Harris y atravieso la ventana de cristal pulido, que se rompe en un millón de pedazos detrás de mí. Se alza un grito escandalizado.

Mis pies se posan en la hierba de fuera. Giro a la derecha y atravieso el patio como una flecha, viendo pasar a mi derecha las aulas desdibujadas. Dejo atrás el aparcamiento y me meto en el bosque que queda más allá del campo de béisbol. El cristal me ha dejado cortes en la frente y el codo izquierdo. Me arden los pulmones. A la porra el dolor. Sigo adelante, con la hoja todavía en la mano derecha. Me la meto en el bolsillo. ¿Para qué mandarían un fax los mogadorianos? ¿Por qué no se presentan sin más? Esa es su mayor ventaja, llegar de repente, sin previo aviso. Para cogernos por sorpresa.

Giro bruscamente a la izquierda en medio del bosque y corro en zigzag, entrando y saliendo de las zonas más frondosas, hasta que terminan los árboles y empiezan los campos. Unas vacas rumian y me observan con mirada vacía mientras paso a su lado como una bala. Llego a casa antes que Henri. No veo a *Bernie Kosar* por ningún lado. Atravieso la puerta como una exhalación y freno en seco. Se me corta la respiración en la garganta. Sentado a la mesa de la cocina, delante del portátil de Henri, hay una figura que tomo inmediatamente por uno de ellos. Han sido más rápidos que yo, y han conseguido encontrarme a solas, sin Henri. La figura se gira hacia mí, y aprieto los puños, listo para luchar.

Es Mark James.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

—Estoy intentando entender de qué va todo esto —me dice, con una palpable mirada de espanto en los ojos—. ¿Quién demonios eres tú?

—¿Dé qué estás hablando?

—Mira —dice, señalando la pantalla del ordenador.

Me acerco a él, pero en lugar de mirar la pantalla, mis ojos se centran en la hoja blanca que hay al lado del portátil. Es una copia exacta de la que tengo en el bolsillo, salvo por la calidad del papel, que es más grueso que el del fax. Y entonces me fijo en otra cosa más. Al pie de la hoja de la mesa, en una letra muy pequeña, hay un número de teléfono. ¿Ahora quieren que les llamemos? «Sí, soy yo, el Número Cuatro. Estoy aquí, esperándoos. Llevamos diez años huyendo, pero venid a matarnos ahora, faltaría más; no nos resistiremos». No tiene ningún sentido.

—¿Esto es tuyo? —pregunto a Mark.

—No, lo ha entregado el mensajero en el mismo momento en que he llegado

y o. Tu padre lo ha leído mientras le enseñaba el vídeo, y luego se ha ido pitando.

—¿Qué vídeo?

—Este —responde.

Miro el ordenador y veo que se ha conectado a YouTube. Hace clic en el botón de reproducción de un vídeo de imagen granulada, de mala calidad, como si lo hubieran grabado con un móvil. Reconozco la casa al momento, con la parte frontal en llamas. La cámara tiembla, pero permite oír el ladrido de los perros y las exclamaciones horrorizadas de la multitud. Entonces, la persona que lleva la cámara empieza a separarse de los demás, hacia un lado de la casa, y finalmente hacia la parte trasera. La cámara hace *zoom* en la ventana de donde salen los ladridos. Entonces, dejan de oírse. En ese momento cierro los ojos, porque sé lo que viene ahora. Transcurren unos veinte segundos, y en el instante en que vuelo a través de la ventana con Sarah en un brazo y la perra en el otro, Mark pulsa el botón de pausa en el vídeo. El *zoom* ha aumentado, y nuestras caras son inconfundibles.

—¿Quién eres tú? —pregunta Mark

Haciendo caso omiso de su pregunta, le hago yo otra:

—¿Quién ha grabado esto?

—No tengo ni idea.

La gravilla cruje bajo los neumáticos de la camioneta delante de la casa, señalando la llegada de Henri. Me pongo derecho, y mi primer impulso es el de escapar, salir de la casa y volver al instituto, donde sé que Sarah se quedará después de las clases revelando fotos hasta las cuatro y media, la hora de su examen de conducir. Su cara es tan reconocible en el vídeo como la mía, lo que la pone tan en peligro como a mí. Pero algo me impide salir corriendo, y en lugar de eso me coloco al otro lado de la mesa y espero. La puerta de la camioneta se cierra de golpe. Henri camina hacia la casa cinco segundos después, con *Bernie Kosar* corriendo delante de él.

—Me has mentido —dice en la entrada con expresión endurecida y los músculos de la mandíbula muy tensos.

—Miento a todo el mundo —contesto—. Lo he aprendido de ti.

—¡Pero no nos mentimos el uno al otro! —me grita.

Nos miramos fijamente a la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Mark

—No me iré sin haber encontrado a Sarah —afirmo—. ¡Está en peligro, Henri!

Él niega con la cabeza.

—Ahora no es momento para sentimentalismos, John. ¿No has visto esto? —dice. Se acerca a la mesa, levanta el papel y lo agita delante de mí—. ¿Quién demonios crees que lo ha enviado?

—¿Queréis decirme qué está pasando aquí? —grita Mark, casi berreando.

Hago caso omiso del papel y de Mark, y sigo con la mirada clavada en los ojos de Henri.

—Sí, lo he visto, y por eso tengo que volver al instituto. Cuando la vean en el vídeo, irán a por ella.

Henri empieza a caminar hacia mí. Antes de dar el tercer paso, levanto la mano y le detengo a unos tres metros de mí. Él intenta seguir andando, pero yo le mantengo sujeto donde está.

—Tenemos que irnos de aquí, John —me dice, con un tono dolido, casi suplicante, en la voz.

Mientras le retengo a distancia, empiezo a retroceder hacia mi habitación. Henri deja de intentar caminar. Se queda en silencio, observándome con una mirada de dolor en sus ojos, una mirada que me hace sentir peor que nunca. Tengo que desviar la vista. Cuando llego a mi puerta, nuestras miradas se cruzan otra vez. Tiene los hombros caídos, con los brazos a los lados, como si no supiera qué hacer consigo mismo. Me mira sin más, con una expresión cercana al llanto.

—Lo siento —digo.

Me he proporcionado el tiempo suficiente para escapar. Me doy la vuelta y entonces entro en mi habitación a toda velocidad, saco de la cómoda una navaja con la que limpiaba pescado cuando todavía vivíamos en Florida y salto por la ventana para correr hacia el bosque. Me sigue el ladrido de *Bernie Kosar*, nada más. Corro un kilómetro y me detengo en el gran claro donde Sarah y yo dibujamos ángeles de nieve. Nuestro claro, como lo llamó ella. El claro donde haríamos picnic en verano. Siento una punzada de dolor en el pecho al pensar que no estaré aquí en verano, un dolor tan grande que me doblo, apretando los dientes. Ojalá pudiera llamarla y decirle que se vaya del instituto. Pero mi móvil, junto con todo lo demás que me he llevado en la mochila, está en mi taquilla. Apartaré a Sarah del peligro y después volveré con Henri y nos iremos.

Echo a correr hacia el instituto, tan rápido como me lo permiten los pulmones. Llego justo cuando los autocares han empezado a salir del aparcamiento. Los observo desde el linde del bosque. Delante del edificio, Hobbs está parado al lado de la ventana midiendo un largo tablón con el que tapar la ventana que he roto. Calmo mi respiración, hago un esfuerzo por despejar la mente. Observo el goteo de coches que se van hasta que no quedan más que unos pocos. Hobbs tapa el agujero y se mete en el edificio. Me pregunto si le han advertido acerca de mí, si le han ordenado que llame a la policía si me ve. Miro mi reloj. Aunque son solo las 15.30, la oscuridad parece estar cayendo más rápido de lo normal. Es una oscuridad densa, pesada, arrolladora. Las luces del aparcamiento se han encendido, pero parecen débiles, mortecinas.

Salgo del bosque y atravieso el campo de béisbol en dirección al aparcamiento. Hay unos diez vehículos solitarios. La entrada del instituto ya está cerrada con llave. Sujetando el pomo en todo momento, cierro los ojos, me

concentro y la cerradura se abre con un clic. Entro en el edificio, y no veo a nadie en el interior. Solo están encendidas la mitad de las luces del pasillo. El aire está quieto y silencioso. Oigo la abrillantadora de suelos funcionando en algún lado. Me dirijo hacia el vestíbulo, y desde allí diviso la puerta del cuarto oscuro. Sarah. Tenía previsto revelar algunas fotos antes del examen de conducir. Al pasar frente a mi taquilla, decido abrirla. Mi móvil no está allí; la taquilla está completamente vacía. Alguien, espero que Henri, se lo ha llevado todo. Llego al cuarto oscuro sin haber visto ni a una sola persona. ¿Dónde están los deportistas, los miembros de la banda escolar, los profesores que a menudo se quedan hasta tarde para corregir trabajos o hacer lo que sea que hacen? Un mal presentimiento se me cala en los huesos, y me aterra la idea de que algo horrible le haya sucedido a Sarah. Pego la oreja a la puerta del cuarto oscuro para escuchar, pero no oigo nada aparte del zumbido de la abrillantadora de suelos que llega desde lejos por el pasillo. Tomo aire y tanteo la puerta. Está cerrada con llave. Vuelvo a pegar la oreja y doy unos toques suaves. No hay respuesta, pero oigo un leve rumor al otro lado. Inspiro profundamente, me pongo en guardia contra lo que pueda encontrar al otro lado y abro la cerradura.

La estancia está completamente a oscuras. Enciendo mis luces y dirijo las manos hacia un lado, y luego hacia el otro. No veo nada y, justo cuando pienso que el cuarto está vacío, detecto un movimiento casi imperceptible. Me agacho para mirar, y debajo de la mesa de revelado, intentando permanecer oculta, está Sarah. Aténúo las luces de mis manos para que vea que soy yo. Entre las sombras, levanta la vista y sonríe, exhalando un suspiro de alivio.

—Están aquí, ¿verdad?

—Si no están aquí, lo estarán pronto.

La ayudo a levantarse del suelo y ella me envuelve en sus brazos, apretándome con tanta fuerza que creo que no tiene intención de soltarme nunca.

—He venido aquí justo después de la octava hora, y en cuanto han terminado las clases, han empezado a oírse unos ruidos extraños por los pasillos. Y todo se ha vuelto muy oscuro, así que me he encerrado aquí y me he quedado debajo de la mesa, sin atreverme a moverme. Sabía que algo andaba mal, sobre todo cuando me he enterado de que habías saltado por la ventana y he visto que no contestabas al teléfono.

—Has hecho bien, pero ahora tenemos que irnos de aquí, y rápido.

Salimos de la habitación, cogidos de la mano. Las luces del pasillo parpadean y se apagan, y todo el instituto queda sumido en la oscuridad, a pesar de que todavía falta cerca de una hora para el anochecer. Unos diez segundos después, vuelven a encenderse.

—¿Qué está pasando? —susurra Sarah.

—No lo sé.

Recorremos el pasillo con el mayor sigilo posible, y todos los sonidos que

hacemos se oyen amortiguados, apagados. La vía más rápida de salida es la puerta de atrás, que da al aparcamiento del personal docente. Mientras nos dirigimos hacia allí, el sonido de la abrillantadora de suelos aumenta. Me imagino que acabaremos topándonos con Hobbs. Debe de saber que soy yo el que ha roto la ventana. ¿Se debatirá conmigo a escobazos y llamará a la policía? Supongo que, a estas alturas, ya no importa si lo hace.

Cuando llegamos al pasillo que da a la salida de atrás, las luces vuelven a apagarse. Nos paramos a esperar a que vuelvan a encenderse, pero no lo hacen. La abrillantadora sigue con su zumbido persistente. No la veo, pero debe de estar a solo cinco o diez metros en la insondable oscuridad. Me parece extraño que la máquina siga funcionando, que Hobbs siga abrillantando el suelo a oscuras. Enciendo las luces de mis manos, y Sarah me suelta la mano y se queda detrás de mí, cogiéndome por la cadera. Encuentro el enchufe de la abrillantadora en primer lugar, luego el cable, y después el aparato en sí. Está dándose golpes contra la pared, sin nadie que la maneje, funcionando sola. Siento una oleada de alarma acompañada de un miedo creciente. Sarah y yo tenemos que irnos del instituto como sea.

Desenchufo de un tirón el cable de la corriente, y la abrillantadora se para, dando paso al suave murmullo del silencio. Apago mis luces. En algún punto lejano del pasillo, una puerta se abre con un leve chirrido. Me pongo en guardia, con la espalda contra la pared, y Sarah se sujeta con fuerza a mi brazo. Los dos tenemos demasiado miedo para decir nada. He desenchufado la abrillantadora obedeciendo al impulso de pararla, y ahora desearía volver a enchufarla, pero sé que esto nos delataría si ellos están aquí. Cierro los ojos y aplico el oído. El chirrido de la puerta cesa. Un suave viento parece haber aparecido de la nada. No creo que haya ninguna puerta abierta. Es posible que esté entrando el viento por la ventana que he roto. De pronto, la puerta se cierra de golpe y un cristal se hace añicos contra el suelo.

Sarah chilla. Algo pasa rozándonos, pero no veo lo que es y tampoco quiero saberlo. Tiro de la mano de Sarah y echamos a correr por el pasillo. Abro la puerta de la salida de atrás golpeándola con el hombro y salimos al aparcamiento. Sarah ahoga un grito, y los dos nos paramos en seco. La respiración se me corta y un escalofrío me recorre la columna. Las luces siguen encendidas, pero se ven atenuadas, fantasmagóricas, en medio de la pesada oscuridad. Los dos lo vemos debajo de la luz más cercana, con la gabardina ondeando a la brisa y el sombrero calado para que no se le vean los ojos. Levanta la cabeza y me dirige una sonrisa.

Sarah me aprieta la mano. Ambos damos un paso atrás y tropezamos por el impulso de escapar precipitadamente. Retrocedemos a gatas el resto del trecho que nos separa de la puerta.

—¡Vamos! —grito.

Me incorporo a toda prisa y Sarah también se pone de pie. Tanteo el pomo, pero la puerta se ha bloqueado automáticamente detrás de nosotros.

—¡Mierda! —exclamo.

Por el rabillo del ojo veo a otro, que estaba quieto pero ha empezado a moverse. Lo observo mientras da el primer paso hacia mí. Hay otro más tras él. Los mogadorianos. Al cabo de todos estos años, ya están aquí. Intento concentrarme, pero las manos me tiemblan tanto que no puedo abrir la puerta con mi poder. Siento su presencia amenazante cerniéndose sobre nosotros. Sarah se arrima más a mí, y noto sus temblores.

No me puedo concentrar en abrir la cerradura. ¿Qué ha sido de la concentración bajo presión, de todos los días entrenando en el patio? «No quiero morir —pienso—. No quiero morir».

—John —dice Sarah, y el miedo extremo de su voz hace que mis ojos se abran de par en par, espoleados por una súbita resolución.

Se oye un clic en la cerradura. La puerta se abre. Sarah y yo entramos y la cerramos de un portazo. Se oye un golpe al otro lado, como si uno de ellos le hubiera propinado una patada. Corremos por el pasillo y oímos ruidos siguiéndonos. No sé si dentro del instituto hay mogadorianos. Otra ventana se rompe cerca, y Sarah deja escapar un grito de sorpresa.

—Tenemos que guardar silencio —le recuerdo.

Tanteamos las puertas de las aulas, pero todas están cerradas con llave, y no creo que disponga de tiempo suficiente para intentar abrir una de ellas con mi poder. Se oye una puerta cerrarse de golpe, pero no distingo si ha sido delante de nosotros o detrás. Un rumor sordo nos sigue de cerca, aproximándose cada vez más, llenándonos los oídos. Sarah me coge la mano y aceleramos en la oscuridad, mientras mi cabeza va a cien por hora intentando recordar el plano del edificio para no tener que encender mis luces, evitando que nos vean. Finalmente, encontramos una puerta que se abre y nos metemos de cabeza. Es el aula de historia, en la parte izquierda del edificio, que queda enfrente de una suave colina. Las ventanas tienen rejas, porque están a más de cinco metros del suelo. La oscuridad parece presionar con fuerza los cristales: no entra ni un ápice de luz. Cierro la puerta en silencio y rezo para que no nos vean. Doy un rápido barrido a la estancia con mis luces y las apago enseguida. Estamos a solas. Nos escondemos detrás de la mesa del profesor, e intento recuperar el aliento. El sudor me baja chorreando por ambos lados de la cara y me escuece en los ojos. ¿Cuántos serán? He visto por lo menos tres, y seguro que no han venido solos. ¿Se habrán traído las bestias consigo, las comadreja que tanto asustaron a los periodistas de Athens? Ojalá Henri estuviera aquí, o incluso *Bernie Kosar*.

La puerta se abre lentamente. Aguanto la respiración, escuchando. Sarah se apoya en mí y nos rodeamos con los brazos. La puerta se cierra con mucho sigilo y el pasador encaja con un clic. No se oyen pasos. ¿Se habrán limitado a abrir la

puerta y a asomar la cabeza para ver si estamos dentro? ¿Habrán seguido adelante sin entrar? Me han encontrado después de todo este tiempo; no creo que sean tan perezosos.

—¿Qué hacemos? —susurra Sarah al cabo de treinta segundos.

—No lo sé —le contesto, también en susurros.

El aula está sumida en el silencio. Lo que ha abierto la puerta debe de haberse ido, o bien está en el pasillo, esperando. Sin embargo, sé que, cuanto más tiempo sigamos parados, más de ellos llegarán. Tenemos que irnos de aquí. Habrá que arriesgarse. Inspiro profundamente y susurro:

—Tenemos que salir. Aquí no estamos a salvo.

—Pero están ahí fuera.

—Ya lo sé, pero no van a irse. Henri está en casa, y corre tanto peligro como nosotros.

—Pero ¿cómo vamos a salir?

No tengo ni idea, no sé qué decir. Solo hay una salida, y es por donde hemos llegado. Sarah sigue rodeándome con sus brazos.

—Somos blancos fáciles, Sarah. Nos encontrarán, y cuando lo hagan, vendrán todos aquí. Al menos, de esta forma contamos con el factor sorpresa. Si conseguimos salir del instituto, creo que podré arrancar un coche. Si no, tendremos que pelear para escapar.

Ella consiente con un asentimiento.

Tomando una profunda bocanada de aire, salgo de debajo de la mesa. Cojo la mano de Sarah y ella se levanta conmigo. Damos un primer paso juntos, tan silenciosamente como podemos. Luego otro. Tardamos un minuto entero en cruzar el aula, y nada se nos interpone en la oscuridad. Un fulgor muy leve sale de mis manos, sin emitir apenas luz, la justa para que no choquemos con un pupitre. Me quedo mirando la puerta. La abriré, cargaré a Sarah sobre mi espalda y correré tan rápido como pueda, con las luces encendidas, cruzando el pasillo para salir del edificio, ir hacia el aparcamiento y, si no puede ser, escapar por el bosque. Sé ir a casa por allí. Ellos son más, pero Sarah y yo tendremos la ventaja de jugar en casa.

Al acercarnos a la puerta, el corazón me late tan fuerte en el pecho que temo que los mogadorianos lo oigan. Cierro los ojos y acerco lentamente una mano al pomo. Sarah se tensa y me agarra la otra mano con todas sus fuerzas. Cuando estoy a un centímetro del pomo, tan cerca que noto su frialdad antes de tocarlo, algo nos sujeta por detrás y nos tumba al suelo.

Intento gritar, pero una mano me tapa la boca. Me invade una oleada de miedo. Noto que Sarah forcejea, y yo hago lo mismo, pero lo que nos sujeta es demasiado fuerte. Nunca había esperado algo así, que los mogadorianos tuvieran más fuerza que yo. Los he subestimado enormemente. Ahora no hay ninguna esperanza. He fracasado. Les he fallado a Sarah y a Henri, y lo siento. « Henri,

espero que les des más guerra que yo» .

Sarah respira con dificultad, y yo intento liberarme con todas mis fuerzas, pero no puedo.

—¡Chist! Deja de resistirte —me susurra una voz al oído. Es una voz de chica—. Están ahí fuera, esperando. Tenéis que guardar silencio.

Es una chica, tan fuerte como yo, tal vez incluso más. No lo comprendo. Aprovechando que ha aflojado su presa, me vuelvo para mirarla. Nos observamos el uno al otro. Por encima del fulgor de mis manos veo la cara de una persona un poco mayor que yo. Ojos de color miel, pómulos altos, melena negra recogida en una coleta, boca amplia y nariz recia, tono de piel oliváceo.

—¿Quién eres? —le pregunto.

Ella mira hacia la puerta, todavía en silencio. « Una aliada » , pienso. Alguien más sabe que existimos, aparte de los mogadorianos. Alguien ha venido para ayudarnos.

—Soy el Número Seis —dice—. He intentado llegar aquí antes que ellos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



—**¿CÓMO HAS SABIDO QUE ERA YO?** —Pregunto.

Número Seis mira hacia la puerta.

—He estado buscándote desde que mataron a Tres —dice—. Pero ya te explicaré luego todo esto. Primero, tenemos que salir de aquí.

—¿Cómo has entrado sin que te vean?

—Puedo volverme invisible.

Sonrí. Es el mismo legado que tenía mi abuelo: la invisibilidad y la capacidad de hacer invisible todo lo que toca, como hizo con nuestra casa el segundo día de trabajo de Henri.

—¿A qué distancia vives de aquí? —Quiere saber Seis.

—A cinco kilómetros.

Noto que asiente en la oscuridad.

—¿Tienes un cêpan? —me pregunta.

—Sí, claro. ¿Tú no?

Ella desplaza el peso de una pierna a otra y hace una pausa antes de hablar, como si necesitara sacar fuerzas de una entidad invisible.

—Antes tenía una cêpan —contesta—, pero murió hace tres años. Desde entonces, estoy sola.

—Lo siento —digo.

—Es una guerra, y en las guerras muere gente. Pero ahora mismo tenemos que irnos de aquí, o nosotros moriremos también. Si merodean por aquí, es que ya saben dónde vives, lo que significa que ya están allí. Por eso, no hace falta andarse con disimulos cuando salgamos de aquí. Estos son solo rastreadores. Los soldados están en camino, y ellos tienen espadas. Y las bestias nunca andan muy

lejos de ellos. No tenemos mucho tiempo. En el mejor de los casos, un día; en el peor, ya están aquí.

Mi primer pensamiento es: « Ya saben dónde vivo ». Siento pánico. Henri está en casa, con *Bernie Kosar*, y puede que los soldados y las bestias ya estén allí. Mi segundo pensamiento es: su cêpan murió hace tres años. Seis lleva todo ese tiempo sola, en un planeta extraño ¿desde qué edad? ¿Los trece? ¿Los catorce?

—Está en casa —digo.

—¿Quién?

—Henri, mi cêpan.

—Estoy segura de que está bien. No le tocarán mientras tú estés vivo. Es a ti a quien quieren, y le usarán a él para atraerte —dice Seis, y entonces alza la vista hacia una de las ventanas enrejadas. Nosotros volvemos la cabeza para mirar con ella. Doblando a gran velocidad la curva que conduce al instituto, se acercan un par de faros, tan tenues que no dejan ver nada más. Después, aminoran, dejan atrás la salida, giran hacia la entrada y desaparecen en un instante. Seis se vuelve hacia nosotros—. Todas las puertas están bloqueadas. ¿Hay alguna otra salida?

Reflexiono un momento, pensando que nuestra mejor opción es una de las ventanas sin rejas de las otras aulas.

—Podemos salir a través del gimnasio —sugiere Sarah—. Debajo del escenario hay una trampilla con un pasadizo que sale a la parte de atrás del instituto.

—¿De verdad? —pregunto.

Ella asiente, y me siento orgulloso.

—Cogedme una mano cada uno —dice Seis. Yo le cojo la derecha, y Sarah la izquierda—. Sed tan silenciosos como podáis. Mientras me cojáis de la mano, seréis invisibles. No podrán vernos, pero podrán oírnos. Cuando estemos fuera, echaremos a correr a toda pastilla. Ya no podremos huir de ellos, ahora que nos han encontrado. La única forma de escapar es matarlos, hasta que no quede ni uno, antes de que lleguen los demás.

—Vale —digo.

—¿Sabes lo que eso significa?

Niego con la cabeza. No estoy seguro de lo que me está pidiendo.

—Ahora ya no hay posibilidad de huir —repite—. Eso significa que tendrás que luchar.

Hago ademán de contestarle, pero el rumor sordo, como de pasos, que he oído antes se detiene detrás de la puerta. Silencio. El pomo se agita. Número Seis hace una profunda inspiración y me suelta la mano.

—Ya no vale la pena salir a escondidas —dice—. La guerra empieza ahora.

Poniéndose en movimiento, Seis da un empujón con las manos y arranca la puerta de sus goznes, que cae estrepitosamente al suelo del pasillo. Madera astillada. Cristal hecho añicos.

—¡Enciende tus luces! —me grita.

Las enciendo en un abrir y cerrar de ojos. Hay un mogadoriano entre los restos de la puerta rota. Sonríe, y de las comisuras de su boca cae un hilo de sangre, producido por el golpe con la puerta. Ojos rojos, tez pálida como si el sol nunca la hubiera tocado. Una criatura cavernícola alzada de entre los muertos. Nos arroja algo que no veo y que arranca un quejido a Seis, a mi lado. Miro a los ojos del mogadoriano, y un dolor me desgarrar y me paraliza, dejándome clavado donde estoy. Caer sobre mí la oscuridad. La tristeza. Mi cuerpo se pone rígido. Brumosas imágenes del día de la invasión se suceden en mi mente: la muerte de mujeres y niños, mis abuelos; lágrimas, gritos, sangre, montones de cuerpos carbonizados. Seis me saca de mi estupor levantando al mogadoriano en el aire y arrojándolo contra una pared. Cuando este intenta ponerse en pie, Seis vuelve a levantarlo, y esta vez lo lanza con todas sus fuerzas contra una pared y luego otra. El rastreador cae el suelo con el cuerpo roto y retorcido, hincha el pecho una vez y después se queda inmóvil. Transcurridos uno o dos segundos, todo su cuerpo queda reducido a un montón de cenizas, con un sonido parecido al de un saco de arena al caer al suelo.

—¿Qué diablos? —exclamo, preguntándome cómo es posible que aquel cuerpo se haya desintegrado por completo de aquel modo.

—¡No le mires a los ojos! —me grita Seis, haciendo caso omiso de mi mirada interrogativa.

Me acuerdo del periodista de *Están entre nosotros*, y ahora entiendo lo que experimentó cuando miró a los ojos de los mogadorianos. Me pregunto si agradeció la llegada de la muerte, con tal de librarse de las imágenes que se reproducían sin cesar en su mente. No me atrevo a imaginar lo intensas que habrían llegado a ser si Seis no hubiese roto el hechizo.

Otros dos rastreadores se deslizan hacia nosotros desde el final del pasillo. Un manto de oscuridad los envuelve, como si consumieran todo lo que hay a su alrededor y lo convirtieran en negrura. Seis se planta frente a mí, firme, con la barbilla bien alta. Mide cinco centímetros menos que yo, pero su presencia la hace parecer cinco centímetros más alta. Sarah está detrás de mí. Los dos mogadorianos se detienen donde el pasillo se cruza con otro, mostrando los dientes en una mueca de desdén. Mi cuerpo está tenso, con los músculos ardiendo de agotamiento. Sus respiraciones son profundas, roncadas. Eso es lo que hemos oído detrás de la puerta: su respiración, no sus pasos. Observándonos. Y, entonces, el pasillo se llena de un ruido diferente, que atrae la atención de los dos mogadorianos. Unas sacudidas en una puerta, como si alguien intentara abrirla por la fuerza. De repente se oye la detonación de un arma de fuego, seguida por el ruido de la puerta principal del instituto al abrirse de una patada. Los rastreadores se muestran sorprendidos, y en el momento en que dan media vuelta para huir, suenan otros dos disparos por el pasillo, y los dos caen de

espaldas. Oímos acercarse un par de zapatos y las uñas de un perro. Seis se tensa a mi lado, preparándose para lo que está aproximándose hacia nosotros. ¡Henri! Eran las luces de su camioneta lo que hemos visto entrar en el terreno del instituto. Tiene una escopeta de dos cañones que nunca había visto antes. *Bernie Kosar* viene con él, y echa a correr hacia mí. Me agacho y lo levanto del suelo. Me lame frenéticamente la cara, y estoy tan contento de verle que casi me olvido de decirle a Seis quién es el hombre de la escopeta.

—Es Henri. Mi cêpan.

Henri se acerca por el pasillo, vigilante, mirando las puertas de las aulas al pasar delante de cada una de ellas. Detrás de él, con el cofre lórico en las manos, está Mark. No tengo ni idea de por qué Henri se lo ha traído. En los ojos de este hay una mirada enloquecida, de agotamiento, llena de miedo y preocupación. Espero lo peor teniendo en cuenta la forma en que me he ido de casa, alguna bronca, tal vez una bofetada, pero en lugar de eso cambia de mano la escopeta para tener la derecha libre y me abraza con todas sus fuerzas. Yo respondo a su abrazo de la misma manera.

—Lo siento, Henri. No sabía que pasaría esto.

—Ya sé que no. Lo importante ahora es que estás bien —me dice—. Venga, tenemos que irnos de aquí. El instituto entero está rodeado.

Sarah nos guía hasta el lugar del instituto más seguro que se le ocurre, que es la cocina donde damos las clases de economía doméstica, al final del pasillo. Cerramos la puerta por dentro al llegar. Seis la apuntala con tres neveras para evitar que nadie entre, mientras Henri corre hacia las ventanas y baja las persianas. Sarah se va directamente a la unidad de cocina que utilizamos normalmente, abre el cajón y saca el cuchillo carnicero más grande que encuentra. Mark la observa, y cuando entiende lo que está haciendo, deja el Cofre en el suelo y coge otro cuchillo para él. Después revuelve otros cajones y, tras sacar un martillo ablandador de carne, se lo mete en la cintura de los pantalones.

—¿Estáis bien? —pregunta Henri.

—Sí —contesto.

—Yo, aparte del puñal del brazo, estoy bien —dice Seis.

Enciendo levemente mis luces y le miro el brazo. No es una broma. Entre el bíceps y el hombro tiene clavado un pequeño puñal. Por eso le oí soltar un quejido antes de matar al rastreador: le había arrojado un puñal. Henri se acerca a ella y le arranca la hoja del brazo. Ella deja escapar un gruñido.

—Menos mal que es solo un puñal —dice Seis, mirándome—. Los soldados tendrán espadas luminosas con poderes diversos.

Me gustaría preguntarle qué clase de poderes, pero Henri interviene.

—Coge esto —dice.

Acerca la escopeta a Mark para que la coja y este la acepta con su mano

libre sin protestar, mirando con asombro todo lo que está presenciando a su alrededor. Me pregunto cuánto le habrá contado Henri, y por qué se lo habrá traído, para empezar. Me vuelvo hacia Seis. Henri le ha colocado un trapo en el brazo, y ahora ella lo mantiene sujeto sobre la herida. Henri se acerca al Cofre, lo levanta y lo deja en la mesa más cercana.

—Ven, John —me dice.

Sin necesidad de más explicaciones, le ayudo a abrirlo. Henri levanta la tapa, mete la mano dentro y saca una piedra plana, tan oscura como el aura que envuelve a los mogadorianos. Seis parece saber para qué sirve la piedra. Se quita la camisa. Debajo lleva un traje de goma negro y gris muy parecido al traje plateado y azul que he visto llevar a mi padre en mis visiones. Respira profundamente y ofrece a Henri su brazo. Él apoya la piedra sobre el corte, mientras Seis, con los dientes muy apretados, gruñe y se retuerce de dolor. Le corren goterones de sudor por la frente, su cara adopta un tono rojo intenso por la tensión, los tendones se le marcan en el cuello. Henri mantiene la piedra allí sujeta durante casi un minuto entero. Después, la retira y Seis se dobla por la cintura, tomando aire para recomponerse. Le miro el brazo. Aparte de un resto de sangre todavía reluciente, el corte está completamente curado, sin cicatriz siquiera, nada excepto el pequeño desgarrón en el traje.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando la piedra con el mentón.

—Es una piedra sanadora —dice Henri.

—¿De verdad existen cosas así?

—En Lorien sí, pero el dolor de la curación es el doble del que produce lo que lo ha causado, y la piedra solo funciona cuando la lesión es resultado de la intención de dañar o matar. Y tiene que utilizarse en el momento.

—¿Solo cuando hay intención? —pregunto—. Entonces, ¿la piedra no curaría si tropezara y me hiriera la cabeza por accidente?

—No —contesta Henri—. En eso se basan los legados: defensa y pureza.

—¿Curaría a Marko a Sarah?

—No tengo ni idea. Y espero que no tengamos que averiguarlo nunca.

Seis recupera el aliento y se incorpora, palpándose el brazo. El tono rojo de su cara empieza a desvanecerse. Detrás de ella, *Bernie Kosar* corre sin parar de la puerta bloqueada a las ventanas, que están demasiado elevadas para que vea nada a través de ellas, pero de todos modos lo intenta levantándose sobre las patas de atrás, gruñendo a lo que siente que hay fuera. «Espero que no sea nada», pienso. De vez en cuando da dentelladas al aire.

—¿Has cogido mi móvil cuando has venido antes al instituto? —pregunto a Henri.

—No, no he cogido nada.

—Pues cuando he vuelto ya no estaba.

—Bueno, de todos modos tampoco funcionaría aquí. Han hecho algo con

nuestra casa y con el instituto. No hay electricidad, y ninguna señal puede atravesar esta especie de escudo que han levantado. Todos los relojes se han parado. Incluso el aire parece muerto.

—No tenemos mucho tiempo —le interrumpe Seis.

Henri asiente. Una leve sonrisa aparece en su cara al mirarla, una expresión de orgullo, o incluso puede que de alivio.

—Te recuerdo —le dice.

—Yo también te recuerdo.

Henri extiende la mano hacia ella, y Seis se la estrecha.

—Me has dado una alegría de la mierda.

—De la hostia —le corrijo, pero él no me hace caso.

—Llevo bastante tiempo buscándoos —dice Seis.

—¿Dónde está Katarina? —pregunta Henri.

Seis menea la cabeza, consternada. Una expresión lúgubre ensombrece su cara.

—No está aquí. Murió hace tres años. Desde entonces he estado buscando a los demás, incluidos vosotros.

—Lo siento —dice Henri.

Seis asiente, y entonces dirige la vista hacia la otra punta de la cocina. Allí está *Bernie Kosar*, que se ha puesto a gruñir con ferocidad. Parece haber crecido lo justo para que su cabeza pueda asomarse por el pie de la ventana. Henri recoge la escopeta del suelo y camina hacia él hasta quedar a un metro y medio de la ventana.

—John, apaga tus luces —dice, y le obedezco—. Cuando yo te avise, sube la persiana.

Me sitúo a un lado de la ventana y doy dos vueltas a la correa alrededor de mi mano. Hago una señal a Henri con un movimiento de cabeza, y detrás de él veo que Sarah se está tapando las orejas con las palmas de las manos para prepararse para el disparo. Henri recarga la escopeta y apunta con ella.

—Es hora de devolver el golpe —dice, y entonces da el aviso—: ¡Ahora!

Tiro de la correa, y la persiana sube de golpe. Henri dispara la escopeta. El estallido es ensordecedor, y resuena en mis oídos durante varios segundos. Henri vuelve a recargarla y la mantiene apuntada. Estiro el cuello para mirar. Hay dos rastreadores caídos sobre la hierba, inmóviles. Uno de ellos ha quedado reducido a cenizas con el mismo sonido hueco que ha producido el del pasillo. Henri dispara un segundo tiro al otro, con el mismo resultado. Unas sombras parecen revolotear alrededor del mogadoriano.

—Seis, trae una nevera —le dice Henri.

Ante la mirada de asombro de Mark y Sarah, la nevera flota en el aire hacia nosotros y se sitúa delante de la ventana para impedir que los mogadorianos entren o vean la estancia.

—Algo es algo —comenta Henri, y se vuelve hacia Seis—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Muy poco —responde ella—. Tienen un puesto a tres horas de aquí, en una montaña hueca de Virginia Occidental.

Henri abre la escopeta, desliza dentro dos cartuchos nuevos y vuelve a cerrarla con un solo movimiento.

—¿Cuántas balas hay ahí? —pregunto.

—Diez —contesta.

Sarah y Mark intercambian un susurro. Me acerco a ellos y les pregunto:

—¿Estáis bien?

Sarah asiente y Mark se encoge de hombros, sin que ninguno de los dos sepa realmente qué decir ante el horror de la situación. Doy un beso a Sarah en la mejilla y le aprieto la mano.

—No te preocupes, saldremos de esta —le digo, y, volviéndome hacia Seis y Henri, pregunto—: ¿Qué hacen esperando ahí fuera? ¿Por qué no rompen una ventana y nos atacan? Saben que nos superan en número.

—Solo quieren mantenernos aquí dentro —dice Seis—. Nos tienen exactamente donde nos quieren, todos juntos, confinados en un solo sitio. Ahora están esperando a que lleguen los demás, los soldados armados, los expertos en asesinar. Están desesperados porque saben que estamos desarrollando nuestras habilidades, y no pueden permitirse el lujo de fallar y permitir que seamos más fuertes. Saben que algunos de nosotros ya podemos combatir.

—Entonces, tenemos que escapar de aquí —suplica Sarah, con voz débil y temblorosa.

Seis asiente para reconfortarla. Entonces, recuerdo algo que había olvidado con el ajetreo.

—Espera, si estás aquí, si estamos juntos, el hechizo se rompe. Ahora se ha abierto la veda para los demás —digo—. Nos pueden matar a su antojo.

Por la expresión horrorizada de Henri, veo que también lo había pasado por alto.

—Tenía que arriesgarme —dice Seis, asintiendo—. No podemos seguir huyendo, y estoy cansada de esperar. Todos nos estamos desarrollando, estamos listos para contraatacar. Recordemos lo que nos hicieron aquel día. Yo, desde luego, no voy a olvidar lo que le han hecho a Katarina. Todos los nuestros están muertos: nuestras familias, nuestros amigos. Creo que planean hacer con la Tierra lo mismo que hicieron con Lorien, y ya casi están preparados. Quedarnos sentados sin hacer nada es permitir la misma muerte y aniquilación. ¿Por qué escondernos y dejar que ocurra? Si este planeta muere, nosotros moriremos con él.

Bernie Kosar sigue ladrando a la ventana. Casi me entran ganas de dejarle salir, de ver lo que es capaz de hacer. Tiene la boca llena de espumarajos, los

dientes descubiertos y el pelo erizado en mitad del lomo. «El perro está preparado —pienso—. La cuestión es: ¿lo estamos los demás?» .

—Bueno, eso ya no tiene arreglo —dice Henri—. Confiemos en que los demás estén a salvo, que puedan defenderse por sí solos. Si no pueden, los dos lo sabréis inmediatamente. En cuanto a nosotros, la guerra ha llegado a nuestras puertas. No la hemos pedido, pero ahora que la tenemos aquí, no nos queda más remedio que responder, de frente, y con todas nuestras fuerzas —añade. Levanta la cabeza y nos mira, y el blanco de sus ojos destella en la oscuridad de la estancia—. Pienso lo mismo que tú, Seis —afirma—. Ha llegado el momento.

CAPÍTULO TREINTA



EL VIENTO IRRUMPE EN EL AULA DE ECONOMÍA doméstica por la ventana abierta, y la nevera que hay enfrente no basta para parar el aire frío. El instituto ya está helado por la falta de electricidad. Seis solo lleva puesto ahora el traje de goma, que es totalmente negro a excepción de una tira gris que lo cruza en diagonal por la parte delantera. Está situada en el centro del grupo, con tal aplomo y confianza que me dan ganas de tener un traje lórico y yo también. Abre la boca para hablar, pero le interrumpe una fuerte explosión procedente de fuera. Corremos hacia las ventanas, pero no podemos ver nada de lo que está ocurriendo. Tras el estallido se oyen una serie de golpes fuertes, así como chirridos y desgarros, como si estuvieran destrozando algo.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Tus luces —me indica Henri, haciéndose oír por encima de los sonidos de destrucción.

Las enciendo y hago un barrido por el patio que tenemos delante. No alcanzan más de tres metros antes de quedar engullidas por la oscuridad. Henri da un paso atrás e inclina la cabeza, escuchando los sonidos con extrema concentración, y finalmente asiente con expresión resignada.

—Están destrozando todos los vehículos de fuera, incluida mi camioneta —anuncia—. Si sobrevivimos a esto y escapamos del instituto, tendrá que ser a pie.

Una sombra de terror cruza los rostros de Marky y Sarah.

—No hay más tiempo que perder. Con estrategia o sin estrategia, tenemos que irnos antes de que lleguen los soldados y las bestias. Ella ha dicho que podemos salir a través del gimnasio —dice Seis, señalando a Sarah con la cabeza—. Es nuestra única posibilidad.

—Se llama Sarah —le digo.

Me siento en una silla cercana, molesto por la urgencia de la voz de Seis. Parece hallarse en posesión de la calma, conservando la sangre fría bajo el peso de todos los horrores que hemos visto hasta ahora. *Bernie Kosar* vuelve a estar frente a la puerta, arañando las neveras que la bloquean, gruñendo y gimiendo con impaciencia. Aprovechando que tengo las luces encendidas, Seis le examina por primera vez. Le observa con detenimiento, y después entorna los ojos y acerca más la cara a él. Finalmente, se agacha y le acaricia. Me vuelvo hacia ella para mirarla, extrañado por su amplia sonrisa.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿No lo sabes? —me dice, levantando la vista hacia mí.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Su sonrisa se agranda mientras vuelve a mirar a *Bernie Kosar*, que se separa corriendo de ella y vuelve a arremeter contra la ventana, arañándola, gruñendo, emitiendo algún ladrido de impotencia. El instituto está asediado, la muerte parece inminente, casi segura, y Seis está sonriendo. Me parece irritante.

—Tu perro —prosigue—. ¿De verdad no lo sabéis?

—No —contesta Henri. Le lanzo una mirada y veo que niega con la cabeza.

—¿Qué pasa, si se puede saber? —pregunto—. ¿Qué?

Seis nos mira consecutivamente a mí y a Henri. Suelta una risilla y abre la boca para hablar. Pero justo antes de que pueda pronunciar palabra, algo le llama la atención y se dirige a toda prisa a la ventana. Los demás la seguimos y, al igual que antes, el resplandor muy sutil de un par de faros recorre la curva de la carretera, en dirección al aparcamiento. Otro coche, puede que de un profesor o un entrenador. Cierro los ojos y hago una profunda inspiración.

—Podría no ser nada —digo.

—Apaga tus luces —me indica Henri.

Las apago y cierro los puños. El coche de fuera tiene algo que despierta mi ira. A la porra el agotamiento, los temblores que siento desde el momento en que he saltado por la ventana del director. Ya no soporto más estar encerrado en esta sala, sabiendo que los mogadorianos están ahí fuera, esperando, tramando nuestra destrucción. Ese coche puede ser del primero de los soldados que llegan a la escena. Pero justo cuando me asalta ese pensamiento, vemos que las luces se retiran rápidamente del aparcamiento y se alejan a toda velocidad por la misma carretera por la que han llegado.

—Tenemos que irnos de este condenado instituto —dice Henri.



Henri está sentado en una silla, a tres metros de la puerta, apuntando la escopeta directamente hacia ella. Respira lentamente a pesar de su tensión, y veo que tiene los músculos de la mandíbula apretados.

Ninguno de nosotros dice palabra. Seis se ha hecho invisible y se ha ido a hurtadillas para hacer un reconocimiento. Los demás esperamos hasta que vuelve. Tres toquécitos en la puerta, que es su forma de llamar para que sepamos que es ella y no un rastreador intentando entrar. Henri baja la escopeta y le abre, y cuando ella entra vuelvo a dejar una de las neveras obstruyendo la puerta. Seis ha pasado fuera diez minutos enteros.

—Tenías razón —le dice a Henri—. Han destrozado todos los coches del aparcamiento, y de alguna manera han desplazado la chatarra para obstruir todas las puertas. Y Sarah ha acertado; la trampilla del escenario se les ha pasado por alto. He contado siete rastreadores fuera y cinco dentro, patrullando los pasillos. Había uno detrás de esta puerta, pero ya me he encargado de él. Creo que están empezando a ponerse nerviosos. Eso podría deberse a que los otros deberían haber llegado ya, lo que significa que no pueden andar lejos.

Henri se levanta, coge el Cofre y me hace una señal con la cabeza. Le ayudo a abrirlo, y él mete la mano y saca unas piedrecillas redondas que se mete en el bolsillo. No tengo ni idea de qué son. Después, cierra el Cofre, lo mete en uno de los hornos y cierra la puerta. Acerco una nevera al horno y la coloco delante para que no puedan abrirlo. No queda más remedio que hacer eso. El Cofre pesa demasiado para transportarlo y combatir a la vez, y necesitamos todas las manos disponibles para salir de este embrollo.

—Me da rabia separarme de él —dice Henri, meneando la cabeza. Seis asiente, intranquila. La idea de que los mogadorianos se apoderen del Cofre los aterra a ambos.

—Aquí estará a salvo —les digo.

Henri levanta la escopeta y da un tirón al cargador, mirando a Sarah y a Mark.

—Esta no es vuestra guerra —les dice—. No sé lo que pasará ahí fuera, pero si esto se pone feo, tenéis que volver al edificio y esconderos aquí. No es a vosotros a quienes quieren, y no creo que se molesten en venir a buscaros si ya nos tienen a nosotros.

Sarah y Mark parecen atenazados por el terror, y ambos aprietan con fuerza el cuchillo que tiene cada uno en la mano. Mark se ha abarrotado el cinturón con todo lo que ha encontrado de utilidad en los cajones: más cuchillos, el ablandador de carne, un rallador de queso, unas tijeras.

—Tenemos que salir de la cocina hacia la izquierda y, cuando lleguemos al final del pasillo, el gimnasio está a unos cinco metros a la derecha, detrás de una puerta doble —indico a Henri.

—La trampilla está justo en medio del escenario —añade Seis—. Está tapada

por una alfombrilla azul. No había rastreadores en el gimnasio, pero eso no significa que no puedan estar allí ahora.

—Entonces, ¿tenemos que salir al pasillo y correr más que ellos? —pregunta Sarah, con una voz rebosante de pánico. Su respiración es pesada.

—No nos queda más remedio —afirma Henri.

Cojo a Sarah de la mano. Está temblando con fuerza.

—Todo irá bien —le aseguro.

—Y eso ¿cómo lo sabes? —dice, en un tono más de exigencia que de pregunta.

—No lo sé —confieso.

Seis aparta la nevera de la puerta, y *Bernie Kosar* se lanza enseguida a arañarla y a gruñir, deseando salir.

—No puedo haceros invisibles a todos —dice Seis—. Pero, si desaparezo, estaré cerca de todos modos.

Seis agarra el pomo de la puerta y, a mi lado, Sarah hace una profunda y temblorosa inspiración, apretándome la mano con todas sus fuerzas. Veo que le tiembla el cuchillo en la mano derecha.

—No te separes de mí —le digo.

—No voy a apartarme de tu lado.

La puerta se abre y Seis sale de un salto al pasillo, con Henri detrás. Yo les sigo, y *Bernie Kosar* sale disparado delante de nosotros, como una furiosa bola de cañón. Henri apunta la escopeta en una dirección y después en la otra. El pasillo está vacío. *Bernie Kosar* ya ha llegado a la esquina, y desaparece tras ella. Seis le sigue inmediatamente, haciéndose invisible mientras los demás corremos hacia el gimnasio, con Henri a la cabeza. Hago que Mark y Sarah vayan delante de mí. Ninguno de nosotros ve nada a su alrededor, y solo oímos los pasos de los demás. Enciendo mis luces para iluminar el camino, lo que se convierte en el primer error que cometo.

A mi derecha, la puerta de un aula se abre de golpe. Todo ocurre en una fracción de segundo y, antes de que pueda reaccionar, algo pesado me golpea el hombro. Se me apagan las luces, y me precipito contra una vitrina de cristal. Me he hecho un corte en la parte alta de la cabeza, y casi inmediatamente empieza a caermme sangre por un lado de la cara. Sarah grita. Lo que me ha golpeado antes vuelve a aporrearme: un golpe seco en las costillas que me corta el aire.

—¡Enciende tus luces! —grita Henri.

Le obedezco. Tengo un rastreador encima de mí, sujetando un madero de dos metros que debe de haber encontrado en el aula de tecnología. Lo levanta en el aire para volver a golpearme, pero Henri, que está a unos seis metros, dispara ante la escopeta. La cabeza del rastreador desaparece al estallar en pedazos, y el resto de su cuerpo se reduce a cenizas antes incluso de caer al suelo. Henri baja el arma.

—Mierda —exclama al ver la sangre.

Cuando da un paso hacia mí, veo con el rabillo del ojo a otro rastreador, en la misma puerta, con un mazo levantado encima de su cabeza. En el momento en que se lanza al ataque, recorro a mi telequinesia para arrojarle lo que encuentro más cerca, sin saber siquiera qué es. Un objeto dorado y reluciente atraviesa el aire con violencia y golpea al rastreador con tanta fuerza que su cráneo se rompe con el impacto, y entonces cae al suelo, donde se queda inmóvil. Henri, Mark y Sarah acuden corriendo. El rastreador sigue con vida, pero Henri coge el cuchillo de Sarah y, cuando se lo clava en el pecho, lo reduce a un montón de cenizas. Después, le devuelve el cuchillo a Sarah, que lo sostiene delante de ella con el índice y el pulgar, como si le hubiesen dado una prenda de ropa interior sucia. Mark se agacha y levanta el objeto que he lanzado, que ahora está roto en tres pedazos.

—Es mi trofeo de la liga de fútbol —dice, y no puede evitar reírse para sí—. Me lo dieron el mes pasado.

Me pongo en pie. La vitrina contra la que he chocado era la de los trofeos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Henri, mirando el corte.

—Sí, estoy bien. No nos paremos.

Recorremos el pasillo a toda prisa, nos metemos en el gimnasio, lo atravesamos corriendo y saltamos al escenario. Enciendo mis luces, que me permiten ver la alfombrilla azul corriéndose como por voluntad propia. Acto seguido, la trampilla se abre, y solo entonces Seis se hace visible de nuevo.

—¿Qué ha pasado ahí atrás? —pregunta.

—Nos hemos topado con algún problemilla por el camino —responde Henri, bajando en primer lugar por la escala para asegurarse de que hay vía libre. Le siguen Sarah y Mark.

—¿Sabes dónde está el perro? —pregunto.

Seis meneaba la cabeza, indicándome que no lo sabe.

—Vayamos —digo.

Ella baja antes, y solo quedo yo en el escenario. Silbo tan fuerte como puedo, aun sabiendo perfectamente que al hacerlo estoy delatando mi posición. Espero un instante.

—Venga, John —me apremia Henri desde abajo.

Me deslizo por la trampilla y apoyo los pies en la escala, pero de cintura para arriba sigo asomado al escenario, vigilante.

—¡Vamos! —digo entre dientes—. ¿Dónde estás?

Y en la fracción de segundo en que me doy cuenta de que no me queda más remedio que rendirme, pero antes de empezar a bajar, *Bernie Kosar* se materializa en la otra punta del gimnasio y se dirige a todo correr hacia mí, con las orejas pegadas a los lados de la cabeza. Sonríe.

—¡Venga! —repite Henri, gritando esta vez.

—¡Ya va! —respondo también en un grito.

Bernie Kosar salta al escenario y a mis brazos.

—¡Toma! —grito, y paso el perro a Seis. Me dejo caer, cierro la trampilla y enciendo mis luces tanto como puedo.

Las paredes y el suelo son de hormigón, y apestan a moho. Tenemos que caminar muy agachados para no golpearnos la cabeza. Seis va delante. El túnel tiene unos treinta metros de largo, y no tengo ni idea de cuál era su finalidad cuando lo hicieron. Llegamos al final: unos pocos escalones que suben hasta un par de puertas metálicas. Seis espera a que hayamos llegado todos.

—¿Adónde da esto? —pregunto.

—A la parte trasera del aparcamiento del personal docente —contesta Sarah—. Cerca del campo de fútbol.

Seis pega la oreja a la pequeña rendija que hay entre las puertas cerradas, pero no oye más que el viento. Todos tenemos las caras empañadas de sudor, polvo y miedo. Seis mira a Henri y asiente. Apago mis luces.

—Allá voy —dice, antes de hacerse invisible.

Abre la puerta los centímetros justos para asomar la cabeza y echar un vistazo en derredor. Los demás observamos conteniendo la respiración, escuchando, esperando, con los nervios a flor de piel. Seis mira a un lado y luego al otro para cerciorarse de que hemos llegado sin ser vistos, y entonces abre la puerta del todo y salimos uno por uno.

Todo está oscuro y silencioso, sin viento, y los árboles se yerguen inmóviles a nuestra derecha. Miro a mi alrededor y veo las maltrechas siluetas de los coches retorcidos que se amontonan frente a la entrada del instituto. No hay estrellas ni luna. No se percibe el cielo, casi como si estuviéramos debajo de una burbuja de oscuridad, de alguna especie de bóveda donde no quedan más que sombras. *Bernie Kosar* empieza a gruñir, primero con un tono tan leve que me hace pensar que solo se debe a su ansiedad; sin embargo, el gruñido aumenta hasta hacerse más feroz, más amenazador, y comprendo que está percibiendo algo ahí fuera. Todos volvemos la cabeza para ver a qué está gruñendo, pero no hay ningún movimiento. Avanzo un paso para colocar a Sarah detrás de mí. Se me pasa por la cabeza encender mis luces, pero sé que eso nos delatará aún más que el gruñido del perro.

De pronto, *Bernie Kosar* sale disparado y corre treinta metros antes de saltar en el aire e hincar los dientes a un rastreador al que no hemos visto y que se materializa de la nada, como si se hubiese roto algún hechizo de invisibilidad. Al instante siguiente, podemos verlos a todos, rodeándonos. No son menos de veinte, y empiezan a acercarse.

—¡Era una trampa! —grita Henri, que dispara dos veces e inmediatamente abate dos rastreadores.

—¡Volved al túnel! —grito a Marky a Sarah.

Uno de los rastreadores se abalanza hacia mí. Lo levanto en el aire y lo arrojó con todas mis fuerzas hacia un roble que hay veinte metros más allá. El mogadoriano cae al suelo con un golpe seco, se pone de pie enseguida y lanza un puñal hacia mí. Lo desvío y vuelvo a levantar al rastreador. Lo empujo con más fuerza, y se convierte en cenizas tras golpear el pie del árbol. Henri dispara la escopeta una y otra vez con estallidos que resuenan con fuerza. Dos manos me sujetan por detrás. Estoy a punto de quitármelas de encima cuando me doy cuenta de que es Sarah. Seis parece haberse esfumado. *Bernie Kosar* ha derribado a un mogadoriano y le está clavando los dientes con fuerza en la garganta, con los ojos como poseídos por mil demonios.

—¡Métete en el instituto! —grito, pero Sarah no me suelta.

Un trueno repentino rompe el silencio, anunciando la tormenta que está a punto de caer, y sobre nosotros se acumulan unos nubarrones negros acompañados de destellos de relámpagos. Los truenos desgarran el cielo nocturno y sobresaltan a Sarah con cada fuerte estampido. Seis ha vuelto a aparecer diez metros más allá, con los ojos apuntando al cielo y el rostro tenso de concentración mientras alza ambos brazos. Es ella la que está creando la tormenta con su legado de control del tiempo. Empiezan a caer rayos del cielo que fulminan a los rastreadores en el acto con pequeñas explosiones, y las nubes de ceniza que se forman flotan lánguidamente por el patio. Henri permanece a un lado de la escena, cargando más cartuchos en la escopeta. El rastreador al que estaba asfixiando *Bernie Kosar* termina sucumbiendo a la muerte, y sus cenizas revientan sobre la cara del perro. Este suelta un estornudo, se sacude las cenizas del pelaje y entonces corre a otro lado a dar caza al rastreador más cercano hasta que ambos desaparecen en el denso bosque, quince metros más allá. Me asalta la angustiada sensación de que no volveré a verle nunca más.

—Tienes que ir al instituto —digo a Sarah—. Ve ahora mismo y escóndete allí. ¡Mark! —grito, pero no alcanzo a verle.

Miro en derredor, y le diviso corriendo hacia Henri, que sigue cargando la escopeta. Al principio no comprendo por qué, pero luego veo lo que está ocurriendo: un rastreador mogadoriano se ha acercado a Henri a hurtadillas sin que él se dé cuenta.

—¡Henri! —grito para llamar su atención.

Levanto la mano para detener al rastreador, que ya ha levantado su cuchillo en el aire, pero Mark se lanza antes sobre él, y ambos entablan un combate cuerpo a cuerpo. Henri cierra la escopeta con un movimiento seco mientras Mark aparta el cuchillo del rastreador de una patada. Henri dispara, y acto seguido el mogadoriano explota. Henri dice algo a Mark.

Vuelvo a llamar a Mark, que acude corriendo, con la respiración entrecortada.

—Tienes que llevar a Sarah al instituto.

—Puedo ayudaros aquí —contesta.

—Esta no es tu lucha. ¡Tenéis que esconderos! ¡Ve al instituto y escóndete con Sarah!

—Está bien.

—¡Tenéis que manteneros escondidos, pase lo que pase! —grito para hacerme oír sobre el estruendo de la tormenta—. No irán a por vosotros. Es a mí a quien quieren. ¡Prométemelo, Mark! ¡Prométeme que te quedarás escondido con Sarah!

Mark asiente rápidamente.

—¡Lo prometo!

Sarah está llorando, y no hay tiempo para reconfortarla. Otro trueno, otro disparo de escopeta. Ella me da un beso en los labios, sujetándome fuerte la cara con las manos, y yo sé que se quedaría siempre así. Mark tira de ella y empieza a llevársela lejos.

—Te quiero —dice Sarah, y en sus ojos veo la misma mirada que le dirigí antes, cuando salí de la clase de economía doméstica. Me mira como si estuviera viéndome por última vez, como si quisiera grabar esa última imagen en su memoria para toda la vida.

—Yo también te quiero —susurro justo cuando los dos llegan a los escalones donde empieza el túnel, y en el momento en que pronuncio esas palabras, Henri suelta una exclamación de dolor.

Me doy la vuelta. Uno de los rastreadores le ha clavado un cuchillo en la barriga. Me invade una oleada de terror. El rastreador retira el cuchillo del cuerpo de Henri, y su sangre resplandece en la hoja. El mogadoriano se inclina para acuchillar a Henri por segunda vez, pero levanto la mano hacia él y le arranco el arma de las manos en el último segundo, de forma que solo alcanza a Henri con el puño. Este gruñe y se recompone, y entonces encañona la barbilla del rastreador y dispara la escopeta. El mogadoriano se desploma sin cabeza.

Empieza a caer una lluvia fría y plomiza. En cuestión de segundos, estoy calado hasta los huesos. La sangre se escapa de la barriga de Henri. Dirige la escopeta hacia la oscuridad, pero todos los rastreadores se han replegado a las sombras, lejos de nosotros, y Henri no puede apuntar bien. Ya no están interesados en atacar, sabiendo que dos de nosotros se han retirado y un tercero está herido. Seis sigue con los brazos alzados al cielo. La tormenta ha arreciado; ya se oye el viento ulular. Parece que le cuesta controlarlo. Una tormenta invernal, truenos en enero. Sin embargo, tan rápido como ha empezado, todo parece cesar: el trueno, el rayo, la lluvia. El viento se extingue, y entonces un hondo aullido empieza a crecer a lo lejos. Seis baja los brazos, y todos aplicamos el oído. Incluso los mogadorianos se vuelven hacia el sonido: una especie de aullido mecánico que sigue aumentando y que decididamente se dirige hacia nosotros. Los rastreadores salen de entre las sombras y se echan a reír. A pesar

de que hayamos matado a diez como mínimo, ahora hay muchos más que antes. Desde lo lejos, una nube de humo se eleva sobre las copas de los árboles, como si una locomotora de vapor se dirigiera hacia el instituto. Los rastreadores se dirigen unos a otros gestos de asentimiento, mostrando sus malévolas sonrisas, y vuelven a formar un cerco alrededor de nosotros en lo que parece ser un intento de hacernos regresar al edificio. Y está claro que es la única opción que tenemos. Seis se acerca a nosotros.

—¿Qué es? —le pregunto.

Henri se incorpora con dificultad, con la escopeta colgando a un lado. Le cuesta respirar y tiene un corte en la mejilla, debajo del ojo derecho, además de un círculo de sangre en el jersey gris, producido por la herida de cuchillo.

—Son los demás, ¿verdad? —pregunta a Seis.

Ella le mira, conmocionada, con la melena húmeda pegada a ambos lados de la cara.

—Las bestias —responde—. Y los soldados. Están aquí.

Henri recarga la escopeta y respira profundamente.

—Y ahora es cuando empieza la verdadera guerra —dice—. No sé qué pensáis vosotros, pero si ha llegado la hora, ha llegado la hora. Por lo que a mí respecta... —añade, y su voz se apaga—. Bueno, no piensoirme sin pelear.

Seis asiente con un movimiento de cabeza.

—Nuestra gente se defendió hasta el final. Y yo también lo haré —dice.

Una columna de humo sigue alzándose a un kilómetro de distancia. «Transporte de tropas —pienso—. Es así cómo viajan, con semirremolques enormes». Seis y yo seguimos a Henri por los escalones. Llamo a *Bernie Kosar*, pero no se le ve por ningún lado.

—No podemos esperarle otra vez —dice Henri—. No hay tiempo.

Miro alrededor una última vez y cierro las puertas de golpe. Sin perder tiempo, recorremos el túnel, subimos al escenario y atravesamos el gimnasio. No vemos ni un solo rastreador, y tampoco a Mark y Sarah, cosa que me alivia. Espero que estén bien escondidos, y que Mark mantenga su promesa y se queden donde están. Cuando llegamos de vuelta al aula de economía doméstica, aparto la nevera y cojo el Cofre. Henri y yo lo abrimos. Seis coge la piedra sanadora y la aprieta contra la barriga de Henri. Él se queda en silencio, con los ojos cerrados, aguantando la respiración. Tiene la cara roja por la tensión, pero no emite ni un solo sonido. Al cabo de un minuto, Seis retira la piedra. El corte se ha curado. Henri exhala, con la frente llena de sudor. Entonces llega mi turno. Seis presiona la piedra contra el corte de mi cabeza, y siento que me desgarra un dolor mayor que cualquiera que haya sentido antes. Suelto quejidos y gruñidos, tensando todos los músculos de mi cuerpo. No puedo respirar hasta que todo ha pasado, y cuando ese momento llega al fin, me doblo por la cintura y pasa un minuto hasta que recupero el aliento.

El aullido metálico de fuera ha cesado. El semirremolque está fuera de nuestra vista. Mientras Henri cierra el Cofre y vuelve a dejarlo en el mismo horno de antes, miro por la ventana esperando divisar a *Bernie Kosar*, pero no le veo. Otro par de faros llega al instituto. Al igual que antes, no veo si es un coche o un camión. Aminora al pasar junto a la entrada, y luego acelera y se aleja de pronto. Henri se abotona la camisa y recoge la escopeta. Cuando nos dirigimos hacia la puerta, un sonido nos deja helados.

Suena un rugido fuera, estruendoso, bestial, un bramido siniestro diferente a cualquier cosa que haya oído antes, seguido por el clic de un cierre abriéndose y el sonido metálico de una puerta que desciende y se abre. Se oye un fuerte golpe que nos saca de nuestro ensimismamiento. Tomo una profunda inspiración. Henri menea la cabeza y suspira con un gesto casi desesperanzado, un gesto que indica que está dando la batalla por perdida.

—Siempre hay esperanza, Henri —le digo, y él se vuelve para mirarme—. Todavía puede haber sorpresas. No lo sabemos todo todavía. No renuncies a la esperanza aún.

Él asiente, y la más leve de las sonrisas se insinúa en su cara. Mira a Seis, una sorpresa que no creo que ninguno de los dos habría podido imaginar. ¿Quién dice que no haya más esperándonos? Y entonces es él quien sigue el discurso, repitiendo las mismas palabras que me dirigió cuando era yo el que estaba desanimado, el día que le pregunté cómo podíamos esperar ganar esta batalla, solos, en inferioridad numérica y lejos de casa, contra los mogadorianos, que parecen regodearse en la guerra y en la muerte.

—Es lo último a lo que hay que renunciar —dice—. Cuando pierdes la esperanza, ya no te queda nada más. Y aunque pienses que se han agotado las posibilidades, en el momento más duro y sombrío de todos, sigue habiendo esperanza.

—Así se habla —digo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



OTRO RUGIDO RASGA EL AIRE NOCTURNO y atraviesa las paredes del instituto, helándome la sangre en las venas. El suelo empieza a retumbar bajo los pasos de la bestia que ahora debe de andar suelta. Meneo la cabeza, preocupado. En mis visiones de la guerra en Lorien he comprobado por mí mismo lo grandes que eran estas bestias.

—Por nuestro bien y el de vuestros amigos —dice Seis—, tenemos que largarnos de este instituto mientras aún estemos a tiempo. Son capaces de destruir todo el edificio para sacarnos de él.

Todos asentimos.

—Nuestra única opción es llegar al bosque —apunta Henri—. Sea lo que sea esa cosa, podemos conseguir escapar si permanecemos invisibles.

—Cogedme de la mano —dice Seis, asintiendo.

Henri y yo no necesitamos que nos insista para cogerle una mano cada uno.

—Sobre todo, no hagamos ruido —dice Henri.

El pasillo está oscuro y en silencio. Caminamos con sigilosa urgencia, moviéndonos tan rápido como podemos y haciendo el menor ruido posible. Otro bramido, y antes de que termine, otra bestia ruge. Nos detenemos. No hay una bestia, sino dos. Seguimos adelante hasta llegar al gimnasio. No se ve a los rastreadores por ningún lado. Cuando llegamos al centro de la cancha, Henri se detiene. Me vuelvo hacia él, pero no le veo.

—¿Por qué nos hemos parado? —susurro.

—Chist —contesta—. Escuchad.

Intento escuchar, pero no oigo nada aparte del zumbido constante de la sangre en mis oídos.

—Las bestias han dejado de moverse —anuncia Henri.

—¿Y qué?

—Chist —repite—. Hay algo más ahí fuera.

Y entonces yo también los oigo, unos gemidos leves pero agudos, como provenientes de animales pequeños. Los sonidos llegan amortiguados, pero está claro que se oyen cada vez más cerca.

—¿Qué diablos...? —pregunto.

Algo empieza a aporrear la trampilla del escenario, la misma salida por la que esperábamos escapar.

—Enciende tus luces —dice Henri.

Suelto la mano de Seis, enciendo las luces de mis manos y enfoco el escenario. Henri baja la vista hacia el cañón de la escopeta. La trampilla se sacude, como si algo intentara romperla pero no tuviera la fuerza necesaria para hacerlo. « Las comadreas —pienso—, las pequeñas criaturas de cuerpo recio que tanto aterraron a los de Athens ». Una de ellas golpea la trampilla con tanta furia que la arranca del escenario y la lanza rebotando por el suelo. Está visto que tienen más fuerza de lo que pensaba. Dos de ellas salen disparadas, y al localizarnos corren hacia nosotros con tanta rapidez que apenas consigo verlas. Henri se queda observando con la escopeta preparada y una sonrisa sardónica en su rostro. Las criaturas se separan y dan un salto desde unos cinco metros de distancia, una hacia Henri y la otra hacia mí. Henri revienta a una de ellas, que le cubre de sangre y entrañas; y justo cuando estoy a punto de partir en dos a la otra con telequinesia, la mano invisible de Seis la atrapa en el aire y la arroja al suelo como una pelota de fútbol, matándola al instante.

Henri recarga la escopeta, diciendo:

—Bueno, no ha sido tan grave.

Sin embargo, antes de que pueda responderle, toda la pared de detrás del escenario se desploma bajo el puño de una bestia. El puño se retira, y el siguiente golpe destroza el escenario en mil pedazos y deja al descubierto el cielo nocturno. El impacto nos hace retroceder a Henri y a mí.

—¡Corre! —grita Henri, y acto seguido vacía toda la carga de la escopeta sobre la bestia, pero no causa ningún efecto en ella.

La bestia se inclina hacia delante y suelta un rugido tan fuerte que noto mi ropa vibrar. Una mano me agarra y me hace invisible. La bestia se echa hacia delante, dirigiéndose directamente a Henri, y me asalta el terror de lo que pueda llegar a hacerle.

—¡Seis, no! —grito—. ¡Con Henri, ve con Henri!

Me retuerzo entre las manos de Seis, y finalmente me separo de ella y la empujo para alejarla de mí. Me hago visible, mientras ella permanece oculta. La bestia arremete contra Henri, que se mantiene firme ante ella. Sin balas. Sin opciones.

—¡Ve con él! —Vuelvo a gritar—. ¡Ve con él, Seis!

—¡Ve al bosque! —grita ella a su vez.

No puedo hacer otra cosa que mirar. La bestia debe de alzarse diez metros del suelo, tal vez doce, mientras se cierne sobre Henri. Cuando ruge, una ira en estado puro le inunda los ojos. Su puño, musculoso y abultado, se eleva en el aire, tan arriba que atraviesa las vigas y el techo del gimnasio. Y entonces cae con tanta velocidad que se convierte en un borrrón, como las palas de un ventilador. Grito de horror, sabiendo que Henri está a punto de ser machacado, pero no puedo apartar la vista. Henri se ve minúsculo, allí plantado con la escopeta colgando a un lado. Cuando el puño de la bestia está a una fracción de segundo de aplastarle, Henri desaparece. El puño atraviesa el suelo del gimnasio, haciendo añicos la madera, y el impacto me lanza contra las gradas, cinco metros más allá. La bestia se vuelve hacia mí, tapándome el lugar donde Henri estaba hace un momento.

—¡Henri! —grito, pero el siguiente rugido ahoga cualquier respuesta posible.

La bestia avanza un paso hacia mí. Al bosque, ha dicho Seis. Ve al bosque. Me pongo en pie y corro tan rápido como puedo hacia el fondo del gimnasio, por donde ha irrumpido la bestia. Me giro para ver si me sigue. No es así. Tal vez Seis haya hecho algo para desviar su atención. Solo sé que ahora estoy solo, sin nadie que pueda ayudarme.

Salto sobre la pila de escombros y, tras salir del instituto a toda velocidad, echo a correr tan rápido como puedo hacia el bosque. Las sombras se arremolinan a mi alrededor y me siguen como espectros malignos. Sé que no puedo correr más deprisa que ellos. La bestia ruge y oigo otra pared desmoronándose. Cuando alcanzo los árboles, las sombras envolventes parecen haberse esfumado. Me detengo a escuchar. Los árboles se mecen por el efecto de una suave brisa. ¡Aquí hay viento! He escapado a lo que sea que han creado los mogadorianos. Algo caliente se concentra en la cintura de los pantalones. El corte que me hice en la espalda en casa de Mark James se ha reabierto.

La silueta del instituto se ve desdibujada desde donde estoy. El gimnasio entero ha desaparecido, reducido a un montón de ladrillos. La sombra de la bestia se eleva sobre los escombros del comedor. ¿Por qué no ha corrido detrás de mí? ¿Y dónde está la otra bestia a la que todos hemos oído? El puño de la primera bestia vuelve a caer: otra sección del edificio demolido. Mark y Sarah están escondidos en alguna parte. Les he dicho que volvieran, y ahora veo lo insensata que era la idea. No esperaba que la bestia destragara el instituto aunque supiera que yo no estaba allí. Tengo que hacer algo para alejarla de allí. Inspiro profundamente para hacer acopio de fuerzas y, en cuanto doy el primer paso, algo duro me golpea la cabeza por atrás. Caigo de bruces sobre el barro. Cuando me toco el golpe, veo mi mano cubierta de sangre, que gotea de mis dedos. Me doy la vuelta y no veo nada al principio, pero entonces surge de entre las

sombras con una sonrisa.

Un soldado. Ahora sé cómo son. Este es más alto que los rastreadores —dos metros, tal vez dos y medio—, y sus abultados músculos se le marcan bajo una raída capa negra. Unas grandes venas sobresalen a lo largo de cada brazo. Botas negras. La cabeza descubierta, y el pelo largo hasta los hombros. La misma piel blanca y cérea que los rastreadores. Una sonrisa de confianza, de determinación. En una de las manos porta una espada. Larga y reluciente, hecha con alguna clase de metal que nunca he visto en la Tierra ni en mis visiones de Lorien, y que parece estar latiendo, como si estuviera viva de algún modo.

Empiezo a alejarme a rastras, con la sangre cayéndome por la nuca. Mientras la bestia del instituto emite otro rugido, agarro las ramas bajas de un árbol cercano y me impulso para ponerme de pie. El soldado está a tres metros. Cierro las manos con fuerza, convirtiéndolas en puños. El mogadoriano blande la espada con aire indolente hacia mí, y algo parece salir de la punta, algo que parece un pequeño puñal. Veo el proyectil trazar un arco, dejando una ligera estela tras él, como el humo de un avión. La luz que emite lanza un hechizo que me impide apartar la vista.

Un destello de luz brillante lo devora todo, y el mundo se desvanece en un vacío sin sonido. Sin paredes. Sin techo ni suelo. Sin ruidos. Muy lentamente, las cosas vuelven a cobrar forma, y los árboles se yerguen como antiguas esfinges que hablan en susurros de un mundo que existió alguna vez, en algún reino alternativo donde solo moran las sombras.

Levanto el brazo para tocar el árbol más cercano, el único contacto gris en un mundo donde todo lo demás es blanco. Mi mano se desliza por su superficie, y por un momento el árbol resplandece como si fuera líquido. Tomo una profunda bocanada de aire. Al exhalarlo, el dolor regresa al corte de mi cabeza y a las heridas de los brazos y el tronco que me hice al escapar del incendio de la casa de los James. De algún lado me llega el sonido de agua goteando. Poco a poco, se define la figura del soldado, a cinco o diez metros. Es gigantesca. Nos tomamos la medida. El resplandor de su espada es mucho más brillante en este nuevo mundo. Sus ojos se entornan y mis puños se cierran de nuevo. He levantado objetos mucho más pesados que él; he partido árboles y he causado destrucción. Seguro que mi fuerza está a la altura de la suya. Empujo al centro de mí ser todo lo que siento, todo lo que soy y todo lo que seré, hasta que creo estar a punto de estallar.

—¡Yaaaah! —grito, y echo los brazos hacia delante.

Una fuerza en estado puro sale de mi cuerpo, abalanzándose hacia el soldado. Al mismo tiempo, él oscila la espada frente a su cuerpo, como espantando una mosca. La fuerza se desvía hacia los árboles, donde danza por un breve instante como las espigas de un campo de trigo meciéndose a la suave brisa antes de quedarse quietas. El mogadoriano se ríe de mí, burlándose con una risa profunda

y gutural. Sus ojos rojos empiezan a brillar con una luz que se arremolina como si fueran pozos de lava. Entonces, levanta su mano libre y yo me tenso en preparación para lo desconocido. Y, sin saber cómo ha ocurrido, su mano está agarrándome la garganta, habiendo salvado la distancia que nos separaba con un parpadeo. Me levanta con una sola mano, respirando con la boca abierta, de modo que puedo oler el hedor agrio de su respiración, el olor a podredumbre. Me revuelvo, intento arrancar sus dedos de mi garganta, pero parecen de hierro.

Y entonces me lanza por los aires.

Aterrizo sobre mi espalda, una docena de metros más allá. Me levanto y se lanza hacia mí, blandiendo su espada sobre mi cabeza. Me agacho y rechazo al soldado empujándolo con todas mis fuerzas. Da un traspies, pero sigue en pie. Intento levantarlo con telequinesia, pero no ocurre nada. En este mundo alternativo, mis poderes están menguados, son casi inefectivos. El mogadoriano juega con ventaja aquí.

Sonríe ante mi impotencia y levanta la espada con ambas manos. La hoja cobra vida, pasando del plata reluciente al azul helado. Unas llamas azules lamen su superficie. La espada resplandece de poder, como había dicho Seis. El soldado la blande hacia mí, y otro puñal sale disparado de su punta, volando a mi encuentro. « Puedo con esto », pienso. He pasado horas entrenando en el patio con Henri en preparación para algo así. Siempre con cuchillos, más o menos lo mismo que un puñal. ¿Sabía Henri que los usarían? Sin duda, aunque en mis visiones de la invasión nunca los había visto. Pero tampoco había visto nunca a estos seres. En Lorien eran diferentes, con un aspecto no tan siniestro. El día de la invasión, se los veía enfermizos, famélicos. ¿Será la Tierra la causa de su recuperación? ¿Habrán ganado fuerza y salud gracias a sus recursos?

El puñal grita literalmente mientras se precipita en mi dirección, aumentando de tamaño y ardiendo en llamas. Justo cuando estoy a punto de desviarlo, explota en una bola de fuego, y las llamas saltan hacia mí. Quedo atrapado entre ellas, consumido en una perfecta esfera de fuego. Cualquier otra persona quedaría abrasada, pero no yo, y de algún modo esto trae de vuelta mis fuerzas. Puedo respirar. Sin que el soldado lo sepa, me ha hecho más fuerte. Ahora me toca a mí sonreír ante su impotencia.

—¿Es esto todo lo que tienes? —grito.

La furia invade su rostro. Con aire desafiante, se lleva una mano detrás del hombro para aparecer después acompañada de un arma parecida a un cañón que empieza a adaptarse a su cuerpo, enroscándose en torno a su antebrazo. El brazo y el arma se convierten en una sola cosa. Saco una navaja del bolsillo trasero, la que he cogido de casa antes de volver al instituto. Pequeña, inefectiva, pero mejor que nada. Abro la hoja y ataco. La bola de fuego ataca conmigo. El soldado se pone en guardia y baja la espada con fuerza. La bloqueo con la navaja, pero la fuerza de la espada la parte en dos. Dejo caer los pedazos y

golpeo al soldado con todas mis fuerzas, hundiendo mi puño en su barriga. El mogadoriano se dobla en dos, pero enseguida se incorpora y vuelve a lanzarme un mandoble. Me agacho bajo la espada en el último segundo, pero me chamusca el pelo de la coronilla. Justo después de la espada ataca el cañón. No tengo tiempo de reaccionar. El arma me golpea en el hombro, y caigo de espaldas con un gruñido. El soldado se recompone y apunta el cañón al aire. En un primer momento, me siento confuso. Pero entonces, el arma absorbe y engulle el gris de los árboles. Ya lo comprendo: es el arma. Necesita cargarse antes de poder disparar, robar la esencia de la Tierra para ser utilizada. El gris de los árboles no son sombras, es la vida de las plantas en su nivel más elemental. Y ahora, estas vidas están siendo robadas, consumidas por los mogadorianos. Una raza de alienígenas que agotaron los recursos de su planeta en su afán de desarrollo, y ahora están haciendo lo mismo aquí. Esa es la razón por la que atacaron Lorien. La misma razón por la que atacarán la Tierra. Uno a uno, los árboles caen y se desmoronan en montones de ceniza. El cañón resplandece cada vez más, con un brillo tal que daña la vista al mirarlo. No hay tiempo que perder.

Vuelvo a la carga. El soldado, con el cañón todavía apuntando al cielo, dirige su espada hacia mí. Me agacho y le embisto directamente. Su cuerpo se tensa y se retuerce de agonía. El fuego que me envuelve le quema allí mismo. Pero he abierto mi guardia, y el mogadoriano descarga un débil mandoble. No basta para cortarme, pero no puedo hacer nada para evitar que me golpee. Mi cuerpo sale despedido quince metros hacia atrás, como si me hubiera caído un rayo encima. Me quedo allí tumbado, temblando con convulsiones de electrocución. Levanto la cabeza. A nuestro alrededor hay treinta montones de cenizas de los árboles. ¿Cuántas veces le permitirá disparar eso? Se levanta un ligero viento, y la ceniza empieza a filtrarse por el espacio vacío que nos separa. La luna regresa. El mundo al que me ha traído empieza a venirse abajo, y el soldado lo sabe. Su arma está a punto. Me levanto del suelo con un gran esfuerzo. A un par de metros de mí, aún reluciente, yace uno de los puñales que me ha disparado. Lo recojo.

El mogadoriano baja el cañón y apunta. El velo blanco que nos rodea está empezando a desaparecer, dejando que vuelva el color. Y entonces el cañón dispara con un deslumbrante fogonazo que contiene las formas fantasmagóricas de todos los que me importan —Henri, Sam, *Bernie Kosar*, Sarah—, todos ellos muertos en este reino alternativo. La luz es tan intensa que solo puedo verlos a ellos, intentando llevarme consigo, abalanzándose hacia mí en una bola de energía que crece a medida que se acerca. Intento desviar la ráfaga, pero es demasiado fuerte. La blancura alcanza la rugiente esfera que me envuelve, y la explosión que se origina al tocarse ambas me proyecta hacia atrás y me tumba al suelo con un golpe seco. Hago inventario. Estoy indemne, pero la bola de fuego se ha extinguido. De algún modo ha absorbido la ráfaga, me ha salvado de

una muerte segura. Debe de ser así como funciona el cañón: la muerte de una cosa por la muerte de otra. La destrucción de los elementos del mundo les otorga el poder del control mental, la manipulación sobre la base del miedo. Los rastreadores han aprendido a hacerlo con su mente, en menor medida. Los soldados se sirven de sus armas para lograr un efecto mucho mayor.

Me levanto, empuñando todavía el reluciente puñal. El soldado tira de una especie de palanca a un lado del cañón, como para recargarlo. Echo a correr hacia él. Cuando ya estoy lo bastante cerca, apunto hacia su corazón y lanzo el puñal con todas mis fuerzas mientras el mogadoriano dispara una segunda ráfaga. Un torpedo naranja vuela hacia él, una muerte blanca viene certera hacia mí. Ambos se cruzan en el aire sin tocarse. Justo cuando creo que me alcanzará el segundo disparo, trayendo consigo la muerte, ocurre otra cosa en su lugar.

El puñal llega antes.

El mundo se desvanece. Las sombras se diluyen, y el frío y la oscuridad regresan como si nunca se hubiesen ido. Es una transición vertiginosa. Doy un paso atrás y me desplomo. Cuando mis ojos se ajustan a la escasez de luz, los dirijo hacia la negra figura del soldado que se alza sobre mí. El disparo del cañón no ha viajado con nosotros desde el mundo alternativo, pero sí el brillante puñal, con la hoja clavada profundamente en su corazón, la empuñadura parpadeando con un resplandor naranja bajo la luz de la luna. El soldado se tambalea, y entonces el cuchillo penetra más hondo y desaparece. El mogadoriano gruñe mientras brotan chorros de sangre negra de su herida abierta. Los ojos se le ponen en blanco antes de desaparecer en su cabeza, y entonces cae inmóvil al suelo y explota en una nube de cenizas que me salpica los zapatos. Un soldado. He matado al primero. Espero que no sea el último.

Estar en el reino alternativo me ha debilitado de algún modo. Apoyo la mano en un árbol cercano para recomponerme y recuperar la respiración, pero en ese momento deja de haber árbol. Miro a mi alrededor. Todos los árboles que me rodean se han reducido a montones de ceniza, como ha ocurrido en el otro reino. Igual que les sucede a los mogadorianos al morir.

Oigo el bramido de la bestia y levanto la vista para ver si queda alguna parte del instituto en pie. Pero en lugar del edificio hay otra figura, a cinco metros de distancia, irguiéndose amenazadora con una espada en una mano y un cañón en la otra. Un cañón recién cargado, resplandeciendo de poder y apuntándome directamente al corazón. Otro soldado. No creo que tenga la fuerza suficiente para combatir a este como he hecho con el otro.

No tengo nada a mano que arrojarle, y la distancia que nos separa es demasiado grande para atacarle antes de que dispare. Pero entonces su brazo se convulsiona, y el sonido de un disparo resuena por el aire. Mi cuerpo se crispa por instinto, esperando que el cañón me parta en dos. Sin embargo estoy bien,

indemne. Alzo la vista confundido. Allí, en la frente del soldado, hay un agujero del tamaño de un centavo, expulsando a chorros su horrenda sangre. A continuación, su cuerpo se desploma y se desintegra.

—Eso va por mi padre —oigo detrás de mí. Me doy la vuelta. Es Sam, con una pistola de plata en su mano derecha. Le sonrío, y baja el arma—. Han pasado justo por mitad del pueblo —explica—. Sabía que eran ellos en cuanto he visto el semirremolque.

Intento recobrar el aliento, mientras miro atónito la silueta de Sam. Tan solo unos momentos antes, en las imágenes del disparo del primer soldado, él era un cadáver putrefacto salido de los infiernos para arrastrarme consigo. Y ahora acaba de salvarme la vida.

—¿Estás bien? —me pregunta, y asiento.

—¿De dónde has salido tú?

—Los he seguido con la camioneta de mi padre cuando los he visto pasar delante de mi casa. He llegado hace quince minutos, y enseguida me han empezado a rodear los que ya estaban aquí. Así que he dado media vuelta, he aparcado en el campo, a un kilómetro de aquí, y he venido a través del bosque.

El segundo par de faros que hemos visto desde la ventana del instituto eran de la camioneta de Sam. Abro la boca para contestar, pero el estallido de un trueno sacude el cielo. Otra tormenta empieza a formarse, y un sentimiento de alivio me invade al ver que Seis sigue viva. Un relámpago surca el aire y empiezan a acudir nubes de todas direcciones, convergiendo en una gran masa gigante. Cae una oscuridad aún mayor, seguida de una lluvia tan pesada que tengo que entornar los ojos para ver a Sam, que está a no más de dos metros de distancia. El instituto se vuelve borroso. Pero entonces cae un gran rayo y, durante la fracción de segundo en que todo se ilumina, veo que la bestia ha sido alcanzada. Se oye un rugido de agonía.

—¡Tengo que volver al instituto! —grito—. ¡Marky Sarah están dentro!

—Si tú vas, yo también —grita él a su vez para hacerse oír por encima del atronador ruido de la tormenta.

No damos ni cinco pasos antes de que el viento empiece a ulular, a echarnos hacia atrás, y llega acompañado de una lluvia torrencial que nos aguijonea la cara. Enseguida nos quedamos empapados, tiritando de frío. Pero, si tiemblo, es que estoy vivo. Sam apoya una rodilla en el suelo y después se tumba panza abajo para evitar que se lo lleve el viento hacia atrás. Yo le imito. Con los ojos entrecerrados, miro hacia las nubes, pesadas, oscuras, amenazantes, que se arremolinan en pequeños círculos concéntricos y, en el centro, en el ojo de la tormenta que intento alcanzar desesperadamente, empieza a formarse una cara.

Es un rostro anciano, curtido, barbudo, de aspecto sereno, como si durmiera. Un rostro que parece más anciano que la propia Tierra. Las nubes empiezan a descender, a acercarse lentamente hacia el suelo mientras lo engullen todo, lo

envuelven todo en unas tinieblas tan oscuras e impenetrables que es difícil imaginar que en alguna parte todavía pueda existir el sol. Otro rugido, un rugido de rabia y perdición. Intento ponerme en pie, pero el viento es tan fuerte que enseguida me aplasta de nuevo contra el suelo. El rostro. Ahora está cobrando vida. Está despertando. Los ojos se abren, la cara se tuerce formando una mueca. ¿Será una creación de Seis? El rostro adquiere la forma de la rabia en estado puro, la expresión de la venganza. Sigue descendiendo a gran velocidad. Todo parece pender de un hilo. Y entonces la boca se abre, hambrienta, con los labios estirados para mostrar los dientes. Y los ojos se entornan en una expresión que solo puede describirse como pura cólera. Un furor completo y absoluto.

Cuando el rostro toca tierra, un estallido sónico sacude el suelo: una explosión que se expande sobre el instituto y lo ilumina todo de rojo, naranja y amarillo. Caigo hacia atrás. Los árboles se parten por la mitad. El suelo retumba. Aterrizo con un golpe seco, bajo una lluvia de ramas y barro. Me zumban los oídos como nunca me habían zumbado antes. El estallido ha sido tan fuerte que debe de haberse oído a cincuenta kilómetros. De pronto, la lluvia cesa, y todo se queda en silencio.

Me quedo tumbado sobre el barro, escuchando los latidos de mi corazón. Las nubes se despejan, revelando una luna solitaria. Ni un solo soplo de viento. Miro a mi alrededor, pero no veo a Sam. Le llamo a gritos y no responde. Ansío oír algo, lo que sea, otro rugido, la escopeta de Henri, pero no hay nada.

Me pongo en pie en el suelo, me sacudo el fango y las ramas como mejor puedo, y salgo del bosque por segunda vez. Las estrellas han reaparecido: un millón de luceros titilando en el cielo nocturno. ¿Ha terminado? ¿Hemos ganado? ¿O es solo una tregua en la batalla? «El instituto —pienso—. Tengo que ir al instituto». Doy un paso adelante, y es entonces cuando lo oigo.

Otro bramido, procedente de los árboles de atrás.

Los sonidos han vuelto. Tres disparos sucesivos estallan en la noche, pero su eco me impide saber de dónde vienen. Deseo con todo mi ser que sean de la escopeta de Henri, que siga vivo, que siga combatiendo.

El suelo empieza a temblar. La bestia corre al galope, viniendo a mi encuentro. Los árboles que se parten y arrancan detrás de mí, que no parecen reducir la marcha de la bestia en absoluto, señalan claramente su dirección. ¿Será esta mayor que la otra? No necesito saberlo. Echo a correr hacia el instituto, pero entonces me doy cuenta de que es claramente el peor sitio al que ir. Sarah y Mark siguen ahí, escondidos. O al menos espero que lo estén.

Todo vuelve a ser como antes de la tormenta, y de nuevo merodean las sombras, los rastreadores, los soldados. Giro a la derecha y corro a toda velocidad a lo largo del camino flanqueado por árboles que lleva al campo de fútbol, seguido de cerca por la bestia. ¿Qué esperanza tengo de dejarla atrás? Si consigo llegar al bosque de detrás del estadio, tal vez podría. Conozco ese bosque:

es el que va a parar a nuestra casa. En él, tendré la ventaja de jugar en mi terreno. Miro en derredor y veo las siluetas de los mogadorianos en el patio del instituto. Son demasiados. Su número es abrumadoramente mayor. ¿De verdad creíamos que podríamos ganar?

Un puñal vuela junto a mí, con un destello rojo que pasa a centímetros de mi cara. Se clava en el tronco de un árbol que está a mi lado, y el árbol estalla en llamas. Otro rugido. La bestia no pierde terreno. ¿Cuál de nosotros tendrá mayor resistencia? Entro en el estadio, atravieso a la carrera la línea de cincuenta yardas y paso al campo del equipo visitante. Otro puñal, esta vez azul, pasa silbando. El bosque está cerca, y cuando finalmente entro corriendo en él, una sonrisa se forma en mi cara. He alejado a la bestia de mis amigos. Si todos los demás están a salvo, he hecho bien mi trabajo. Pero justo cuando nace en mí el sentimiento de triunfo, cae el tercer puñal.

Lanzo un grito y caigo de bruces sobre el barro. Siento el puñal entre mis omóplatos, con un dolor tan agudo que me paraliza. Intento alcanzar el puñal para arrancármelo, pero está demasiado arriba. Parece estar moviéndose, clavándose cada vez más hondo, y el dolor se extiende como si estuviera envenenado. Me quedo tumbado boca abajo, presa de la agonía. No consigo quitármelo con telequinesia, como si me fallaran los poderes. Empiezo a arrastrarme hacia delante. Uno de los soldados (o tal vez un rastreador, no llego a distinguirlo) apoya un pie en mi espalda, se agacha y me arranca el puñal. Suelto un quejido. Aunque la hoja ya no está clavada en mí, el dolor no se va. El mogadoriano aparta el pie de mí, pero todavía siento su presencia, y me retuerzo hasta colocarme boca arriba para poder verlo.

Es otro soldado, irguiéndose sobre mí con una sonrisa de odio. La misma mirada que el de antes, el mismo tipo de espada. El puñal que estaba en mi espalda se tuerce en su mano. Eso es lo que sentía: la hoja girando mientras estaba hundida en mi carne. Levanto una mano hacia el soldado para moverlo, pero sé que es en vano. No puedo concentrarme, y todo se emborrona. El soldado alza la espada en el aire. Oliendo la muerte, la hoja empieza a brillar frente al telón formado por el cielo nocturno.

«Estoy perdido —pienso—. No puedo hacer nada». Miro sus ojos. Diez años a la fuga para que todo termine con tanta facilidad, con tanta tranquilidad. Pero detrás de él acecha otra cosa, algo mucho más amenazador que un millón de soldados con un millón de espadas. Dientes tan largos como la estatura del soldado, de un blanco resplandeciente, en una boca que no es lo bastante grande para contenerlos. La bestia, con sus ojos malvados, se cierne sobre nosotros.

De repente, me quedo sin aire, y los ojos se me abren de par en par por el terror. «La bestia acabará con los dos», pienso. El soldado sigue ajeno a su presencia. Se tensa y me dirige una mueca de desdén mientras se dispone a bajar la espada para partirme en dos. Pero es demasiado lento, y la bestia ataca

primero, cerrando la mandíbula como una trampa para osos. La dentellada no termina hasta que las fauces de la bestia se juntan y el cuerpo del soldado queda cortado limpiamente en dos mitades, justo por debajo de la cintura, dejando solo tras de sí las dos extremidades, todavía en pie. La bestia mastica dos veces y traga. Las piernas del soldado caen muertas al suelo, una a la derecha y otra a la izquierda, y acto seguido se desintegran.

Hago acopio de todas mis fuerzas para alcanzar el puñal que ha caído a mis pies. Me lo meto en la cintura de los vaqueros y empiezo a alejarme a rastras. Sé que la bestia se cierne sobre mí, siento su respiración sobre la nuca. El hedor a muerte y a carne putrefacta. Llego a un pequeño claro. Me preparo para que la furia de la bestia se descargue sobre mí de un segundo a otro, para que sus dientes y garras me corten a tiras. Tiro de mí hacia delante hasta que ya no puedo seguir más, y apoyo la espalda contra un roble.

La bestia se alza en el mismo centro del claro, a diez metros de distancia. La observo por primera vez. Una figura descomunal, desdibujada por la oscuridad y el frío de la noche. Es más alta y corpulenta que la bestia del instituto, y sostiene sus doce metros de altura sobre sus patas traseras. Su piel gruesa y grisácea se estira sobre sus músculos grandes como losas. Carece de cuello, y su cráneo se proyecta hacia atrás de forma que la mandíbula inferior se destaca sobre la superior. Un par de colmillos apunta hacia el cielo, y otro hacia el suelo, y de ellos gotean hilos de sangre y babas. Aunque la bestia camina erguida, sus largos y gruesos brazos cuelgan a medio metro del suelo, lo que da la impresión de que está ligeramente encorvada hacia delante. Ojos amarillos. Unos discos redondos a ambos lados de la cabeza que palpitan con el latido del corazón, siendo esta la única señal de que tenga corazón siquiera.

La bestia se inclina hacia delante y apoya la mano izquierda en el suelo. Una mano con dedos cortos y gruesos terminados en garras de rapaz, capaces de desgarrar cualquier cosa que toquen. Me olisquea y lanza un rugido, un rugido ensordecedor que me habría arrastrado hacia atrás si no estuviera apoyado en un árbol. Abre sus fauces, mostrando lo que deben de ser otros cincuenta dientes, cada uno tan afilado como el anterior. Da un zarpazo con la mano libre y parte en dos todos los árboles que golpea, diez, quince o más.

Se acabó el huir. Se acabó el pelear. La sangre sigue brotando del corte de mi espalda; me tiemblan las manos y las piernas. El puñal sigue en la cintura de mis pantalones, pero ¿qué sentido tiene cogerlo? ¿Qué puede hacer una hoja de diez centímetros contra una bestia de doce metros? Para ella sería como la punzada de una astilla, y no haría sino enfurecerla. Mi única esperanza es morir desangrado antes de que me mate y me devore.

Cierro los ojos y acepto la muerte. He apagado las luces de las manos. No quiero ver lo que está a punto de ocurrir. De pronto, oigo un movimiento detrás de mí. Abro los ojos. « Uno de los mogadorianos debe de estar acercándose a

mirar» , pienso al principio, pero enseguida me doy cuenta de que no es así. Hay algo que reconozco en su forma de trotar, en el sonido de su respiración. Y es entonces cuando él entra en el claro.

Bernie Kosar.

Sonríó, pero mi sonrisa se desvanece al momento. Aunque yo esté condenado, no hay necesidad de que él también muera. « No, *Bernie Kosar*. No puedes estar aquí. Tienes que irte, tienes que correr como el viento, tienes que alejarte tanto como puedas. Haz como si hubiéramos terminado nuestra carrera matutina al instituto y fuera tu hora de volver a casa» .

Bernie Kosar me mira mientras se acerca a mí. « Estoy contigo —parece decir—. Ahora estoy contigo, y resistiré a tu lado» .

—No —digo en voz alta.

Sin embargo, él se detiene el tiempo suficiente para darme un lametón de consuelo en la mano y mirarme con sus grandes ojos marrones. « Vete, John —oigo en mi mente—. Aunque sea a rastras, pero vete ahora de aquí» . La pérdida de sangre está provocándome alucinaciones. *Bernie* parece estar comunicándose conmigo. ¿Está aquí siquiera, o eso también me lo estoy imaginando?

Él se planta delante de mí, como protegiéndome. Entonces, empieza a soltar un gruñido, leve al principio, pero que va en aumento hasta convertirse en un rugido tan feroz como el de la propia bestia. El monstruo clava los ojos en él, y ambos se retan con la mirada. El pelo de *Bernie Kosar* está erizado en mitad del lomo, y tiene pegadas a la cabeza sus orejas de color canela. Su lealtad y valentía están a punto de hacerme llorar. Es cien veces más pequeño que la bestia, y aun así se planta frente a ella, dispuesto a pelear. Un rápido golpe de la bestia y todo habrá terminado.

Estiro la mano hacia *Bernie Kosar*. Desearía poder levantarme, cogerlo y llevármelo lejos. Sus gruñidos son tan fieros que todo su cuerpo se sacude con unos temblores que le recorren de punta a punta.

Y entonces, ocurre algo inesperado.

Bernie empieza a crecer.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



DESPUÉS DE TODO ESTE TIEMPO, SOLO ahora lo comprendo. En nuestras carreras matutinas, cuando yo iba demasiado rápido para que pudiera seguirme el ritmo, desaparecía en el bosque y volvía a aparecer delante de mí unos segundos después. Seis ha intentado decírmelo. Le ha bastado verle una vez para saberlo enseguida. En esas carreras, *Bernie Kosar* se metía en el bosque para cambiar, para convertirse en un pájaro. Y la forma en que salía disparado al jardín por las mañanas, con el hocico pegado al suelo, para patrullar. Para protegerme a mí y a Henri. Para buscar señales de los mogadorianos. La salamanquesa de Florida. La salamanquesa que me observaba desde la pared mientras desayunaba. ¿Cuánto tiempo debe de llevar con nosotros? ¿Habrán llegado a la Tierra las quimeras que vi cargar en el cohete?

Bernie Kosar sigue creciendo. Me dice que me vaya corriendo. Puedo comunicarme con él. No, eso no es todo. Puedo comunicarme con todos los animales. Otro legado. Empezó con el ciervo de Florida, el día que nos fuimos. Un escalofrío me recorrió la columna cuando me transmitió algo, una sensación. En el momento lo atribuí a la tristeza de nuestra partida, pero me equivoqué. Los perros de Mark James. Las vacas con las que me cruzaba en mis carreras matutinas. Lo mismo. Me siento como un idiota por no haberlo descubierto hasta ahora. No podía ser más evidente, lo tenía delante de las narices. Otra de las frases favoritas de Henri: las cosas más evidentes son precisamente las que más pasamos por alto. Pero Henri lo sabía desde el principio. Por eso se hizo el loco cuando Seis quiso decírmelo.

Bernie Kosar ha dejado de crecer; el pelo se le ha caído para dejar paso a unas escamas ovaladas. Parece un dragón, pero sin alas. Su cuerpo está lleno de

músculos. Dientes y garras afilados, cuernos enroscados como los de un carnero. Es más grueso que la bestia y, aunque es mucho menos alto, su aspecto es igual de amenazador. Dos colosos a cada lado del claro, rugiéndose el uno al otro.

«Corre», me dice. Intento decirle que no puedo, pero no sé si me entiende. «Puedes hacerlo —insiste—. Debes hacerlo».

La bestia golpea. Un martillazo que empieza en las nubes y se descarga con brutalidad. *Bernie Kosar* lo bloquea con sus cuernos y ataca antes de que la bestia golpee de nuevo. Una colisión tremenda en el centro mismo del claro. *Bernie Kosar* da un salto y clava los dientes en el costado de la bestia, pero esta le aparta de un golpe. Sus movimientos son tan rápidos que desafían toda lógica. Ambos están chorreando sangre por los costados. Observo el combate apoyado en el árbol. Quiero intervenir, pero la telequinesia sigue fallándome. Sigo sangrando por la espalda. Tengo las extremidades pesadas, como si la sangre se hubiese convertido en plomo en mis venas. Siento que estoy a punto de desvanecerme.

La bestia sigue erguida sobre sus patas traseras, y *Bernie Kosar* tiene que luchar a cuatro patas. La bestia vuelve a la carga. *Bernie* baja la cabeza y ambos se embisten, destrozando los árboles con los que chocan, a mi derecha. La bestia consigue quedar encima de su oponente, y le hunde los colmillos en la garganta. Sacude la cabeza a un lado y a otro, intentando desgarrarle el cuello. Aunque *Bernie Kosar* se retuerce bajo la presa de la bestia, no consigue librarse de ella. Rasga la piel de la bestia con sus zarpas, pero esta no le suelta.

De pronto, una mano aparece por detrás y me agarra el brazo. Intento apartarla de un empujón pero ni siquiera tengo fuerzas para eso. Los ojos de *Bernie Kosar* están cerrados con fuerza. Está sufriendo bajo las fauces de la bestia, con el cuello oprimido, sin poder respirar.

—¡No! —grito.

—¡Vamos! —grita la persona detrás de mí—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

—El perro —protesto, sin discernir todavía de quién es la voz—. ¡El perro!

Mordido, asfixiado, *Bernie Kosar* está a punto de morir, pero no puedo hacer nada para impedirlo. Y yo no tardaré mucho en seguirle. Sacrificaría mi propia vida por la suya. Lanzo un grito. *Bernie Kosar* gira la cabeza para mirarme, con la cara crispada del dolor y la agonía que debe de sentir ante la muerte inminente.

—¡Tenemos que irnos! —grita la persona detrás de mí, y su mano me levanta del suelo del bosque.

Los ojos de *Bernie* siguen clavados en los míos. «Vete —me dice—. Vete de aquí, ahora que todavía puedes. No queda mucho tiempo».

No sé cómo, consigo ponerme en pie. Me siento mareado, y el mundo parece envuelto en una bruma a mi alrededor. Solo los ojos de *Bernie Kosar* se distinguen con nitidez. Unos ojos que piden socorro a gritos, aunque sus pensamientos digan

lo contrario.

—¡Tenemos que irnos ya! —insiste la voz.

No me vuelvo a mirar, pero ahora sé de quién es. Mark James, que ya no está escondido en el instituto, sino intentando salvarme de este combate. Que esté aquí significa que Sarah debe de estar bien, y por un breve instante me permito un sentimiento de alivio que se desvanece tan rápido como ha llegado. En este momento, solo pienso en una cosa: *Bernie Kosar*, tumbado de lado, mirándome con ojos vidriosos. Me ha salvado la vida, y ahora me toca a mí salvarle a él.

Mark me agarra a la altura del pecho y empieza a tirar de mí para sacarme del claro, para apartarme de la lucha. Me retuerzo para soltarme. Los ojos de *Bernie Kosar* empiezan a cerrarse lentamente. Está apagándose, pienso. «No quiero verte morir —le digo—. Estoy dispuesto a ver muchas cosas en este mundo, pero me niego a verte morir». No hay respuesta. La presa de la bestia se cierra. Noto que la muerte está cerca.

Doy un paso tambaleante y saco el puñal de la cintura de mis vaqueros. Lo aprieto con fuerza entre mis dedos, y al momento cobra vida y empieza a brillar. Nunca podría herir a la bestia arrojando el puñal, y mis legados parecen haberse esfumado. Una decisión fácil. No me queda otro remedio que atacarla cuerpo a cuerpo.

Hago una profunda y temblorosa respiración, y me doy impulso hacia atrás. Todo mi cuerpo se tensa con una punzada de agotamiento, y no hay ni un centímetro de mí ser que no esté invadido por algún tipo de dolor.

—¡No! —grita Mark detrás de mí.

Echo a correr y me lanzo hacia la bestia. Sus ojos están cerrados, y sus fauces clavadas en la garganta de *Bernie Kosar*, alrededor de la cual se forman charcos de sangre que resplandecen a la luz de la luna. Me separan diez metros. Cinco. Los ojos de la bestia se abren de golpe en el mismo momento en que salto hacia ella. Son unos ojos amarillos que se tuercen airados en el instante en que se posan sobre mí. Surco el aire hacia ellos, levantando el puñal sobre mi cabeza con ambas manos como en un sueño heroico del que nunca querría despertar. La bestia suelta el cuello de *Bernie Kosar* y se dispone a mordirme, pero ya debe de saber que me ha percibido demasiado tarde. La hoja del puñal centellea un instante antes de que lo clave bien hondo en su ojo. Una sustancia líquida brota de él inmediatamente. La bestia emite un grito espeluznante, tan fuerte que resulta difícil imaginar que no pueda despertar a los muertos.

Caigo de espaldas y levanto la cabeza para observar a la bestia que se tambalea sobre mí. Intenta en vano arrancarse el puñal del ojo, pero sus manos son demasiado grandes y la hoja es demasiado pequeña. Las armas mogadorianas tienen un funcionamiento que no creo que llegue a entender nunca, debido al uso de portales místicos entre los reinos. El puñal no es distinto a las demás armas, y el negro de la noche se precipita en forma de vórtice hacia el

ojo de la bestia, como un tornado de muerte.

La bestia cede al silencio cuando el resto del gran torbellino negro penetra en su cráneo, absorbiendo el puñal con él. Los brazos del monstruo caen inertes a ambos lados, y sus manos empiezan a sacudirse con un temblor violento que reverbera por la totalidad de su descomunal cuerpo. Cuando los estertores cesan, la bestia se encorva y se desploma al suelo con la espalda contra los árboles. Se queda en posición sentada, pero alzándose aún a ocho metros sobre mí. Se hace un silencio, suspendido en espera de lo que se avecina. Suena un disparo, tan cercano que mis oídos siguen zumbando varios segundos después. La bestia toma una gran bocanada de aire y la mantiene dentro como si estuviera meditando, y de pronto su cabeza explota, proyectando por todas partes trozos de cerebro, carne y cráneo que rápidamente se convierten en cenizas y polvo.

El bosque se queda en calma. Vuelvo la cabeza y miro a *Bernie Kosar*, que sigue tumbado sobre un costado, inmóvil y con los ojos cerrados. No sé si está vivo o no. Mientras le miro, empieza a cambiar otra vez, reduciéndose a su tamaño normal, pero todavía inerte. Oigo el sonido de hojas y ramitas crujiendo cerca.

Tengo que emplear todas las fuerzas que me quedan solo para levantar la cabeza unos centímetros del suelo. Abro los ojos y miro a través de la bruma nocturna, esperando ver a Mark James. Pero no es él quien se alza sobre mí. Se me corta la respiración en la garganta. Una imponente silueta, desdibujada bajo la luz de la luna que cae justo encima de ella. De pronto, da un paso adelante, eclipsando la luna, y abro los ojos como platos, presa de la estupefacción y el horror.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



LA IMAGEN BRUMOSA SE HACE MÁS NÍTIDA. A pesar del agotamiento, el dolor y el miedo, una sonrisa acude a mi cara, unida a una sensación de alivio. Henri. Arroja la escopeta a los arbustos y se pone a mi lado, apoyando una rodilla en el suelo. Tiene la cara ensangrentada, la camisa y los vaqueros hechos jirones, los brazos y el cuello atravesados por cortes, y más allá de eso veo que sus ojos están aterrados por lo que ven en los míos.

—¿Se ha acabado ya? —pregunto.

—Chist —responde—. Dime, ¿te han clavado uno de sus puñales?

—En la espalda.

Cierra los ojos y menea la cabeza. Entonces mete la mano en un bolsillo y saca una de las piedrecillas redondas que le he visto coger del cofre lórico antes de que nos fuéramos del aula de economía doméstica. Le tiemblan las manos.

—Abre la boca —me dice, y mete una de las piedras dentro—. Déjala debajo de la lengua. No te la tragues.

Me levanta sujetándome bajo las axilas. Me pongo en pie y él me sostiene con un brazo mientras recupero el equilibrio. Después, me da la vuelta para mirar el tajo de mi espalda. Siento calor en la cara. Una especie de rejuvenecimiento fluye por todo mi ser desde la piedra. Todavía me duelen las extremidades por el agotamiento, pero he recuperado suficiente energía para poder mantenerme activo.

—¿Qué es esto?

—Sal lórica. Frenará y sedará los efectos del puñal —explica—. Sentirás un rebrote de energía, pero no va a durar mucho, y tendremos que volver al instituto lo más rápido que podamos.

Siento la piedrecilla fría en mi boca, y no sabe a sal. De hecho, no tiene ningún sabor. Bajo la vista para evaluar los daños, y entonces me sacudo con las manos las cenizas residuales de la caída de la bestia.

—¿Están todos bien? —pregunto.

—Seis está muy malherida —contesta—. Sam está llevándola a la camioneta en este mismo instante, y luego conducirá hasta el instituto para recogerlos. Por eso tenemos que volver allí.

—¿Has visto a Sarah?

—No.

—Mark James estaba aquí hace un momento —le digo, escrutándole—. Pensaba que eras él.

—No le he visto.

Dirijo la vista más allá de Henri, hacia el perro.

—*Bernie Kosar* —digo. Sigue reduciéndose, y las escamas desaparecen mientras su pelaje de color canela, blanco y negro ocupa su lugar. Está recuperando la forma con la que le he conocido estos últimos tiempos: orejas caídas, patas cortas, cuerpo alargado. Un beagle de hocico frío y húmedo, siempre con ganas de correr—. Me ha salvado la vida. Tú lo sabías, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sabía.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque te cuidaba cuando yo no podía hacerlo.

—Pero ¿cómo puede estar aquí?

—Estaba en la nave con nosotros.

Y entonces me acuerdo de lo que creía que era un animal de peluche que jugaba conmigo. En realidad, era *Bernie Kosar*, aunque por aquel entonces su nombre era *Hadley*.

Caminamos juntos hacia el perro. Me agacho y paso la mano por su costado.

—Tenemos que darnos prisa —me apremia Henri otra vez.

Bernie Kosar no se mueve. El bosque está vivo, envuelto en un torbellino de sombras que no puede significar más que una cosa, pero no me importa. Acerco la cabeza a la caja torácica del perro. Oigo el bum-bum, muy leve, del latido de su corazón. Le queda aún una chispa de vida. Está cubierto de profundos arañazos y cortes, y la sangre parece manar de todas partes. Tiene una pata delantera torcida en una postura antinatural, rota sin duda. Sin embargo, sigue vivo. Le levanto tan suavemente como puedo, acunándolo en mis brazos como a un niño. Henri me ayuda a levantarme, y entonces mete la mano en el bolsillo, coge otra piedrecilla de sal y se la mete en la boca. Eso me hace preguntarme si estaba hablando de sí mismo cuando decía que nos quedaba poco tiempo. A los dos nos cuesta tenernos en pie. Y entonces algo me llama la atención en el muslo de Henri. Una herida, con un resplandor azul oscuro atravesando la sangre que la cubre. Él también ha recibido la puñalada de un soldado. Me pregunto si la

piedrecilla de sal es lo único que le permite moverse, como me ocurre a mí.

—¿Y la escopeta? —le pregunto.

—Se me ha acabado la munición.

Salimos del claro, tomándonos el tiempo necesario. *Bernie Kosar* no se mueve en mis brazos, pero noto que la vida no le ha abandonado. Todavía no. Salimos del bosque, dejando atrás las frondosas ramas, los arbustos y el olor de hojas húmedas o podridas.

—¿Te ves capaz de correr? —me pregunta Henri.

—No —le contesto—. Pero correré si hace falta.

Delante de nosotros se oye un gran estruendo, procedente del campo de fútbol: varios gruñidos seguidos de un repiqueteo de cadenas. Y entonces suena un rugido, no tan siniestro como los demás pero lo bastante fuerte para que sepamos que solo puede ser una cosa: otra bestia.

—No me fastidies —dice Henri.

Unas ramitas chasquean detrás de nosotros, desde los árboles. Henri y yo nos damos la vuelta, pero el bosque es demasiado denso para ver nada. Enciendo la luz de mi mano izquierda y la paso por los árboles. Debe de haber siete u ocho soldados parados en el linde del bosque, y cuando la luz los enfoca, todos ellos desenvainan sus espadas, que se iluminan con varios colores en el momento en que cobran vida.

—¡No! —grita Henri—. Si utilizas tus legados, te debilitarás.

Pero ya es demasiado tarde. Apago la luz al momento, pero de nuevo siento vértigo y debilidad, y después dolor. Contengo la respiración en espera de que los soldados vengan a la carga, pero no lo hacen. Ningún sonido se oye a continuación excepto el forcejeo que al parecer se está produciendo más adelante. De repente, se alza un clamor detrás de nosotros. Me vuelvo hacia los gritos. A una docena de metros detrás de nosotros, las resplandecientes espadas empiezan a avanzar con aire decidido hacia nosotros. Una risa de confianza sale de uno de los soldados. Ellos son nueve, armados y repletos de fuerza, y nosotros somos tres, heridos y magullados, y sin más armas que nuestro propio valor. La bestia a un lado, los soldados al otro. Esa es la elección que se nos plantea.

Henri se muestra imperturbable. Saca dos piedrecillas más del bolsillo y me da una.

—Las dos últimas —anuncia con voz temblorosa, como si el mero hecho de hablar le supusiera un enorme esfuerzo.

Me meto la piedrecilla en la boca y la entierro debajo de la lengua, aunque todavía me queda un pequeño resto de la primera. Una energía renovada me recorre todo el cuerpo.

—¿Qué piensas de esto? —me pregunta.

Estamos rodeados. Henri, *Bernie Kosar* y yo somos los únicos que quedamos. Seis está gravemente herida y Sam se la ha llevado. Mark estaba por aquí, pero

ahora no se le ve por ningún lado. Y luego está Sarah, que rezo por que esté bien escondida en el instituto, que está a unos ciento cincuenta metros delante de nosotros. Hago una profunda inspiración y acepto lo inevitable.

—No creo que haya ninguna diferencia, Henri —contesto, mirándole—. Pero el instituto queda delante de nosotros, y allí es donde estará Sam pronto.

Lo que Henri hace a continuación me coge desprevenido: sonrío. Extiende la mano y me da un apretón en el hombro. Sus ojos se ven cansados y rojos, pero en ellos veo alivio, un aire de serenidad, como si supiera que todo está a punto de terminar.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. Y lo que está hecho, hecho está. Pero estoy orgulloso de la hostia —me dice—. Lo has hecho estupendamente. Siempre he sabido que lo harías. Nunca he tenido ninguna duda al respecto.

Bajo la cara. No quiero que me vea llorar. Abrazo al perro. Por primera vez desde que le he cogido, muestra una leve señal de vida, alzando la cabeza lo justo para poder lamerme la mejilla. Me transmite una palabra, una solo, como si fuese lo único que le permitieran sus fuerzas. « Valor », me dice.

Levanto la cabeza. Henri se acerca a mí y me abraza. Cierro los ojos y hundo la cara en su cuello. Todavía está temblando, y su cuerpo se nota frágil y débil en mis brazos. Estoy seguro de que el mío no está más fuerte. « Así que este es el fin », pienso. Con la cabeza bien alta, atravesaremos el campo de fútbol para afrontar lo que nos espere allí. Al menos hay dignidad en eso.

—Te has portado como un campeón —me dice Henri.

Abro los ojos. Por detrás de él veo que los soldados están cerca, a unos cinco metros. Han dejado de caminar. Uno de ellos porta un puñal que palpita con una luz plateada y gris. El soldado lo echa al aire, lo atrapa y lo lanza a la espalda de Henri. Levanto la mano para desviarlo, y el puñal falla por un palmo. Mis fuerzas me abandonan casi de inmediato, aunque la piedrecilla está solo medio disuelta.

Henri me coge el brazo libre, lo pasa sobre sus hombros y me sujeta la cintura con su brazo derecho. Echamos a andar, tambaleantes. La bestia aparece en nuestro campo de visión, alzándose frente a nosotros en el centro del campo de fútbol. Los mogadorianos nos siguen detrás. Puede que tengan curiosidad por ver a la bestia en acción, por verla matar. Cada paso que doy se convierte en un esfuerzo mayor que el anterior. El corazón me martillea en el pecho. La muerte está próxima, y es algo que me aterra. Pero Henri está conmigo, y también *Bernie Kosar*. Me alegro de no tener que afrontarla solo. Hay varios soldados parados al otro lado de la bestia. Aunque pudiéramos sortearla, nos encontraríamos de frente con estos soldados, que nos esperan con las espadas desenvainadas.

No tenemos más opción que seguir. Llegamos al campo, y temo que la bestia se abalance hacia nosotros en cualquier momento. Pero no ocurre nada. Cuando estamos a menos de cinco metros del monstruo, nos detenemos, apoyándonos el

uno en el otro.

Esta bestia es la mitad de grande que la otra, pero su tamaño es suficiente para matarnos a todos sin gran esfuerzo por su parte. Una piel transparente, casi translúcida, extendida sobre costillas prominentes y articulaciones nudosas. Varias cicatrices rosadas a lo largo de los brazos y los costados. Unos ojos blancos, ciegos. La bestia desplaza su peso y se encorva, y después balancea la cabeza a poca altura sobre el césped para oler lo que sus ojos no llegan a ver. Parece percibirnos frente a ella. Suelta un hondo gemido. No siento en ella la rabia ni la malicia que irradiaban las otras bestias, ni el ansia de sangre y muerte. Tiene un aura de temor, de tristeza. Me abro a ella, y veo imágenes de tortura y hambre. Veo a la bestia encerrada toda su vida en la Tierra, en una caverna húmeda a la que apenas llega la luz. La veo tiritando noches enteras para combatir el frío, siempre helada y mojada. Veo la forma en que los mogadorianos azizan unas bestias contra otras, las obligan a pelear para adiestrarlas, para que sean más duras y crueles.

Henri me suelta. No puedo sostener más el peso de *Bernie Kosar*, y le dejo suavemente a mis pies, sobre el césped. Lleva minutos sin moverse, y no sé si aún sigue vivo. Doy un paso adelante y me arrodillo. Los soldados gritan a nuestro alrededor. No comprendo su idioma, pero por su tono sé que están impacientes. Uno de ellos agita la espada hacia mí, y un puñal me pasa rozando, un destello blanco que parpadea y me rasga la camisa por delante. Todavía de rodillas, alzo la vista hacia la bestia que se cierne sobre mí. Un arma se dispara, pero el proyectil pasa volando por encima de nuestras cabezas. Un disparo de advertencia para incitar a la bestia a actuar, pero esta vacila frente a nosotros. Otro puñal atraviesa el aire como una flecha y va a parar bajo el codo del brazo izquierdo de la bestia, que levanta la cabeza y ruge de dolor.

«Lo siento —intento decirle—. Siento que te hayan obligado a llevar esta vida. Han abusado de ti. Ninguna criatura merece un maltrato así. Te han obligado a soportar un infierno, te han arrancado de tu propio planeta para luchar en una guerra que no es la tuya. Te han golpeado, te han torturado y te han hecho pasar hambre. La culpa de todo el dolor, de la agonía que has experimentado, es solo de ellos. Tú y yo compartimos un lazo común. Estos monstruos nos han maltratado a ambos».

Intento por todos los medios transmitirle mis propias imágenes, todo lo que he visto y sentido. La bestia no aparta la vista de mí. Mis pensamientos, en cierto grado, están alcanzándola. Le muestro Lorien, el vasto océano, los frondosos bosques, las verdes colinas rebosantes de vida. Animales bebiendo en las frías y azules aguas. Un pueblo orgulloso que se contenta con vivir sus días en armonía. Le muestro el infierno que siguió, la masacre de hombres, mujeres y niños. Los mogadorianos. Asesinos a sangre fría. Verdugos despiadados que lo destruyen todo a su paso guiados por su temeridad y sus convicciones absurdas. Incluido su

propio planeta. ¿Cuándo terminará esto? Le muestro a Sarah, le muestro todas las emociones que he sentido por ella. Feliz y dichoso, así es como me siento con ella. Y así es el dolor que me embarga por tener que abandonarla, y todo por culpa de ellos. «Ayúdame —digo—. Ayúdame a terminar con esta matanza. Luchemos juntos. Yo estoy en las últimas pero, si tú me apoyas, yo te apoyo».

La bestia alza la cabeza hacia el cielo y lanza un rugido largo y profundo. Los mogadorianos se dan cuenta de lo que está ocurriendo, y ya han visto bastante. Sus armas empiezan a dispararse. Vuelvo la vista y veo que uno de los cañones está apuntándome. Una muerte blanca sale disparada de él, pero la bestia baja la cabeza justo a tiempo y absorbe la descarga en mi lugar. Contrae la cara de dolor y sus ojos se cierran con fuerza, pero casi inmediatamente se vuelven a abrir. Esta vez veo la rabia en ellos.

Caigo de bruces sobre el césped. Algo me pasa rozando, pero no veo lo que es. Henri suelta un grito de dolor detrás de mí. Algo le ha hecho caer diez metros más allá, y su cuerpo yace sobre el barro, boca arriba, humeante. No tengo ni idea de qué le ha golpeado. Algo grande y mortífero. El pánico y el miedo se apoderan de mí. «Henri no —pienso—. Por favor, Henri no».

La bestia descarga un fuerte golpe, describiendo un arco que barre a varios de los soldados y silencia gran parte de sus cañones. Otro rugido. Levanto la vista y veo que los ojos de la bestia están rojos, encendidos de furia. Venganza. Rebeldía. Mira una vez hacia mí y, de pronto, se lanza en persecución de sus captores. Los cañones centellean, pero muchos son acallados al instante. «Mátalos a todos —pienso—. Pelea con honor y nobleza, y ojalá los mates a todos».

Levanto la cabeza. *Bernie Kosar* yace inmóvil en el suelo. Henri, diez metros más allá, tampoco se mueve. Apoyo una mano en el césped y me impulso hacia delante, a través del campo, centímetro a centímetro, arrastrándome hacia Henri. Cuando llego a su lado, sus ojos están ligeramente abiertos; cada respiración es una lucha. Hilos de sangre le caen de la boca y la nariz. Le rodeo en mis brazos y le acerco a mi regazo. Su cuerpo está frágil y débil, y noto que está muriéndose. Sus ojos parpadean y se abren para mirarme. Entonces, levanta la mano y la apoya en mi mejilla. En cuanto lo hace, empiezo a llorar.

—Estoy aquí —susurro.

Él intenta sonreír.

—Lo siento mucho, Henri —le digo—. Lo siento muchísimo. Tendríamos que habernos ido cuando lo dijiste.

—Chist —me interrumpe—. No es culpa tuya.

—Lo siento muchísimo —repito entre sollozos.

—Lo has hecho muy bien —me susurra—. Lo has hecho muy, muy bien. Siempre he sabido que lo harías.

—Voy a llevarte al instituto —le digo—. Sam podría estar ya allí.

—Escúchame, John. Todo... todo lo que necesitas saber está en el Cofre. La carta.

—No te rindas. Saldremos de esta.

Noto que empieza a irse. Le zarandeo. Sus ojos vuelven a abrirse a su pesar. Un hilo de sangre brota de su boca.

—Venir aquí, a Paradise, no ha sido por casualidad —dice, pero no sé a qué se refiere—. Lee la carta.

—Henri —le llamo, y le enjugo la sangre de la barbilla con la mano.

Él me mira directamente a los ojos.

—Sois el legado de Lorien, John. Tú y los demás. La única esperanza que le queda al planeta. Los secretos —dice, antes de sucumbir a un ataque de tos. Más sangre. Sus ojos se cierran otra vez—. El Cofre, John.

Le acerco más a mí, estrechándole entre mis brazos. Tiene el cuerpo lacio. Su respiración es tan tenue que apenas se le nota el aliento.

—Saldremos juntos de esta, Henri. Tú y yo, te lo prometo —le digo, y cierro los ojos.

—Sé fuerte —me dice. Le interrumpe una tos leve, pero intenta seguir hablando a pesar de ella—. Esta guerra... Podemos ganar... Encuentra a los demás... Seis... El poder de... —dice, y su voz se apaga.

Intento levantarme manteniéndole en mis brazos pero estoy en las últimas, apenas me quedan fuerzas ni para respirar. A lo lejos oigo rugir a la bestia. Todavía se oyen disparos de cañones, y sus sonidos y luces traspasan las gradas del estadio, pero a cada minuto que pasa hay cada vez menos hasta que queda solo uno. Bajo a Henri al suelo, sin soltarlo de mis brazos. Cuando apoyo la mano en un lado de su cara, abre los ojos y me mira por lo que sé que será la última vez. Hace una débil inspiración y, poco a poco, cierra los ojos.

—No cambiaría ni un segundo de lo que hemos pasado, hijo. Ni por todo Lorien. Ni por todo el mundo —dice, y cuando la última palabra sale de sus labios, sé que se ha ido.

Le aprieto en mis brazos, temblando, llorando, presa por la desesperación. Una mano suya cae inerte sobre el césped. Acuno su cabeza en mi mano, me la acerco al pecho y la mezo adelante y atrás, llorando como nunca en mi vida. El colgante que llevo en el cuello resplandece con un tono azul, parece más pesado por una fracción de segundo, y después recupera su estado normal.

Sentado sobre el césped, sigo abrazando a Henri hasta que calla el último de los cañones. El dolor abandona mi propio cuerpo, y con el frío de la noche siento como si mi propio ser empezara a desvanecerse. La luna y las estrellas brillan sobre mí. Suena una risotada, traída por el viento. Mis oídos se ajustan al nuevo sonido. Vuelvo la cabeza. A pesar del vértigo y de la visión borrosa, veo un rastreador a cinco metros de distancia. Gabardina larga, sombrero calado sobre los ojos. Deja caer la gabardina y se quita el sombrero, mostrando una cabeza

pálida y sin pelo. Se lleva la mano a la parte trasera del cinturón y saca un cuchillo de caza, con una hoja de no menos de treinta centímetros. Cierro los ojos. Ya todo me da igual. La respiración ronca del mogadoriano viene hacia mí. Tres metros, dos metros. Y de pronto los pasos cesan. El rastreador gruñe de dolor, y empieza a gorgotear.

Abro los ojos. El rastreador está tan cerca que puedo olerlo. El cuchillo de caza ha caído de su mano. En el pecho, donde supongo que debe de tener el corazón, aparece el extremo de un cuchillo carnicero, que vuelve a desaparecer acto seguido al retirarse de su cuerpo. El rastreador cae de rodillas, se desploma de lado y explota en una nube de cenizas. Detrás de él, empuñando el cuchillo en una mano temblorosa, y con lágrimas en los ojos, está Sarah. Deja caer el cuchillo y corre hacia mí, rodeándome en sus brazos mientras yo aún sostengo a Henri en los míos. Todavía estoy abrazando a Henri cuando mi cabeza cae hacia delante y el mundo se disuelve en la nada. La batalla ha terminado con el instituto destruido, los árboles derribados y montones de cenizas apiladas en el césped del campo de fútbol, y yo sigo abrazando a Henri. Y Sarah me abraza a mí.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



LAS IMÁGENES SE SUCEDEN EN PARPADEOS, invocando cada una su propia tristeza o su propia sonrisa. A veces, ambas. En el peor de los casos, trae una negrura impenetrable y ciega y, en el mejor, una dicha tan luminosa que duele en los ojos, adelante y atrás, en algún proyector imaginario manejado perpetuamente por una mano invisible. Una, y luego otra. El clic hueco del obturador. Después, una pausa. Una imagen congelada. Arráncala, acércala a ti y allá tú si miras. Henri siempre decía: « El precio de un recuerdo es el recuerdo de la tristeza que trae consigo» .

Un cálido día de verano sobre el fresco césped, con el sol muy alto en un cielo sin nubes. El aire procedente del mar, transportando el frescor del agua. Un hombre se acerca a la casa, maletín en mano. Un hombre joven, con el pelo castaño y corto, bien afeitado, vestido de manera informal. Desprende un aire de nerviosismo en la forma en que se pasa el maletín de una mano a otra y en la fina capa de sudor que brilla en su frente. Llama a la puerta. Mi abuelo va hacia ella, la abre para que entre el hombre y la cierra detrás de él. Yo sigo retozando en el jardín. *Hadley* cambia de forma, vuela, se escabulle, vuelve a la carga. Peleamos uno con otro y nos reímos tanto que nos duele. El día se prolonga con el alocado abandono de la infancia, con la invulnerabilidad de la inocencia.

Transcurren quince minutos, tal vez menos. A esa edad, el día puede ser eterno. La puerta se abre y se cierra. Alzo la vista. Mi abuelo está con el hombre que he visto entrar, y los dos están mirándome.

—Hay una persona a la que quiero que conozcas —dice.

Me levanto del césped y doy palmadas para sacudirme la suciedad de las manos.

—Este es Brandon —dice mi abuelo—. Es tu cêpan. ¿Sabes lo que significa eso?

Niego con la cabeza. Brandon. Así se llamaba. Después de todos estos años, no me llega hasta ahora.

—Significa que a partir de ahora pasará mucho tiempo contigo. Que los dos estáis conectados. Estáis ligados el uno al otro. ¿Lo entiendes?

Asiento y camino hacia el hombre para extenderle mi mano como he visto hacer muchas veces a las personas adultas. El hombre sonríe y apoya una rodilla en el suelo. Me coge la manita en su mano derecha y la envuelve con sus dedos.

—Es un placer conocerle —le digo.

Unos ojos luminosos y amables, llenos de vida, miran a los míos como ofreciéndome un juramento, un vínculo, pero soy demasiado pequeño para saber lo que significa verdaderamente ese juramento o vínculo.

Él deja su mano izquierda encima de la derecha, de tal forma que mi diminuta mano se pierde entre las suyas. Asiente, sonriéndome aún.

—Mi querido niño —dice—. El placer es mío.



Me despierto con una sacudida. Me quedo tumbado de espaldas, con el pulso acelerado y la respiración pesada, como si hubiera estado corriendo. Sigo con los ojos cerrados pero, por las sombras alargadas y el frescor del aire en la habitación, sé que el sol acaba de salir. El dolor regresa, y todavía siento un peso en las extremidades. Con el dolor físico viene otro dolor, mucho peor que cualquier dolencia física que pudiera padecer: el recuerdo de las últimas horas.

Tomo una profunda bocanada de aire y lo exhalo. Una sola lágrima me cae rodando por un lado de la cara. Mantengo los ojos cerrados, con una esperanza irracional de que, si no voy al encuentro del día, el día no irá a mi encuentro, de que lo ocurrido por la noche quedará anulado. Mi cuerpo se estremece, y el llanto silencioso se convierte en uno más convulso. Meneo la cabeza y lo dejo salir. Sé que Henri está muerto, y eso no puede cambiarlo ni toda la esperanza del mundo.

Capto un movimiento detrás de mí. Me tenso, intentando permanecer inmóvil para no ser detectado. Una mano se acerca y me toca la mejilla. Un toque delicado, movido por el amor. Mis ojos se abren y se adaptan a la luz posterior al amanecer hasta que el techo de una habitación desconocida se conforma. No tengo ni idea de dónde estoy, ni de cómo he podido llegar hasta aquí. Sarah está sentada a mi lado. Pasa la mano por un lado de mi cara y repasa el contorno de la ceja con el pulgar. Se inclina hacia mí y me da un beso, largo y suave, que

desearía poder embotellar y guardarlo para toda la vida. Cuando se retira, inspiro profundamente, cierro los ojos y le doy un beso en la frente.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En un hotel, a cincuenta kilómetros de Paradise.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Sam nos ha traído en la camioneta.

—Quiero decir después de lo del instituto. ¿Qué ha pasado? Recuerdo que estabas conmigo anoche, pero no recuerdo nada de lo que pasó después —le digo—. Casi parece un sueño.

—Esperé en el campo de fútbol contigo hasta que llegó Mark y te metió en la camioneta de Sam. No podía seguir escondida más tiempo. Quedarme quieta en el instituto sin saber lo que estaba pasando allá fuera era superior a mí. Y pensé que podría ayudar de algún modo.

—Pues ayudaste mucho. Me salvaste la vida.

—Maté un alienígena —dice ella, como si no hubiera terminado de asimilar ese hecho.

Sarah me envuelve en sus brazos, apoyando la mano en mi nuca. Intento incorporarme en la cama. Lo consigo a medias, y entonces ella me ayuda a terminar de sentarme, empujándome la espalda pero procurando no tocarme la herida producida por el cuchillo. Paso los pies sobre el borde de la cama y después me agacho para tocarme las cicatrices del tobillo y contarlas con la punta de los dedos. Sigue habiendo solo tres, y por ello sé que Seis ha sobrevivido. Ya casi había aceptado que mi suerte sería pasar solo el resto de mis días, un vagabundo ambulante sin un lugar al que ir. Pero no estaré solo. Seis, mi vínculo con el mundo del pasado, sigue aquí, conmigo.

—¿Está bien Seis?

—Sí —contesta Sarah—. Ha recibido varias puñaladas y un disparo, pero parece que ya está mejor. No creo que hubiera sobrevivido si Sam no la hubiera rescatado en la camioneta.

—¿Dónde está?

—En la habitación de al lado, con Sam y Mark.

Me pongo en pie. Los músculos y articulaciones me duelen en señal de protesta, y siento todo el cuerpo agarrotado y dolorido. Llevo una camiseta limpia y un pantalón corto de deporte. Tengo la piel fresca, con olor a jabón. Los cortes están lavados y vendados, algunos incluso cosidos.

—¿Has hecho tú todo esto? —pregunto.

—La mayoría. Coserte los puntos fue difícil. Solo teníamos como modelo los que te puso Henri en la cabeza. Sam me ayudó.

Miro a Sarah, que sigue sentada en la cama sobre sus piernas. Algo más me llama la atención: una pequeña masa que se ha movido debajo de la manta, al pie de la cama. Me tensó, y enseguida me vienen a la mente las comadrijas que

salieron al gimnasio a toda velocidad. Sarah ve lo que estoy mirando y sonríe. Gatea hasta el pie de la cama y dice:

—Aquí hay alguien más que quiere decirte hola.

Acto seguido, coge una esquina de la manta y la levanta con delicadeza para revelar a *Bernie Kosar*, que duerme plácidamente. Una férula metálica le inmoviliza una pata delantera, y tiene el cuerpo cubierto de cortes y heridas que, como las mías, han sido lavados y están empezando a curarse. Lentamente, sus ojos se abren y se adaptan a la luz, unos ojos enrojecidos, llenos de agotamiento. No levanta la cabeza de la cama, pero meneas levemente el rabo, que da unos golpecitos en el colchón.

—*Bernie* —susurro.

Me arrodillo delante de él y coloco la mano suavemente sobre su cabeza. No puedo dejar de sonreír, y me saltan lágrimas de alegría a los ojos. Tiene el cuerpecito hecho un ovillo, la cabeza apoyada en las patas delanteras, los ojos levantados hacia mí. Está herido y magullado por la batalla, pero sigue vivo para contarlo.

—*Bernie Kosar*, has salido de esta. Te debo la vida —le digo, y le doy un beso encima de la cabeza.

Sarah le acaricia el lomo con la mano.

—Yo le llevé a la camioneta mientras Mark te llevaba a ti.

—Mark. Siento haber dudado de él.

Ella levanta una de las orejas de *Bernie Kosar*, que se vuelve hacia ella, le olisquea la mano y se la lame.

—Entonces, ¿es verdad lo que ha dicho Mark, que *Bernie* creció diez metros y mató una bestia casi dos veces más grande que él?

—Una bestia tres veces más grande que él —sonríe.

Bernie Kosar me mira. «Qué mentiroso», me dice. Bajo la vista y le lanzo un guiño. Me pongo de pie y miro a Sarah.

—Todo esto... —digo—. Todo esto ha ocurrido muy rápido. ¿Cómo lo llevas?

Ella asiente y contesta:

—¿Cómo llevo qué? ¿Que me haya enamorado de un alienígena, cosa de la que me enteré hace solo tres días, y que sin comerlo ni beberlo me haya metido de cabeza en una guerra? Sí, eso lo llevo estupendamente.

Le sonrío, diciendo:

—Eres un ángel.

—Qué va —responde ella—. Solo soy una chica que está locamente enamorada.

Se levanta de la cama y me rodea con sus brazos, y nos quedamos de pie en medio de la habitación, abrazados.

—Tienes que irte por fuerza, ¿verdad?

Asiento.

Sarah toma aire y lo exhala con aire tembloroso, obligándose a no llorar. En las últimas veinticuatro horas ha habido más lágrimas que las que he presenciado en todos los años de mi vida.

—No sé adónde tienes que irte ni qué tienes que hacer, pero yo te esperaré, John. Mi corazón entero te pertenece, me lo pidas o no.

La acerco a mí y le respondo:

—Y el mío te pertenece a ti.



Atravieso la habitación. Encima de la mesa está el cofre lórico, junto con tres mochilas preparadas, el ordenador de Henri y todo el dinero del último reintegro que hicimos en el banco. Sarah debe de haber rescatado el Cofre del aula de economía doméstica. Apoyo la mano encima. Todos los secretos, dijo Henri. Todos ellos están en su interior. Lo abriré y los descubriré en su debido momento, pero está claro que ese momento no es ahora. ¿Y qué quiso decir con lo de Paradise, con lo de que venir aquí no ha sido por casualidad?

—¿Has hecho mis maletas? —pregunto a Sarah, que está detrás de mí.

—Sí, y seguramente es lo más duro que he tenido que hacer nunca.

Levanto mi mochila de la mesa. Debajo hay un sobre de papel de Manila con mi nombre en la parte delantera.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—No lo sé. Lo encontré en la habitación de Henri. Fuimos allí desde el instituto, para llevarnos todo lo que pudiéramos; después, vinimos aquí.

Abro el sobre y saco su contenido. Todos los documentos que Henri había creado para mí: certificados de nacimiento, tarjetas de la seguridad social, del banco, etc. Los cuento. Diecisiete identidades diferentes, diecisiete edades diferentes. En el primer papel hay una nota adhesiva escrita con la letra de Henri, que dice: «Por si acaso». Después del último papel hay otro sobre cerrado, en el que Henri había escrito mi nombre. Una carta, probablemente la que mencionó justo antes de morir. No me siento con ánimo para leerla ahora.



Miro por la ventana de la habitación del hotel. Finos copos de nieve descienden suavemente desde las nubes bajas y grises del cielo. El suelo no es lo bastante frío para que cuajen. El coche de Sarah y la camioneta azul del padre de Sam están aparcados uno junto al otro en el aparcamiento. Estoy mirándolos cuando

suenan unos toques en la puerta. Sarah la abre, y Sam y Mark entran en la habitación, con Seis cojeando tras ellos. Sam me abraza y me da el pésame.

—Gracias —le digo.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Seis. Ya no lleva el traje de goma, sino los vaqueros que llevaba cuando la vi por primera vez, y una de las sudaderas de Henri.

Me encojo de hombros, diciendo:

—Estoy bien. Dolorido y agarrotado. Me pesa todo el cuerpo.

—La pesadez es por el puñal. Se te acabará pasando.

—¿Son graves tus heridas? —pregunto.

Ella se levanta la camiseta y me enseña el corte que tiene en el costado, y luego otro que tiene en la espalda. En total, la apuñalaron tres veces anoche, sin contar los diversos cortes que tiene en el resto del cuerpo, ni el disparo que le ha dejado una profunda herida en el muslo derecho, que ahora lleva fuertemente vendado con gasas y esparadrapo, el motivo de su cojera. Me dice que, en el momento en que pudimos volver, ya era demasiado tarde para que la piedra pudiera curarla. Me asombra que siga viva siquiera.

Sam y Mark llevan la misma ropa de anoche, mugrienta, cubierta de barro y tierra, salpicada de varias manchas de sangre. Ambos tienen la mirada cansada, como si todavía no hubieran pegado ojo. Mark está detrás de Sam, cambiando de postura con aire incómodo.

—Sam, siempre he sabido que eras una máquina de matar —le digo.

Él se ríe, no muy convencido.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Bastante bien.

Miro a Mark, que sigue detrás de él.

—Sarah me ha dicho que anoche me sacaste del campo de fútbol.

—Me alegró poder ser de ayuda —contesta él, encogiéndose de hombros.

—Me salvaste la vida, Mark.

Él me mira a los ojos y me dice:

—Creo que todos nosotros acabamos salvando a alguien a lo largo de la noche. ¿Sabes?, Seis me salvó a mí tres veces. Y tú salvaste a mis perros el sábado. Estamos en paz.

De algún modo, consigo sonreír.

—Me parece bien —le digo—. Me alegro de saber que no eres el capullo por quien te había tomado.

Él me dirige una sonrisa ladeada, diciendo:

—Digamos que, si hubiese sabido que eras un alienígena que podía darme una paliza sin esfuerzo, te habría tratado un poco mejor desde el primer día.

Seis atraviesa la habitación y echa un vistazo a mis cosas encima de la mesa.

—Deberíamos ir yéndonos —dice, y su expresión se suaviza con una mirada de tácita simpatía—. En realidad, solo queda una cosa por hacer. No sabemos que querías hacer al respecto.

Asiento. No me hace falta preguntar a qué se refiere. Miro a Sarah. Tendremos que separarnos mucho antes de lo que creía. El corazón me da un vuelco. Me entran ganas de vomitar. Sarah me coge la mano.

—¿Dónde le habéis dejado? —digo.



El suelo está mojado por la nieve derretida. Cogiendo a Sarah de la mano, atravesamos en silencio el bosque, a un kilómetro del hotel. Sam y Mark caminan delante, siguiendo las huellas que han dejado en el barro unas horas antes. Más adelante diviso un pequeño claro, en cuyo centro han tumbado el cadáver de Henri, encima de una tabla de madera. Está envuelto en una manta gris sacada de su cama. Me acerco a él. Sarah me sigue, y apoya una mano en mi hombro. Los demás se quedan de pie, detrás de mí. Aparto la manta para verle. Tiene los ojos cerrados, la cara de un gris ceniciento, y los labios azules por el frío. Le doy un beso en la frente.

—¿Qué quieres hacer, John? —me pregunta Seis—. Podemos enterrarle, si quieres. También podemos incinerarle.

—¿Cómo podemos incinerarle?

—Puedo crear una hoguera.

—Pensaba que solo controlabas el tiempo.

—El tiempo, no. Los elementos.

Alzo la vista y observo su delicado rostro, que denota un sentimiento de simpatía pero también de apremio por tener que irnos antes de que lleguen refuerzos de los soldados. No le contesto. Aparto la vista y abrazo a Henri una última vez, con mi cara pegada a la suya, y me abandono al sentimiento de pérdida.

—Lo siento mucho, Henri —le susurro al oído, y cierro los ojos—. Te quiero mucho. Yo tampoco cambiaría ni un segundo. Por nada del mundo. Pienso llevarte de vuelta. De algún modo, te llevaré de vuelta a Lorient. Siempre bromeábamos sobre esto, pero en realidad eras mi padre, el mejor padre que podía haber pedido. Nunca te olvidaré, ni un solo minuto mientras viva. Te quiero, Henri. Siempre te he querido.

Le suelto, vuelvo a extender la manta sobre su cara y le deposito suavemente sobre la tabla de madera. Me incorporo y abrazo a Sarah, y ella me rodea en sus brazos hasta que dejo de llorar. Después, me seco las lágrimas con el dorso de la

mano y hago una señal a Seis con la cabeza.

Sam me ayuda a limpiar la zona de palos y hojas, y entonces dejamos a Henri en el suelo, para que sus cenizas no se mezclen con nada más. Sam enciende una esquina de la manta y Seis aviva el fuego a partir de ahí. Observamos la hoguera, todos con lágrimas en los ojos. Incluso Mark llora. Nadie pronuncia palabra. Cuando las llamas terminan, reúno las cenizas en una lata de café que Mark ha traído del hotel con muy buen tino. Ya conseguiré algo mejor en cuanto podamos parar. Cuando volvemos a la camioneta del padre de Sam, él coloca la lata sobre el salpicadero. Me reconforta saber que Henri todavía estará viajando con nosotros, que mirará la ruta antes de salir de un pueblo, como hemos hecho tantas veces antes los dos.

Cargamos nuestras pertenencias en la parte trasera de la camioneta. Además de mis cosas y las de Seis, Sam también ha cargado dos mochilas suyas. Al principio eso me choca, pero entonces me doy cuenta de que Seis y él han hecho algún tipo de pacto para que nos acompañe. Y me alegro de que sea así. Sarah y yo volvemos a la habitación del hotel. En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, ella me coge la mano y me acerca hacia ella.

—Se me rompe el corazón —me dice—. Intento ser fuerte para ti en este momento, pero la idea de que te vayas me está matando por dentro.

Le doy un beso en la cabeza y le digo:

—A mí ya se me ha roto el corazón. En cuanto tenga una dirección que darté, te escribiré. Y haré todo lo posible por llamar cuando vea que no hay peligro.

Seis asoma la cabeza por la puerta.

—Tenemos que irnos —dice.

Asiento, y Seis cierra la puerta. Sarah levanta su cara hacia la mía y nos besamos, de pie en la habitación del hotel. La idea de que los mogadorianos vuelvan antes de que nos hayamos ido, cosa que volvería a ponerla en peligro, es lo único que me da fuerzas para irme. Si no, podría acabar viniéndome abajo. Podría acabar quedándome.

Bernie Kosar sigue tumbado al pie de la cama, esperando. Cuando le cojo en brazos con cuidado, empieza a menear el rabo. Le llevo fuera y le meto en la camioneta. Seis arranca el motor y lo deja en ralentí. Me vuelvo para mirar el hotel, y me entristece pensar que no sea la casa, que nunca volveré a verla. Sus tablones de madera con pintura desconchada, sus ventanas rotas, sus tablones negros del techo combados por la excesiva exposición al sol y a la lluvia. «Es como un paraíso», le dije a Henri. Pero eso ya ha dejado de ser así. Es un paraíso perdido.

Miro a Seis y le hago una señal con la cabeza. Cierra la puerta de la camioneta y espera dentro.

Sam y Mark se dan la mano, pero no oigo lo que se dicen. Sam se sube a la camioneta y espera con Seis. Me acerco a Mark y le estrecho también la mano.

—Te debo más de lo que podría pagarte nunca —le digo.

—No me debes nada —contesta él.

—No te creas —le digo—. Ya nos veremos... —Desvío la vista. Me noto a punto de sucumbir a la tristeza de la partida. Mi resolución pende de un delicado hilo a punto de romperse—. Ya nos veremos un día de estos.

—Cuidate por ahí.

Tomo a Sarah en mis brazos y la aprieto con fuerza. No quiero soltarla nunca.

—Volveré contigo —le digo—. Te lo prometo. Aunque sea lo último que haga, volveré contigo.

Ella tiene la cara hundida en mi cuello. Entonces asiente y me dice:

—Contaré los minutos que pasen hasta entonces.

La levanto en mis brazos y le doy un último beso. Después, la dejo en el suelo y abro la puerta de la camioneta. Mis ojos no se despegan de los suyos. Ella se tapa la boca y la nariz con ambas manos, y ninguno de los dos es capaz de apartar la mirada. Cierro la puerta. Seis pone la marcha atrás, saca la camioneta del aparcamiento, se para y pone la primera. Mark y Sarah caminan hasta el final del aparcamiento para vernos alejarnos, y un torrente de lágrimas cae por ambos lados de la cara de Sarah. Me doy la vuelta en mi asiento y la miro por la ventanilla trasera. Levanto la mano para despedirme. Mark me devuelve el saludo, pero Sarah se queda mirándome. Yo clavo la vista en ella todo el tiempo que puedo mientras se vuelve pequeña y se desvanece a lo lejos en una figura desdibujada. La camioneta reduce y toma una curva, y los dos desaparecen de mi vista. Vuelvo a mirar adelante, viendo los campos pasar por mi lado. Cierro los ojos, me imagino la cara de Sarah y sonrío. « Volveremos a estar juntos —le digo—. Y, hasta entonces, estarás en mi corazón y en todos mis pensamientos» .

Bernie Kosar levanta la cabeza y la apoya en mi regazo, y yo apoyo la mano en su lomo. La camioneta traquetea por la carretera en dirección al sur. Los cuatro, juntos, nos dirigimos a nuestro próximo destino. Sea el que sea.



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)